



PUCKAME
SUAVE

HOLLY MYERS

PÚCKAME SUAVE

HOLLY MYERS

ÍNDICE

[Advertencias de contenido y disparadores](#)

[Bienvenida de Holly Myers](#)

1. [Damien](#)
2. [Atlas](#)
3. [Damien](#)
4. [Atlas](#)
5. [Damien](#)
6. [Atlas](#)
7. [Damien](#)
8. [Atlas](#)
9. [Damien](#)
10. [Atlas](#)
11. [Damien](#)
12. [Atlas](#)
13. [Damien](#)
14. [Atlas](#)
15. [Damien](#)
16. [Atlas](#)
17. [Damien](#)
18. [Atlas](#)
19. [Damien](#)
20. [Atlas](#)
21. [Damien](#)
22. [Atlas](#)
23. [Damien](#)

[Epílogo](#)

[¿Te has quedado con ganas de más?](#)

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO Y DISPARADORES

Puck Me Softly es un romance oscuro de hockey MM destinado a lectores adultos.

Este libro contiene temas y contenidos que algunos lectores pueden encontrar perturbadores, entre ellos:

- Cáncer infantil
- Trauma infantil
- Abuso emocional
- Negligencia parental
- Relaciones familiares disfuncionales
- Referencias a agresión sexual
- Referencias a trata de personas con fines de explotación sexual

con un menor

- Pasado de explotación y grooming
- Problemas de salud mental
- Recuperación de un trauma
- Temas románticos posesivos y obsesivos
- Contenido sexual explícito
- Lenguaje soez

Por favor, cuídate y lee solo si estos temas son adecuados para ti.

Aunque esta historia explora temas difíciles, es en última instancia una novela de romance y concluye con un final feliz

garantizado para los personajes principales.

Con mucho amor,

Holly

BIENVENIDA DE HOLLY MYERS

Hola, y os doy la bienvenida a *Puck Me Softly*.

Me alegra mucho que estéis aquí.

Si habéis leído los libros anteriores de la serie *Puckboys Unleashed*, ya sabréis que estas historias habitan en los rincones más oscuros del romance. Presentan personajes imperfectos, emociones complicadas, amores obsesivos y hombres que no siempre toman las decisiones correctas en su camino hacia un final feliz.

Puede que Damien y Atlas sean mi pareja más emotiva hasta la fecha.

En el fondo, esta es una historia de supervivencia. De cargar con cicatrices que nunca se desvanecen del todo. De encontrar a alguien que vea tus partes rotas y decida quedarse a pesar de todo.

También es una historia sobre la esperanza.

Por muy oscuras que se pongan las cosas, este libro es, en última instancia, una novela romántica, y eso significa que hay una cosa garantizada: Damien y Atlas tendrán su final feliz.

Gracias por pasar vuestro tiempo con estos personajes y por confiarme su viaje.

Espero que os enamoréis un poquito de ellos al igual que me ocurrió a mí.

Feliz lectura,
Holly Myers

DAMIEN

—¡S eñor Harrow! ¡Señor Harrow! —los reporteros corean mi nombre unos sobre otros como perros rabiosos gruñendo ante una valla metálica.

—Ha sido una derrota dura, Harrow. ¿Cómo sobrevivirán los Tigers a esto?

—Como hacemos con cada derrota —respondo con brusquedad.

No sé por qué siempre me toca a mí atender a la prensa. Soy la persona menos carismática del mundo.

Mi compañero de equipo, Atlas Connors, me pasa el brazo por los hombros. Me aprieta ligeramente el bíceps, como si fuéramos amigos y estuviera intentando comunicar algo solo entre nosotros.

—No le hagáis caso. ¡Harrow es de los que no se guardan nada! —luce una sonrisa de anuncio que deslumbra a la multitud más que los flashes de las cámaras.

Los reporteros se ríen. El encanto de Atlas siempre los calma. Es asqueroso, sinceramente. No porque funcione, sino porque parece que no le cuesta ningún esfuerzo.

Se queda ahí, frente a un muro de micrófonos y cámaras, como si hubiera nacido bajo un foco; el pelo rubio oscuro todavía húmedo de la ducha, los ojos castaños cálidos y brillantes, una sonrisa lo bastante suave para hacer que todos en la sala se inclinen hacia él. El chico de oro perfecto.

El tipo de hombre por el que la gente quiere apostar.

Yo soy lo opuesto: demasiado cortante, demasiado frío, demasiado cabreado incluso cuando no lo estoy. Un metro ochenta de mala actitud y cara de pocos amigos. La única razón por la que les gusta a los fans es porque creen que la ira es misteriosa cuando un hombre tiene unos pómulos decentes.

No les gustaría tanto si supieran la verdad. Si supieran que no hay nada misterioso en mí. Solo cosas feas enterradas lo bastante profundo para que nadie huelga la podredumbre.

—Atlas, has tenido dos asistencias esta noche —dice otro reportero, cambiando el foco de inmediato, tal como Atlas sabía que harían—. ¿Qué pasó en el tercer periodo?

La mano de Atlas sigue en mi hombro.

Lo odio. Debería quitármelo de encima, pero su agarre es ligero. No me atrapa ni me exige nada, solo está ahí.

Como una barrera entre la multitud y yo.

—Perdimos el impulso —dice Atlas con fluidez—. Eso es culpa de todos nosotros. No de un solo hombre. Ni de una mala jugada. No terminamos limpios, y los Wolverines se aprovecharon de ello.

Es una buena respuesta. Pulida. Segura. Aburrida. El tipo de respuesta con la que sueñan los equipos de relaciones públicas.

Me quedo mirando un punto por encima de las cabezas de los reporteros e intento no pensar en lo ruidosa que está la sala. En lo cerca de mí que está todo el mundo. En que cada cámara parece un ojo pegado directamente a mi piel.

Alguien se ríe con demasiada fuerza, provocando que se me tense la mandíbula.

El pulgar de Atlas se mueve una vez contra mi hombro. Casi imperceptible.

Lo miro de reojo.

Él no me mira. Se limita a seguir sonriendo a los reporteros como si no estuviera evitando discretamente que yo pierda los nervios. Ese es el problema con Connors: parece fijarse en cada pequeño detalle sobre mí.

Cosas en las que se supone que la gente no se fija.

—Damien —llama un reportero, desviando mi atención de Connors—. Has recibido un golpe duro en el segundo tiempo. ¿Algún comentario sobre el hecho de que no pitaran falta?

—Los árbitros pasan cosas por alto —digo.

Atlas interviene antes de que nadie pueda hurgar en esa herida. — No vamos a culpar a los oficiales. Tuvimos oportunidades y no las aprovechamos. En eso nos centraremos de ahora en adelante.

Otra respuesta perfecta.

Me empieza a picar la piel. Todavía puedo sentir el hielo bajo mi cuerpo tras el golpe. Las vallas a mi espalda. El rugido del público presionando como una bota en mi garganta. Preferiría recibir otra carga que estar aquí bajo estos focos.

Al menos en el hielo, el dolor tiene sentido. La prensa no. La prensa es sonreír cuando quieres sangrar. La prensa es tragarse cada respuesta incorrecta antes de que salga. La prensa es quedarse quieto mientras unos desconocidos gritan tu nombre y tiran de los bordes de tu vida como si tuvieran derecho a ella.

—Damien, los fans dicen que esta es la peor derrota de los Tigers en la temporada. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

Atlas tose a mi lado.

Los reporteros se animan.

Debería parar ahí, pero por supuesto no lo hago. —Hemos jugado como la mierda.

Un breve silencio y de repente la sala estalla. Atlas me aprieta el bíceps de nuevo, esta vez con más fuerza.

Luego se ríe como si yo hubiera dicho algo encantador en lugar de algo cierto. —Lo que quiere decir es que esta noche no hemos estado a la altura de nuestro propio nivel.

—No —murmuro—. He querido decir que hemos jugado como la mierda.

Atlas me dedica su sonrisa, brillante y letal. —Y nos encanta su sinceridad.

Los reporteros vuelven a reír. De algún modo, él lo salva. Para cuando finalmente salimos de allí, tengo los hombros tan tensos que me duelen. El pasillo fuera de la sala de prensa es más frío, más silencioso y, bendito sea Dios, está más vacío.

Atlas quita el brazo de mis hombros.

Su calor desaparece tan rápido que me molesta.
Lo que me molesta todavía más.

Él exhala, frotándose el pelo con una mano. —Sabes, uno de estos días vas a hacer llorar a nuestra jefa de relaciones públicas.

—Mejor.

—Es simpática.

Arrugo la nariz. —Me dice que sonría.

—Está intentando que parezcas accesible.

—Pero no soy accesible.

Atlas me mira y su sonrisa se suaviza, volviéndose más pequeña. Menos preparada para las cámaras.

—No —dice—. Realmente no lo eres.

No sé por qué eso no suena como un insulto viniendo de él.

Caminamos juntos hacia el vestuario, y nuestros pasos resuenan por el pasillo. Mantengo las manos en los bolsillos para que nadie pueda alcanzarlas. A veces los fans merodean cerca de las zonas restringidas después de los partidos, mendigando autógrafos o fotos, acercándose demasiado antes de que el personal de seguridad los haga retroceder.

Sé que no lo hacen con mala intención. Es lo que siempre dice la gente: *no lo hacen con mala intención*. Como si la intención cambiara la forma en que reacciona mi cuerpo. Como si saber que un cuchillo no va dirigido a mí evitara que me sobresalte cuando brilla.

Atlas frena a mi lado cuando pasamos junto a un grupo de empleados. Pronuncian su nombre. Él sonríe, saluda y dice algo amable con naturalidad.

—Harrow, una derrota dura —dice uno de los patrocinadores del estadio, interponiéndose en mi camino con la mano extendida—. Aunque menudo golpe te has llevado.

Me quedo mirando su mano un segundo de más, como si tuviera una serpiente venenosa en la manga.

Atlas se desliza entre ambos antes de que la situación se vuelva incómoda.

—Señor Keller, me alegro de verle —dice, estrechando la mano del hombre en mi lugar—. ¿Vendrá al partido del viernes?

Así, sin más, su atención cambia y por fin puedo respirar de nuevo. Sigo caminando.

Atlas me alcanza unos pasos después.

Ninguno de los dos dice nada hasta que estamos casi en la puerta del vestuario. Me cuesta un esfuerzo mirarle.

—Gracias —le digo. Con voz fría. Plana. Como si la palabra hubiera sido arrastrada por la grava antes de salir de mi boca.

Atlas parpadea y luego sonrío.

No con la sonrisa grande. No con la de las cámaras.

Esta es peor.

Es real.

—Cuando quieras, Harrow.



El entrenador nos hace entrenar como si le hubiéramos ofendido personalmente.

Lo cual, para ser justos, probablemente hayamos hecho.

El silbato suena. Las cuchillas se clavan en el hielo. Parar, girar, empezar de nuevo.

—¡Más rápido! —ladra.

Siento las piernas como si estuvieran llenas de cemento mojado, pero empujo de todos modos. Más fuerte. Con más intensidad. El tipo de patinaje que te quema los pulmones y hace que la visión se estreche por los bordes.

Entrenamiento de castigo.

Nos lo merecemos.

Al otro lado del hielo, Atlas está... sonriendo. Como si la tortura fuera lo suyo. Tiene esa misma energía relajada de siempre, como si no hubiera pasado la noche siendo destrozado por los medios, los fans y sus propias expectativas.

—Vamos, Harrow —me llama, patinando hacia atrás frente a mí—. No te me mueras ahora.

—No me estoy muriendo —digo entre dientes.

—Parece que lo estás considerando.

—Cállate.

Él se ríe.

No entiendo cómo lo hace, cómo se quita las cosas de encima como si no se le quedaran pegadas. Como si las derrotas no se enterraran bajo tu piel y se pudrieran allí. Como si la gente gritando tu nombre, tus errores, tus fracasos no resonara en tu cabeza mucho después de que el estadio se quede en silencio.

El entrenador vuelve a tocar el silbato. —¡Otra vez!

Que le den.

Volvemos a colocarnos en la línea. El pecho me sube y baja con fuerza, el sudor me corre por la espalda bajo las protecciones. El hielo bajo mis pies está destrozado por la repetición, con líneas talladas por las cuchillas que golpean los mismos caminos una y otra vez.

Lo miro fijamente.

Blanco.

Rayado.

Infinito.

Y por un segundo...

No es esta pista.

Está más oscuro.

Más silencioso.

Un lago helado extendido bajo un cielo pesado, la nieve apelmazada de forma irregular por los bordes, el aire tan frío que me quema al respirar. Sin vallas. Sin luces. Sin ruido excepto el del viento cortando a través de los árboles.

Nadie mirando, gritando ni esperando nada de mí.

Solo yo y el hielo.

Solía patinar hasta que se me dormían los pies. Hasta que los dedos me escocían tanto que no podía sentir el palo en las manos. Hasta que lo único que quedaba era el ritmo: empujar, deslizar, recortar, repetir.

Allí fuera, no tenía que pensar.

No tenía que oír a mi padre gritando. No tenía que ver a los hombres que venían cuando se acababa el dinero. No tenía que fingir que no entendía lo que se me pedía antes de que fuera lo bastante mayor para decir que no.

Allí fuera, todo estaba en silencio.
Seguro.

Lo echo de menos, lo cual es estúpido. Porque todo lo demás ligado a ese lugar, todo lo demás ligado a aquel *tiempo*, es algo que reduciría a cenizas si pudiera.

—¡Damien! —la voz del entrenador atraviesa el recuerdo como una grieta en el hielo—. ¡Muévete!

Me impulso con fuerza, y el lago desaparece en un instante. Mis cuchillas muerden la pista de nuevo, con nitidez y control, mi cuerpo volviendo a ponerse en movimiento sin pensar.

Atlas se pone a mi paso.

—Te has quedado traspuesto —dice, sin estar siquiera jadeando.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Monty ha dicho tu nombre dos veces y ni te has inmutado.

No respondo.

Me da un ligero golpe con el hombro. —¿A dónde te has ido?

—A ninguna parte.

—Mentiroso, mentiroso, se te quema el calzoncillo.

—Concéntrate —le espeto.

Él sonríe con suficiencia. —Lo que tú digas, jefe.

Repetimos el ejercicio. Y otra vez. Y otra vez, hasta que me tiemblan las piernas, siento los pulmones en llamas y hasta Atlas se calla por fin.

El entrenador toca el silbato una última vez. —Ya está. Fuera.

El alivio me golpea rápido y con fuerza.

Me detengo poco a poco, inclinándome ligeramente hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas mientras tomo aire. El sudor me gotea del pelo, de la barbilla, empapando el hielo bajo mis pies.

El equipo empieza a desfilas hacia el vestuario; el parloteo se reanuda ahora que el castigo ha terminado.

En el vestuario hay mucho ruido: tíos quejándose, riendo, tirando el equipo por ahí. Me quito el casco y lo lanzo a mi taquilla. Una punzada de dolor me recorre el cuello y hago una mueca.

El hombro me late cuando lo muevo de forma incorrecta. El golpe de anoche me dejó peor de lo que quería admitir. Pero el dolor es manejable. El dolor significa que sigo jugando.

—Oye, Harrow —llama Carter—. ¿Vas a hacer que te miren ese hombro o piensas seguir sufriendo en silencio como siempre?

—Métete en tus asuntos.

—Estoy bastante seguro de que tu hombro es asunto de todos cuando no puedes disparar recto.

—Puedo disparar recto.

—Seguro que sí.

No me molesto en discutir.

Me quito la camiseta por la cabeza y dejo que caiga al suelo. Mi piel sigue caliente y el sudor se enfría demasiado rápido al aire libre. Después van las protecciones y luego el resto, pieza a pieza, hasta que me quedo en calzoncillos de compresión y nada más.

Carter se deja caer en el banco frente a mí, gruñendo. —Si mañana vuelve a darnos esa caña, fingiré una lesión.

—Ya patinas como si estuvieras lesionado —le suelta alguien de vuelta.

—Vete a la mierda.

Desconecto mientras busco mi toalla. Ahí es cuando el ambiente de la habitación cambia.

Al principio es sutil: la conversación se entrecorta, algunas cabezas se giran, un silencio que no encaja en un lugar como este.

Levanto la vista y allí está ella. Joanna Williams entra en el vestuario como si estuviera subiendo a un escenario. La señorita Williams es la hija del mayor inversor de los Tigers, y creo que intenta seguir los pasos de su padre siendo una absoluta maníaca del control.

No duda. No parece incómoda. Simplemente se mueve a través de una sala llena de hombres semidesnudos como si fuera la cosa más normal del mundo. Lo cual, para ella, supongo que lo es.

Va vestida de forma impecable: traje oscuro, tacones que resuenan contra el suelo, el pelo perfectamente recogido hacia atrás. Todo en ella irradia control.

Sus ojos se mueven, sin embargo.

No sin rumbo.

Observando.

Evaluando.

La veo recorrer la habitación con la mirada, analizando rostros, cuerpos, presencia. No es una mirada lasciva; es calculada. Como si estuviera montando un tablero de ajedrez en su cabeza y todos nosotros solo fuéramos piezas que está decidiendo cómo usar.

Carter se endereza ligeramente sin darse cuenta.

Atlas, por supuesto, se limita a levantar una mano. —Hola, Srta. Williams.

Ella le dedica una breve sonrisa. Cortés. Medida.

Su mirada pasa de largo y luego aterriza sobre mí.

Se mantiene un segundo más de lo necesario.

Yo no reacciono. Simplemente le sostengo la mirada, firme, esperando a que termine lo que sea esto. Ella sigue adelante después de unos segundos.

La tensión, de todos modos, perdura.

El entrenador entra detrás de ella un segundo después, dando una palmada. —Muy bien, atentos aquí.

Unos cuantos tíos se apresuran a coger toallas. Otros no se molestan.

—La Srta. Williams está aquí para observar —dice él—. Así que intentad no avergonzaros más de lo habitual.

Se oyen un par de risas, pero son forzadas. Joanna no habla. Se limita a seguir observando.

Cojo mi camiseta y me la paso por la cabeza. La necesidad de cubrirme es asfixiante. Es algo en su forma de mirar a la gente, como si estuviera tratando de averiguar cómo puede utilizarnos.

Joanna le susurra algo al oído al entrenador y luego entra en su despacho.

El entrenador me señala con la barbilla. —Harrow. Connors. Al despacho.

Atlas se anima de inmediato. —¿Qué hemos hecho?

—Moveos y ya está —dice el entrenador.

Me pongo en pie, cogiendo una sudadera esta vez, y le sigo sin decir palabra. Atlas se pone a mi lado, todavía húmedo de la ducha.

—¿Crees que nos van a dar caña por nuestras entrevistas de anoche? —pregunta.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a Joanna Williams no le importaría algo tan insignificante como eso.

Atlas me mira con nerviosismo.

El despacho del entrenador es pequeño, atestado con demasiados muebles. Joanna ya está dentro, de pie junto al escritorio como si fuera la dueña.

Probablemente lo sea.

El entrenador cierra la puerta tras nosotros.

—Sentaos —dice.

Yo me quedo de pie.

Atlas se deja caer en la silla, estirando sus largas piernas como si estuviera cómodo aquí.

Joanna nos mira a ambos.

De cerca, su mirada es más afilada. Más deliberada.

—¿Entendéis los dos por qué estáis aquí? —pregunta.

—Para nada. —Atlas se frota la nuca. Vislumbro el tatuaje de su espalda cuando se le sube la camiseta.

Joanna me mira y yo me limito a negar con la cabeza.

Sus labios se curvan ligeramente.

—Bien —dice—. Entonces no perderé el tiempo. —Se acerca un paso más, cruzándose de brazos—. Este equipo necesita atención —continúa—. No solo en el hielo. Fuera de él.

Ya no me gusta hacia dónde va esto.

—Ambos sois muy rentables —dice, con los ojos alternando entre nosotros—. Individualmente. Pero juntos...

Una pausa. Algo encaja tras su expresión. —...podríais ser algo más.

Atlas se inclina hacia delante, interesado. —Perdone, pero realmente no tengo ni idea de lo que intenta decir, Srta. Williams.

Joanna vuelve a encontrarse con mis ojos. —Nos gustaría que os presentarais como pareja.

Silencio.

Entonces Atlas suelta una risa corta. —Espera... ¿en serio?

Yo no me río.

Solo la miro fijamente.

Impávido. Nada impresionado.

—Como un montaje publicitario. Hemos notado que los equipos con jugadores abiertamente gays tuvieron un aumento del quince por ciento en la venta de entradas después de que esos jugadores salieran del armario.

—Pero yo no soy gay —dice Atlas.

Todo el mundo sabe que me gustan tanto los hombres como las mujeres; no es algo que oculte. Pero realmente no quiero a todo el mundo metido en mis asuntos de esa manera.

—No pasa nada. —Joanna sonríe.

—¿Por qué nosotros? —Mi voz suena lejana en mis oídos.

Joanna apoya la cadera contra el escritorio del entrenador, como si las preguntas la estuvieran agotando. —A los fans ya les encanta vuestra dinámica de gruñón y rayo de sol. Además, objetivamente sois los dos jugadores más atractivos de los Tigers.

Así que para eso era esa mirada evaluadora. Sé que no soy feo, pero definitivamente no pensaba que fuera lo suficientemente guapo como para ser la puta asignada de la NHL.

—No —digo con firmeza.

Ella no reacciona.

—Sería un acuerdo controlado —dice con suavidad—. Apariciones públicas, redes sociales, entrevistas. Límites claramente definidos.

—No —repito.

Atlas me mira de reojo y luego vuelve a mirarla a ella. —¿A qué se refiere con límites?

Le lanzo una mirada.

Él se encoge de hombros. —¿Qué? Solo estoy haciendo preguntas.

Joanna le responde de todos modos. —No os pediremos que hagáis nada con lo que no os sintáis cómodos. Todo, hasta un simple apretón de manos casual, se acordaría por contrato.

Me cruzo de brazos. —No voy a dar espectáculo con mi vida personal por publicidad.

Su mirada no flaquea. —Habría una compensación económica.

—No me importa.

—Una compensación económica significativa.

—Sigo sin...

Ella dice la cifra.

Me cago en todo.

Es suficiente para borrar cosas de las que no he hablado en voz alta en años.

Suficiente para asegurar que el pasado se quede donde pertenece.

Atlas se endereza en la silla. —¿Durante cuánto tiempo?

—Tres meses como mínimo —dice ella—. Podemos escenificar una ruptura después de eso.

Tres meses.

Eso no es nada.

Eso lo es *todo*.

Miro al suelo por un segundo, con la mandíbula tensa. Si hiciera esto...

Pero solo es una actuación. He hecho cosas peores por menos.

—¿Tenemos que, no sé... besarnos y esas cosas? —pregunta Atlas, completamente en serio.

Cierro los ojos por un segundo.

Increíble.

La expresión de Joanna no cambia. —Solo si ambos estáis de acuerdo en ello.

Atlas tararea, pensando.

Le miro. Me devuelve la mirada.

Sin vacilación. Sin miedo. Solo curiosidad abierta.

Como si esto pudiera ser divertido.

Como si esto no fuera a complicarlo todo.

—Sí. Claro —dice finalmente—. Lo haré.

Por supuesto que lo hará.

Me paso una mano por la cara. Cada instinto que tengo me dice que diga que no y me marche.

Pero ese número... ese número significa que no le deberé nada a nadie nunca más.

Significa que nadie vendrá a llamar a mi puerta.

Significa que no tendré que mirar por encima del hombro.

Exhalo lentamente. —Tres meses —digo—. Eso es todo.

Joanna asiente una vez. —Tres meses.

Miro a Atlas.

Él sonríe, tranquilo y radiante, como si esto fuera solo un juego.

Como si no estuviéramos a punto de cometer un error enorme.

—Bien —mascullo—. Lo haré.

ATLAS

No creo haber visto nunca a Damien Harrow decir que sí a nada. No es el tipo de persona que acepta sin pelear, sin esa mandíbula tensa y ese tono cortante que dice que ya está a medio camino de la puerta. Incluso en el hielo, juega como si todo fuera una batalla: cada pase, cada carga, cada turno como si fuera lo único que lo mantiene en pie.

¿Así que cuando dice que sí?

¿Así de fácil?

Sí. Me he dado cuenta, joder si me he dado cuenta.

Me recuesto en la silla de la oficina del entrenador, con el contrato en las manos, y me quedo mirando la línea en blanco donde se supone que debe ir mi nombre.

Joanna está frente a nosotros, compuesta como siempre, con una mano apoyada ligeramente en el borde del escritorio del entrenador como si estuviera presentando una propuesta de negocios normal en lugar de... lo que sea que sea esto.

—Tendréis tiempo para revisarlo todo —dice con fluidez—. Que lo examine un abogado si queréis. Pensadlo esta noche y aseguraos de que podéis comprometeros con esto. —Sus ojos pasan de uno a otro—. Mañana me decís vuestra decisión final.

Asiento automáticamente. —Sí, de acuerdo.

Damien no dice nada. Agarra el contrato sin siquiera mirarlo de verdad, lo dobla una vez y se gira hacia la puerta como si la conversación hubiera terminado. Como si ya lo hubiera decidido.

Lo cual... ha hecho.

Lo miro irse durante medio segundo de más. Luego me levanto de la silla y lo sigo.

—Oye... —comienzo.

Él no reduce el paso.

Salimos al pasillo y la puerta se cierra con un clic a nuestras espaldas, cortando la presencia de Joanna como si nunca hubiera existido. El pabellón está más silencioso ahora; el entrenamiento ha terminado, y la mayor parte del equipo se ha dispersado o se está yendo.

Damien camina como si tuviera algún sitio donde estar.

Como si, en caso de dejar de moverse, algo pudiera alcanzarlo.

Troto unos pasos para igualar su ritmo. —¿Ni siquiera vas a leerlo?

—Lo leeré más tarde.

—¿Realmente vas a hacer esto?

No duda ni un segundo. —Sí.

Así de fácil. Sin pensárselo dos veces. Sin bromas. Sin restarle importancia.

Sí.

Parpadeo. —¿En serio?

Él deja de caminar.

Tan bruscamente que choco contra él.

Damien se gira, mirándome con esa misma expresión que siempre lleva: plana, ilegible, como si ya hubiera decidido cuánto de mí está dispuesto a tolerar, y yo me estuviera pasando.

—He dicho que sí ahí dentro, ¿no? Pues eso, hablo en serio. Y si tú no, diles.

—Eso podría haber sido... —agito una mano—... una táctica de negociación. O, no sé, tú ganando tiempo.

—No lo era.

Lo estudio.

Es alto, aunque todavía unos centímetros más bajo que yo, con hombros anchos, la capucha de la sudadera puesta a medias sobre su pelo negro y húmedo, y los ojos afilados a pesar de que parece que no ha dormido en días. Siempre tiene ese aspecto, sin embargo. Como si el sueño no le resultara fácil.

Como si nada le resultara fácil.

He intentado conectar con él antes.

No de esta manera —no con contratos y citas falsas y lo que sea que estemos a punto de firmar— sino en pequeñas cosas. Conversaciones en el vestuario. Cenas de equipo. Algún que otro chiste lanzado en su dirección solo para ver si podía conseguir algo que no fuera una mirada fulminante.

A veces funciona. La mayoría de las veces, no.

No deja entrar a la gente. Y ahora se supone que tenemos que fingir algo que requiere... cercanía.

Tacto. Conexión.

Suelto un suspiro silencioso. —¿No te extraña ni un poco todo esto?

—No.

—¿Ni un poquito?

—No.

—Eso es preocupante.

—Si eres homófobo, dilo y ya está. —Se encoge de hombros. Noto que un hombro está más tenso que el otro.

—¡No! No, no quería decir eso.

—De acuerdo, entonces —dice él.

—¿Por qué has dicho que sí?

Sus ojos buscan los míos, solo por un segundo. —¿Importa?

—Sí —digo—. En cierto modo, sí.

—¿Por qué?

—Porque aparentemente estamos a punto de fingir que salimos durante tres meses —suelto con sequedad—. Me parece algo de lo que deberíamos hablar.

—No necesitamos hablar de ello.

—Así no es como... —me detengo, apretando los labios un segundo—. Así no es como la gente suele manejar... esto.

—No somos gente —dice tajante—. Estamos haciendo un trabajo.

Ladeo la cabeza. —Ya. Un trabajo en el que fingimos que nos gustamos.

Su expresión no cambia. —No es complicado.

Suelto una risa silenciosa. —Eres increíble.

—Eso me han dicho.

Nos quedamos allí parados un segundo, con el espacio entre nosotros tenso al máximo.

Luego él se da la vuelta y sigue caminando. Dios, qué molesto es.

Vuelvo a seguirlo, porque está visto que no aprendo nunca.

Salimos por las puertas laterales hacia el aparcamiento, donde el aire de la tarde está más fresco que antes. El cielo empieza a oscurecer, con una suave luz gris asentándose sobre todo.

Damien se dirige directo a su coche, pero le corto el paso antes de que pueda abrir la puerta.

—Vale, espera —digo, levantando una mano—. No hemos terminado.

Me mira como si lo hubiera ofendido personalmente. —Sí, hemos terminado.

—No, no hemos terminado.

Aprieta ligeramente las llaves en su mano. —Connors. —Su tono es bajo y de advertencia.

Probablemente debería dar marcha atrás, pero no lo hago.

—¿Realmente vas a hacer esto? —pregunto de nuevo, más en serio esta vez.

Me sostiene la mirada. —¡Que sí! ¿Qué más quieres que te diga, joder?

Algo en mi pecho se remueve. Parece que lo dice de verdad. No está bromeando. No está tirándose un farol. No está esperando una opción mejor. Está dentro... lo que significa que yo también.

Trago saliva.

—Vale —digo despacio—. Entonces tenemos que, no sé... aclarar algunas cosas.

—Hay un contrato.

—No me refiero a eso.

Exhala de forma brusca e impaciente. —Entonces, ¿qué *quieres* decir?

Dudo medio segundo. —Quiero decir —empiezo, frotándome la nuca —, que si vamos a hacer esto, probablemente deberíamos saber dónde están los límites.

Frunce el ceño ligeramente. —El contrato detalla eso.

—Ya, pero... —gesticula entre nosotros—. Sigue habiendo cosas de las que deberíamos hablar. Como, no sé... con qué nos sentimos cómodos.

Sus ojos se entrecierran solo una pizca. —Te lo he dicho —dice—. Me da igual. Lo que quieras hacer me parece bien.

Suelto un bufido. —Me da la sensación de que eso es mentira.

—¿A qué te refieres? —Damien se apoya contra su coche, con el sol reflejándose en sus ojos verdes.

Expulso el aire. —Tío, apenas aguantas que te pase el brazo por los hombros. ¿Cómo vas a aguantar que actúe como tu novio?

—Estaré bien.

—Ya, pero no se trata solo de ti —le espeto.

Eso capta su atención.

Su mirada se agudiza, algo más frío se desliza en sus ojos. —¿Qué se supone que significa eso?

—Significa —digo, sosteniéndole la mirada— que si ambos estamos en esto, ambos tenemos voz y voto.

Él lo considera. Puedo verlo suceder: el ligero cambio en su postura, la forma en que sus hombros se asientan como si se estuviera recalibrando.

—Bien —dice finalmente—. Di lo que tengas que decir.

Asiento una vez. —Vale. Genial. Bien. —Inmediatamente olvido cómo iba a formularlo. Estupendo. Me paso una mano por el pelo,

intentando que esto parezca casual—. Así que... esto, —empiezo y luego me detengo—. Esto es estúpido.

Damien pone los ojos en blanco. —Entonces no lo digas.

—No, voy a decirlo.

Él levanta una ceja.

—Si vamos a hacer apariciones públicas y esas cosas —continúo—, va a haber, no sé... expectativas.

—Obviamente.

—Claro. Así que... —gesticula vagamente—. Cosas físicas.

No reacciona en absoluto.

Genial.

Estupendo.

Me encanta.

—Como... ir de la mano —añado rápidamente—. O, ya sabes... lo que sea.

—¿Lo que sea? —repite él.

—Sí. Lo que sea necesario para que parezcamos una pareja convincente.

Su expresión permanece en blanco, lo que de alguna manera hace que esto sea peor.

Me aclaro la garganta. —Y, esto... besarse.

Simplemente me mira. —¿Por qué iba a importarme eso?

Siento que la cara se me calienta antes de que pueda evitarlo. Desvío la mirada, de repente muy interesado en una grieta del pavimento cerca de mi zapato.

—Vale —murmuro—. Sí. Claro. Por supuesto que no te importaría. Solo intento ser respetuoso, ¿vale? —Me froto la nuca con una mano, intentando recuperarme—. Solo me refería a, ya sabes... el consentimiento y esas cosas. Asegurarme de que estamos en la misma onda.

—Lo estamos —dice él.

—Ni siquiera has dudado.

—No hay nada sobre lo que dudar. Necesito el dinero.

Me arriesgo a lanzarle una mirada. Ya está abriendo su coche.

Conversación terminada.

—Vale —digo, más suave esta vez.

Abre la puerta. —Mañana —añade como si se acabara de acordar—. Le diremos que sí.

Luego se mete dentro.

La puerta se cierra.

El motor arranca.

Y se va antes de que pueda decir nada más.

Me quedo allí en el aparcamiento, con las manos metidas en los bolsillos, mirando el hueco donde antes estaba su coche.

El corazón me late un poco demasiado rápido.

Lo cual es estúpido.

Es solo un contrato.

Solo tres meses.

Solo...

—¿Por qué iba a importarme eso? —Suelto un suspiro que es mitad risa, mitad algo más—. Sí, claro —murmuro para mis adentros—. Por qué iba a importarte.

Miro el contrato doblado que tengo en la mano.

Mi nombre aún no está en él.

El suyo tampoco.

Pero me da la sensación de que ya estamos metidos en esto.

Me dirijo a mi propio coche, con la mente yendo en mil direcciones diferentes.

No pongo la música y no llamo a nadie. Solo conduzco, con las manos apretadas al volante y los ojos fijos en la carretera, como si al concentrarme lo suficiente, mi cerebro pudiera finalmente callarse.

No lo hace.

El contrato descansa en el asiento del copiloto, mirándome como un ex resentido. Suelto un suspiro lento en un semáforo en rojo, pasándome una mano por la cara.

—Vale —murmuro para mí mismo—. Vale. No pasa nada.

El semáforo se pone en verde y arranco; la ciudad pasa borrosa en líneas familiares: las mismas calles, los mismos giros, los mismos edificios por los que he pasado cien veces. Pero ahora todo parece ligeramente fuera de lugar, como si algo hubiera cambiado cuando salimos de la oficina del entrenador. Como si hubiera entrado en algo que aún no entiendo del todo.

Realmente no me importa mi imagen, siempre y cuando sea fiel a mí mismo. Mi sexualidad no es asunto de nadie más que mío. Es solo la idea de tener tanta intimidad con Damien lo que me está asustando.

Siento un escalofrío inmediato y apoyo brevemente la frente contra el volante en el siguiente stop, soltando una risa silenciosa. — Contrólate.

Miro a través del parabrisas, exhalando lentamente. Lo cierto es que me he fijado en hombres antes. No es algo nuevo y no estoy ciego. He mirado a algún tío y he pensado: sí, lo entiendo; veo el atractivo. Los vestuarios hacen que eso sea inevitable.

Pero siempre ha sido solo eso: un pensamiento pasajero, algo que no perdura. Le resto importancia y sigo adelante porque siempre me han gustado las mujeres. Es más sencillo centrarse en eso.

Quiero decir, ¿no hacen esto los actores todo el tiempo? Fingir que salen con su coprotagonista para hacerse publicidad, compartir un par de besos y fotos, y luego, puf, se acabó. Yo puedo hacer eso. Pero no soy muy de citas casuales. Salgo con alguien porque siento una conexión. Me acuesto con alguien porque quiero estar aún más cerca. No sé cómo voy a manejar esto. ¿Y si me gusta demasiado esto de fingir que salimos?

Niego con la cabeza y desecho el pensamiento de inmediato. No. No voy a ir por ahí. Ni siquiera sé qué significaría eso, y no es que esté por aquí sentado fantaseando con él.

Es solo que... él es diferente.

Todo en él destaca una vez que empiezas a prestar atención. Su forma de moverse es controlada, como si cada paso fuera deliberado. Su forma de hablar es breve y afilada, como si no desperdiciara palabras en nada innecesario. Incluso su forma de mirar a la gente da la sensación de que ya ha decidido si valen la pena su tiempo.

Y yo estoy *obsesionado* con valer la pena su tiempo.

Y luego están las cosas de las que no se da cuenta de que alguien nota: la forma en que sus hombros se tensan cuando alguien se acerca demasiado, la forma en que se le traba la mandíbula cuando la habitación se vuelve demasiado ruidosa, la forma en que se cierra, solo ligeramente, cuando las situaciones se vuelven abrumadoras.

Me he dado cuenta de todo. No sé por qué, pero lo he hecho. ¿Y ahora se supone que debo fingir que estoy con él?

Suelto una risa silenciosa y vuelvo a sacudir la cabeza. —Sí. Claro. No será nada complicado.

Mi cerebro no pasa a otra cosa. Sigue reproduciendo cada interacción que he tenido con él. Sigue dando vueltas a los límites, a la idea de besarse, a...

Aprieto el volante con más fuerza.

Dios mío, quiero que me trague la tierra. ¿Por qué se lo he preguntado?

En el siguiente semáforo en rojo, cierro los ojos un segundo porque ya sé la respuesta. Se lo he preguntado porque necesitaba saberlo. Si vamos a hacer esto, no quiero fastidiarlo ni cruzar una línea con la que él no esté de acuerdo.

Y, en cambio, obtuve un:

¿Por qué me iba a importar eso?

Suelto un quejido suave, dejando caer la cabeza contra el respaldo.
—Me encanta esa respuesta.

Damien no hace las cosas a la ligera. Todo en él es calculado, medido, controlado. Así que, si ha aceptado este acuerdo tan rápido, es por algo.

Miro de reojo el sobre que hay junto al contrato. Tiene que ser por el dinero, como ha dicho. Lo entiendo. De verdad.

Se me tensa la mandíbula, porque no le he preguntado por el tema. No he insistido, no he dicho nada que pudiera abrir esa puerta, sobre todo porque no quiero responder a las mismas preguntas sobre por qué estoy dispuesto a considerar esto.

Exhalo lentamente, aflojando el agarre del volante antes de que me empiecen a doler las manos. —Sí —murmuro—. Probablemente estemos en esto por la misma razón. Es solo el dinero.

El hospital aparece a la vista unos minutos después, resplandeciendo bajo el cielo que se oscurece. Algo en mi pecho se relaja en cuanto lo veo. Esto me resulta familiar, algo en lo que no tengo que pensar.

Entro en el aparcamiento y apago el motor, quedándome sentado un momento antes de moverme. El contrato está en el asiento de al lado, doblado y esperando.

Lo miro un instante y luego aparto la vista. —Luego —mascullo.

Ahora mismo, necesito algo que tenga sentido; algo real, algo que no venga con cámaras, ni contratos, ni expectativas.

El hospital se siente igual cada vez: limpio, nítido y un poco demasiado brillante, como si todo lo que hay dentro se esforzara demasiado por convencerte de que todo va a salir bien.

Empujo las puertas de cristal, saludando con la cabeza automáticamente al mostrador de recepción mientras me dirijo a los ascensores. Ya ni siquiera tengo que registrarme. Todos me reconocen, algo a lo que aún no me he acostumbrado del todo.

—¡Atlas!

Apenas doy tres pasos cuando alguien me llama. Dos enfermeras levantan la vista desde su puesto, ambas sonriendo como si acabara de alegrarles el turno con solo aparecer. Una de ellas —Jenna, creo— me hace señas para que me acerque.

—Ahí está él —dice, apoyándose en el mostrador—. Nos preguntábamos si aparecerías esta noche.

Sonrío, adoptando la versión de mí mismo que ellas esperan. —¿Qué, y arruinar mi historial de asistencia perfecta? Jamás.

La otra enfermera se ríe. —Grace ha estado preguntando por ti toda la tarde.

—¿Ah, sí? —Me separo del mostrador y vuelvo a encaminarme hacia los ascensores—. Entonces definitivamente llego tarde.

—Siempre llegas tarde —me grita Jenna.

Miro hacia atrás por encima del hombro. —Me gusta crear expectación.

Se ríen mientras las puertas del ascensor se cierran tras de mí, cortando el ruido de la entrada. El silencio que sigue es inmediato, casi pesado, pero la sonrisa permanece en mi rostro por costumbre.

El ascensor pita en la tercera planta y salgo, dirigiéndome a la habitación de Grace sin pensarlo.

Llamo suavemente antes de entrar.

—¡Adelante!

—Muy bien —anuncio mientras empujo la puerta—, ¿quién está lista para quedar deslumbrada?

—Tienes una cara de mierda.

Me detengo a mitad de camino.

Grace está sentada en la cama, con los brazos cruzados y las cejas levantadas como si mi existencia la ofendiera personalmente. Un gorro morado que tejió ella misma oculta su cabeza calva. Tiene trece años, lucha contra la leucemia y aun así se las arregla para ser la persona más intimidante de la habitación.

Parpadeo al mirarla. —Vaya. En primer lugar... ese lenguaje.

Ella pone los ojos en blanco. —No es una mala palabra.

—Mierda es literalmente una palabrota.

—¿Estás intentando controlar cómo me siento? Que alguien lo cancele. —Se recuesta contra las almohadas.

Suelto un resoplido antes de poder evitarlo, y la tensión en mi pecho se relaja un poco. —Yo también me alegro de verte, Gracie.

Cruzo la habitación y ella me observa con los ojos entrecerrados mientras me acerco, como si estuviera analizando cada detalle.

—Pareces cansado —dice, con un tono ligeramente más suave—. Y tu pelo está haciendo esa cosa otra vez.

—¿Qué cosa?

—Esa en la que se te queda tieso por detrás como si te hubieras electrocutado.

—Hoy estás mala.

Ella se encoge de hombros y sonrío.

Me inclino con cuidado para que pueda abrazarme, atento a la vía que tiene pegada al brazo. Me aprieta fuerte, como hace siempre, y por un segundo todo lo demás desaparece.

—Hola, bicho —murmuro.

—Hola —dice ella contra mi hombro.

Cuando me separo, sonrío. —Me han dicho que has estado dando guerra.

—Obviamente —dice—. ¿Qué otra cosa se supone que debo hacer aquí? ¿Sentarme quietecita e inspirar a la gente?

—Por favor, no seas inspiradora nunca.

—No lo seré. Eso suena aburrido.

—Bien.

Ella sonríe, satisfecha con la respuesta.

Acerco la silla a su cama y me siento, estirando las piernas frente a mí. —Bueno —digo, señalando el cuaderno de dibujo que tiene en la bandeja—, ¿qué me has traído hoy?

Se le ilumina toda la cara. —Vale, espera, tienes que ver este primero —dice, abriéndolo rápidamente—. He probado algo diferente con el sombreado y creo que ha funcionado de verdad.

Gira el cuaderno hacia mí y me inclino para mirar.

Es bueno, muy bueno. Una chica en un acantilado, con el pelo al viento y las olas rompiendo debajo. Las sombras están limpias, las proporciones son sólidas y tiene movimiento real, no son solo líneas sobre el papel.

—Grace —digo despacio—, esto es...

—Lo sé, ¿verdad? —me interrumpe—. Es mucho mejor que el anterior.

Me río. —Vale, sí, pero además es realmente bueno.

Ella se encoge de hombros como si no fuera nada, pero noto cómo eleva ligeramente los hombros.

—He estado practicando —dice.

—Se nota.

Paso unas cuantas páginas más. Cada dibujo es diferente — diferentes estilos, diferentes temas, algunos más toscos que otros—, pero todos son suyos. Todos son *buenos*.

—Podrías venderlos —le digo.

Ella resopla. —¿Quién le va a comprar dibujos a una calva de trece años?

No dudo ni un momento. —La gente que tiene ojos.

Ella me mira con los ojos entrecerrados. —Lo dices solo porque estoy enferma.

—Lo digo porque es verdad.

—Mentiroso.

—Mocosa.

Ella sonríe, y así sin más entramos en un ritmo fácil, tomándonos el pelo mientras discutimos sobre qué dibujos son los mejores y cuáles

va a repetir sin falta porque las manos han quedado raras.

Durante un rato, todo parece normal; tan normal como puede ser esto. Me olvido del contrato que hay en el coche, me olvido de Damien, me olvido de todo lo que hay fuera de esta habitación.

Entonces se abre la puerta.

Mamá entra, haciendo equilibrios con una bandeja de comida y una taza de café. Su rostro se suaviza en cuanto me ve. —Atlas —dice.

—Hola, mamá. —Me levanto y le quito la bandeja antes de que se le caiga—. ¿Qué has traído?

—Algo que Grace no se comerá —dice con ironía.

—Qué mala —grita Grace desde la cama.

—Sabes que es verdad.

Dejo la bandeja y me inclino para besar a mamá en la mejilla. Huele a café y a algo ligeramente floral; familiar, reconfortante.

—¿Qué tal el entrenamiento? —pregunta en voz baja.

—Largo —respondo—. El entrenador nos está castigando por la derrota.

—El próximo partido irá mejor. —Me pone una mano en el hombro—. Pareces agotado.

Miro a mamá y luego a Grace. —Así que hoy estáis las *dos* imposibles.

—No es culpa nuestra que parezca que te ha pasado un camión por encima.

—Os odio a las dos.

—Nosotras también te queremos —dicen al unísono.

Niego con la cabeza, sonriendo a mi pesar.

Mamá me observa un momento, y algo cambia en su expresión. —
¿Puedo hablar contigo un minuto?

—Sí, claro.

Grace se queja. —Si vais a tener una conversación seria, necesito aperitivos.

—Ya tienes —dice mamá.

—No de los buenos.

—Te traeré algo después, lo prometo —le aseguro.

Ella me señala. —Más te vale.

Sigo a mamá al pasillo, dejando que la puerta se cierre suavemente tras de nosotros. La atmósfera cambia de inmediato. Aquí fuera se siente más pesada que en la habitación de Grace.

Ella se cruza de brazos, sosteniendo aún su café.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Duda antes de exhalar pesadamente. —Ha llegado el momento otra vez.

Ya sé a qué se refiere: el siguiente pago, la siguiente ronda, el siguiente recordatorio de que esto no se detiene.

—¿Y? —pregunto, aunque ya lo noto en su voz.

Baja la mirada. —Me falta un poco. Pensaba que tendría suficiente, pero han surgido algunas cosas y simplemente yo... —Su voz se apaga.

Asiento despacio. —Vale.

—Puedo idear algo —añade rápidamente—. Llamaré a...

—Yo me encargo.

Ella levanta la vista de inmediato. —Atlas...

—Yo me encargo —repito.

Niega con la cabeza. —No tienes por qué hacer eso. Ya has...

—Quiero hacerlo.

—Esa no es la cuestión.

—Me encargo yo.

Ella me estudia, mirándome de verdad a la cara esta vez. —No puedes seguir así. Es demasiado.

—No lo es.

—Lo es. Tienes tu propia vida, tus propias responsabilidades...

—Tú y Grace sois mis responsabilidades —digo antes de poder contenerme.

Las palabras quedan flotando entre nosotros, más pesadas de lo que esperaba.

Su expresión se suaviza, aunque la preocupación no abandona sus ojos.

—¿Cuánto es? —pregunto.

Ella duda y luego me lo dice. No reacciono, aunque es mucho. Es más que mucho.

Pero no es imposible.

Ya no.

—Yo lo cubriré —digo.

Ella levanta la cabeza de golpe. —Atlas, *no*.

—Puedo hacerlo.

—Es demasiado dinero.

—Lo sé.

—¿Entonces cómo...?

—Voy a recibir un extra —digo.

No es exactamente una mentira, pero tampoco es toda la verdad.

Ella frunce el ceño. —¿Un extra?

—Sí. Cosas del equipo. Rendimiento, relaciones públicas, lo que sea.

—¿Y es suficiente?

—Y más que eso.

Me escudriña la cara. —¿Estás seguro?

—Sí.

—No tienes por qué...

—Lo sé —le digo—. Quiero hacerlo.

El silencio se alarga entre nosotros antes de que ella finalmente relaje los hombros. —Atlas... —susurra.

La abrazo antes de que pueda decir nada más. —Yo me encargo —murmuro—. ¿Vale? Yo cuido de nosotros.

Ella se aferra a mí con fuerza, como si temiera que todo pudiera desmoronarse si me soltara.

—Gracias —dice en voz baja.

—Siempre.

Porque no existe ninguna versión de esto en la que yo no cuide de ellas.

Ninguna versión en la que deje que mi madre cargue con esto sola.

Ninguna versión en la que Grace no reciba lo que necesita.

Me separo y fuerzo un tono más alegre. —Anda, vamos. Va a empezar una revuelta si nos quedamos aquí fuera demasiado tiempo.

Mamá se ríe suavemente, secándose los ojos. —Sí, lo hará.

Volvemos juntos a la habitación, y cuando me siento de nuevo al lado de Grace, escuchándola hablar y quejarse y enseñarme otro dibujo, todo lo demás se desvanece.

El contrato. Damien. Todo eso.

Porque esta es la razón por la que voy a decir que sí.

DAMIEN

No debería haber dicho que sí. Ese es el primer pensamiento que me viene a la mente en cuanto entro al estudio.

Aquí todo está cuidado hasta el más mínimo detalle: fondos blancos, equipos de iluminación suave, percheros de ropa organizados por colores. Suena una música tenue, algo suave e inofensivo que se funde con el fondo como si hubiera sido diseñada para pasar desapercibida.

La gente se mueve a nuestro alrededor como peces atrapados en una red. Asistentes. Estilistas. Fotógrafos.

Todos nos miran a Atlas y a mí, decidiendo cómo nos va a ver el mundo.

Lo odio.

—Damien, por aquí —dice alguien, alargando ya la mano hacia mi brazo.

Retrocedo antes de que puedan tocarme. —Guíe el camino.

Hacen una pausa y luego se recuperan con una sonrisa rápida. — Por supuesto. Lo siento.

Yo no pido disculpas.

Atlas ya está aquí. Está apoyado en uno de los percheros, hablando con una estilista como si se conocieran de toda la vida,

riéndose de algo que no alcanzo a oír. Relajado y a gusto, como siempre.

A veces desearía ser así. Desearía no entrar en una habitación evaluando amenazas y buscando las salidas más cercanas. Pero, por desgracia, soy mercancía averiada. No estaba destinado a tenerlo fácil.

Atlas levanta la vista cuando entro. Nuestras miradas se cruzan a través del estudio y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando. ¿Se estará arrepintiendo de esto tanto como yo?

Parece sorprendido.

No de forma dramática. No de una manera que nadie más notaría.

Solo un destello de algo incierto en sus ojos.

Como si no esperara que apareciera de verdad.

—Hola —dice, despegándose del perchero.

Asiento una vez. —Connors.

—Vaya. —Sonríe—. Creo que ya hemos pasado la fase de los apellidos, ¿no crees?

—¿Cómo se supone que debo llamarte?

—¿Atlas? ¿Sexy? ¿Cielo? —Pone una sonrisa pícara—. Cualquiera de esos valdría.

Suelto un bufido. La tensión de mis hombros se libera un poco ahora que estoy cerca de algo familiar. —Me quedo con Atlas.

Joanna está de pie cerca del final del estudio, con una carpeta en la mano, hablando con el fotógrafo. Mira hacia aquí cuando nos acercamos, recorriéndonos con la mirada como si ya estuviera calculando ángulos, iluminación y cómo vendernos.

—Bien —dice—. Ya estáis los dos aquí. Los contratos se han formalizado —continúa—. Los límites están claramente definidos. Ir de la mano, abrazos, contacto ligero en zonas acordadas: hombros, espalda, rodillas. Los besos están permitidos previo acuerdo mutuo para apariciones públicas.

Su mirada se demora en mí una fracción de segundo más de lo debido.

Como si esperara que pusiera alguna objeción. No lo hago.

—Esta sesión será la base del lanzamiento —añade—. Publicaremos imágenes seleccionadas junto con el anuncio. Que parezca natural. Convincente.

Natural. Claro.

Atlas se mueve a mi lado. —¿Quieres que nosotros, ya sabes... interactuemos? ¿O simplemente nos quedamos ahí parados para salir guapos?

Los labios de Joanna se curvan ligeramente. —Ambas cosas.

—Entendido.

Me cruzo de brazos. —Acabemos con esto de una vez.

Me visten como si fuera otra persona: pantalones negros a medida, una camisa impecable, una chaqueta oscura que me queda demasiado bien, como si hubiera sido hecha para mí en lugar de entregada por alguien que cree saber qué es lo que queda bien.

Una estilista me pasa las manos por el pelo, ajustando, dando forma, retrocediendo y volviendo a acercarse. Ni siquiera intenta ser delicada, simplemente pasa los dedos por mis rizos sin pensarlo.

Me quedo ahí y dejo que pase. Sabía que debería haberme dado a la bebida durante el día.

Atlas sale unos minutos después.

Y me quedo paralizado.

Lleva algo completamente distinto.

Vaqueros anchos. Una camiseta suave debajo de una chaqueta abierta. Zapatillas en lugar de zapatos de vestir. Parece no costarle ningún esfuerzo, de una manera que no resulta forzada. Su pelo castaño está peinado hacia atrás con un estilo desenfadado... y está jodidamente guapo.

Todo es muy fiel a su estilo.

El plan de Joanna es obvio.

Yo: pulcro, controlado, distante.

Él: cálido, accesible, sociable.

Parece una pareja de yaoi creada por una adolescente, pero eso es lo que la gente quiere.

Aparco la mirada antes de que se dé cuenta de que le estoy observando.

—Vaya —dice Atlas, acercándose—. Mírate.

Levanto una ceja. —¿Qué pasa conmigo?

—Te queda bien el arreglo.

—Ya estaba arreglado.

Se ríe suavemente. —No, idiota. Estás muy guapo.

—Ah. —Me miro de arriba abajo—. Gracias.

—Intenta no arrugar nada —añade, extendiendo la mano... y deteniéndose.

Su mano revolotea cerca de la mía un segundo antes de dejarla caer.

No sé por qué eso hace que sienta algo extraño en el pecho. Así que lo ignoro.

—Terminemos con esto cuanto antes —digo.

La cámara dispara antes de que esté preparado.

—Relájate —dice el fotógrafo—. Solo estamos calentando.

¿Cómo se supone que voy a relajarme con esta ropa tan rígida mientras todo el mundo me mira? Me pongo donde me dicen que me ponga, hago lo que me dicen que haga y me quedo quieto cuando dicen «quieto». ¿Y ahora quieren que me *relaje*?

Atlas se coloca en su sitio a mi lado como si hubiera hecho esto antes. Supongo que así es, por aquella revista deportiva que hizo el año pasado. Le hicieron toda una sesión de fotos en la playa con unos pantalones muy cortos. Puede que la ojeara una vez en la consulta de un médico.

Mierda, deja de pensar en él con esos pantalones tan cortos.

—Gira el cuerpo ligeramente hacia él —dice el fotógrafo.

Me muevo con torpeza, sintiéndome pequeño frente al cuerpo imponente de Atlas.

—Más cerca.

Yo no me muevo, pero Atlas sí. Se acerca lo justo para que su hombro roce el mío.

Es leve.

Casi imperceptible.

—Bien —murmura el fotógrafo—. Ahora, Atlas, gira la cabeza hacia Damien.

Atlas lo hace. Yo miro fijamente al fotógrafo con la mirada vacía.

—Damien, mira a Atlas.

No lo hago.

—Damien —dice Joanna, con un tono de advertencia claro.

Exhalo lentamente y giro la cabeza. Mis ojos se clavan en sus suaves ojos castaños. Creo que nunca los había mirado de verdad.

Ahí está otra vez: esa sensación de que el corazón me tiembla en el pecho.

No me gusta.

—Perfecto —dice el fotógrafo—. Mantened esa pose.

La cámara hace clic.

—Ahora algo más relajado —continúa—. Atlas, quizá ponle el brazo sobre el hombro.

Atlas duda, pero luego su brazo se posa sobre mi hombro.

Cálido y firme.

—Damien, suaviza un poco la expresión. Necesitamos algo menos intenso.

Esto es menos intenso.

Toman la foto de todos modos.

Atlas se agacha, acercando la boca a mi oreja. —¿Estás bien?

La comisura de mi boca tiene un espasmo. Tiene todo un contrato que dice exactamente dónde puede tocarme y, aun así, quiere asegurarse de que estoy cómodo. —Sí.

—¡Eso ha sido genial! —vuelve a decir el fotógrafo.

—Muy bien —llama Joanna desde un lado—. Probemos con una configuración sentados.

Nos movemos. Diferentes ángulos. Diferentes poses.

En un momento dado, Atlas y yo estamos sentados en un sofá. Atlas se recuesta contra los cojines, con una pierna estirada y la otra apoyada en el suelo.

—Damien, siéntate en el espacio entre las piernas de Atlas.

Me siento, más lejos de Atlas de lo que probablemente debería.

—Damien... —empieza el fotógrafo.

Atlas le interrumpe. —Yo me encargo.

Probablemente se dé cuenta de que estoy al límite. Sus manos son suaves mientras me acerca a él.

—Voy a tocarte las piernas.

Asiento.

Me pasa una de las piernas sobre la suya. —Mantén un pie en el suelo y apóyate contra mi otra pierna. Sé que es raro, pero quedará bien en las fotos.

—Vale. —Oigo el clic de la cámara mientras me recoloca con las manos.

—Sí, así —Atlas sonrío y mira al fotógrafo.

—¡Eso está bien! Hablad entre vosotros —sugiere el fotógrafo—. Haced que parezca real.

Atlas resopla antes de mirarme. —¿Cómo estás hoy?

—Estresado.

Se ríe, y su sonrisa le ilumina la cara. —Ya, se nota un huevo.

¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

Me paso una mano por el pelo por costumbre. —¿Tú cómo estás?

¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

—Atlas, los brazos detrás de la cabeza, por favor.

Atlas hace lo que le piden, su camiseta se levanta y deja ver unos abdominales definidos y un rastro de vello que se pierde bajo sus vaqueros. —No me puedo quejar. Tengo a un tío bueno entre las piernas que me está echando un ojo.

Me sonrojo y aparto la mirada de su vientre. —No sé si cuenta como echarte un ojo cuando me están ordenando que te mire.

Se ríe entre dientes. —Depende a quién le preguntes.

No respondo.

—Muy bien —dice el fotógrafo—. Probemos algo más íntimo.

Ambos nos ponemos de pie, estirando el cuerpo.

—Vale, poneos uno al lado del otro. Atlas, inclínate un poco. Damien, no te apartes.

Casi me río. Atlas se acerca más.

Esta vez su brazo se desliza por mi espalda. Con cuidado. Medido. Como si comprobara cada movimiento con las líneas que acordamos.

Puedo sentir su calor a través de la tela de su camiseta.

El ascenso y descenso constante de su respiración.

—Miraos el uno al otro —dice el fotógrafo.

Lo hago. Y esta vez, no aparto la mirada de inmediato.

—Mantened eso —murmura el fotógrafo.

La cámara hace clic.
Y por un segundo...
Todo lo demás se desvanece.
Sin luces.
Sin gente.
Sin contrato.
Solo...
Él.

—Damien —lo llama el fotógrafo—, inclina un poco la cabeza hacia Atlas.

Lo hago.

—Atlas, acércate.

Lo hace.

Más cerca.

Más cerca que antes.

Lo suficiente como para sentir su aliento cuando exhala.

—Perfecto —murmura el fotógrafo.

¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

—Vale —continúa el fotógrafo, con un ligero cambio en la voz—. Vamos a probar con un beso.

Todo se detiene. Atlas en realidad se queda helado.

Es tan sutil que cualquiera lo pasaría por alto. Pero yo no.

Porque es la primera vez en todo el día que no se adapta de inmediato. Su mano se tensa un poco en mi espalda.

—Solo si los dos estáis cómodos —añade Joanna desde un lado, tan tranquila como siempre.

Atlas exhala en silencio.—Sí —dice, pero ya no suena tan fluido como antes—. Sí, nosotros... eh...

No termina la frase. Y por primera vez desde que empezó todo esto, me mira como si no estuviera seguro.

Debería decir algo, pero no lo hago.

En su lugar, doy un paso más. Cierro el último centímetro que nos separa. Los ojos de Atlas parpadean, sorprendidos, rápidos y afilados.

No le doy demasiadas vueltas. Si lo hago, no lo haré. Esto forma parte del trabajo. Así que tomo el control antes de que él me lo

quite.

Llevo la mano al lateral de su cuello: firme, deliberada, dentro de los límites de lo que acordamos.

Su piel está caliente bajo mi palma.

—¿Así bien? —murmuro, repitiendo sus palabras de antes.

Él asiente.

Y entonces le beso.

Probablemente sea el beso más suave que he dado nunca. Normalmente no soy delicado. Llevo a hombres a mi piso y los devoro. Necesito el subidón, el calor, la fricción de sentirme vivo. Pero con Atlas solo guío su boca con la mía, con cuidado.

La cámara dispara de inmediato.

Atlas no se aparta; responde. Me lleva las manos a la cara, con cuidado de no encerrarme. Su boca está cálida y suave sobre la mía, y sabe a menta.

Soy yo quien se aparta primero, sin aliento. Nervioso.

Atlas parpadea una vez. Luego otra. Tiene las mejillas sonrojadas y me mira con expresión aturdida. Un leve rubor le sube por el cuello, y parece un poco menos impecable de lo habitual.

Es... inesperado.

—Joder —resopla el fotógrafo—. Ha sido perfecto.

Doy un paso atrás y bajo la mano.

—He sacado unas fotos buenísimas —añade, hojeando ya las imágenes en la pantalla de la cámara—. Es exactamente lo que necesitábamos.

Joanna parece satisfecha.

Atlas se pasa una mano por el pelo y exhala despacio.—Sí —murmura—. Genial.



La lluvia aporrea el asfalto fuera del estudio. Probablemente debería haber mirado el parte meteorológico antes de venir andando esta mañana. Joder.

Me quedo un momento bajo el toldo, mirando cómo cae, dudando si me importa lo suficiente como para llamar a un taxi.

—Por favor, dime que no has venido andando.

Miro por encima del hombro.

Atlas se acerca trotando por detrás, la chaqueta a medio poner, el pelo ya deshaciéndose de lo que sea que la estilista le ha hecho antes. Vuelve a parecer relajado, como si la sesión no le hubiera afectado, como si pudiera salir de ese tipo de atención sin llevarse nada de ella encima.

—He venido andando —digo.

—¿Con esto? —Hace un gesto hacia la lluvia.

—Antes no llovía.

Mira a la calle y luego vuelve a mirarme.—Déjame llevarte a casa.

Mi primer instinto es decir que no.

No me gusta necesitar nada de nadie, y no acepto ayuda si no es imprescindible.

Pero la lluvia es constante, de esa que te cala en cuestión de minutos, y no me apetece lidiar con eso esta noche.

—Vale —digo.

Su expresión cambia; algo más ligero se instala en su postura.—El coche está por aquí.

El coche de Atlas no es lo que esperaba.

No está impecable, ni brillante, ni parece cuidado al milímetro por aparentar. Se ve usado, vivido, como si perteneciera a alguien que no pierde el tiempo preocupándose por lo que dice de él.

Hay una sudadera tirada en el asiento de atrás, un par de botellas de agua vacías rodando por el suelo y una pila de cuadernos de bocetos amontonados junto al lado del copiloto. Entre las páginas asoman papeles, algunos deslizándose por los bordes, ligeramente doblados.

Entonces me fijo en los varios gorros de lana esparcidos por el coche.

De distintos colores, distintos tamaños; algunos doblados con cuidado, otros hechos una bola en una esquina como si los hubieran tirado ahí sin pensarlo. Uno tiene un pompón tan absurdo que consigue retener mi atención más de la cuenta.

Atlas me pilla mirando cuando se sienta.

—¿Qué? —pregunta.

Cojo uno de los gorros y lo hago girar entre los dedos.—¿Tienes un fetiche secreto con el punto que deba saber?

Se ríe, un sonido fácil y sin filtro, como si de verdad hubiera dicho algo inesperado.

—No —dice, negando con la cabeza mientras arranca el coche—. Los hace mi hermana. Se aburre y no sabe cuándo parar.

Dejo el gorro donde estaba.—No sabía que tenías hermana.

Me lanza una mirada rápida antes de incorporarse al tráfico.—Sí. Es más pequeña.

Tiene sentido. Me recuesto en el asiento, mirando la lluvia deslizarse por el parabrisas.—¿Qué va a pensar tu familia de que estés saliendo conmigo? —pregunto.

La pregunta suena casual por fuera, pero estoy muy pendiente de cómo responde.

Atlas no tarda mucho en contestar.—Mi padre probablemente habría tenido algo que decir al respecto —dice, con voz firme—. Pero está muerto, así que ya no tengo que escucharle.

No hay un cambio dramático en el tono, ni vacilación, solo una afirmación expuesta como un hecho.

Lo observo un segundo.—Lo siento.

Se encoge de hombros, una mano suelta en el volante.—No lo sientas. Era un cabrón.

La brusquedad de la frase pesa más que cualquier otra cosa que haya dicho hoy. Aparto la vista hacia el parabrisas, porque entiendo ese peso mejor de lo que me gustaría.

Las imágenes aparecen sin avisar.

Una mano alzada demasiado deprisa.

Una voz que no necesitaba ser alta para dar miedo.

El tipo de casa en la que aprendes pronto qué no decir, qué no hacer, cómo moverte de manera que no llames la atención.

Y más allá de eso...

Algo más frío.

Menos indulgente. Otro tipo de control, uno que no finge preocuparse por nadie.

Lo corto antes de que vaya a más.

—Ya —digo en voz baja.

—Hace tiempo que soy el hombre de la casa —añade Atlas al cabo de un segundo—. No es tan dramático como suena. Solo significa que me encargo de las cosas.

Ahí hay más. Lo noto, pero no lo explica, y yo no pregunto. Me recuesto un poco, estudiándolo por el rabillo del ojo. Siempre he dado por hecho que Atlas se movía por el mundo sin fricción. Que hablaba con facilidad, reía con facilidad, dejaba entrar a la gente sin pensárselo dos veces.

Nunca se me ocurrió que quizá hubiera tenido que ganarse eso. Que tal vez no le saliera de forma natural. Lo hace parecer más real, menos como alguien construido enteramente de soltura y seguridad en sí mismo.

No esperaba que eso me importara.

El coche se queda en silencio un minuto, la lluvia llenando el espacio donde podría haber conversación.

Luego Atlas carraspea un poco.—¿Puedo preguntarte una cosa?

Lo miro de reojo.—Lo vas a hacer igual.

Suelta una respiración breve, algo muy parecido a una sonrisa tocándole los labios.—Justo —vacila un segundo, lo cual no es típico en él—. ¿Por qué te sientes tan... incómodo con el contacto físico? —pregunta.

No lo formula como una acusación. Solo quiere entender.

No me lo pienso demasiado para contestar.—Mi padre también era un cabrón.

Atlas no insiste. No pide detalles ni me mira como si intentara encajar piezas que yo no le he dado. Solo asiente una vez, como si mi respuesta bastara.

—Lo siento —dice al cabo de un momento.

Me encojo ligeramente de hombros.—No lo sientas.

No discute.

En lugar de eso, mueve la mano —lo bastante despacio como para que vea venir el gesto— y la apoya con ligereza en mi rodilla. Espero apartarme, pero no lo hago. El contacto es firme, no

intrusivo, sin ponerme a prueba. Simplemente está ahí. Y, por algún motivo, no me dispara ninguna alarma.

No me pone los hombros rígidos ni me cierra el pecho. Se siente cálido... y seguro.

El resto del trayecto pasa sin mucha conversación. Para cuando nos paramos frente a mi edificio, la lluvia ha aflojado, pero las calles siguen resbaladizas, reflejando las luces de la ciudad en líneas rotas.

Atlas pone el coche en punto muerto, pero no lo apaga enseguida.—Eh —dice.

Lo miro.—¿Qué?

Me sostiene la mirada, un poco tímido.—Lo de hoy... —dice, y luego se corrige un poco—. En la sesión. La forma en que te tocaba... ¿eso estuvo bien?

No hay nada de defensivo en su tono. Solo quiere saberlo.

Me reclino en el asiento, pensándolo un segundo.—Sí —respondo—. Estuvo bien.

Parte de la tensión abandona su postura.—Bien.

Lo observo un segundo más.

Luego...

—Sin embargo, besas fatal.

Las palabras me salen antes de que pueda pensarlas.

Gira la cabeza hacia mí despacio, como si no estuviera seguro de haber oído bien.—¿Damien Harrow acaba de hacer una broma?

Abro la puerta antes de que pueda decir nada más.—En tus sueños.

Salgo al aire húmedo y cierro la puerta tras de mí, sin esperar a ver su reacción.

La siento igual.

Y por primera vez desde que empezó todo esto, no me arrepiento de haber compartido un momento con él.

Eso es nuevo.

No me permito quedarme demasiado rato con esa sensación como para averiguar por qué.

ATLAS

Antes no prestaba atención. Esa es la mentira que me cuento, al menos. Porque no hay forma de que haya... empezado a notar cosas sobre él de la nada.

Mis ojos no pueden dejar de gravitar hacia el maldito de Damien Harrow, como si fuera un asteroide atrapado en su órbita.

Siete días de entrenamientos, vestuarios, cruzarnos en los pasillos y sentarnos uno frente al otro durante las reuniones como si nada hubiera cambiado.

Como si no hubiéramos firmado un contrato que reescribió la forma en que se supone que debemos existir el uno cerca del otro.

Como si no hubiera dejado que me besara.

Como si no hubiera tomado el control con tanta facilidad que todavía hace que se me revuelva el estómago si lo pienso demasiado tiempo.

Intento no pensar en ello, pero su dichosa boca consume cada uno de mis pensamientos. He besado a mucha gente, sobre todo a mujeres y una vez a una drag queen en un brunch. Pero Damien...

Hoy he llegado a la pista veinte minutos antes, lo cual es inusual en mí, ya que normalmente me estoy poniendo la camiseta sobre el hielo con al menos dos minutos de retraso.

Pero no estoy aquí por mí. Estoy aquí porque—

La puerta se abre.

Justo a tiempo.

Damien entra exactamente veinte minutos antes del entrenamiento, como hace todos los días.

Mismo paso. Misma expresión. Misma presencia tranquila y controlada, como si el mundo se doblegara ante él en lugar de ser al revés.

Ahora me doy cuenta. Antes no, o quizá sí pero no me importaba. Pero ahora me importa.

Me apoyo en la pared, con los brazos cruzados, fingiendo que solo estoy estirando, matando el tiempo, no esperándolo. Él no me mira, a pesar de que mi presencia prácticamente le está suplicando que lo haga.

Se mueve por el espacio como si estuviera vacío, como si nadie mereciera el esfuerzo de un saludo a menos que lo obliguen. Yo solía obligarlo: bromas, comentarios, cualquier cosa que pudiera lanzarle para obtener una respuesta.

Ahora dudo, lo cual es nuevo.

Y muy irritante.

Deja su bolsa en su sitio y empieza a quitarse la sudadera sin decir palabra.

Observo la forma en que sus hombros rotan ligeramente cuando se mueve. Su mandíbula se tensa cuando alguien se ríe demasiado fuerte al otro lado de la habitación. Incluso veo el pequeño y casi imperceptible tic bajo su ojo que me dice que está incómodo o irritado. Lo he estado viendo toda la semana cada vez que la sala se vuelve demasiado ruidosa. Demasiado abarrotada. Demasiado intensa.

No sé por qué me doy cuenta.

—Connors —dice él, sin levantar la vista.

Parpadeo. —¿Sí? —Me despego de la pared, intentando sonar normal.

Me lanza una mirada penetrante, examinándome de arriba abajo como si estuviera evaluando algo.

Me arden las mejillas.

—Has llegado temprano —comenta con parsimonia.

—Tú también —replico.

—Yo siempre llego temprano. Tú eres el que todavía se está poniendo los patines cuando empieza el entrenamiento. —Esboza una media sonrisa.

Sonríó ligeramente. —Quizá he venido para verte a ti.

Su expresión flaquea, solo un instante, como si no esperara esa respuesta.

Rayos, yo tampoco la esperaba. Pero todo el mundo tiene que creer que nos gustamos, incluso nuestros compañeros. Así que un poco de coqueteo en el vestuario no puede hacer daño... ¿verdad?

—Se te da fatal ligar. —Damien se quita la camiseta por el cuello.

Mis ojos bajan a su cuerpo musculoso. Una manga completa de tatuajes decora su brazo derecho. Debo de haberla visto mil veces antes, pero ahora me fijo de verdad. Es un barco en una tormenta siendo arrastrado por un calamar gigante. Hay tinta que asoma por detrás de sus calzoncillos, pero está tan baja que no alcanzo a distinguirla.

Me encojo de hombros. —Se me da de maravilla ligar.

Me lanza una mirada seca antes de abrocharse las protecciones, tapando mi asiento de primera fila para el espectáculo de sus músculos.

Mi mirada vuelve a bajar, esta vez a su boca: arco de Cupido, labios rosados y carnosos. Mi mente divaga hacia la imagen de besarlos contra las taquillas. Me pregunto qué tipo de sonidos emitiría.

Aparto la vista de inmediato. Madre mía. ¿Qué me pasa?

Ha pasado una semana y, de algún modo, ese único beso ha reprogramado algo en mi cerebro que no parezco poder apagar.

Porque ahora cada vez que habla, cada vez que mueve los labios, recuerdo exactamente cómo se sintieron.

Suaves.

Cálidos.

Me paso una mano por la cara.

—¿Estás bien? —Damien tiene el ceño fruncido con... ¿es eso preocupación?

Céntrate.

—Entrenamiento en cinco minutos —grita el entrenador desde el otro lado de la sala.

Gracias a Dios.

—Sí, sí. Estoy bien.

El entrenamiento debería arreglar esto. Normalmente quema las ganas si patino hasta que siento que los pulmones me van a colapsar y mis piernas no tienen energía para pensar en hacer nada más.

Excepto que hoy no está funcionando.

—Connors, ¿estás bien? —grita Carter cuando fallo un pase.

—Estoy genial —le respondo, forzando una sonrisa—. Solo trato de mantener las cosas interesantes.

—Lo que estás haciendo es que sean terribles.

—Lo mismo da.

Carter tiene razón. Estoy descentrado.

Cada movimiento es medio segundo más lento de lo que debería ser. Cada broma parece forzada.

Y sé exactamente por qué.

Porque cada vez que Damien se acerca, soy hiperconsciente de él.

De dónde está.

De lo cerca que está.

De lo que está haciendo.

Es una distracción.

Es estúpido.

Es—

—¡Atlas!

Vuelvo en mí justo a tiempo para atrapar el disco antes de que me golpee en el pecho.

—Concéntrate —murmura Damien al pasar patinando por mi lado.

—Lo estoy —le grito.

—No lo parece.

—Quizá es que eres una distracción —le suelto.

Eso provoca una reacción. La comisura de su boca se eleva.

No es una sonrisa, pero está lo bastante cerca como para afectarme más de lo que debería. Se me revuelve el estómago.

Solo está interpretando el papel que le han contratado para representar.

—Lo dudo —dice él.

Suelto un suspiro, impulsándome con más fuerza de la necesaria. Casi fallo otro pase.

—Connors, ¿qué demonios te pasa? —espeta el entrenador.

—Lo tengo —digo rápidamente, recuperándome.

El entrenamiento se arrastra... o quizá vuela. No lo sé. El tiempo se vuelve extraño cuando tu cerebro no se calla sobre el hecho de besar a tu compañero de equipo.

Para cuando finalmente tenemos un descanso, estoy más agotado de pensar que de cualquier otra cosa.

Me detengo cerca de las vallas, tomando aire.

Damien patina hasta ponerse a mi lado. —¿Qué te pasa hoy? —pregunta.

Le miro. —Nada.

—Pues me has engañado.

—Estoy bien.

—Estás descentrado.

Me encojo de hombros. —Mala noche.

Eso ni siquiera es mentira. Estuve despierto con Grace hasta las tres de la mañana mientras ella vomitaba hasta las tripas.

Él me estudia un momento, como si tratara de descifrar algo.

Me pregunto si lo nota.

Si se da cuenta de que de repente me cuesta estar cerca de él.

Dios, espero que no.

—Gran noche la de hoy —añado rápidamente, cambiando de tema—. ¿Estás listo para tu gran debut, novio?

Suelta un breve resoplido. —No me llames así.

Sonríó. —¿Qué? Es exacto.

Niega levemente con la cabeza, como si yo fuera agotador. —Solo no dejes que sea raro —dice él.

Jadeo con fingida sorpresa. —Damien, me ofendes.

—Solo he dicho que no sea raro.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué estás tan tenso? —pregunta él.

—No estoy tenso —respondo de inmediato.

—Lo estás.

—No lo estoy.

—Lo estás.

—Vale, quizá un poco —admito, levantando una mano—. Pero no es...

Me interrumpe. —¿Por qué?

Abro la boca y luego vuelvo a cerrarla.

Porque no tengo una respuesta que esté dispuesto a decir en voz alta.

Porque no sé cómo explicar que él es el motivo.

Que estar a su alrededor se siente diferente ahora. No sé qué hacer con eso.

Así que, en lugar de eso, me encojo de hombros. —Es la primera vez que salgo con un compañero de equipo. Y con un hombre —digo—. Me parece algo por lo que vale la pena estar un poco tenso.

Parpadea. —Relájate. Todo irá bien.

—En ello estoy.

Él sonríe burlonamente. —¿Qué —añade, con la voz un poco más baja—, necesitas un beso para calmarte?

Está bromeando. Tiene que estarlo.

Pero Damien Harrow no bromea.

—Cállate —digo, con el calor subiéndome por el cuello.

Él suelta una risa silenciosa.

Y algo en mi pecho da un vuelco ante esa pequeña sonrisa en su cara.

Eso es nuevo. Ese no es el tipo que apenas me tolera. Me siento estúpido e irracionalmente... feliz.

Me separo de las vallas antes de poder entrar más en barrena. —Vamos —murmuro—. Terminemos el entrenamiento antes de que me ponga más en evidencia de lo que ya lo he hecho.

—Demasiado tarde —dice él.

Miro hacia atrás.

Todavía me está mirando, con esa misma casi sonrisa persistiendo en su boca.

—Sí —digo, negando con la cabeza—. Eres graciosísimo.

—Lo sé.



El coche ya está esperando cuando bajo las escaleras.

Negro. Elegante. Cristales tintados tan oscuros que no se puede ver el interior. El tipo de coche que no pertenece a un aparcamiento normal a menos que alguien importante vaya a salir de él.

Me detengo a unos metros, soltando un suspiro silencioso.

—Muy bien —murmuro—. Allá vamos.

El conductor sale y abre la puerta trasera sin decir palabra. Me deslizo dentro y de repente se me olvida cómo actuar como una persona normal. Damien ya está dentro, recostado contra el asiento de cuero como si estuviera tallado en mármol. Traje oscuro, perfectamente ajustado. El cuello abierto lo justo para parecer despreocupado, aunque sé que probablemente alguien pasó demasiado tiempo haciendo que pareciera así.

Su pelo está peinado, pero sin pasarse. Sigue pareciendo él mismo, solo que... más impecable.

Más refinado.

—Vaya —digo antes de poder contenerme.

Sus ojos se dirigen a los míos. —¿Qué?

—Te sienta *realmente* bien arreglarte.

Su expresión no cambia mucho, pero hay un cambio ahí. Pequeño. Casi divertido. —Eso ya lo has dicho.

—Ya, bueno. —Me encojo de hombros, acomodándome en el asiento frente a él—. Sigue siendo verdad.

Entonces me examina.

Lentamente.

Deliberadamente.

La piel me arde bajo su mirada.

—Tú también estás guapo —dice él.

—Gracias —murmuro, ajustándome la manga de la chaqueta como si de repente no supiera qué hacer con las manos.

—¿A ti también te ha enviado Joanna a un estilista —pregunta con ironía— o es que yo soy el que peor viste del mundo?

Parpadeo sorprendido ante la pregunta y luego me río. —Esa es tu segunda broma de hoy —digo, señalándole—. Ahora estoy llevando la cuenta.

—No lo hagas.

—Demasiado tarde.

La comisura de su boca se eleva y algo en mi pecho vuelve a dar ese estúpido vuelco.

El coche empieza a moverse, suave y silencioso; la pantalla de privacidad se desliza entre el conductor y nosotros con un suave zumbido.

Damien apoya la cabeza en el respaldo del asiento, con los ojos entrecerrados, pareciendo... relajado. Más relajado de lo que lo he visto en toda la semana. Sus hombros no están tan tensos. Su mandíbula no está apretada. Es como si en el momento en que salimos de la pista, algo en su interior se hubiera aflojado. No digo nada porque no quiero estropearlo.

Viajamos en silencio durante unos minutos y entonces lo oigo.

Voces.

Gritos.

Cámaras haciendo clic.

La postura de Damien cambia de inmediato.

Es sutil, pero lo siento.

Sus hombros se tensan y su mano se cierra ligeramente sobre su muslo.

Noto ese pequeño tic cerca de su ojo.

Miro por la ventana para ver a los paparazzi y a los fans clamando. Hay una multitud congregada fuera del restaurante, con los teléfonos ya en alto, y los flashes disparándose incluso antes de que se abra la puerta.

—Vale —digo en voz baja.

Él no responde, solo mira al frente.

Me giro hacia él, cogiéndole la rodilla con suavidad.

—Podemos con esto —digo—. ¿De acuerdo? Solo sígueme la corriente.

Su mandíbula se tensa. —Bien.

El conductor sale y nos abre la puerta.

El ruido nos inunda. Me muevo primero.

Porque tengo que hacerlo.

Porque si dudo, se encerrará en sí mismo y nunca saldrá.

Salgo al caos, las luces me golpean de inmediato, las voces se alzan.

—¡Atlas! ¡Atlas, por aquí!

—¿Es verdad? ¿Vosotros dos...?

Saludo y sonrío, sin soltar la mano de Damien mientras lo guío hacia el interior.

En el momento en que entramos, la atmósfera cambia.

No es solo la iluminación cálida o el murmullo de las conversaciones que llena el restaurante. Es la conciencia de que nos están observando. Un fotógrafo de una de las revistas deportivas más importantes está apostado cerca de la entrada, captando las llegadas a medida que los jugadores entran con sus parejas. Los flashes son más suaves que los de las cámaras de los paparazzi, más controlados, pero aun así hacen que todo parezca deliberado, como si cada movimiento importara.

Mantengo mi mano entrelazada con la de Damien mientras caminamos, obligándome a permanecer relajado a pesar de que el pulso se me ha acelerado un poco.

No llegamos muy lejos antes de que Patrick nos vea. Está a mitad de una conversación en la barra, pero en el segundo en que sus ojos aterrizan en nuestras manos unidas, su atención cambia por completo.

—Esperad un momento —dice, interrumpiéndose mientras se gira hacia nosotros—. ¿Por qué llegáis juntos vosotros dos?

Abro la boca, tratando de pensar cómo introducir el tema con suavidad, pero Damien responde antes de que yo pueda decir una palabra.

—Nos hemos estado viendo —dice con tono calmado y uniforme, como si estuviera afirmando algo obvio—. Lo mantuvimos en secreto

durante unos meses. Pensamos que ya era hora de hacerlo oficial.

Giro la cabeza hacia él, completamente desprevenido. ¿Unos meses? No es algo que hubiéramos discutido. Pero Damien no me mira, no comprueba si le estoy siguiendo la corriente. Simplemente sigue ahí parado como si este hubiera sido siempre el plan.

Así que me adapto.

—Sí —añado, forzando mi voz para que suene ligera y natural—. No queríamos montar un espectáculo antes de tener las cosas claras entre nosotros.

Patrick parpadea como si su cerebro estuviera procesando la información con retraso. —Un momento —dice—. ¿Qué?

Carter oye eso y se asoma de inmediato desde su asiento en la barra. —Un momento, ¿qué? —repite en nombre de Patrick, esta vez más alto.

Alex se une con la misma rapidez, ya sonriendo. —Ni de broma. ¿Desde cuándo?

Las preguntas empiezan a acumularse antes de que pueda responderlas.

—¿Desde cuándo te van los tíos? —pregunta Carter, señalándome como si esto fuera de algún modo culpa mía.

Alex suelta un bufido. —Sí, Atlas, ¿nos has estado ocultando eso?

Me encojo de hombros, intentando que todo parezca casual. —Supongo que sí.

Patrick vuelve a mirarnos a ambos, todavía tratando de procesarlo. —Damien, parece que odias a todo el mundo la mitad del tiempo. ¿Cómo has ocultado esto?

—No odio a todo el mundo —dice Damien con sequedad.

Alex se ríe. —Tienes cara de mala leche siempre que estás cerca de él.

—Es que tiene esa cara siempre —añade Carter.

—Eh —intervengo, sonriendo mientras intento cambiar el ambiente—. Sed buenos.

Los tres sueltan un «uuuuuh» como si fueran críos de primaria.

—Oh, mierda. Papá Atlas sale a proteger a su churri. —Patrick me agarra del hombro con una gran sonrisa.

—Puaj, no me llames así —me río.

—A no ser que te llames Damien... —bromea Alex.

Carter niega con la cabeza, sin dejar de sonreír. —Solo digo que ya era hora. Llevas meses tonteando con Damien.

Se me corta el aliento. —No he...

—Claro que sí —interrumpe Alex—. Todos lo vimos.

Antes de que pueda defenderme, Sarah, la mujer de Carter, se inclina desde donde ha estado observando todo el intercambio con evidente diversión.

—Vale —dice, señalándolos a todos—. Probablemente por esto no se lo han dicho a nadie.

Eso los calla más rápido que cualquier otra cosa.

Patrick levanta las manos. —Yo solo hago preguntas.

—Los estás interrogando —lo corrige Sarah.

—¡Es una gran revelación!

—Y lo estás empeorando.

Carter se ríe, echándose un poco para atrás. —Vale, vale. Nos portaremos bien.

—Por ahora —murmura Alex.

Niego con la cabeza y suelto un suspiro mientras miro a Damien.

Sigue pareciendo completamente imperturbable. No hay vacilación en él, ni dudas, ni una reacción visible a la atención. Se queda ahí de pie como si esto fuera fácil, como si nada de esto le afectara en absoluto.

Es impresionante.

También me pone un poco nervioso.

—Vamos —le digo, dándole un ligero codazo—. Sentémonos antes de que se les ocurra algo peor.

La cena se transforma en algo más manejable después de eso.

La conmoción inicial se desvanece, las conversaciones se dispersan de nuevo y la gente vuelve a sus mesas, aunque no sin lanzar alguna que otra mirada en nuestra dirección. Es sutil, pero perceptible. Todo el mundo sigue intentando encajar las piezas, tratando de decidir cuánto tiempo lleva pasando esto delante de sus narices.

Yo soy el que más habla. Esa parte me sale de forma natural, y Damien me deja manejarla sin interrupción. Interviene cuando es

necesario, añadiendo lo justo para que la mentira sea creíble, pero por lo demás permanece en silencio, dejando que la dinámica se asiente por sí sola. Funciona mejor de lo que debería.

Y en algún momento en medio de todo, empiezo a darme cuenta de cosas que no había captado antes. El equipo de Joanna realmente lo ha dado todo con él. Damien lleva un traje blanco con una camisa negra de botones debajo; el contraste hace que todo en él sea más nítido, más deliberado. Es elegante, pero no de una forma que parezca forzada. Sigue pareciendo él, solo que refinado de una manera que no le había visto antes.

Me quedo mirándolo más tiempo del que pretendo. Entonces me fijo en sus orejas: unos pendientes pequeños, tan sutiles que probablemente no los habría visto si no le estuviera prestando ya demasiada atención.

Parpadeo, sorprendido. No sabía que llevaba las orejas perforadas. Siento que es algo de lo que debería haberme dado cuenta.

Lo cual no tiene ningún sentido.

Apenas lo conozco.

Aun así, el detalle se me queda grabado.

Aparto la mirada antes de que se vuelva obvio que lo estoy mirando fijamente y cojo mi bebida.

Cuando vuelvo a dejar el vaso, mi mano roza su rodilla por debajo de la mesa. Dudo un momento.

Luego la dejo ahí.

Me inclino ligeramente hacia él, manteniendo la voz baja para que nadie más me oiga. —¿Está todo bien?

Gira la cabeza lo justo para mirarme, con una expresión indescifrable por un segundo.

Entonces dice, en voz baja: —Soy tu novio. Puedes tocarme donde quieras.

Las palabras me golpean con más fuerza de la que deberían.

Lo siento de inmediato: ese vuelco en el pecho, la forma en que a mi cerebro le cuesta procesar lo que acaba de decir.

Antes de que pueda responder, Patrick se inclina hacia mí. —¡Oh, Dios, el tonto! —Hace una arcada—. Por favor, no folléis en el

vestuario —dice, completamente en serio—. No necesito ver eso.

Damien pone los ojos en blanco.

Alargo el brazo y le doy un puñetazo en el brazo a Patrick. —¿Qué te pasa? —pregunto.

—Estoy estableciendo límites —insiste Patrick.

—Pues establécelos en otro sitio.

Carter se ríe por lo bajo en su copa mientras Alex parece estar intentando no empeorar las cosas.

Sarah niega con la cabeza. —Sois agotadores.

El momento pasa, pero mi mano se queda donde está. Damien no la aparta. Eso es lo que no dejo de notar en todo esto: no se aparta; no se tensa. Simplemente deja que suceda.

La noche se alarga a partir de ahí, la conversación se relaja a medida que se sirven más copas. La tensión se desvanece en algo más fácil, algo que casi parece normal si no pienso demasiado en ello. Para cuando nos levantamos para irnos, el ambiente en la sala es más suave, menos nítido en los bordes.

Damien camina a mi lado mientras salimos, firme... hasta que deja de serlo.

Tropieza ligeramente, lo justo para chocar conmigo.

Lo sujeto automáticamente, mi mano se posa en su costado sin pensar.

—¿Estás bien? —pregunto, bajando la voz.

Exhala, y se le escapa algo parecido a una risa silenciosa. —Estoy bien.

No aparto la mano de inmediato. Él tampoco se aleja.

Por un momento, nos quedamos así, de pie, más cerca de lo necesario, el ruido del restaurante desvaneciéndose a nuestro alrededor. Y en algún lugar en el fondo de mi mente, se instala un pensamiento para el que no tengo una buena respuesta. Esto ya está empezando a parecerse menos a una actuación de lo que debería. Y todavía no estoy seguro de lo que eso significa.

No conseguimos salir de allí de rositas. Debería haberlo sabido.

En el segundo en que las puertas se abren y el aire de la noche nos golpea, el ruido ya está ahí, más fuerte que antes, más agresivo ahora que la historia ha salido a la luz. Los flashes de las cámaras no

cesan, las voces se solapan, la gente se abalanza lo justo para que la seguridad los contenga.

—¡Atlas! ¡Damien!

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

—¿Es de verdad?

Aprieto automáticamente mi agarre en la cadera de Damien, guiándolo hacia delante.

Ahora está más callado. No es su silencio habitual: está más tenso, controlado de una manera que reconozco de antes, como si todo en él se mantuviera en su sitio a la fuerza.

—Ya casi estamos —murmuro en voz baja.

No responde, pero sus dedos se curvan ligeramente alrededor de los míos.

Es suficiente.

Avanzamos más rápido.

—¡Esto es falso!

El grito lo atraviesa todo.

Agudo. Fuerte. Deliberado.

Me detengo.

Un tipo cerca de la barrera se inclina hacia delante, sonriendo como si acabara de decir algo ingenioso.

—¡Solo lo hacéis para llamar la atención! —añade—. ¡Si es de verdad, bésalo!

Se produce una onda expansiva entre la multitud: risas, curiosidad, cámaras que cambian de dirección.

Aprieto la mandíbula.

—Que te jodan —le suelto antes de poder contenerme.

Es automático.

Protector.

Poco inteligente.

La seguridad se acerca un poco más, tratando de que sigamos avanzando, pero el daño ya está hecho. Más voces se hacen eco, repitiéndolo, alimentándolo.

—¡Bésalo!

—¡Sí, demuéstalo!

Ni siquiera vuelvo a mirarlos.

Simplemente tiro de Damien hacia delante. —Vamos —digo, en voz baja y firme—. No les hagamos caso.

Llegamos al coche.

El chófer ya está abriendo la puerta.

Suelto a Damien el tiempo justo para ayudarlo a entrar.

Se mete sin decir palabra.

Lo sigo inmediatamente, deslizándome en el asiento y cerrando la puerta tras nosotros.

El ruido se amortigua.

Por un segundo, todo lo que oigo es mi propia respiración.

—Siento lo de ahí fuera —empiezo, girándome hacia él—. No quería...

Antes de que pueda terminar la frase, Damien se mueve hacia delante, apoyando una mano en el asiento y agarrándome el hombro con la otra.

Entonces está en mi regazo, sus rodillas aprisionando mis caderas contra el asiento.

Mi cerebro no reacciona a tiempo.

Mis manos suben instintivamente, agarrando sus caderas para estabilizarlo, y el aire se me escapa del pecho por la sorpresa.

—Qué...

No responde. Simplemente me besa.

No como antes. No hay medida ni control. No hay nada de cuidadoso en esto.

Su boca se estrella contra la mía, firme e insistente, como si estuviera demostrando algo, como si todavía tuviera el control incluso cuando todo lo demás se le escapa.

Mi agarre se tensa en sus caderas, atrayéndolo más hacia mí sin pensar, anclándolo ahí como si necesitara que se quedara. Su respiración se entrecorta ligeramente contra mi boca, y se oye un sonido bajo, apenas perceptible, pero suficiente para enviarme un escalofrío por la espalda.

Mis dedos se clavan en su espalda, arrugando su bonita camisa.

Su lengua se desliza en mi boca, incitando a la mía a entrar en la suya. Joder, sabe a vino y a ese sorbete de limón que nos sirvieron en el restaurante.

Vuelve a gemir, mordiéndome el labio. Esto ya no es para las cámaras.

Mi cabeza se inclina instintivamente, profundizando el ángulo, el contacto, el...

Cristo, pierdo la noción de todo lo demás.

El coche.

La multitud.

El hecho de que se supone que debemos parar una vez que estemos fuera de la vista del restaurante.

No lo hacemos.

Seguimos.

Su mano se desliza hacia arriba, sus dedos se enredan en mi pelo y lo agarran lo justo para anclarme, para mantenerme ahí. El culo de Damien empieza a restregarse contra mí, y toda mi sangre fluye a mi polla.

Gracias a Dios que la mampara de privacidad del coche está subida, o me sentiría fatal por el chófer.

Lo acerco de nuevo, mis manos se deslizan hacia abajo para ahuecar su culo, sosteniéndolo ahí como si no confiara en que el momento desapareciera si aflojaba el agarre.

Se mueve contra mí.

Joder, joder, joder. Estoy duro como una piedra.

Mis manos se flexionan, tensándose instintivamente de nuevo mientras intento controlar la situación, a mí mismo, a...

—Damien... —rompo el beso lo justo para articular la palabra, mi respiración entrecortada—. Joder, lo siento.

Mi cabeza se inclina ligeramente hacia atrás contra el asiento mientras intento respirar, pero él me sigue, su boca todavía ahí, todavía... *Dios*. Gimo contra él, empujando mi erección contra su culo. Me pregunto si me dejaría quitarle la camisa. Me pregunto si me enseñaría ese tatuaje que tiene tan abajo en la ingle que tendría que desnudarse para que pudiera verlo.

No es así como esperaba que terminara la noche.

Mis manos viajan a su cara mientras lo empujo hacia los cojines del asiento.

Cómo se siente.

Cómo se mueve.

La forma en que yo... oh, joder. Soy bisexual, ¿verdad?

Inspiro hondo, finalmente apartándome lo justo para hablar, mi voz más áspera de lo que pretendía. —Lo siento —consigo decir, más bajo ahora—. No... esto es... —Ni siquiera sé por qué me estoy disculpando.

Sus rizos oscuros, antes impecables, ahora están alborotados. Sus mejillas están teñidas de rosa, sus labios hinchados.

Quiero besarlo de nuevo. Y quizás algunas otras cosas, pero el bulto gigante de mis pantalones está entre nosotros como un puto elefante en la habitación. Me aparto de él, recolocándome dentro de los pantalones.

—Lo siento. Sé que era para las cámaras, pero me he... —¿Qué? ¿Dejado llevar? ¿Puesto tan cachondo que quería follarte en este coche en marcha?

Se incorpora, el vino hace que sus ojos adquieran un brillo suave. Si sigue mirándome así, puede que me corra en los pantalones.

—Me ofendería que no reaccionaras a eso. —Sus ojos están en mi entrepierna.

Parpadeo.—Eso es... —Suelto un bufido, medio risa, medio algo completamente distinto—. Eso no ayuda.

Su boca se contrae ligeramente. No llega a ser una sonrisa, pero es algo más afilado y peligroso.

—Relájate —murmura, su voz más baja ahora.

Sus manos recorren mis muslos, subiendo más y más, hasta que siento mi polla doler hacia ellas.

—Dame, vamos. Me estás matando. —Me río a medias.

Miro por la ventana; probablemente estemos a veinte minutos de mi casa.

Su mano se frota contra mí, y joder, sé que es una mano experta.

Un gemido vergonzoso se escapa de mi garganta.

—Siempre supe que la tenías grande, pero esto... —Damien me acaricia de nuevo a través de los pantalones—. Es una agradable sorpresa.

Mis piernas se separan instintivamente. Me aflojo la corbata, intentando encontrar algo que hacer con las manos. —En ninguna parte del contrato dice que puedas torturarme.

Damien echa un vistazo por la ventana. —Creo que veo algunas cámaras. Montemos un espectáculo.

Sus dedos desabrochan mi cinturón rápidamente, tropezando ligeramente con los botones de mis pantalones. ¿Qué coño estoy haciendo? Probablemente debería parar esto. Decir que esto está cruzando un límite y dar por terminada la noche.

Pero joder, quiero ver cómo se ve con mi polla en su garganta.

Sus manos me la sacan, acariciando suavemente mi verga hacia arriba. Echo la cabeza hacia atrás contra el asiento de cuero, intentando mantener los sonidos embarazosos al mínimo. Normalmente soy muy ruidoso, pero me moriría si el conductor supiera lo que estamos haciendo aquí detrás.

La lengua de Damien recorre la costura de mi polla antes de tragármela por completo, lo cual es toda una hazaña. Las mujeres han intentado chupármela, y ha estado bien, ¡no me malinterpretéis! Pero esto —Damien— es otra cosa.

Tararea contra mí, haciendo que mi polla se contraiga contra su lengua. Entrelazo mis dedos en sus rizos desordenados, y son tan suaves como imaginaba. Damien parece relajarse mientras se empuja más abajo por mi polla, encajándola por completo en su garganta.

—Joooooder. —Me cubro los ojos con la palma de la mano.

Damien me aprieta los muslos como si estuviera complacido de haber provocado tal reacción en mí. Quiero tocarlo, pero no sé si él quiere que lo haga. No puedo saber qué coño se supone que es esto. Si fuera falso, probablemente se habría inclinado y fingido correrme para las cámaras. Hacerme una mamada no estaba en el contrato, pero no voy a decir que no.

Añade su mano a la mezcla, persiguiendo su rastro de saliva por mi verga mientras trabaja el glande con la boca.

—Damien, voy a... deberías ir más despacio. —Jadeo como un perro en celo. Mi piel me pica por quitarme esta ropa sofocante y sentir cada parte de Damien.

Damien no para. Si acaso, mis palabras lo animan a ir cada vez más rápido, hasta que me estoy corriendo en su garganta. Hundo los dientes en mi puño para no gemir demasiado alto. Su garganta se contrae a mi alrededor como si estuviera... oh, joder, ¿está *tragando*? Necesito salir de este coche antes de empezar a besarlo otra vez.

Cuando me suelta, me la vuelve a meter con cuidado en los pantalones y abrocha los botones mientras yo observo.

No me mira a los ojos, simplemente se limpia las comisuras de la boca y dice: —No creo que la gente dude de nosotros ahora. Nos seguía un coche de paparazzi.

Inmediatamente, mi corazón da un vuelco en mi pecho. —Bien pensado.

—¿Ha sido demasiado? Me he sentido mal por haberte puesto duro, así que quería echarte una mano. —Damien se ajusta la ropa, como si esto fuera solo un rollo más para él.

¿Se sintió mal, así que me hizo una mamada? ¿Es este el mismo Damien con el que he estado jugando durante más de un año? Quiero decir, sabía que le gustaba divertirse, pero supongo que no entendía que el sexo no era algo íntimo para él.

Me sonrojo, apenas capaz de mantener mis pensamientos en orden. —No, ha estado... eh. Sí, ha estado bien.

—Bien. —Damien finalmente me mira a los ojos entonces, esa tímida casi-sonrisa asomando a su boca—. Además, te has redimido. Besas genial.

Me río. No puedo creer que esto esté pasando. —¿Tú crees?

Se recuesta en su asiento. —No lo diría si no lo pensara, Connors.

Ah, sí, ahí está el Damien que conozco.

El coche para frente a mi piso, y una parte de mí está a punto de pedirle a Damien que entre conmigo, pero no lo hago.

Salgo del coche, quedándome junto a la puerta abierta un instante antes de tirar de Damien hacia mí por la chaqueta del traje y besarlo profundamente. Él emite un sonido de sorpresa, pero se derrite inmediatamente bajo mis labios.

Cuando nos separamos, digo en voz baja contra su boca: —Para las cámaras.

DAMIEN

La luz del sol atraviesa mis finas cortinas y cae sobre mis ojos. Dios, me duele la cabeza. Tardo un segundo en recordar por qué. Estoy desnudo, despatarrado en la cama, y no recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

Me quedo quieto un momento, mirando al techo mientras mi cerebro intenta ponerse al nivel de mi cuerpo. La luz que se filtra por la ventana es demasiado brillante, y la sorda presión tras mis ojos hace que todo parezca ir con un poco de retraso, como si fuera un paso por detrás de mis propios pensamientos.

Joder, odio tener resaca. Me paso una mano por la cara y me incorporo; la sábana se desliza hacia abajo mientras me quedo ahí sentado, tratando de reconstruir lo que pasó anoche.

Primero viene la cena. Esa parte es fácil: el restaurante, el equipo, la forma en que toda la velada se convirtió en algo más grande de lo que se suponía que debía ser. Recuerdo las preguntas, las bromas, la atención constante que nos persiguió a Atlas y a mí desde el segundo en que entramos.

Exhalo lentamente, presionando los dedos contra la sien mientras intento avanzar más allá de esa parte. El resto tarda más en

aparecer. Vuelve en pedazos en lugar de en una línea nítida. *El coche.*

Atlas apoyado en el asiento, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, la corbata lo bastante floja como para que pareciera menos pulcro y más real de lo habitual. Me detengo ahí, porque esa imagen es más clara que cualquier otra cosa.

Estaba guapo. No solo presentable o bien arreglado, sino genuinamente guapo de una manera que resultaba más difícil de ignorar de lo que debería. El traje negro, su forma de comportarse, la manera en que todo el mundo volvía a él durante la noche como si fuera lo más fácil de la sala en lo que centrarse...

Me muevo un poco en la cama y aprieto la mandíbula mientras el resto del recuerdo me alcanza.

Después vienen las bromas. Carter y Alex no paraban de insistir, haciendo chistes sobre Atlas tonteando, sobre que le gustaba yo, sobre lo obvio que era todo. Recuerdo que le resté importancia en su momento, pero algo de eso se quedó grabado. Se instaló en algún lugar bajo mi piel y permaneció allí. Suelto un suspiro silencioso cuando llega la siguiente parte, ahora más nítida, ya inevitable.

El coche. Dios mío, el coche. La forma en que el momento cambió sin previo aviso, pasando de ser algo controlado a algo imposible de contener.

Me inclino hacia delante, con los codos en las rodillas, mirando al suelo. —Vale.

Una oleada de calor me sube por la nuca y se convierte en algo más pesado en el pecho.

No me avergüenzo fácilmente. Ese sentimiento no es algo con lo que lidie a menudo, así que no lo tolero bien cuando sucede.

Esto es diferente. No es solo un tropezón o una decisión inoportuna. Es algo que dejé que ocurriera sin pensarlo bien. Algo que debería haber detenido... y no lo hice.

Me enderezo un poco, pasándome una mano por el pelo mientras intento dar al recuerdo una forma manejable. —Ha sido un error —digo, pero las palabras suenan más flojas de lo que pretendía.

Porque no son del todo ciertas. Sabía lo que estaba haciendo, aunque no pensara en las consecuencias.

Esa es la parte que no me cuadra. Yo no pierdo el control; lo ejerzo con mano dura.

No dejo que las cosas escalen sin haberlo decidido de antemano.

Anoche no decidí nada. Simplemente reaccioné.

Quería besarle y lo hice. Simple.

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro, necesitando moverme aunque no tenga a dónde ir. Porque no fue solo el alcohol. No fue solo la situación. Fue él.

Atlas estaba increíble anoche y no pude ignorarlo. Había algo en su forma de comportarse, algo en su manera de responder a todo lo que pasaba a nuestro alrededor, que hacía que fuera fácil fijarse en él más tiempo del debido. Se mostraba protector y enfadado y vulnerable. Y lo único que yo quería hacer era sentarme en su regazo y hacer que se derritiera contra mí.

Me dirijo al baño y me meto bajo la ducha, dejando que el agua salga más fría de lo habitual.

No ayuda a calmar el deseo que pulsa en mi interior. Tampoco ayudó anoche.

Recuerdo haber estado aquí de pie, intentando resetearme, intentando despojarme de lo que fuera que me quedara de lo del coche y convertirlo de nuevo en algo sencillo. Pero no funcionó, así que me corrí pensando en Atlas con la corbata floja y su boca sobre la mía.

Cierro el grifo después de unos minutos y me seco rápido, poniéndome un pantalón de chándal mientras vuelvo al dormitorio. Me desplomo en la cama boca abajo.

¿Qué diablos voy a decirle hoy?

Podría pedirle perdón.

Esa sería la opción más limpia.

Podría culpar al alcohol, a la presión, a la situación, y zanjarlo antes de que se convierta en algo más difícil de gestionar. Eso mantendría este acuerdo bajo control.

Predecible.

Temporal.

O podría ignorarlo.

Tratarlo como nada más que una extensión de lo que ya estamos haciendo y seguir adelante sin reconocerlo en absoluto. Eso sería más fácil en este momento.

Pero también dejaría demasiadas oportunidades para que volviera a ocurrir.

Exhalo lentamente contra la ropa de cama. —No se suponía que esto fuera tan complicado.

Me levanto de nuevo, cojo una camiseta y me la pongo mientrasuerzo mis pensamientos hacia algo más estructurado.

¿Por qué estoy tan tenso? Hago cuentas y me doy cuenta de que han pasado tres semanas desde la última vez que me follaron en condiciones.

Esa revelación me golpea más fuerte de lo que esperaba. No soy ningún adicto al sexo, pero joder, me gusta tener una rutina, y ahora esa rutina está jodida por culpa de este contrato.

Ese tipo de presión se acumula, lo reconozca o no, y lo de anoche fue el resultado de eso.

—Eso es todo lo que ha sido.

Cojo el móvil de la mesita de noche, intentando distraerme. Cometo el error de abrir las redes sociales y tardo menos de un segundo en arrepentirme.

Mis notificaciones están inundadas. Etiquetas, menciones, artículos, vídeos... todo se centra en una sola cosa, y nada es sutil. Los titulares especulan sobre los tiempos, sobre la química, sobre si esto ha estado ocurriendo entre bastidores durante más tiempo del que nadie imaginaba. Algunos tienen fotos de anoche. Todos tienen opiniones.

Navego durante unos segundos y luego me detengo. No tiene sentido revisarlo todo. La narrativa ya ha cobrado vida propia y no hay nada que pueda hacer para controlarla ahora.

Bloqueo el teléfono y lo tiro sobre la cama.

Vibra de inmediato, como si no soportara la idea de que deje de mirarlo.

Las notificaciones del chat de grupo del equipo inundan la pantalla. Dudo, pero lo abro.

Los mensajes se mueven tan rápido que tengo que subir para ponerme al día.

Carter: **Sabía que la cosa estaba mal, pero no sabía que tanto.**

Patrick: **que alguien explique lo que acabo de ver**

Alex: **no, es que estoy llorando**

Hay un vídeo adjunto.

Sé que no debería abrirlo, pero lo hago de todos modos.

El clip está granulado, claramente grabado desde fuera del coche, con un ángulo que no lo muestra todo pero sí lo suficiente para que sea obvio lo que está pasando. Se ve a Atlas con la cabeza echada hacia atrás contra el asiento, la expresión perdida, con un lenguaje corporal que revela más de lo que la cámara debería haber captado. Se muerde el puño. El recuerdo de él corriéndose en mi boca hace que mi polla se agite en mis pantalones.

A mí no se me ve.

En absoluto.

El vídeo se corta pronto, pero el daño ya está hecho.

Miro la pantalla un segundo antes de cerrarla. Por supuesto que alguien nos vio. Por supuesto que eso es lo que ha llegado a internet. El chat estalla de nuevo.

Patrick: **¿¿DÓNDE ESTÁS TÚ EN ESE VÍDEO, DAMIEN??**

Alex: **se ha esfumado**

Carter: **parece que Atlas está teniendo una revelación**

Patrick: **¿tienes hoy la mandíbula rota o qué?**

Exhalo lentamente por la nariz, sin inmutarme a pesar de que algo tenso se está gestando bajo la superficie. Por esto mismo evito llamar la atención. Nunca se queda en lo superficial. Se convierte en especulaciones, bromas y gente rellenando huecos en los que no deberían meterse.

Antes de que decida si responder, otro mensaje cae en el chat.

Atlas: **dejadlo ya. para entonces ya lo habían dejado en su casa**

Lo leo una vez.

Y otra vez.

Es mentira.

Una muy obvia.

Y, sin embargo, me afecta de forma distinta a la que esperaba.

No tenía por qué decir nada. Podría haberlo ignorado, haber dejado que siguieran hablando. En lugar de eso, les ha cortado el rollo y me ha protegido.

El chat cambia de objetivo casi de inmediato.

Alex: **¿así que estabas tú solo en el coche de esa guisa?**

Patrick: **¿¿tío??**

Carter: **¿¿estás bien??**

Alex: **¿te quedaste ahí sentado pensando en la vida?**

Atlas responde rápido esta vez.

Atlas: **callaos. ha sido una noche difícil.**

La conversación se desvía a partir de ahí, pasando a algo menos directo, menos centrado en mí.

Me recuesto un poco contra el cabecero, con el móvil todavía en la mano. No estoy acostumbrado a que la gente intervenga así, protegiéndome...

Mi móvil vuelve a vibrar.

El mismo chat.

Carter: **un momento, he encontrado algo mejor**

Aparece un enlace.

Alex: **NO ME LO CREO**

Patrick: **mamá, tengo miedo.**

Carter: **de nada**

Abro el enlace y encuentro un «fanfiction» erótico de Atlas y yo follándonos en el vestuario de los Tigers.

Lo leo por encima lo justo para entender por dónde va antes de detenerme en una frase particularmente... interesante.

—«Arrodíllate para mí», dijo Damien. Atlas obedeció, mirando fijamente la polla de su amo.

Qué asco.

Vuelvo al chat de grupo.

Yo: **¿Doy la impresión de que me vendría el rollo de amo y esclavo?**

Carter: **¿¿TE LO HAS LEÍDO??**

Patrick: **sí, papi Damien**

Mi móvil vuelve a vibrar: un mensaje de Atlas, fuera del grupo. Lo abro.

Atlas: **¿estás bien?**

Me quedo mirando el mensaje un segundo. Está preocupándose por mí. Eso me hace sentir algo diferente de lo que debería.

Le respondo antes de pensarlo demasiado.

Yo: **No puedo creer que el escritor me haya puesto de activo.**

Hay una pausa. Lo suficientemente larga como para saber que lo está leyendo dos veces.

Entonces...

Atlas: **¿vale?**

Me echo un poco hacia atrás, mirando la pantalla.

Por supuesto que no lo pilla a la primera. Lo intento de nuevo.

Yo: **Normalmente ese no es el papel que suelo tener yo...**

Aparece la burbuja de escritura. Desaparece. Vuelve a aparecer. Y luego desaparece del todo.

Espero con una pequeña sonrisa en la cara. Me pregunto si lo entenderá o si voy a tener que enseñarle a qué me refiero.

Atlas: **oh**

Atlas: **OH**

Me lo imagino con demasiada facilidad: el momento en que le cae la ficha. Cómo probablemente le cambia la expresión, cómo tiene que procesarlo unos segundos. Exhalo en silencio, algo parecido a la diversión escapándose a pesar de mí.

Atlas: **acababas de decirme eso a las 10 de la mañana**

Tecleo de vuelta sin dudar.

Yo: **Tú has preguntado**

Atlas: **he preguntado si estabas bien**

Yo: **Lo estoy. Gracias por preocuparte.**

Atlas: **obvio**

Atlas: **sería un novio bastante de mierda si no comprobara cómo estás cuando han filtrado nuestro vídeo porno.**

Yo: **¿Tú crees que eso era un vídeo porno?**

Las burbujas aparecen y desaparecen un rato, como si estuviera intentando decidir qué decir.

Luego...

Atlas: **¿quieres enseñarme uno mejor?**

Joder... ¿está coqueteando? ¿*Estoy* coqueteando yo? Debo de estar más salido de lo que pensaba.

Me recoloco un poco contra el cabecero, mirando la pantalla fijamente. No suelo ligar así. Yo voy a un tío en la barra y le pregunto si quiere venir a casa conmigo. No suelo provocar ni pinchar a la gente para ver cómo reacciona. Y desde luego no lo disfruto.

Pero con él...

Yo: **es demasiado pronto para estar hablando así, Atlas**

Mi móvil vuelve a vibrar.

Atlas: **has empezado tú :)**



El vestuario huele a sudor, a equipación húmeda y a algo levemente metálico cuando entro.

Es familiar de una forma que no requiere pensar. El murmullo bajo de las conversaciones, el sonido de las taquillas abriéndose y cerrándose, y el chirrido de los bancos contra el suelo se colocan a mi alrededor. Es el tipo de entorno donde todo es predecible, estructurado y fácil de controlar.

Es exactamente lo que necesito después de esta mañana.

Me muevo por el espacio sin implicarme, dejo la bolsa en mi sitio de siempre y me quito la camiseta por la cabeza. Mi cuerpo sigue notándose un poco raro, la resaca sigue ahí lo justo como para frenarme, pero tiro para adelante concentrándome en el proceso.

Desnudarme. Ponerme el equipo. Ignorar todo lo demás. Funciona durante unos minutos. Luego aparece Atlas.

Llega tarde, como suele, entrando en la sala con la tranquilidad de alguien que no ha tenido a nadie esperando. Durante unos días ha entrenado a la vez que yo, cosa en la que me había fijado, pero que no comenté. Supongo que ahora ha vuelto a su patrón de siempre.

Cruza el vestuario sin dudar y se para a mi lado.—Hola, cariño —dice lo bastante alto para que nos oigan los compañeros.

Antes de que pueda reaccionar, sus labios rozan mi hombro desnudo. El contacto es breve, cálido y casual de una forma que se siente deliberada.

Agarro mi camiseta con desesperación entre las manos.

—¿Qué tal has dormido? —me dedica una sonrisa fácil que hace que se me desboque el corazón.

Me quedo mirando al frente un momento, desprevenido a pesar de todo. La familiaridad en su tono no encaja con el hecho de que es la primera vez que estamos en la misma habitación desde anoche.

—Bien. La palabra me sale plana, pero a él no parece importarle.

Sonríe, satisfecho con mi respuesta, y se aparta como si no hubiera habido nada extraño en esa interacción.—Bien.

Luego se da la vuelta y empieza a quitarse la ropa, pasando por su rutina con la misma facilidad que aplica a todo lo demás. Debería ignorarle. Ese era el plan, pero ahora mis ojos no dejan de intentar echarle un vistazo a la piel morena.

Atlas siempre ha estado en forma, algo esperable dado el trabajo, pero verle así, sin la distracción del movimiento o de la conversación, hace que sea más difícil restarle importancia. Tiene los hombros anchos, un cuerpo definido sin ser exagerado, y todo en él parece funcional más que algo de postureo. Tiene unas cuantas cicatrices en los brazos de golpes malos en el hielo. Y entonces mi mente se va a la imagen de mí metiéndome su enorme polla en la boca. Sus manos enredadas en mi pelo.

Aparto la mirada enseguida y alargo el brazo hacia mi equipo, obligándome a moverme más rápido. Cuanto antes esté vestido, antes podré dejar de fijarme en cosas que no importan.

—Muy bien —grita el entrenador desde la puerta unos minutos más tarde. El vestuario se calma. Nos mira a todos, con los brazos cruzados y un gesto neutro que deja claro que está a punto de decir algo importante.—Me da igual quién sale con quién —dice—. Eso es cosa vuestra, y sigue siendo cosa vuestra mientras mantengáis la profesionalidad. Algunos se remueven, ya divertidos. La mirada del

entrenador se afila un poco.—Pero después de ver el vídeo de anoche, no voy a convertir este vestuario en un espectáculo —continúa—. Lo que hagáis, lo hacéis en otro sitio. Aquí no se flirtea.

Se escapan unas cuantas risas bajas por la sala.

El mensaje es claro, aunque el tono esté controlado. No es una advertencia real —al fin y al cabo, sabe que nuestra relación es falsa—, solo lo justo para mantener los límites sin escalar la situación.

—En el hielo en cinco —añade.

El entrenamiento me da algo en lo que concentrarme. El movimiento, la repetición y el esfuerzo físico empujan el ruido de mi cabeza al fondo. Durante un rato, basta. Hasta que Atlas empieza a darme vueltas.

Cada vez que se acerca, cada vez que se cruzan nuestros caminos, cada vez que su voz corta por encima del resto del ruido, le noto de una forma en la que antes no lo hacía. Es sutil, pero está ahí. Cuando el entrenamiento termina, estoy más firme físicamente, pero aún tengo la cabeza demasiado llena.

Vuelvo al vestuario y empiezo a quitarme el equipo, centrándome otra vez en la rutina.

Por el rabillo del ojo veo a Joanna entrando por la puerta. Llama a Atlas y él va sin dudar.

El resto del equipo se va dispersando rápido después de eso, las conversaciones se reanudan mientras salen, se hacen planes, su energía alejándose de la intensidad estructurada del entrenamiento.

Yo me siento muerto. Tengo los músculos agotados y una migraña martilleándome en el borde del cerebro. Esta resaca va a matarme.

Voy a las duchas con la esperanza de deshacer los nudos de la espalda. El agua esta vez sale caliente y la dejo correr por los hombros mientras me quedo ahí más tiempo del necesario. El calor ayuda de una forma en la que el frío de antes no lo ha hecho, aflojando la tensión que llevo bajo la piel desde anoche.

Oigo abrirse otra vez la puerta del vestuario, seguida de pasos. No me giro. La gente entra y sale de aquí todo el tiempo. Ruedo los hombros bajo el agua humeante.

—Eh. La voz de Atlas suena más grave de lo normal.

—¿Qué pasa? —dejo que el agua me caiga por el pelo, echándolo hacia atrás para mirarle por encima de la pared de la cabina, cuidando de mantenerle de espaldas.

—Acabo de hablar con Joanna... Se queda a medias, un rubor subiéndole por el cuello. Está sin camiseta, solo lleva unas mallas de compresión. Tiene pelo oscuro en el pecho que baja en una línea fina por el estómago.

—¿Y?

—Quiere una foto de vestuario —dice—. Algo borroso. Sugerente, pero no obvio.

Por supuesto que la quiere.

—Vale —respondo. Y como debo de estar loco, hago otra pregunta—. ¿Cómo crees que tendría que ser? —le echo una mirada de reojo.

Me está mirando fijo, los ojos deslizándose por mi espalda desnuda y por mi culo. Le oigo acercarse y luego se mete en la ducha detrás de mí. No me giro. Tengo el corazón martilleando de expectación.

El espacio se siente más pequeño de inmediato, lleno por su presencia de una forma difícil de ignorar. Me pasa las manos alrededor de la cintura, despacio, con intención, dándome tiempo de sobra para apartarme si quisiera.

No lo hago.

—Tengo un par de ideas —murmura en mi oído.

Se me tensan los músculos bajo su contacto, el corazón latiéndome fuerte en los oídos.—Enséñame.

Las palabras me salen más bajas de lo que pretendía.

Sus labios rozan mi cuello, el contacto ligero al principio, luego más seguro cuando repite el gesto. Inclino la cabeza, ofreciéndole más piel. Me muerde la clavícula y enseguida pasa la lengua para calmar el escozor. Se me escapa un gemido, lo que hace que Atlas me apriete más contra él.

Me recorre una conciencia aguda, inmediata y difícil de ignorar. Apoyo ligeramente las manos en la pared, intentando centrarme mientras lo asimilo.

Su reacción es inmediata.

Su mano se mueve un poco en mi cintura, tirando de mí más cerca mientras su boca baja de mi cuello a mis labios. El contacto es más lento que anoche, más controlado, como si estuviera atento de dónde está la línea en lugar de cruzarla sin pensar.

El calor de la ducha nos envuelve, el vapor lo bastante denso como para desdibujar los bordes de todo lo demás.

Su mano baja por mi cadera, los dedos rozando el pelo en la base de mi polla. Se me cae la cabeza hacia atrás contra su pecho.

—Atlas...

Él emite un sonido satisfecho, lamiendo mi cuello hasta llegar al oído mientras su mano cierra el puño alrededor de mi rabo. Bombea una vez, dos. El agua caliente y su agarre firme hacen que me endurezca en su mano. Presiona su gran erección contra la parte baja de mi espalda y yo me restriego contra él. Joder, ojalá estuviera desnudo. Igual eso se puede arreglar.

—Tengo que subir el nivel si quiero que esto parezca convincente. Atlas empieza a masturbarme más rápido.—Yo nunca... No he hecho esto antes.

Cojo aire bruscamente, arqueando la espalda contra él.

—¿Te gusta? —afloja el ritmo, se escupe en la mano y vuelve a llevársela a mi polla dolorida.

No respondo, pero le agarro la muñeca, temiendo los sonidos que pueda sacarme. Atlas me muerde el lóbulo de la oreja, y su mano acelera.

—Sí. Mi respiración sale entrecortada.—Sí. No pares.

Su boca vuelve a mi cuello, chupando y lamiendo hasta que estoy seguro de que parece que un pulpo me ha estrangulado a gusto.

Mi mano viaja a tientas hacia atrás, bajándole los pantalones a Atlas. Él inmediatamente me encaja la polla contra la piel desnuda, y su otra mano sube a pellizcarme un pezón.

—Oh, *joder*. Se me quiebra la voz.

—He visto cómo me mirabas antes. Como si te estuvieras acordando de algo. Atlas recoloca las caderas para meter el tronco de su polla entre mis nalgas.—¿Has estado pensando en mí? —me estampa otro beso baboso en el cuello—. Di que sí, por favor.

Sus caderas empiezan a embestirme de una forma que parece inconsciente. Su polla presiona contra mi agujero.

—Córrete en mi mano para que pueda usarlo para follarte —gime Atlas en mi oído, como si lo necesitara tanto como yo.

Entonces la puerta del vestuario vuelve a abrirse.

Las voces se cuelan dentro, lo bastante cerca como para que la situación vuelva a hacerse real.

Atlas se aparta enseguida.—Mierda —murmura.

Sale rápido de la ducha, coge una toalla y se mete en la cabina de al lado como si no hubiera pasado nada.

Yo me quedo donde estoy, la polla palpitando por el asunto a medias. El agua me cae por encima mientras las voces de fuera vuelven a convertirse en ruido de fondo normal.

Miro a Atlas, la vista bajando. Su polla está larga y dura bajo el agua. Levanto la mirada hasta sus ojos, y él sonríe como si acabáramos de compartir un secreto.

ATLAS

Me marchó demasiado rápido. Es lo primero que registro mientras cruzo las puertas del vestuario, todavía poniéndome la camiseta por la cabeza, con la bolsa colgando a medias de mi hombro. Apenas me he dado tiempo a secarme, y sé que me he saltado pasos que normalmente no me saltaría, pero quedarme en las duchas ni un segundo más me parecía una decisión peor.

Porque si me hubiera quedado, no habría parado.

Llego a mi coche y tiro la bolsa en el asiento del pasajero antes de deslizarme en el del conductor, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. El silencio me golpea de inmediato, pesado y cerrado, y durante un segundo me quedo ahí sentado con ambas manos en el volante, mirando al frente como si eso pudiera resetear algo en mi cabeza.

No lo hace.

—Vale —murmuro, soltando el aire poco a poco—. Eso... no ha sido inteligente.

No en el vestuario. No donde cualquiera podría haber entrado en cualquier momento. Y, sin embargo...

Me echo hacia atrás en el asiento y me paso una mano por el pelo, cerrando los ojos un instante. Las gotas de agua en sus

pestañas mientras se apoyaba en mí. La sensación de su piel resbaladiza y caliente contra la mía. Dios, la mirada suave de su rostro mientras dejaba que lo tocara.

Damien no me detuvo. El pensamiento me sobresalta. No porque esperara que lo cortara en seco, sino porque esperaba cierta resistencia, alguna duda, algo que me recordara dónde estaba la línea.

Pero se quedó.

Se dejó llevar.

Dejó que me acercara de una manera que no parecía parte de la actuación.

Se me tensa la mandíbula ligeramente cuando el recuerdo se vuelve más nítido: la forma en que sus manos se apoyaban contra la pared, la forma en que inclinó la cabeza lo justo para darme acceso, la forma en que respondió en lugar de apartarse.

—Cristo —exhalo en voz baja, abriendo los ojos de nuevo.

No debería estar pensando en él de esa manera. No debería estar repitiendo lo que pasó en las duchas como si valiera la pena conservarlo en la memoria. Pero lo estoy haciendo. No puedo evitarlo. Quiero decir, él empezó enviando esos mensajes coquetos esta mañana.

Suelto una carcajada silenciosa entre dientes, sacudiendo levemente la cabeza.

Ese no suele ser el papel que me toca interpretar.

Ni siquiera lo entendí al principio, lo cual lo hace peor. Tuve que leer su mensaje dos veces antes de que captara la indirecta, y cuando lo hice, me afectó más de lo que debería. No debería haber sido más que una broma. En cambio, me puse a fantasear con él.

Ese mensaje se me quedó grabado en la cabeza toda la mañana, apareciendo en los peores momentos posibles, distrayéndome de formas que no me hacían ninguna gracia. Hasta que no pude dejar pasar el momento a solas en las duchas.

Tamborileo con los dedos contra el volante, intentando redirigir mis pensamientos.

—Céntrate —murmuro.

Hay un partido en dos días. Uno en el que de verdad debemos dar la talla si queremos mantener el impulso de esta temporada. Eso debería ser suficiente para mantener la cabeza en su sitio.

Me muevo un poco en el asiento y vuelvo a tensar la mandíbula.

Damien sigue ahí, instalado en el fondo de mi mente como algo que no consigo apartar del todo. No es solo una cuestión física. Eso sería más fácil. Eso tendría *sentido*. ¡Sí, solo es un tío con el que me estoy acostando! ¡No es para tanto!

Pero es *él*. Es su forma de mirar las cosas, la forma en que se mueve por los espacios como si ya supiera exactamente dónde está parado, la forma en que te deja entrar lo justo para hacerte creer que lo entiendes antes de volver a retroceder.

Y hoy no ha retrocedido, al menos no de la forma en que suele hacerlo. Durante unos segundos en esa ducha, me ha parecido que toda esa distancia se iba por el desagüe y he visto algo debajo que no se suponía que debía ver.

Exhalo lentamente, apretando las manos con más firmeza contra el volante.

Arranco el coche y salgo del aparcamiento antes de quedarme allí más tiempo, dejando que el movimiento me dé otra cosa en la que concentrarme. El trayecto al hospital es familiar. Automático.

Me da tiempo para respirar, para dejar que el ruido de mi cabeza se asiente en algo más tranquilo, algo que pueda manejar sin quedarme atrapado en ello. Para cuando entro en el garaje del hospital, he empujado a Damien lo suficientemente al fondo como para poder funcionar de nuevo.

No se ha ido, solo está bajo control. Con eso basta.

Cojo mi bolsa y entro; el familiar olor del hospital me golpea en cuanto cruzo las puertas. Es limpio, penetrante y constante de una manera que siempre obliga a poner todo lo demás en perspectiva. Esto es lo real.

Todo lo demás puede esperar.

—¡Atlas!

Apenas paso la recepción antes de oír mi nombre.

Dos enfermeras me saludan con la mano, sonriendo como si supieran algo que yo no sé.

—Aquí está —dice una de ellas. Laura, creo—. Has sido tendencia toda la mañana.

Suelto un quejido bajo, frotándome la nuca. —Por favor, no empecéis.

—Oh, vamos a empezar —dice la otra, riendo—. ¿Ahora tienes novio?

Sacudo la cabeza, dirigiéndome ya hacia los ascensores. —No voy a hablar de esto aquí fuera.

—¡Venga, suéltalo! —me grita Laura mientras me alejo.

Las puertas del ascensor se cierran antes de que puedan seguir.

Me apoyo en la pared un segundo, exhalando despacio.

El trayecto en ascensor es silencioso, lo cual agradezco más de lo habitual. Me da unos segundos para respirar, para apartar esa conversación de mi mente antes de entrar en la habitación de Grace.

—Holaaaaaaa —digo al abrir la puerta.

Grace está sentada en la cama, con el brazo extendido mientras una doctora comprueba sus constantes vitales, con el manguito de la presión arterial envuelto en su brazo y el estetoscopio ya colocado. Mi madre está cerca, observando atentamente, y por un segundo considero dar media vuelta y volver más tarde.

Pero Grace me ve de inmediato.

Se le ilumina toda la cara. —Ah, menos mal —dice—. Ya estás aquí.

Entro, dejando que la puerta se cierre tras de mí mientras suelto la bolsa cerca de la silla y me desplomo en ella como si no hubiera dormido en tres días.

—También habría aceptado un «¡hola, Atlas!» o un «¿cómo estás, encantador hermano mío?». Pero supongo que con un «ya estás aquí» servirá.

La Dra. Marrs me lanza una breve mirada, dedicándome una sonrisa educada antes de volver a centrarse en Grace. —¿Cómo nos sentimos hoy? —pregunta.

—Médicamente, regular. Mentalmente, fantásticamente —dice Grace, sin pretender siquiera que le importe la pregunta—. Atlas tiene novio.

Mi madre exhala suavemente, preparándose psicológicamente. — Grace —dice.

—¿Qué? —Grace nos mira a ambos, sin arrepentimiento alguno—. Es información importante.

La doctora mantiene una expresión neutral, pero veo que la comisura de su boca tiembla como si intentara no reaccionar.

—Acabo de llegar —digo, pasándome una mano por la cara—. ¿No podemos dejar esto para luego?

—¡Me he tenido que enterar por Instagram de lo de tu nuevo novio! Definitivamente, vamos a hablar de esto ahora —dice Grace.

El manguito de la presión se aprieta alrededor de su brazo con un suave sonido mecánico, pero ella apenas reacciona, demasiado concentrada en mí para que le importe.

—¿Cuándo lo conoceremos? —pregunta.

Gruño, dejando caer la cabeza contra el respaldo de la silla. — Esto no funciona así.

—Funciona exactamente así —rebate ella—. Tú apareces con un novio misterioso y a mí me toca interrogarte sobre él.

Mi madre se aclara la garganta. —Quizá deberías dejarle respirar, cariño.

—Ya ha respirado al menos treinta veces.

La Dra. Marrs finalmente vuelve a mirarme, esta vez con un interés más evidente. —A mí también me gustaría saberlo —dice con naturalidad, como si comentara el tiempo—. ¿Cuándo lo conoceremos?

Me la quedo mirando. —Se supone que usted es neutral —digo.

—Soy neutral —responde ella—. Pero también soy curiosa.

Mi madre aprieta los labios, intentando claramente no reírse.

—Esto es increíble —murmuro.

Grace se inclina un poco hacia delante, ignorando el manguito que aún rodea su brazo. —¿Es alto?

—Sí.

—¿Más alto que tú?

—No.

—¿Está bueno?

Dudo medio segundo. —Esa no es la pregunta que deberías hacer.

—O sea, que está bueno —dice ella de inmediato.

La Dra. Marrs tararea en señal de acuerdo. —Es bueno saberlo.

—No voy a responder a ninguna pregunta más —digo.

Grace me ignora por completo. —¿Desde cuándo pasa esto?

Me pellizco el puente de la nariz. —Desde hace poco.

—Define «poco».

—Gracie.

—Atlas.

Mi madre sacude la cabeza, interviniendo antes de que esto se convierta en un interrogatorio en toda regla. —Grace, estoy segura de que nos contará más cuando esté listo. No hay necesidad de este tercer grado.

El manguito de la presión se desinfla con un suave siseo y la doctora se lo retira, haciendo una nota rápida en su historial antes de volverse hacia Grace.

—Las constantes están bien —dice—. Los niveles de interrogatorio también son altos.

Grace sonríe. —Tengo que mantenerme en forma.

La Dra. Marrs asiente con seriedad. —Se nota. —Luego vuelve a mirarme—. Entonces —dice—, ¿cuándo lo conoceremos?

Las miro a ambas durante un largo segundo. Esto *no* está pasando.

Exhalo lentamente, repantigándome más en la silla. —Lo traeré pronto —digo, levantando una mano antes de que Grace pueda interrumpir—. Si todo el mundo se porta bien.

Grace jadea como si acabara de insultarla. —Yo siempre me porto bien.

—No es verdad ni de coña.

La Dra. Marrs se cruza de brazos, fingiendo considerarlo. —Podemos portarnos bien.

—Usted seguro que no puede, doctora —digo.

Ella sonríe. —Podemos intentarlo.

Mi madre finalmente ríe, sacudiendo la cabeza. —Por esto no nos dijiste nada, ¿verdad?

—Sí —respondo de inmediato.
Grace me señala. —Te encanta.
Sacudo la cabeza. —En absoluto.
—Sí que te gusta —insiste ella—. Estás sonriendo.
Borro la expresión de mi cara de inmediato. —No, no lo estoy haciendo.
—Lo hacías.
—Que no.
La doctora nos mira alternativamente, divertida. —
Definitivamente lo hacía.
—Traidora —murmuro.
Grace se recuesta contra sus almohadas, claramente satisfecha de sí misma. —Me muero por conocerlo.
Me paso una mano por el pelo, exhalando despacio. —Ya hay uno que no tiene ninguna prisa.



Los dos días siguientes transcurren de una manera que parece deliberadamente monótona.

No pasa nada.

Ni conversaciones nocturnas, ni comentarios sobre lo de la ducha, ni reconocimiento alguno del hecho de que algo ha cambiado entre nosotros. Nos movemos el uno alrededor del otro como siempre, volviendo a algo que en la superficie parece una rutina.

Es fácil fingir que el silencio se debe al próximo partido.

Tendría sentido.

Partido importante. Nervios a flor de piel. Jugadores concentrados.

Pero cada vez que lo veo de reojo, cada vez que pasa por mi lado sin detenerse, cada vez que hay un momento en que podríamos decir algo y no lo hacemos... lo noto. Esa pausa. Esa fuerza magnética.

Dejo que repose en el silencio.

El día del partido llega rápido.

El vestuario se siente diferente al entrar, más tenso de algún modo, como si nuestra energía no tuviera otro camino que hacia delante. Todo el mundo está más callado de lo habitual, concentrado a su manera, repasando las rutinas que nos han inculcado durante años.

Me siento en mi sitio y empiezo a poner cinta en mi palo, dejando que la repetición me tranquilice. Es entonces cuando me fijo en Damien.

Está al otro lado de la habitación, ya a medio vestir, moviéndose con la misma eficiencia de siempre. A primera vista, no hay nada raro en él; es decir, nada que llame la atención de alguien que no esté pendiente.

Su móvil no para de iluminarse.

Una y otra vez.

Las primeras veces lo ignora, pero no para. La pantalla parpadea contra el banco, y la vibración es lo suficientemente alta como para romper el ritmo silencioso del cuarto. Alcanzo a ver el identificador de llamadas cuando se enciende de nuevo.

Tu padre.

Se queda ahí un segundo antes de que la pantalla se apague. Entonces vuelve a iluminarse.

Tu padre.

Lo observo un momento más antes de decir nada.

—¿Estás bien? —pregunto.

No levanta la vista enseguida. —Sí —dice—. Estoy bien.

Suena automático al principio. Luego me mira, y durante un segundo, algo cambia.

Sonríe.

No es la versión afilada y controlada que he visto antes; no es la sonrisa seca, casi sarcástica, que usa cuando quiere esquivar algo. Esta es más pequeña.

Más silenciosa.

Real.

Me afecta más de lo que debería.

—Vale —digo, porque no confío en mí mismo para decir nada más.

Él asiente una vez y aparta la vista, cogiendo su teléfono y silenciándolo antes de dejarlo boca abajo en el banco.

El momento pasa.

Pero no se me va de la cabeza.

El camino hacia el hielo suena ruidoso, con voces que resuenan en el hormigón y el plástico, coreando nuestros nombres. El público ya está llenando las gradas, y el estruendo se cuela por el pabellón antes incluso de que salgamos. Nos golpea de golpe cuando cruzamos el túnel, el sonido elevándose y envolviéndonos como una ola.

Miro hacia arriba sin pensar. Veo varios carteles con mi nombre. Hay más de lo habitual. Entonces veo los que dicen: «¡Amamos a Amien!» y «Datlas para siempre». Mierda, tenemos un nombre de pareja.

Algunos son de apoyo, otros son de broma, y otros se nota que van en serio de una manera para la que no estaba preparado. Siento que Damien se mueve ligeramente a mi lado, lo suficiente para que me dé cuenta.

Levanto la mano y saludo brevemente al público, siguiéndoles el juego sin pensarlo demasiado.

Pero cuando toco el hielo, me olvido del público. Me concentro en el juego.

Porque una vez que el disco cae, nada más importa.

No hay un inicio lento, ni se tantea el ritmo. Ambos equipos salen agresivos, presionando fuerte desde el primer segundo, y me cuesta todo lo que tengo mantenerme a la altura.

Damien y yo entramos en sintonía casi de inmediato. No es algo que hayamos hablado o planeado. Simplemente sucede.

Cada pase se alinea, cada movimiento conecta y cada cambio de turno se siente más preciso de lo que debería.

Es como si las dos últimas semanas estando hiperconsciente de su presencia me hubieran hecho entender cómo juega, y cómo puedo jugar yo apoyándome en él.

El disco golpea mi palo y no dudo. Me muevo, atraigo a la defensa y se lo devuelvo a Damien sin mirar. Él está allí.

La jugada continúa, fluida y controlada, y el público reacciona a cada movimiento como si pudiera sentir cómo crece la tensión. No marcamos en esa jugada, pero marca el tono.

En el segundo periodo, es obvio. Jugamos como si lo hubiéramos hecho durante años.

No solo como compañeros de equipo. Algo más conectado que eso.

El tercer periodo es más ajustado. Tiene esa clase de presión que te fuerza a cometer errores si dejas que te afecte.

Yo no dejo que ocurra. Él tampoco.

Mantenemos el tipo, presionando cuando hace falta, retrocediendo cuando es necesario. Entonces aparece el hueco. Es pequeño. Casi nada, pero es suficiente.

Atrapo el disco cerca de las bandas y lo muevo rápido, atrayendo la atención lo justo para abrir espacio. Damien se mueve; lo veo antes de que ocurra. Recibe el pase limpiamente, lo mantiene lo justo para llevarse a la defensa con él.

Entonces se lo pasa a Carter.

Carter no duda.

El disparo es limpio, rápido y exactamente donde tiene que estar.

La red se agita.

El estadio explota.

Durante un segundo, todo se desdibuja: ruido, movimiento, adrenalina. No pienso.

Agarro a Damien y lo levanto del hielo sin dudarlo, el impulso nos arrastra a ambos mientras grito por encima del estruendo del público.

Se pone rígido de inmediato.

—Bájame —dice, con la voz afilada incluso entre el caos.

Hay un matiz debajo, algo que suena más a sorpresa que a enfado.

Me echo a reír y lo dejo de nuevo sobre sus patines. —Relájate —digo.

—Estoy relajado —responde.

No lo está. Parece molesto, con la expresión tensándose de esa forma que he empezado a reconocer, pero también hay algo más

ahí. Algo más suave.

Me hace sonreír.

Porque, por muchas murallas que levante, por toda la distancia que ponga entre él y todo lo demás... momentos como este se abren paso de todos modos.

La bocina suena unos segundos después, sellándolo.

Ganamos.

El equipo se lanza hacia adelante, la energía desbordándose mientras celebramos, y yo me quedo cerca de Damien sin ni siquiera pensarlo.



La energía de la victoria nos sigue fuera del pabellón, alta y eléctrica, desbordándose hacia el aparcamiento y colándose directamente en el coche. Conduzco yo porque tiene más sentido para nuestra imagen, porque se supone que tenemos que llegar e irnos de los partidos juntos, así que él no pone objeciones cuando cojo las llaves.

Damien se desliza en el asiento del copiloto a mi lado, todavía subido al subidón del partido de una forma imposible de pasar por alto. Está hablando. En plan... mucho.

Frases completas de jodida verborrea entusiasmada que nunca le había visto soltar. No se limita a contestar preguntas o a soltar respuestas cortas, sino que en realidad está *hablando*, las palabras saliendo con más facilidad de la que le he oído nunca. Hay un filo de adrenalina en ello, algo suelto y sin filtro que hace que parezca distinto.

—¿Has visto ese pase en el tercer periodo? —dice, girándose un poco hacia mí—. Atraíste a dos defensas antes de mandarla. Por eso Carter tuvo el carril libre.

—Lo he visto —digo, sonriendo a mi pesar.

—¡Lo haces parecer fácil! —dice, negando ligeramente con la cabeza.

Hay algo más ligero en su tono esta noche, casi juguetón, y me descubro mirándolo de reojo más de lo que debería mientras mantengo una mano en el volante.

—Carter también metió el tiro —señalo.

—Ya, pero no habría estado ahí sin ti —dice—. Ni sin... —Se corta un segundo y luego hace un gesto vago entre nosotros—. Esto que tenemos montado.

Sé exactamente a qué se refiere.

La forma en que hemos jugado esta noche no se ha sentido normal.

—Ya —digo, más bajo ahora—. Me he dado cuenta.

Se recuesta en el asiento, una leve sonrisilla tirándole de la boca. —Bien.

Hay un segundo de silencio y luego añade: —Además, Carter ha conseguido que me tomara un chupito en el vestuario.

Lo miro de reojo. —No se lo diré al entrenador. ¿Por qué nadie me ha ofrecido uno a mí?

Resopla una risita baja, negando de nuevo con la cabeza, y puedo ver cómo empieza a asomarle el puntillo. Aún no es abrumador, pero está ahí, soltándole de una forma cada vez más evidente.

Para cuando aparcamos frente al bar, el resto del equipo ya está entrando, el ruido desbordándose hacia la calle.

Aparco y salgo, y Damien se mantiene cerca de mí mientras entramos. No me coge de la mano, pero tampoco se aleja.

Dentro, el ambiente es inmediato—música, gritos, risas—, el tipo de celebración caótica que solo pasa después de una victoria. La gente ya está bebiendo, ya está a voces, ya se está lanzando a la noche como si no tuviera límites.

Voy a la barra y pido dos copas sin preguntar.

Damien coge la suya cuando se la doy, como si lleváramos años haciendo esto.

La noche sube de intensidad rápido.

Esas primeras copas se convierten en más copas, las conversaciones suben de volumen y la energía sigue aumentando en vez de asentarse. Carter ya va por su tercera ronda de brebajes

cuestionables, Alex intenta arrancar un cántico al que nadie termina de sumarse y Patrick se atribuye a gritos el mérito de un gol con el que no ha tenido nada que ver.

Damien se queda a mi lado durante todo ello.

Connor pide una ronda de chupitos y nos empuja uno a cada uno.

Damien se lo bebe de un trago, mordiendo una lima con una expresión mona y arrugada. Tiene la mano en mi hombro mientras se inclina sobre mi silla.

Huelo el borde. —Tío, ¿esto es tequila? No pienso beber esa mierda.

Carter se alisa el pelo rubio, apartándoselo de los ojos. —Oh, vamos, ¡Connors!

—Odia el tequila —murmura Damien, como si me conociera mejor de lo que lo hace.

Me arranca el chupito de la mano y se lo toma. Se gira un poco, acercándose, y antes de que pueda preguntar qué está haciendo, se inclina hacia mí.

El beso me pilla desprevenido. Al principio es rápido, tan inesperado que no reacciono de inmediato, y luego me doy cuenta de lo que está haciendo. El ardor del tequila me golpea la lengua un segundo después.

Lo trago de forma automática, apenas registrando el sabor antes de que mi mano se deslice a su mandíbula para acercarlo más. El beso se intensifica, menos controlado que cualquiera de las cosas que hemos hecho antes, guiado más por la inercia que por la intención. El ruido a nuestro alrededor se difumina hasta volverse lejano mientras me centro en él, en cómo responde, en cómo se inclina sin dudarlo.

Alguien gime ruidosamente cerca.

—Puj, papás, ¡no en la mesa! —dice Carter.

Damien ríe contra mi boca y yo me aparto. —Ha sido una jugada muy sucia.

Exhala en silencio, limpiándose la comisura de los labios. —Te ha quedado algo —dice.

Me río, negando con la cabeza. —Desde luego que *no*.

Las bromas siguen, pero se vuelven un murmullo de fondo a medida que avanza la noche. Para cuando miro el móvil, ya ha pasado de medianoche.

Damien se inclina más, su hombro rozando el mío.

—Probablemente deberíamos irnos —dice.

Asiento, aunque no me muevo de inmediato. —Ya.

Salimos del bar despacio, despidiéndonos rápido, ignorando los comentarios burlones que nos siguen hasta la puerta. Fuera el aire es más fresco, más silencioso, más centrado de una forma que el interior del bar no lo era. En cuanto cruzamos la puerta, Damien me agarra de la solapa de la cazadora y me tira hacia él.

Apenas me da tiempo a registrar lo que está pasando antes de que mi espalda choque contra el lateral del coche y su boca vuelva a estar sobre la mía.

El beso es inmediato y desordenado, de esa manera en que solo lo son los besos borrachos. No tiene nada de cuidadoso, nada de medido ni de contenido. Damien invade mi espacio como si ya hubiera decidido que esto va a pasar, y yo reacciono sin pensar, mis manos encontrando su cintura y acercándolo más.

El frío del aire nocturno choca con el calor que todavía me queda del interior del bar, pero casi ni lo noto. Solo noto a él: el sabor persistente del tequila, la forma en que exhala bruscamente contra mi boca cuando le aprieto más las caderas, el hecho de que cada vez que nos tocamos, todo se descontrola más rápido que la vez anterior.

Mi mano se desliza en su pelo sin pensarlo, inclinándole la cabeza hacia atrás para poder besarlo más hondo. Damien responde al instante, aferrando mi camiseta con los puños como si necesitara sujetarse para no caerse.

Alguien silba desde más abajo de la calle.

Ninguno de los dos reacciona.

A estas alturas, no creo que ninguno de los dos se diera cuenta aunque la ciudad ardiera a nuestro alrededor.

Damien rompe el beso primero, respirando más agitado, su frente apoyándose un instante contra la mía. —Sabes a tequila —murmura.

Le muerdo el labio, juguetón. —Ya, me pregunto por qué será.

Suelta un bufido de risa y el sonido me golpea más de lo que debería. Me pregunto si me dejaría llevarlo a casa. Si le parecería bien pasarse la noche entera morreándonos en mi sofá como si fuéramos adolescentes.

—Oh —digo despacio, parpadeando una vez mientras mi cerebro alcanza al resto de mí—. Estoy demasiado borracho para conducir.

Damien me mira un segundo fijamente. —¿Solo te estás dando cuenta ahora?

—Estaba distraído —me inclino para otro beso.

Aparta la cara, juguetón. —Eres idiota.

Me río, todavía sujetándole de la cintura porque no me fío del todo de mi equilibrio ahora mismo.

—Puedes quedarte en mi casa —dice—. Podemos ir andando desde aquí.

Miro calle abajo. —¿A cuánto está?

—No sé, ¿como a treinta minutos?

Me lo quedo mirando. —¿Treinta minutos? —repito—. Eso no es distancia para ir andando cuando estoy lo bastante borracho como para pensar que tu personalidad es encantadora.

—Mi personalidad es encantadora.

—Tu personalidad es profundamente preocupante.

Sonríe, y pierdo al instante el hilo de lo que iba a decir. Eso me pasa constantemente con él.

Echamos a andar. La ciudad está ahora más tranquila que antes, las calles menos concurridas a medida que nos alejamos de los bares y restaurantes. La adrenalina del partido y el alcohol siguen zumbando bajo mi piel, haciendo que todo se sienta a la vez demasiado nítido y demasiado blando.

Damien camina lo bastante cerca como para que nuestros hombros se rocen una y otra vez.

Pero ninguno de los dos se aparta.

—Creo que el equipo te tiene miedo de verdad —digo al fin.

Él me lanza una mirada de reojo. —Bien.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

—¿Te gusta?

Se encoge ligeramente de hombros. —Evita que la gente haga preguntas.

Me quedo mirándolo un segundo de más antes de obligarme a devolver la vista a la acera. —Sabes que la gente va a pensar que estamos locos después de esta noche —digo.

—¿Por qué?

—Porque básicamente me he comido tu cara delante de todos.

—Lógico.

Pasamos junto a un parquecito unas manzanas más adelante, el camino tenuemente iluminado por farolas dispersas. Los árboles proyectan sombras largas sobre el pavimento y, cuanto más nos adentramos, más se apaga todo lo demás. Intento con muchas ganas concentrarme en literalmente cualquier cosa que no sea el aspecto que tiene Damien esta noche. Fracaso.

Estrepitosamente.

Porque sigue mirándome de reojo con esa expresión levemente sonrojada que solo le sale cuando ha estado bebiendo, y cada vez que lo hace mi cerebro deja de funcionar como es debido.

Aguanto otros treinta segundos antes de rendirme.

—Vale —murmuro.

Damien vuelve a mirarme. —¿Qué?

—Estoy cansado de fingir que no voy a hacer esto.

Antes de que pueda preguntar qué significa eso, le agarro del brazo y lo saco del camino, hacia la zona más oscura junto a los árboles.

—Atlas...

Lo empujo suavemente contra el tronco de un árbol y lo beso con la fuerza suficiente como para cortarle el resto de la frase de golpe.

Emite un sonido sorprendido contra mi boca antes de fundirse en el beso, sus manos agarrando de nuevo mi cazadora. Mis manos bajan hasta la entrepierna de sus pantalones para encontrarlo ya empalmado contra mí.

—Ahí estás —murmuro contra su boca.

—Cállate —respira.

Me río en voz baja y lo vuelvo a besar, frotando su erección.

El parque es lo bastante oscuro como para sentirse ocultos del resto de la ciudad, y esa idea solo empeora las cosas.

O las mejora.

Definitivamente las mejora.

Mis dedos se pelean con la cremallera mientras intento concentrarme, manteniéndolo callado con mi boca.

—Atlas...

Me trago mi nombre mientras le trabajo la polla con la mano.

Mi otra mano resbala por su cintura y se cuelga por la parte de atrás de sus pantalones mientras apoya la cabeza contra el árbol. Beso a lo largo de su mandíbula y luego más abajo, y el sonido ahogado que deja escapar casi acaba conmigo.

—Jesucristo —murmura.

—Tú empezaste esto en el bar —le mordisqueo el cuello.

—Tú empezaste esto en la ducha.

—Touché.

Le beso el cuello otra vez antes de que pueda contestar, y su agarre en mi camiseta se aprieta lo bastante como para arrugar la tela. Le meto un dedo en el agujero. Jadea contra mi boca, embistiéndose contra mi otra mano como si intentara escapar.

Intento no pensar en que nunca me he follado a un tío. Quiero a Damien. No, ahora mismo le necesito jodidamente, y este hambre no se va a saciar con nada que no sea él.

—Joder... —Los dedos de Damien se clavan en mis hombros mientras lo trabajo por los dos lados—. Atlas, estoy a punto.

El alcohol me vuelve demasiado imprudente, porque le bajo los pantalones hasta las rodillas. Sus ojos se agrandan al quedar al aire en público, pero no le dejo tiempo suficiente para pensarlo. Me escupo en la mano, deslizándola arriba y abajo por su rabo.

—Joder, joder, oh, joder... —La polla de Damien palpita en mi mano, chorreando corrida por mi muñeca.

—Oh, gracias a Dios —suelto a Damien y lo giro, pegándolo de cara al tronco del árbol. Me desabrocho los pantalones con una mano antes de sacármela—. Necesitaba algo que me ayudara a follarte, así que gracias, cariño.

Le muerdo el cuello, haciendo que arquee la espalda. —Espera... ¿aquí?

Su corrida se siente increíble en mi polla. Está caliente y húmeda en todos los sentidos en que la necesito. —Sí. No puedo esperar más, joder.

Me aprieto contra su entrada.

Jadea ante la intrusión, clavando los dedos en el árbol.

Le cubro los hombros de besos suaves. —Puedes conmigo.

Damien asiente con ganas, ensartándose él mismo en mi polla.

Gimo contra su pelo. —Jesús, estás tan apretado... —Sigo empujando hasta que lo tengo totalmente envuelto alrededor de mi grueso rabo—. ¿Estás bien?

—Cállate y fóllame, Connors —gruñe.

Bajo la mirada a su polla—está dura y lista otra vez. Sonrío y empiezo a moverme.

Sí, esto es jodidamente bueno.

Le aferro las caderas hacia mí, enterrándome del todo en su culo. Se dobla hacia atrás contra mí, la cara transformándose en una expresión de puro placer que hace que mi polla palpite dentro de él.

Mis dedos se cuelan bajo su camiseta, encontrando su pezón. Dejo que las yemas lo rocen una y otra vez hasta que Damien está jadeando contra el árbol, tocándose como una puta viciosa que se muere por más. Yo se lo voy a dar.

—Eres jodidamente perfecto —gimo en su oído.

Entonces, allá en el camino, oigo pasos. Rápidos. ¿Quién coño sale a correr a medianoche?

Mi cerebro reacciona justo antes de que el corredor tome la curva del sendero. Actúo sin pensar. Pongo una mano sobre la boca de Damien mientras me pego más a él, girándonos un poco más hacia las sombras. No dejo de mover las caderas, eso sí. No creo que pudiera aunque quisiera.

El corredor pasa sin aminorar, con los cascos puestos, completamente ajeno. Damien gime contra mi mano, incapaz de mantenerse en silencio. Eso es lo que me desarma.

Le atrapo el lóbulo de la oreja con los dientes, besándole el cuello entre palabra y palabra. —¿Puedo correrme dentro? Di que sí.

Por favor.

Sé que debo de sonar patético, pero me la suda. Solo puedo pensar en el sabor de Damien, en su piel, en su placer.

—Sí.

Se me escapa un quejido mientras lo taladro una, dos veces más antes de correrme.

—Atlas. Jesucristo —Damien se corre otra vez, esta vez contra el árbol y sobre la hierba.

Los dos jadeamos. Cierro los ojos contra su hombro, intentando espantar las estrellitas que me nublan la vista.

—Joder —gruño.

Damien empieza a reírse en silencio contra mi palma. La vibración se siente cálida en mi piel.

—¿Te hace gracia? —susurro.

Asiente al instante.

Niego con la cabeza, sonriendo a mi pesar. —Eres un problema.

Sus dientes rozan mi mano en represalia.

—Vale —murmuro, apartando la mano—. Ahora sí que lo estás haciendo a propósito.

Me separo, abrochándome el cinturón sin dejar de mirarlo.

Él sonríe ladeado mientras se sube los pantalones. —Puede.

La palabra le sale ronca, y juro que se me sube directamente a la cabeza. Me vuelvo a inclinar antes de poder evitarlo, besándolo más despacio esta vez, lo justo para notar cómo se va relajando poco a poco contra mí, lo justo para sentir la tensión abandonar sus hombros mientras mis manos vuelven a posarse en su cintura.

Por un momento, todo lo demás desaparece.

Sin cámaras.

Sin equipo.

Sin fingir.

Solo esto... algo que se siente real.

Y, a juzgar por cómo me devuelve el beso Damien, no creo que sea el único que lo siente.

DAMIEN

Me despierto con unos dedos masajeando mi empalme matutino. Y se siente jodidamente bien.

Quizá debería preocuparme por lo bien que se le da esto a Atlas, aunque yo sea el primer tío con el que está. Pero no me preocupa en absoluto; simplemente me dejo seguir disfrutando.

Después del parque, pensé que Atlas estaría agotado, pero en cuanto entramos en mi piso, me dobló sobre el sofá y me folló hasta que estuve gritando su nombre. La polla borracha no conoce a Atlas Connors.

Luego nos dimos una ducha borrachos, besándonos y tocándonos hasta que nos derrumbamos en la cama sobre las tres de la mañana.

Y ahora me está despertando tres horas después queriendo más. No se lo niego.

¿Qué me pasa? Me han estado follando toda la noche y aun así sigo queriendo más por la mañana.

Finjo que sigo dormido, porque me siento demasiado pesado para abrir los ojos.

Atlas me besa el cuello perezosamente, presionando su polla enorme contra mi culo. Sus movimientos son lentos, como si él

tampoco estuviera del todo despierto.

—Damien... — Aprieta más la polla contra mi culo—. ¿Estás despierto?

Arqueo la espalda, presionándome contra su entrepierna mientras él me masajea la polla, que no para de crecer—. No.

Resopla contra mi piel, provocando que la carne de gallina se me extienda por los omóplatos. Siento cómo se aparta su calor y le oigo rebuscar algo en la mesilla de noche.

Gimoteo ante la distancia, haciéndole reír otra vez—. Quiero que seas capaz de andar mañana, ¿vale? No te me pongas gruñón.

Oigo abrir y cerrar un tapón. Vuelve a colocarse detrás de mí y me gira la cara para poder besarme. Joder, odio lo bien que besa. Tiene la lengua demasiado hábil, lo que hace que me den ganas de pedirle sentarme en su cara, lo cual es de un desesperado...

Empieza a meterme los dedos despacio, presionando ese punto que me hace jadear y gemir contra su boca. Sé que le gusta cuando hago ruido. Cada vez que hago cualquier cosa que demuestra que lo estoy disfrutando, Atlas se pone todavía más duro. Está desesperado por complacerme, y yo estoy desesperado por dejarle.

Cuando llega a su límite, me empuja con la cara contra las almohadas y me alza las caderas en el aire. Me agarra el culo, separándome las nalgas para poder verme bien, antes de darme una azotaina.

Chillo cuando me golpea, empujando más el culo para pedir más. Miro entre mis piernas y veo precum goteando de mi polla.

Me aprieta la nalga dolorida—. Eso es por meterme prisa antes. Y sabía que te dabas vidilla, pero lo que acabo de ver no me lo esperaba. —Atlas me besa el culo, succionando la piel para marcarme como suyo—. Tendrás que enseñarme para qué sirven todos esos juguetes del cajón de tu mesilla.

—Deja de provocarme —gruño.

Me mete un dedo dentro—. ¿Quieres que use ese dildo morado contigo en su lugar?

—Cállate —digo, pero sin ninguna mala leche.

Atlas se ríe por lo bajo.—Ya, va a ser que no. Estoy bastante seguro de que yo soy más grande, de todos modos.

Desliza otro dedo en mi interior, ensanchándome a su alrededor.
—Atlas...

Siento que deja unos cuantos besos entre mis omóplatos—. ¿Qué quieres, cariño?

—Que me taladres contra la jodida cama —escupo.

—Di por favor.

Se me acaba la paciencia.—Atlas, como no me folles de una pue —*oh!*

No me deja terminar. Se hunde en mí sin previo aviso. Su polla gruesa me abre a su paso como si fuera de plastilina.

—Joder, qué bien se siente —me agarra el culo, arrastrando las palmas hasta mis muslos musculosos.

Me folla lento y fuerte hasta que estoy suplicándole que me deje correrme, algo que nunca he hecho con otros ligues. Su polla tiene que haberme lavado el cerebro.

Pero no se da prisa, por mucho que le suplique.

—Estás tan bueno cuando estás necesitado. —Su mano enorme me recorre la columna arriba y abajo mientras me atraviesa—. Anoche me di prisa, así que déjame saborearte ahora.

Un calor me recorre el cuerpo de arriba abajo al oírle. Le dejo tomarse su tiempo hasta que ya no puedo más.

—Atlas. — Una oleada de emoción me atraviesa—. Atlas, por favor.

Me incorpora tirando de mi garganta hasta que mi espalda queda pegada a su pecho—. Me estás cogiendo tan bien, Dame.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas; la agonía de tenerme al límite todo el rato me está volviendo loco.

Los ojos de Atlas se abren de par en par—. Joder, es que eres guapo hasta cuando lloras.

Me muerde el cuello mientras acelera, sus caderas golpeándome castigosas.

—Oh, Dios. Atlas, *joder*. — Mi voz suena rota y vergonzosamente quejumbrosa.

—Ponlo todo perdido. —Su voz se enrosca a mi alrededor, oscura y adictiva.

Enredo las manos en su pelo mientras sus caderas chocan contra mí, mi voz repitiendo su nombre una y otra vez hasta que me estoy corriendo por todas las sábanas.

—Joder, lo has hecho tan bien, Dame. —Me llena los hombros de besos mientras me aprieta la mano alrededor del cuello—. Eres tan guapo. Tan perfecto.

Suena como si estuviera delirando, los elogios derramándosele de la boca como si no pudiera evitarlo.

—Atlas, córrete dentro de mí.

Noto su polla dar un latigazo, sus manos clavándose en mi piel como si me necesitara—. Oh, cariño, dilo otra vez.

Jadeo con cada embestida.—Córrete dentro de mí. Lléname.

Sus dientes se hunden en mi cuello mientras su calor húmedo estalla en mi interior y me chorrea por los muslos.



Los dos nos volvimos a quedar dormidos como si no hubiera pasado nada, y me despierto unas horas más tarde, con la espalda dolorida y el culo palpitando.

Por un segundo, no me muevo.

La luz de la mañana entra por los ventanales de suelo a techo, suave y pálida sobre las sábanas, y todo se siente extrañamente silencioso. La ciudad fuera ya está despierta, los coches se mueven abajo, el sol se refleja en las fachadas brillantes en destellos afilados, pero mi piso se siente quieto.

Atlas duerme a mi lado, un brazo pesado sobre mi cintura, la cara hundida a medias en mi almohada.

Me quedo mirando al techo un momento, intentando no pensar demasiado en lo normal que parece esto.

En lo fácil que sería acostumbrarse a esto.

Ese pensamiento basta para que me incorpore.

El movimiento hace que un dolor sordo me recorra el cuerpo. Exhalo bruscamente y me froto la cara con una mano antes de deshacerme con cuidado del brazo de Atlas. Él no se despierta.

Echo un vistazo al reloj de la mesilla.

10:07 a. m.

—Jesucristo —murmuro.

La mayoría de los jugadores de hockey son incapaces de dormir más allá de las ocho, incluso con resaca. Atlas parece totalmente comprometido con la hibernación. A ver, supongo que se ha despertado a las seis...

Me arrastro fuera de la cama y me pongo unos calzoncillos antes de ir hacia la cocina. Cada paso me recuerda que lo de anoche ocurrió de verdad.

El parque.

El camino de vuelta a casa.

La forma en que Atlas me besó como si llevara semanas intentando no hacerlo.

Y luego todo lo de después.

Aparto el pensamiento antes de que se asiente demasiado.

Primero, café.

La crisis existencial, después.

El aire está fresco contra mi piel mientras me muevo por la cocina, la luz del sol cortando las encimeras de mármol en líneas limpias. Pongo la cafetera en marcha en modo automático y luego rebusco en un cajón aspirinas. La resaca se siente menos como dolor y más como castigo.

Me trago dos pastillas en seco y me apoyo en la encimera mientras se hace el café.

Es entonces cuando mi cerebro me traiciona del todo y empieza a reproducir de nuevo lo de anoche.

Ya he tenido sexo casual antes. Mucho, de hecho. Siempre me han gustado las cosas simples y físicas, porque lo físico es fácil. Empieza, acaba y nadie espera nada después. A mí no me gusta el tío y a él no le gusto yo, pero nos parecemos lo bastante atractivos para una noche.

Atlas es irritantemente fácil de querer. Me gusta cómo llena los silencios sin forzarlos. Me gusta cómo se da cuenta de cosas sobre mí sin hacerlo evidente. Me gusta que nunca me mire como si estuviera roto, incluso cuando claramente ve los daños.

Y lo peor de todo...

Es jodidamente majo.

Majo de verdad.

No de cara a la galería. No por estrategia.

Simplemente es genuinamente *bueno* de una forma que resulta peligrosa de tener cerca.

Mi móvil vibra sobre la encimera, sacándome de mi cabeza.

Tu Padre.

Se me cae el ánimo al momento.

Me quedo mirando la pantalla un segundo antes de abrir el mensaje.

Necesito un favor.

Ya está. Sin saludo. Sin explicación. Solo esas tres palabras.

Me echo a reír por lo bajo, pero sin pizca de humor.

Solo se pone en contacto cuando necesita algo. Aprieto la mandíbula mientras los recuerdos se me imponen antes de que pueda detenerlos.

Los gritos.

La bebida.

Las noches en que volvía a casa cabreado porque alguien quería un dinero que no tenía.

Y porque encontraba la manera de saldar esa deuda usando a su hijo guapito.

Cierro el mensaje sin responder. Pasé años saliendo del agujero en el que me tiró y, de alguna forma, sigue encontrando la manera de meter la mano en mi vida cada vez que empieza a sentirse estable.

Lo peor es que ver su nombre ha arruinado al instante la poca paz frágil que tenía esta mañana.

Me recuerda cosas en las que intento no pensar con todas mis fuerzas.

La gente como Atlas no acaba con gente como yo.

No de verdad.

Atlas creció cuidando de la gente.

Yo crecí sobreviviéndola.

Miro hacia el dormitorio, hacia su silueta todavía enterrada bajo mis mantas.

Él se merece a alguien sin complicaciones.

Alguien sin el tipo de pasado que sale a flote cada vez que la vida se calma demasiado.

Y yo...

Yo no soy esa persona.

La taza de café de repente se siente demasiado caliente en mi mano.

De todos modos, sirvo una segunda taza y vuelvo al dormitorio.

Atlas se ha movido un poco desde que me fui, un brazo extendido por el colchón, el pelo enmarañado en varias direcciones. Sigue pareciendo profundamente dormido.

—Atlas —digo.

Nada.

Dejo el café en la mesita de noche.—Connors.

Gruñe suavemente antes de abrir un ojo —. Hablas muy alto — mascullo.

—Son las diez de la mañana.

Vuelve a gruñir; tiene su pelo castaño, normalmente peinado con esmero, sobre los ojos. Suelto un bufido a mi pesar.

Su mirada baja lentamente, asimilando el hecho de que solo llevo calzoncillos —. Tienes buen aspecto por las mañanas —dice con voz somnolienta.

El cumplido me cala más hondo de lo que debería.

Le tiendo el café, sobre todo para distraerme.—Tienes resaca — digo.

Se incorpora y me besa el hombro con una ternura que intento ignorar antes de coger su café.

—Gracias.

Me apoyo en la pared cerca de la cama, cruzándome de brazos relajadamente.

Atlas me observa por encima del borde de la taza un momento antes de que su expresión cambie ligeramente.—¿Qué? —pregunta.

Vacilo.—Me lo pasé... bien anoche.

Suelta un bufido y sus ojos buscan los míos. Un calor devorador brilla en sus iris castaños —. Sí, yo también.

Trago saliva, de repente demasiado nervioso para preguntar.

—¿Qué pasa? ¿Tan malo fui? —Lo dice en broma, pero noto la energía nerviosa aflorando bajo su piel.

—¿Qué? No. Fuiste... —¿Fantástico? ¿Adictivo? ¿Probablemente el sexo más increíble que he tenido nunca? —. Genial.

Sonríe con suavidad, probablemente por lo estúpido que sueno. Saca las piernas de la cama, acorralándome entre ellas —. Entonces, ¿por qué estás ahí plantado mirándome así?

Su polla apenas queda cubierta por el revuelto de sábanas negras sobre su regazo, lo cual no ayuda a la situación.

—Quiero saber si podemos seguir haciendo esto —suelto de golpe.

No responde.

—Tener sexo —aclaro —. Ya que no podemos ver a nadie más mientras dure este contrato. Es obvio que tenemos mucha... energía acumulada.

Atlas baja un poco la taza.—Vale.

Me obligo a mantener la calma, el control.—Sin expectativas —digo.—Sin complicaciones.

—¿Qué estás diciendo exactamente?

—Digo que... —exhalo despacio —. Quizá deberíamos mantener esto como algo casual. Amigos con derechos, hasta que termine el contrato.

Se produce una pausa.

No es dramática.

Solo lo suficiente para que la decepción cruce fugazmente su rostro antes de que la oculte, y de algún modo eso duele más que si hubiera protestado.

—Ah.

Miro hacia otro lado un instante, de repente incapaz de sostenerle la mirada —. Tiene sentido —añado —. Ya vamos a estar atrapados el uno con el otro tres meses y nos atraemos. Mantiene las cosas simples.

Atlas me estudia un segundo más antes de asentarse lentamente —. Sí —dice—. Vale. —Deja el café en la mesita—. Amigos con derechos. —Sus grandes manos se deslizan por la parte posterior de mis muslos.

Se me entrecorta la respiración —. Sí.

Me besa los abdominales como si llevaran distrayéndolo toda la mañana, con las manos aún recorriendo mis muslos —. ¿Hasta que termine el contrato?

—Mhm.

Baja la vista hacia el bulto que empieza a marcarse en mis pantalones —. Muy profesional.

Suelto una risa contenida a mi pesar —. Cállate.

Su sonrisa se ensancha ligeramente mientras me arrastra de nuevo a la cama.

Atlas se marcha una hora después.

Ninguno de los dos dice mucho tras la conversación de los amigos con derechos. En todo caso, Atlas me ha demostrado a qué acabo de acceder.

Lo acompaño a la puerta, más que nada porque me parece raro no hacerlo.

Atlas se calza despacio, todavía terminando de despertarse, con el pelo hecho un desastre por el sueño y por mis manos. Verlo así me provoca un calor irritante en el pecho.

—¿Entrenamiento mañana? —pregunta.

—Por desgracia.

Suelta una carcajada y echa mano al pomo de la puerta antes de detenerse.

Luego se vuelve hacia mí.

La mirada se le vuelve distinta, con un deje juguetón.

—¿Qué? —pregunto con cautela.

—Pareces nervioso.

—No estoy nervioso.

—¿Te preocupa que pueda darte un beso de despedida?

Pongo los ojos en blanco —. Vete ya.

En lugar de hacerme caso, Atlas se acerca. A estas alturas ya debería esperármelo.

Pero sigo sin hacerlo. Su mano se desliza suavemente por mi mandíbula antes de besarme.

Y, Dios mío.

El beso es lento, de una forma que me arruina inmediatamente el resto de la mañana. No hay prisas, ni la urgencia ebria de anoche, ni un público al que provocar, ni adrenalina que lo impulse.

Solo es él: manos cálidas, labios suaves y el leve sabor a café que queda entre nosotros.

Mis dedos se cierran ligeramente sobre la parte delantera de su camiseta antes de que pueda evitarlo. Se aparta lo justo para mirarme, claramente satisfecho de sí mismo.

—Te quedas sin aliento muy rápido para alguien que se las da de tan duro —dice en voz baja.

Lo miro fijamente un segundo, intentando reorganizar mis pensamientos —. Largo de aquí.

Sonríe —. Lo que tú digas, guapo.

Luego me besa una vez más, rápido esta vez, y sale por la puerta antes de que pueda pensar en una respuesta. Me quedo ahí un momento después de que se vaya, mirando la puerta cerrada como un idiota.

Siento el pecho todavía oprimido. Mi boca aún sabe a él.

—Esto es una mala idea —murmuro.

Lo peor es que ya no sé si me refiero al sexo... o a lo que estoy empezando a sentir por él.

Mi teléfono empieza a sonar, y a sonar, hasta que pienso en aplastarlo con un martillo.

Tu padre.

Miro la pantalla desde el otro lado de la cocina.

Suena.

Se detiene.

Y acto seguido vuelve a empezar.

Cierro los ojos brevemente.—Increíble.

Debería ignorarlo. Sería lo más inteligente.

En cambio, cojo el teléfono y respondo antes de que pueda arrepentirme.—Qué.

—Damien. —La voz de mi padre suena excesivamente cálida y demasiado familiar —. Ahí está mi chico.

Me apoyo en la encimera, arrepintiéndome de esto al instante.—
¿Qué quieres?

—¿Es que no puedo llamar a mi hijo?

—No.

Una pausa.

Luego una risa que suena forzada incluso a través del altavoz.

—Te he visto por internet —dice—. Una gran estrella del hockey ahora, ¿eh?

Me mantengo en silencio.

—No sabía que tenías novia —continúa.

—Novio.

Otra pausa.

—Claro —dice rápidamente—. Novio. Me alegro por ti. —Ese falso apoyo casi me hace reír.

Nunca le ha importado nada de mi vida a menos que pudiera sacar algo de ello.

—¿Has terminado ya? —pregunto.

—Escucha —dice, y su tono cambia de inmediato—. Estoy en un pequeño aprieto.

Cómo no. Algo frío se me instala en el estómago.

—Necesito ayuda —dice.

Cierro los ojos brevemente mientras me asaltan ráfagas de recuerdos antes de que pueda detenerlos. Cobradores de deudas. Muebles rotos. El olor a whisky y cigarrillos impregnado en cada habitación de nuestra antigua casa. La primera vez que alguien me empujó contra la pared y me dijo que mi padre les debía dinero. La primera vez que me di cuenta de que nadie vendría a salvarme.

—Siempre necesitas ayuda —digo en voz baja.

—Damien...

—No.

—Ni siquiera sabes lo que te iba a pedir.

—No me importa.

Su voz se vuelve algo más cortante —. Soy tu padre.

—Y eso dejó de significar algo hace muchísimo tiempo.

—Solo necesito un poco de dinero para arreglar las cosas.

Aprieto el puño a mi costado.

Siempre es el dinero.

Siempre las consecuencias.

Siempre yo limpiando sus desastres.

—Que te den —digo.

—Damien...

—No. Olvida mi número. En serio. —Aprieto el teléfono con fuerza —. He terminado de arreglar tus errores.

Cuelgo y me tiemblan las manos violentamente mientras suelto el teléfono de golpe.

Odio que incluso ahora, después de todos estos años, todavía sea capaz de sacarme de quicio con tanta facilidad.

Me paso ambas manos por el pelo antes de obligarme a respirar.

Café.

Ducha.

Lo que sea con tal de distraerme.

Necesito poner la mente en otro sitio. En su lugar, cometo el error de abrir las redes sociales.

Lo primero que veo es una foto de Atlas y yo anoche fuera del bar.

Se me cae el alma a los pies al instante. El ángulo es obsceno, íntimo de una forma que se siente demasiado real.

Atlas me tiene inmovilizado contra su coche, con una mano agarrándome la cintura mientras yo aferro su chaqueta con la fuerza suficiente para arrugar la tela. El beso parece ardiente incluso congelado en una imagen estática, todo labios abiertos, desesperación y tensión.

Y lo que es peor, el fotógrafo captó suficientes detalles como para que resulte obvio lo afectados que estábamos ambos bajo el pantalón del chándal. Me quedo mirando la foto demasiado tiempo. Los comentarios debajo ya son una locura.

Gente hablando de la química.

De la tensión.

De lo reales que parecemos.

Y ese es el problema.

Que *sí* parecemos reales.

Demasiado reales.

Porque recuerdo exactamente cómo se sintió aquel momento.

Recuerdo a Atlas besándome como si hubiera olvidado que existían las cámaras.

Recuerdo lo mucho que lo deseaba.

Lo mucho que *todavía* lo deseo.

Se me oprime el pecho.

—Esto no es bueno.

ATLAS

Alguien está intentando tirar abajo la puerta de mi casa.

Al menos, eso es lo que parece cuando el timbre suena de forma agresiva por cuarta vez en menos de un minuto mientras alguien aporrea la madera con tanta fuerza que hace temblar el marco. Abro de un tirón la puerta del piso, todavía mojado de la ducha y ya lo bastante irritado como para cometer un delito.

La asistente de Joanna da un respingo visible. Yo probablemente también lo habría hecho.

Estoy allí de pie, descalzo, con el agua todavía resbalándome por el pecho, una toalla peligrosamente baja sobre las caderas y la clase de expresión que suele conseguir que la gente se disculpe antes incluso de que yo diga nada.

—Oh —dice rápidamente.

La miro fijamente.

Ella me devuelve la mirada.

Luego sus ojos se desvían un segundo hacia abajo antes de volver a subir a mi cara de golpe.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunto, seco.

Se aclara la garganta y levanta apresuradamente la funda de ropa que tiene en las manos, como si de repente se acordara de por

qué ha venido aquí en primer lugar.

—Me manda Joanna —dice—. Usted y Damien tienen esta tarde una entrevista en un programa de tertulia, y quería que tuviera su conjunto con antelación.

—Genial —digo.

Duda. —También tiene una prueba de vestuario mañana a las once —añade con cuidado.

—Fantástico.

Hay otro instante de silencio incómodo.

Y entonces, desde algún lugar más profundo de mi piso: —Atlas.

La voz de Damien recorre el piso con suficiente claridad como para que la asistente de Joanna se quede completamente inmóvil.

Se le abren un poco los ojos, y le arrebato la funda de ropa de las manos.

—Gracias —digo rápido—. Que tenga buen día.

Y le cierro la puerta en las narices antes de que pueda decir nada más.

Me apoyo un segundo en la puerta, pasándome una mano por la cara. —Esto ya es ridículo —murmuro.

—Atlas —llama Damien otra vez, sonando aún más molesto esta vez—. ¿Dónde coño te has metido?

No puedo evitar sonreír.

Tiro la ropa en el sofá y vuelvo por el pasillo hacia el cuarto de baño. Intento con todas mis fuerzas no pensar en el hecho de que la asistente de Joanna casi descubre por qué he abierto la puerta teniendo pinta de que me acaban de sacar a rastras de una porno.

Cuando empujo la puerta del baño, el vapor sale a borbotones al pasillo.

Damien está bajo el chorro como si fuera el dueño del lugar, el pelo oscuro pegado hacia atrás por el agua, un brazo apoyado en la pared de azulejos mientras me lanza una mirada furiosa a través del vapor.

Parece profundamente ofendido por haberle interrumpido el orgasmo matutino.

—Te has ido —dice, acusador.

Sonríó. —Hemos tenido visita.

—Te has ido eternamente.

—Habrán sido tres minutos como mucho. —Me quito la toalla, disfrutando de cómo sus ojos recorren mi cuerpo hacia abajo.

—Han sido por lo menos diez.

Vuelvo a meterme en la ducha y cierro la mampara de cristal detrás de mí, recibiendo de golpe el calor y el olor del gel de Damien mezclado con el mío.

Mis manos encuentran sus caderas, mis dedos encajando a la perfección en los contornos de su cuerpo. Un escorpión tatuado me desafía abiertamente desde su pelvis, y lo que llevaba tanto tiempo intentando ver está por fin a plena vista.

Le rozo la mandíbula con la nariz, disfrutando de ese repentino comportamiento pegajoso que tan pocas veces me concede. —Estás siendo un dramático.

Suelta un bufido sin mirarme a los ojos. —Estaba cerca.

El enfado en su voz es tan real que me echo a reír. —¿De verdad estás gruñón porque han interrumpido nuestro polvo en la ducha durante unos minutos?

Se le ensombrece la expresión. —Sí, idiota. Estábamos ocupados.

Hay algo en cómo lo dice que casi consigue que deje de ser capaz de pensar con coherencia.

Porque Damien no suele sonar posesivo con nada, y mucho menos conmigo. Me acerco hasta que el agua vuelve a caer sobre los dos.

—¿Me has echado de menos? —digo en voz baja.

—Cállate.

Lo beso antes de que pueda seguir discutiendo.

Damien me agarra enseguida de los hombros y me atrae con más fuerza, toda la irritación que quedaba derritiéndose en algo más caliente en cuanto nuestras bocas se juntan.

Se ha convertido en una pauta últimamente: en cuanto empezamos a tocarnos, nada más importa.

El vapor se espesa a nuestro alrededor a medida que el beso se hace más profundo, el cuerpo de Damien presionándose contra el mío como si los pocos minutos separados le hubieran ofendido de verdad.

Me separo lo justo para mirarlo. —Sabes —murmuro—, te pones muy pegajoso después de correrte.

Me lanza una mirada plana. —Podría matarte.

—No, no podrías.

—Por supuesto que podría.

Me echo a reír otra vez y lo agarro por los muslos antes de que pueda seguir amenazándome. Me rodea la cintura con las piernas cuando lo aprieto contra el azulejo frío.

Lo peor es que estoy volviéndome completamente obsesionado con momentos como este. No es solo el sexo. Es todo lo que lo rodea lo que se me está metiendo bajo la piel.

La forma en que Damien me mira cuando cree que no me doy cuenta. Cómo se le caen todas las defensas siempre que estamos solos el tiempo suficiente. El hecho de que cada vez que me besa se siente menos contenido y más auténtico.

Todo eso se me asienta, pesado, en el pecho.

Porque Damien dejó las cosas muy claras ayer por la mañana.

Esto es algo casual.

Sin expectativas.

Solo amigos con derecho a roce hasta que se acabe el contrato.

Y yo acepté porque no sabía qué otra cosa hacer.

Rompe el beso, sus ojos buscando mi cara. —¿Qué?

Parpadeo. —Nada.

—Estás pensando demasiado.

—Eso tiene gracia viniendo de ti.

Entorna los ojos antes de volver a besarme, más despacio esta vez, como si intentara apagarme el cerebro manualmente.

Por suerte, funciona.



Las siguientes semanas se emborronan.

Todo se convierte en movimiento y ruido y adrenalina.

Partidos de hockey. Pabellones a rebosar. Entrevistas. Sesiones de fotos. Demasiadas cámaras.

Demasiada gente demasiado interesada en lo que se supone que Damien y yo somos.

La campaña de publicidad explota mucho más de lo que Joanna podría haber previsto.

Cada partido cuelga el cartel de completo. Los aficionados traen pancartas con nuestros nombres. Hay montajes nuestros en Internet con música emocional de fondo que de alguna manera consiguen millones de visitas de la noche a la mañana.

La gente disecciona cada interacción que tenemos como si intentaran resolver un misterio.

Y Damien, de alguna forma, está cada vez más bueno cada vez que se molesta por la atención.

Lo cual es un problema muy serio para mí, a nivel personal.

Y luego está el sexo.

Sexo caliente, agresivo, absorbente.

En las duchas del vestuario cuando no hay nadie más.

Besos rápidos que se convierten en tardes enteras perdidas.

Momentos en los que uno de los dos dice algo picante y ya ninguno recuerda de qué iba la conversación original.

Se vuelve constante.

Adictivo.

Y cada vez que pasa, me repito que aún puedo mantener esto en algo casual, porque está claro que Damien necesita que siga siendo así.

Me sorprende a mí mismo pensando en la próxima vez que pueda tenerlo enredado a mi alrededor. A menudo imagino cómo se vería hecho polvo, llorando y cubierto de mi corrida. Llega un punto en que no puedo esperar a llegar a casa para follármelo.

La tensión vuelve a estallar en el programa de tertulia nocturno que tenemos contratado.

Los productores corren de un lado a otro fuera, los becarios van y vienen con sus portapapeles mientras alguien cerca discute a gritos sobre la iluminación. Damien está sentado en la silla de maquillaje con cara de sentirse profundamente ofendido porque alguien ha puesto corrector sobre el moratón que se le está yendo del cuello, donde le mordí hace dos noches.

—Es que esa es la gracia —dice con sequedad, mientras la maquilladora intenta no reírse—. Se supone que tiene que parecer feo.

—Sí —responde ella, paciente—. Pero no *tan* feo.

Damien masculla algo entre dientes que definitivamente cuenta como una amenaza.

Sonríó desde donde estoy apoyado en la pared.

La maquilladora termina un minuto después y se escabulle tras recordarnos que no arruguemos la ropa antes de la grabación.

En cuanto se cierra la puerta, Damien exhala dramáticamente. —Odio esto.

—Lo sé.

Pone los ojos en blanco y se levanta, alisándose las mangas de la camisa negra. Está claro que el departamento de vestuario ha decidido tirar otra vez por el rollo del contraste esta noche. Damien parece pulido y peligroso vestido completamente de negro, mientras que a mí me han encasquetado colores más suaves y capas de joyas para que parezca accesible.

Damien me pilla mirándolo. —¿Qué?

—Nada.

—Me estás mirando fijamente.

—Estoy apreciando el esfuerzo del equipo de Joanna por hacer que parezcas el exnovio tóxico de alguien.

Se le contrae levemente la boca en un amago de sonrisa. —Mira quién habla. Tú pareces de los que tocan la guitarra acústica en el piso de alguien para darle apoyo emocional.

Me echo a reír. —Es increíblemente específico.

—Y suena bastante acertado.

Me despego de la pared y camino hacia él, despacio. Su expresión cambia apenas, sus ojos siguiéndome de una forma que me hace sentir calor bajo en el estómago.

Se nos da muy bien esto.

Leer al otro.

Notar el cambio antes de que termine de producirse.

—Sabes —digo en voz baja—, te vuelves más borde cuando estás nervioso.

—No estoy nervioso.

—Salimos al escenario en quince minutos.

—¿Y?

—Y has insultado a tres personas en los últimos cinco.

—Eso es normal en mí.

Me planto justo delante de él, lo bastante cerca para oler su colonia a través del maquillaje.

Damien inclina un poco la cabeza. —¿Qué estás haciendo?

—Pensar.

—Eso sí que preocupa.

Sonríó y lo beso antes de que pueda seguir hablando.

Se derrite de inmediato en mi beso, sus manos enredándose en mi pelo. Esa parte sigue destrozándose cada vez. Damien se hace el lleno de aristas hasta que lo toco, y entonces se vuelve cálido y receptivo tan rápido que casi parece injusto.

Sus manos se cuelan enseguida bajo mi chaqueta, tirando de mí hacia él mientras yo profundizo el beso.

—Eres una distracción —murmura contra mi boca.

—Esa es un poco la idea.

—Se supone que ahora mismo estamos trabajando.

—Lo dices como si eso me hubiera frenado alguna vez.

Damien suelta una risita que se convierte en un gemido ahogado cuando le beso a lo largo de la mandíbula.

El camerino de repente parece demasiado cálido.

—Estás muy guapo esta noche —murmuro contra su cuello.

—Esa frase ya no debería funcionar conmigo.

—Y, sin embargo...

Me lanza una mirada de medio enfado antes de besarme otra vez, con más fuerza.

Normalmente así es como empieza todo. Un beso. Luego otro. Y de pronto nos olvidamos por completo de que se supone que somos deportistas profesionales con formación mediática, publicistas y lóbulos frontales funcionales.

Damien retrocede hasta quedar pegado al tocador del maquillaje mientras me arrastra con él, y yo me río quedo contra su boca antes de besarlo con más profundidad.

—Atlas —jadea.

—¿Mm? —lo levanto y lo siento sobre el tocador.

—Tenemos que...

Le devoro las palabras con la boca mientras mis dedos le desabrochan el cinturón y el pantalón.

La puerta se abre de golpe, dejando ver a un becario con su portapapeles, que se queda allí clavado, atónito. Nos quedamos los tres mirándonos durante un horrible segundo.

Damien está sonrojado, atrapado entre el tocador y yo, con las manos enredadas en mi camisa.

Yo estoy muy obviamente en mitad del proceso de destrozarlo antes de salir en la televisión nacional.

El becario suelta un ruido ahogado. —Dios mío —dice.

Y se gira inmediatamente.

—Perdón, joder. —La puerta se cierra de un portazo detrás de él.

—¡Perdón! —le grito.

Damien se queda completamente quieto. Luego gira la cabeza hacia mí muy despacio.

—Dios mío —dice, con absoluta seriedad.

Yo pierdo el control por completo, riéndome como si fuera lo más gracioso que me ha pasado en la vida.

—¡Atlas!

—¡He dicho que lo sentía!

Damien me empuja débilmente del hombro mientras intenta no reírse él también. —No podemos follar en el camerino de un programa de televisión.

—Contraargumento —digo, volviendo a besarlo de inmediato—: sí que podemos.

Emite un sonido exasperado contra mi boca que dura exactamente dos segundos antes de que vuelva a besarme de todas formas.



Unas noches más tarde, estoy sentado a su lado en otro pabellón lleno hasta la bandera, mientras los flashes de las cámaras estallan a nuestro alrededor, cuando pienso algo profundamente peligroso.

Ya no creo saber cómo dejar de enamorarme de él.

Esa idea se asienta despacio y con peso en mi pecho mientras el público grita lo bastante fuerte como para hacer temblar el estadio. Damien me lanza una mirada desde el banquillo, el sudor pegando los rizos a la nuca, la expresión afilada y concentrada de una forma a la que me he encariñado de manera desesperada.

—¿Estás bien? —pregunta.

Lo miro un medio segundo más de la cuenta.

Luego sonrío. —Sí —miento.

Porque la verdad es mucho peor.

La verdad es que cada día que esto sigue, quiero más de él.

Y empiezo a pensar que nunca me lo va a dar.

DAMIEN

La rutina me resulta cómoda. Tan cómoda que una pequeña parte de mí empieza a preguntarse cómo reaccionaré cuando Atlas ya no esté calentando mi cama.

Llevamos «saliendo» un mes y medio, y está empezando a serme difícil imaginar mi vida antes de que Atlas lo reescribiera todo.

Es temprano por la mañana y vamos en el coche de Atlas, ya que decidimos empezar a ir juntos a los entrenamientos la mayoría de los días para mantener las apariencias. Además, porque ahora rara vez pasamos las noches solos.

Atlas para a por café de camino al entrenamiento, entrando en el mismo sitio de siempre cuando se queda a dormir. Apenas levanto la vista del móvil mientras él pide porque todavía estoy medio dormido.

Luego me tiende una bebida. Parpadeo.

Latte de leche de almendras, mitad descafeinado y con vainilla sin azúcar. Exactamente como yo lo pido.

Lo miro despacio. —¿Cómo has...?

Atlas se encoge de hombros con naturalidad mientras se incorpora de nuevo a la carretera. —Pides lo mismo todas las veces.

Me quedo mirando la taza un segundo más de lo necesario. Nadie recuerda detalles así a menos que necesite algo de mí.

Pero Atlas lo hace.

—Te has quedado mirando —dice él.

—Estoy pensando.

—Eso es aterrador.

Doy un sorbo al café, sobre todo para dejar de mirarlo.

Por desgracia, eso también significa que empiezo a pensar de nuevo. El sexo de anoche se repite en mi mente una y otra vez, quiera o no: la forma en la que Atlas me tocaba, cómo me miraba después, los apodos cariñosos que me susurraba al oído mientras yo me deshacía en sus manos.

Le miro antes de poder evitarlo.

—¿Qué?

Dudo exactamente un segundo. —¿Qué tal es el sexo conmigo comparado con las mujeres?

Atlas casi se atraganta con su café.

Tose una vez, mirándome como si acabara de preguntarle si tiene tres pollas. —¿De verdad vamos a hablar de esto a las siete de la mañana?

—Tengo curiosidad.

Atlas niega con la cabeza lentamente, todavía con aire divertido. —No me puedo creer que esto esté pasando antes de que me haya terminado el café.

Me reclino un poco en el asiento. —No tienes por qué responder.

Me mira de reojo. —Eso suena a trampa.

—Solo decía.

—Estás buscando cumplidos.

Suelto un bufido. —Estoy recopilando datos.

Entonces Atlas suspira dramáticamente, como si lo estuviera agotando. —Vale —dice—. Me gusta el sexo con mujeres.

—Un comienzo interesante.

—Estoy respondiendo a la pregunta. —Su mano busca mi muslo y lo aprieta ligeramente—. Siempre me han gustado las mujeres —continúa—. Esa parte nunca fue confusa.

—¿Pero?

Me mira brevemente antes de volver a mirar a la carretera. —Pero siempre he tenido el presentimiento de que quizás había... algo

más.

Me quedo callado.

Atlas tamborilea ligeramente con los dedos sobre el volante mientras piensa. —Nunca hice nada al respecto —admite—. Supongo que nunca conocí a un tío que me despertara la suficiente curiosidad como para que me importara.

Algo cálido y peligroso se retuerce en lo más profundo de mi pecho. —¿Y entonces aparecí yo?

Atlas me señala sin apartar los ojos de la carretera. —No voy a responder a eso.

Sonríó a mi pesar. —Eso no es un no.

—Eso soy yo diciéndote que dejes de hablar antes de que no lleguemos al entrenamiento.

La imagen que me viene a la cabeza es suficiente para que mire por la ventana y así no vea que mi expresión ha cambiado.

—Madre mía —dice él, riendo suavemente—. Te estás sonrojando.

—Literalmente, no.

—Vaya si lo estás haciendo.

—Te odio.

—No, no me odias. —Me aprieta el muslo otra vez y deja la mano ahí el resto del trayecto.



En cuanto entramos en el vestuario, Patrick se fija en el chupetón que tengo en el cuello.

—¡Madre mía! —dice lo bastante alto como para que se entere medio vestuario—. Atlas, ¿qué demonios le estabas haciendo?

Sigo caminando hacia mi taquilla sin reaccionar. Normalmente, le habría soltado alguna réplica: un comentario mordaz, una amenaza, cualquier cosa para que la atención no se quedara demasiado tiempo en nosotros.

Hoy no tengo energía.

Por desgracia, Patrick confunde mi silencio con una invitación a seguir.

—No puede ser —dice, siguiéndome—. Estás avergonzado.

—No estoy avergonzado. Estoy decidiendo si matarte antes del entrenamiento vale la pena por todo el papeleo.

Patrick sonríe como si eso fuera lo más gracioso que he dicho nunca.

Al otro lado de la habitación, Atlas est  sacando el equipo de su bolsa mientras escucha de forma muy evidente.

Patrick sigue de todos modos.

—En serio —dice—. Eso es brutal. Atlas,  le atacaste o...?

—Déjalo.

El vestuario se queda en silencio medio segundo. Atlas no levanta la voz al decirlo, lo que de algún modo hace que tenga más impacto. Su tono es calmado, plano e inequívocamente serio, de una forma que corta de inmediato el ambiente de broma.

Patrick parpadea.

El resto de los chicos reacciona al instante.

—Uuuhhh —dice Carter por lo bajo, como si estuviéramos de nuevo en el instituto.

Alex señala entre nosotros dramáticamente. —Alerta de novio protector.

Otros cuantos chicos se ríen por lo bajo, pero Patrick y yo nos damos cuenta de lo mismo de inmediato.

Atlas no est  bromeando. No hay ninguna sonrisa en su cara. Ni un rastro de burla en su voz.

Lo dice en serio.

Patrick levanta ambas manos en señal de rendición. —Vale —dice rápidamente—. Perdón, perdón.

Entonces, sorprendentemente, recula.

Miro hacia Atlas sin pensar. No me mira de inmediato, concentrado en poner cinta a su palo como si no acabara de pasar nada.

Luego levanta la vista brevemente.

Solo el tiempo suficiente para que nuestras miradas se crucen.

Ninguno de los dos dice nada al respecto.

Pero no hace falta.
Aun así, se me encoge el pecho.



Espero que el entrenamiento acabe conmigo. Hoy no puedo soportar las miradas. El comentario de Atlas de antes tiene a todo el equipo revuelto sin motivo, y ahora siento que estoy en el punto de mira. Pero aparte de eso, supongo que todo va sobre ruedas. El equipo aprovecha el impulso del último partido; todos se mueven más rápido, con más precisión y más confianza de lo habitual. El entrenador está de buen humor por una vez, lo que probablemente debería haberme advertido de que el universo planeaba equilibrarse de alguna manera.

Atlas y yo entramos en ritmo de inmediato. Esa parte se ha vuelto automática.

Nos movemos el uno alrededor del otro sobre el hielo como si ya supiéramos lo que el otro va a hacer, y cuanto más tiempo pasa, más evidente resulta para todos los que nos rodean.

—Dios —masculla Carter en un momento durante los ejercicios—. Os estáis volviendo un poco siniestros con ese rollo de leerlos la mente.

Atlas se ríe.

Terminamos un partidillo, luego otro. El sudor me resbala por la nuca mientras el entrenador grita instrucciones desde la banda, y durante un rato todo vuelve a parecer normal.

Entonces Jordan abre la boca. Jordan siempre ha sido... bueno, Jordan. No es precisamente de mente abierta, si me explico. Pero eso nunca me ha molestado antes. Siempre hemos sido educados el uno con el otro. Somos compañeros de trabajo, al fin y al cabo.

Jordan debe de estar teniendo un mal día, porque el entrenador le está dando más caña de lo normal.

—¿Ves cómo patina Atlas? ¡Tienes que ponerle más ganas, Meretti!

La mayoría estamos cerca del banquillo bebiendo agua y recuperando el aliento, reponiéndonos antes de la siguiente ronda. Jordan lleva de mal humor toda la mañana después de que el entrenador le echara una bronca antes, y por lo visto decide que nosotros somos el blanco más fácil.

Me mira directamente, con los ojos clavados en el chupetón que solo está parcialmente cubierto por mi camiseta de entrenamiento. —¿Ya has terminado de ser la puta de Atlas? No creo que pueda aguantar mucho más este numerito de «príncipes perfectos».

El ambiente cambia al instante.

Alguien masculla: —Tío.

Jordan se encoge de hombros como si no acabara de decir algo totalmente fuera de lugar. —¿Qué? Solo pregunto.

Apenas tengo tiempo de procesarlo antes de que Atlas se mueva.

En un segundo está delante de mí, y al siguiente, sus guantes caen al hielo.

Entonces se abalanza sobre Jordan antes de que nadie pueda detenerlo.

Todo estalla a la vez: los jugadores gritando, el entrenador chillando, cuerpos chocando contra las vallas.

Atlas agarra a Jordan por la parte delantera de su camiseta y lo empuja hacia atrás con tanta fuerza que el cristal resuena.

Jordan lanza el primer golpe, pero Atlas golpea con más fuerza.

—¡Atlas Connors! —ruge el entrenador.

No importa.

Atlas le asesta otro golpe limpio en la mandíbula a Jordan antes de que dos de nuestros compañeros consigan por fin arrastrarlo hacia atrás. Jordan se tambalea intentando recuperar el equilibrio, con sangre goteándole del labio partido.

Atlas parece genuinamente furioso. Y por primera vez desde que lo conozco, me doy cuenta de lo peligroso que parece cuando deja de sonreír.

—Vuelve a decirlo —suelta Atlas.

—¡Atlas, basta! —grita el entrenador.

Jordan escupe sangre sobre el hielo y se ríe con amargura. — ¿Qué, vas a llorar por tu *puta*?

Atlas arremete de nuevo. Esta vez, cuatro personas tienen que sujetarlo, yo incluido.

El entrenador finalmente hace sonar el silbato con la fuerza suficiente para cortar el caos por completo.

—¡Ya basta! —grita—. Fuera del hielo los dos. ¡Ahora!

La pista se queda en un silencio sepulcral.

Atlas se suelta del agarre de los chicos que lo sujetan y patina hacia el banquillo sin decir una palabra más. Jordan lo sigue al cabo de un segundo, todavía mascullando entre dientes.

El entrenador les comunica a ambos que se quedarán en el banquillo el próximo partido.

Nadie discute, ni siquiera Atlas.

El vestuario después del entrenamiento se siente tenso de una forma que no había experimentado en toda la temporada. La mayoría del equipo evita hablar directamente de lo que ha pasado, sus conversaciones son más silenciosas de lo habitual mientras todos se quitan el equipo.

Atlas está sentado en su sitio en silencio, con la mandíbula apretada mientras quita la cinta de su palo con movimientos bruscos y controlados.

Me quedo mirándolo un minuto antes de señalar finalmente con la cabeza hacia el pasillo. —Ven aquí.

Levanta la vista de inmediato y me sigue sin cuestionar nada.

En cuanto la puerta del vestuario se cierra tras nosotros, me giro hacia él. —¿Qué demonios ha sido eso?

Atlas se apoya contra la pared, con los brazos cruzados. —Ha cruzado una línea.

—Es un idiota —digo—. Ya lo sabes.

—¿Y?

—Y ahora te vas a quedar en el banquillo porque has decidido darle una paliza.

La expresión de Atlas no cambia. —Se lo merecía.

Lo miro fijamente. —Estás interpretando el papel de novio demasiado bien ahora mismo.

Las palabras salen más afiladas de lo que pretendía, y algo cambia en el rostro de Atlas.

—No estaba interpretando a ningún *novio*.

De repente, el pasillo me parece demasiado pequeño.

Atlas se separa de la pared, con la mirada clavada directamente en la mía. —Nadie tiene derecho a hablar de ti así —dice rotundamente—. Me da igual si esta relación es falsa o no.

Se me encoge el pecho tan de repente que casi me cabrea. Porque lo dice en serio. Cada palabra.

Y, de algún modo, eso da más miedo que la propia pelea.

Me obligo a cruzarme de brazos, intentando restablecer algo de distancia entre nosotros. —No puedes volver a hacer eso.

—¿Qué, defenderte?

—Meterte en líos por mi culpa.

Atlas suelta un suspiro suave y se pasa una mano por el pelo. —¿Crees que me arrepiento?

—Sí.

—Pues no.

Miro hacia otro lado antes de hacer alguna estupidez... como besarlo.



Atlas no aparece por el entrenamiento al día siguiente.

El entrenador mantiene las cosas estrictas y centradas, dirigiendo drills más duros de lo habitual, como si intentara que la tensión se esfumara del equipo antes de que se propague. Jordan mantiene la cabeza baja, todavía con el labio partido y movimientos bruscos por la rabia residual. Nadie menciona la pelea directamente, pero flota en el ambiente de todos modos.

Mantengo mi atención en el hielo. Es más fácil así.

Más fácil que pensar en cómo se puso Atlas cuando perdió los estribos. Más fácil que pensar en lo que dijo después en el pasillo, la tranquila seguridad de su voz cuando me dijo que no se arrepentía de haberme defendido.

Me esfuerzo más en los ejercicios, patinando más rápido, golpeando con más fuerza, forzando a mi cuerpo a un estado que no

deje lugar a distracciones. Funciona hasta que deja de hacerlo.

Porque cada vez que paso por el banquillo, noto el espacio vacío donde suele sentarse Atlas.

Termino el entrenamiento sin decir mucho a nadie y vuelvo al vestuario, siguiendo la rutina de forma automática. Ducha. Cambio de ropa. Salida.

Cuando salgo, ya tengo el móvil en la mano.

Yo: **¿gimnasio?**

Me quedo mirando el mensaje un segundo.

Yo: **no te vuelvas vago mientras estás castigado**

Es más fácil hacerlo sonar así.

Como si le estuviera haciendo un favor.

Como si no fuera yo quien quiere verlo.

La respuesta llega más rápido de lo que esperaba.

Atlas: **vaya. qué borde.**

Atlas: **dame 20**

Bloqueo el teléfono antes de poder pensarlo demasiado.

El gimnasio está tranquilo hoy. Probablemente por el bajón del mediodía. Hay la gente justa para llenar el espacio sin que resulte agobiante.

Empiezo a estirar, relajando los hombros y centrándome en mi respiración mientras espero. Me digo a mí mismo que estoy aquí para entrenar. Me digo que esto no tiene nada que ver con Atlas.

Ninguna de las dos cosas es cierta.

Atlas entra como si no acabaran de castigarlo sin jugar un partido, como si no se hubiera metido en una pelea en toda regla ayer que lo dejó magullado de formas que probablemente deberían doler más de lo que parece. Todavía tiene el labio un poco hinchado, y la tenue sombra morada a lo largo de su mandíbula capta la luz lo suficiente como para que resulte evidente.

Y no sé cómo...

Hace que se vea mejor.

Como salido de una película de guerra.

Como un soldado que sale de una pelea que no ha perdido.

Es ridículo.

Es injusto.

Y me pone más de lo que me gustaría admitir.

Atlas me localiza de inmediato. Su rostro se ilumina con una sonrisa amplia y relajada, como si nada hubiera cambiado, como si lo de ayer no hubiera pasado, como si no hubiéramos dejado las cosas pendientes de un modo que debería sentirse más pesado que esto.

—Ey —dice mientras se acerca.

Algo se me mueve en el pecho. Lo odio.

—Llegas tarde —digo.

—Gruñón, gruñón. —Se ríe por lo bajo y deja la bolsa al lado del banco—. ¿Me has echado de menos?

—No he dicho eso.

—Yo también te he echado de menos.

Niego con la cabeza y cojo una pesa, intentando ignorar la forma en que su presencia se instala de inmediato en el espacio a mi alrededor. Encontramos el ritmo enseguida.

No es tan fluido como en el hielo, pero casi. Vamos pasando las series juntos, vigilándonos sin necesidad de pedirlo, pasándonos el material como si lo hubiéramos hecho cientos de veces antes. Atlas sigue hablando, y yo le dejo.

Me concentro en la parte física, dejando que la repetición me ancle mientras él llena el espacio con comentarios sobre todo y nada a la vez.

Mi móvil vibra contra el banco.

Lo ignoro.

Vuelve a vibrar.

Y otra vez.

—¿No vas a cogerlo? —pregunta Atlas.

—No.

—Suena importante.

—No lo es.

El móvil vuelve a vibrar, más ruidoso esta vez.

Atlas le echa un vistazo rápido—. Es tu padre —dice.

Me quedo inmóvil.

Agarro el móvil antes de poder pensarlo y me aparto de las pesas —. Ahora vuelvo.

Atlas me observa un segundo, con algo en su expresión cambiando ligeramente.

Salgo fuera, al callejón detrás del gimnasio, y descuelgo la llamada—. Qué.

—Damien. —La voz de mi padre suena distinta esta vez. No es suave ni astuta, sino frenética—. Necesito ayuda.

Cierro los ojos un instante—. No.

—No lo entiendes...

—Lo entiendo perfectamente —le corto—. Te di cinco mil pavos a principios de año y te dije que ya estaba.

—Lo sé, lo sé, pero esta vez es diferente.

—No, no lo es ni de puta coña. —Mi voz se mantiene plana, controlada, aunque algo frío empieza a instalarse en mi estómago.

—Le debo dinero a alguien —dice rápido.

—No es mi problema.

—No es como antes, Damien...

—No.

Silencio.

—Le debo dinero a Sebastian.

Todo se detiene.

Aprieto más el móvil entre los dedos—. ¿Qué acabas de decir?

Hay una pausa.

—No quería...

—Has dicho Sebastian. —Mi voz suena distinta ahora, con algo feo abriéndose paso a través del control al que me había aferrado.

Mi padre exhala con un temblor—. No tenía elección —dice—. Se me fue de las manos y...

Las palabras se difuminan.

Porque de pronto ya no estoy detrás de un gimnasio.

Tengo diecisiete otra vez.

De pie sobre un asfalto agrietado, bajo farolas que parpadean, mientras alguien mayor, más fuerte e infinitamente más peligroso me mira como si fuera algo que le pertenece.

Sebastian.

Seguro de sí mismo de una forma que se sentía como gravedad, arrastrándolo todo hacia él.

La primera vez que me sonrió, pensé que significaba algo.
La primera vez que me tocó, me convencí de que era distinto.
De que no tenía que ver solo con el dinero que mi padre le debía.
De que no era solo otra transacción.
Me equivocaba.

Siempre había sido cuestión de control.
De poder.

De asegurarse de que entendía exactamente cuál era mi lugar.
Las peleas.

Los moratones.

La forma en que decía que me quería solo para mantenerme exactamente donde él quería.

Trago saliva con fuerza, obligándome a volver al presente.

—Ni se te ocurra —digo en voz baja.

—Damien, por favor...

—No me arrastres otra vez a eso.

—Me van a hacer daño —dice mi padre, con la voz quebrándose ligeramente—. No entiendes cómo es él ahora.

—Sé perfectamente cómo es. —Las palabras salen más afiladas de lo que esperaba.

La gente como Sebastian no cambia. Solo aprende a esconder mejor lo que es.

—Por favor —dice mi padre—. No tengo a nadie más...

—Entonces deberías haber pensado en eso antes de volver con él.

—Damien...

Cuelgo.

Me tiemblan las manos. Me quedo mirando el móvil un segundo, como si fuera a empezar a sonar otra vez.

No lo hace, pero el daño ya está hecho. El nombre de Sebastian ha vuelto a mi cabeza, y siento heridas viejas abriéndose de nuevo.

Guardo el móvil a empujones en el bolsillo y me presiono las dos manos contra la cara, intentando respirar a través del repentino pico de pánico en el pecho.

Pensaba que esa parte de mi vida se había acabado.

Pensaba que había salido de ahí. Ahora parece que nunca me fui.

Me quedo allí más rato del que debería. El suficiente para que el mundo empiece a asentarse otra vez.

El suficiente para poder obligar todo de vuelta detrás de los muros que he ido construyendo con los años.

Cuando por fin me obligo a entrar de nuevo en el gimnasio, tengo la mayor parte del cuerpo otra vez bajo control.

Aun así, el pecho me sigue doliendo, demasiado apretado, con el pánico y la rabia tan enredados entre sí que apenas puedo separarlos. El nombre de Sebastian sigue resonando en mi cabeza como algo podrido arrastrado desde el fondo de un lago.

Empujo las puertas del gimnasio con más fuerza de la necesaria, ya centrado en coger la bolsa e irme antes de que Atlas haga más preguntas a las que no sé cómo contestar.

Entonces le veo. Atlas está de pie junto al dispensador de agua, hablando con una mujer a la que no he visto nunca.

Guapa.

Rubia.

El tipo de mujer espectacular sin esfuerzo a la que la gente se gira a mirar automáticamente.

Y Atlas le está sonriendo.

Está lo bastante cerca como para que ella le toque el brazo mientras se ríe de algo que él dice.

Algo feo se retuerce en mi pecho. El momento en que pasa me deja sin aire.

Porque la voz de mi padre sigue en mi cabeza. El nombre de Sebastian sigue arañándose por dentro, bajo la piel. Ya me siento inestable y expuesto de una forma que no sentía desde hacía años, y de repente, ver a Atlas sonriendo a otra persona se vuelve insoportable.

Lo cual es de locos.

En realidad no estamos saliendo.

Puede hablar con quien le dé la gana.

Puede follar con quien quiera en cuanto se acabe este contrato.

Fui yo quien insistió en que lo mantuviéramos casual.

Nada de eso impide la oleada afilada de celos que me arrolla. Agarro la bolsa con tanta fuerza que tiro una pesa del banco.

Me da igual.

Solo necesito irme.

—¿Damien?

No le miro.

—Ey —llama otra vez, con la confusión colándose en su voz—. ¿A dónde vas?

Me dirijo a la salida sin contestar. Las puertas del gimnasio golpean la pared cuando las empujo para salir al pasillo.

Los pasos me siguen de inmediato.

—Damien.

Sigo andando.

Entonces Atlas me agarra de la muñeca—. Ey, ¿qué ha pasado?

—Nada.

—Eso es mentira.

Zafé el brazo—. Vuelve con tu novia. Estoy bien.

Atlas se queda congelado medio segundo. Luego algo cambia en su expresión.

Comprensión. Y, increíblemente, *diversión*.

—Estás celoso.

—Me voy.

—Estás celoso —repite, sonando encantado ahora.

—Atlas. —Mi voz lleva suficiente aviso como para que la mayoría de la gente se echara atrás al instante.

Atlas solo sonrío más.

Lo cual solo me enfada aún más.

Me agarra de la parte delantera de la sudadera y me arrastra por el pasillo tan rápido que apenas proceso adónde vamos hasta que abre de golpe la puerta del baño privado para discapacitados y me mete dentro.

La cerradura hace clic detrás de nosotros.

—Solo quiero irme a casa.

—Es mi prima —dice con naturalidad.

—¿Qué?

—Es literalmente de mi familia.

Me quedo mirándole.

Se ríe por lo bajo, acercándose mientras intento procesar esa información—. Te has puesto celoso por mi *prima*.

—No lo he hecho.

—Claro que sí.

Odio lo entretenido que parece estar. Odio aún más el alivio que me recorre tan rápido que las piernas me flaquean. Algo de mi expresión debe cambiar, porque su sonrisa se suaviza un poco, sustituida por algo más cálido y concentrado.

—Atlas...

Entonces me besa.

Con fuerza.

Cada pensamiento en mi cabeza se convierte en estática al instante. Mi espalda golpea la puerta, Atlas pegándose a mí con suficiente ímpetu como para robarme el resto del aire de los pulmones. Me enreda las manos en el pelo mientras me besa como si hubiera estado esperando hacerlo desde el segundo en que me aparté de él.

Y lo peor es que está disfrutando de esto. La constatación de que me he puesto celoso se le ha subido claramente a la cabeza.

—Eres tan jodidamente posesivo —murmura contra mi boca.

—Cállate.

Se ríe con suavidad y me vuelve a besar antes de que pueda decir nada más.

El pánico por la llamada todavía me zumba bajo la piel, feo y sin resolver, pero Atlas me da algo más en lo que centrarme. Su cuerpo se aprieta contra el mío, sólido, caliente y real de una forma que corta en seco la espiral de mi cabeza mejor que cualquier otra cosa ahora mismo.

Le quito la camiseta, dejando al descubierto sus músculos sudados y jodidamente perfectos.

Atlas deja escapar un sonido apagado contra mi boca que casi suena complacido—. ¿Me deseas tanto? —dice en voz baja.

Odio cuánto necesito esto ahora mismo. Odio lo rápido que reacciona ya mi cuerpo a él, lo instintivo que se ha vuelto. Cada caricia se siente amplificadas después del latigazo emocional de los últimos veinte minutos.

—Parecías listo para matar a alguien —murmura Atlas—. ¿Por mí, tan poca cosa? —Su lengua recorre un lado de mi cuello—. Me encanta cuando te pones celoso, cariño.

La mandíbula se me tensa—. Parecía que estabas ligando.

—Sabes que solo flirteo contigo. —Su mano se desliza dentro de la parte delantera de mis mallas del gimnasio.

—Al menos durante las próximas cuatro semanas —mascullo contra su boca.

Atlas vuelve a reír, apoyando brevemente la frente en la mía—. Hasta entonces, soy todo tuyo.

Todo tuyo.

Inspiro bruscamente.

—¿Te gusta eso? —Atlas se separa para mirarme a los ojos—. ¿No quieres compartir?

Me aprieta la polla con la mano, haciendo que apoye la frente en su hombro.

—No, no quiero compartirte.

Atlas gime mientras me guía hacia el lavabo, pegando su parte delantera a mi espalda.

Luego me besa la mandíbula hacia abajo, despacio, y cualquier pensamiento coherente abandona mi mente.

El baño es demasiado pequeño para esto.

Demasiado luminoso.

Demasiado público.

Nada de eso nos detiene.

Porque en cuanto Atlas empieza a tocarme así, todo lo demás desaparece con una rapidez aterradora.

Me miro en el espejo mientras sus manos se cuelan bajo mi camiseta y su boca encuentra mi cuello, y exhalo bruscamente antes de poder contenerme.

—Ese es mi punto débil, ¿eh? —murmura.

—Ni empieces.

—Te afecta mucho cuando te beso el cuello. ¿Por qué crees que siempre acabas marcado ahí? Mi puto sitio favorito.

Agarro el borde del lavabo—. Atlas...

La advertencia solo le anima.

Vuelve a besar el mismo punto, más despacio esta vez, y el calor me recorre la espalda en una descarga. La cabeza se me cae hacia atrás contra su hombro, dándole mejor acceso, y Atlas gime como si solo esa reacción bastara para volverle loco.

Lo peor es que probablemente sea así. Noto su polla endureciéndose contra mi espalda.

—Cuéntame lo rabioso que te ha puesto verme con una mujer.

Llevo la mano a enredarme en su pelo suave—. Estás obsesionado.

Cruza la mirada conmigo a través del espejo mientras baja mis mallas, dejándome expuesto al aire frío—. ¿Cómo no voy a estarlo? Estás buenísimo cuando te enfadas.

Atlas me inclina sobre el lavabo y se arrodilla detrás de mí. Luego noto su lengua en mi entrada.

—¡Atlas!

Me pellizca el muslo, seguramente por ser demasiado ruidoso, pero no puedo evitarlo. Me tumbo casi plano sobre el lavabo, con las rodillas a punto de ceder.

Me mete la lengua más adentro, devorándome como si fuera su última cena.

Joder. Esto es mucho mejor de lo que imaginaba. Me veía sentado en su cara, agarrado al cabecero, pero Atlas nunca ha sido de hacer las cosas de forma mundana.

Una de sus manos se desliza entre mis muslos, me toma las pelotas y empieza a amasarlas con suavidad.

Me muerdo el puño para no hacer ruido, apenas capaz de mantenerme en pie. Su lengua entra y sale de mí, jugando con cuidado por dentro para que no olvide que soy suyo.

Su mano empieza a pajearme, convirtiéndome en un charco entre sus manos. Quiero gemir para él, pero sé que estamos en público. Se me escapa un gemido agudo, y él responde hundiendo la cara más entre mis nalgas.

—Voy a... —empiezo.

Atlas me gira de forma que mi polla queda frente a su boca y mi espalda apoyada en el lavabo.

Atlas la tiene dura bajo el pantalón de chándal, pero no hace ademán de sacársela, por mucho que yo no deje de mirarla.

Sigue frotando el glande hasta que mis caderas se empujan solas contra su mano.

Tiene los ojos oscuros cuando levanta la vista desde el suelo—. Correré para mí. Márcame como tuyo.

La cabeza se me va hacia atrás. Joder, creo que si me corro, me muero.

—Mírame —exige Atlas.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos. El corazón me retumba en los oídos mientras le veo abrir la boca justo delante de mi polla.

Tiene la lengua fuera.

Está desnudo de cintura para arriba, arrodillado ante mí.

Un dios dorado.

Solo para mí.

La polla me tiembla cuando el semen empieza a salir de la punta y cae sobre la lengua de Atlas. Su mano no se detiene, solo sigue usando mi corrido como lubricante para seguir jugando conmigo.

—Oh, Dios. —Otro chorro sale disparado y mancha el pecho de Atlas.

Me besa los muslos mientras se pone en pie y se limpia la boca—. Tengo que hablar con mujeres más a menudo.

ATLAS

Noto un cambio al día siguiente.

Al principio, me digo a mí mismo que estoy analizando las cosas demasiado. Damien siempre ha sido un poco reservado, un poco brusco, y hay días en los que se encierra en sí mismo más de lo habitual. Eso no es nada nuevo. Es parte de él.

Esto parece distinto.

Empieza por algo pequeño. No duerme bien la noche después del gimnasio.

Lo sé porque me quedo a dormir y, aunque finge estar frito, su respiración nunca se estabiliza en un ritmo constante. Cada vez que me muevo, se tensa ligeramente, como si fuera consciente de todo lo que le rodea. Una vez, sobre las tres de la mañana, se despierta de golpe, como si lo hubieran soltado de nuevo en su cuerpo en plena caída.

—Eh, eh —lo calmo mientras él intenta ubicarse—. ¿Estás bien?

—Sí. Perdona —asiente como si con eso bastara y se tumba de lado, dándome la espalda.

Pasa mucho tiempo hasta que vuelve a dormirse.

No lo presiono, porque en realidad no somos pareja.

Esto se convierte en la tónica general.

Está ahí, está presente, pero algo en él se siente... tenso. En tensión. Como si se estuviera preparando para algo que no quiere nombrar.

Durante el día, se nota en destellos. Vamos caminando por la calle y de repente aminora el paso, solo un poco, y su mirada recorre a la multitud como si estuviera escaneando caras sin querer. Lo hace rápido, de forma controlada, pero una vez que me doy cuenta, no puedo dejar de fijarme.

En el supermercado, se sobresalta cuando a alguien se le cae algo dos pasillos más allá.

En la cafetería, se mueve para que su espalda esté siempre contra la pared.

Se ríe de ello cada vez que lo miro, pero las reacciones son demasiado rápidas para ser intencionadas.

En el siguiente partido me dejan en el banquillo, atrapado en la banda, obligado a mirar en lugar de jugar, lo que ya de por sí me pone inquieto. Damien está en el hielo, más afilado de lo habitual, más rápido, como si intentara escapar de algo.

Pero no es solo eso. Cada vez que hay una pausa en el juego, sus ojos buscan a la multitud.

No de forma casual. No como si estuviera mirando a los aficionados o comprobando el marcador.

Es algo deliberado, como si buscara a alguien.

La primera vez que lo pillo, me digo que son figuraciones mías. A la tercera, sé que no lo son.

Algo va mal.

Y no me está contando qué es.

No lo saco a relucir de inmediato. No porque no quiera, sino porque no sé cómo mencionarlo sin que se aleje de mí.

Cada vez que pienso en preguntarle, oigo su voz en mi cabeza de hace unas semanas.

Que sea algo informal. Sin expectativas.

Hacer preguntas así no parece informal. Se siente como cruzar el umbral hacia algo más profundo de lo que él está dispuesto a darme. Así que, en su lugar, voy al hospital.

Grace está dormida cuando llego, lo cual es lo bastante inusual como para que no quiera despertarla. Mi madre está sentada en la silla junto a la ventana, leyendo algo en su tableta. Levanta la vista inmediatamente cuando entro en la habitación.

—Aquí estás —dice, sonriendo suavemente—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

—Tenía entrenamiento —le digo.

Ella asiente, dejando la tableta a un lado. —¿Cómo va todo?

Es una pregunta sencilla, pero no se siente como tal.

Me apoyo contra la pared cerca de los pies de la cama de Grace, cruzando los brazos relajadamente. —Bien —respondo automáticamente.

Mi madre levanta una ceja. —Inténtalo de nuevo.

Exhalo lentamente.

Ella se limita a esperar el tiempo suficiente para que yo empiece a llenar el silencio por mi cuenta.

—Pasa algo raro —admito finalmente.

Su expresión cambia ligeramente, ahora más concentrada. —¿Con...?

—Damien.

—¿Qué quieres decir con raro?

Vacilo, intentando expresarlo con palabras sin que parezca que estoy exagerando.

—Está... nervioso —digo—. No todo el tiempo. Solo... pequeñas cosas. Los ruidos fuertes, las multitudes. No deja de mirar por encima del hombro como si esperara que pasara algo.

Mi madre escucha sin interrumpir, con esa mirada intensa de terapeuta suya.

—No duerme —añado—. O al menos no bien. Y en el último partido, no dejaba de mirar al público como si buscara a alguien.

Esa parte pesa más al decirla en voz alta.

Mi madre se echa un poco hacia atrás en su silla, analizando lo que he dicho. —¿Ha sido siempre así? —pregunta.

—No —respondo enseguida—. O si lo era, no era tan obvio.

Asiente despacio. —¿Ha pasado algo últimamente que haya podido desencadenarlo?

Pienso en el gimnasio.

En la llamada de teléfono.

En el aspecto que tenía cuando volvió a entrar.

—No lo sé —digo.

Es la verdad. Tengo piezas sueltas, pero no el cuadro completo.

Mi madre me observa un segundo más. —¿Sabes algo de su pasado?

Niego con la cabeza. —No mucho. Tenía un padre de mierda.

Frunce ligeramente el ceño. —Lleváis viéndoos un tiempo, ¿no?

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace removerme incómodo. —Sí.

—¿Y no sabes si ha sufrido abusos o algún trauma?

La palabra cae con pesadez en la habitación.

Abusos.

Abro la boca.

Vuelvo a cerrarla.

—Realmente no hablamos del pasado —digo finalmente.

Y decirlo en voz alta hace que algo se retuerza en mi pecho. Tiene razón. Pasamos casi todo el tiempo juntos. Dormimos en la misma cama. Sabemos cómo toma el café el otro, cómo se mueve en el hielo, cómo reacciona ante ciertas cosas.

Y, de alguna manera, no sé nada de las facetas que esconde al mundo.

—Eso es... inusual —dice mi madre con cautela.

Me encojo de hombros como si no importara. —No es ese tipo de relación.

Su mirada se agudiza ligeramente. —¿Qué tipo de relación es?

Desvío la vista.

No tengo una respuesta clara para eso.

Mi madre me observa un segundo y luego lo deja pasar. —Por lo que describes —dice despacio—, podría ser una respuesta traumática.

Toda mi atención vuelve a ella de inmediato. —¿A qué te refieres?

—Está hiperconsciente de su entorno —explica—. Tiene problemas para dormir. Reacciona a los estímulos de forma que

sugiere que su sistema nervioso está en alerta máxima.

Las palabras calan hondo. —Eso suena mal.

—Suena a que no se siente seguro —dice ella.

Damien siempre parece tener el control. *Siempre*.

La idea de que pueda sentirse inseguro... reprimo ese pensamiento antes de que se me vaya de las manos.

—¿Qué hago? —pregunto.

La expresión de mi madre se suaviza un poco. —No fuerces nada —dice—. Si no te ha contado lo que pasa, probablemente sea por algo.

Asiento.

—Dale espacio para que acuda a ti —continúa—. Pero también déjale claro que estás ahí para él. Con constancia. Con calma.

Me vuelvo a apoyar en la pared, asimilando eso.

—Y si se trata de algo como escenas retrospectivas —añade con suavidad—, tienes que tener cuidado.

La miro. —¿Cuidado con qué?

—No lo agobies —dice—. Si algo le ha provocado una crisis, no está plenamente en el presente. Puede que no reaccione como esperas.

Pienso en el baño del gimnasio.

En el aspecto que tenía justo antes de cerrarse en banda.

En la forma en que se apoyó en mí como si necesitara algo a lo que aferrarse.

Se me encoge el pecho. —¿Así que solo... espero?

—No de forma pasiva —dice—. Estate presente. Sé su apoyo. Deja que él marque el ritmo. Y sé tierno con él ahora mismo.

Las palabras se asientan como algo firme e inamovible.

Porque no estoy seguro de haber sido nunca tierno con él.

No de verdad.

No cuando la cosa se calienta.

No cuando le tomo el pelo solo para ver cómo reacciona.

Asiento despacio. —Vale.

Mi madre me dedica una pequeña sonrisa. —Él te importa.

No es una pregunta.

No respondo.

Porque no sé cómo hacerlo sin admitir algo que no estoy preparado para decir en voz alta. En su lugar, miro a Grace, que sigue dormida, con su cuaderno de dibujo descansando a su lado en la cama. Luego vuelvo a mirar a mi madre.

—Ya lo resolveré —digo.



Mi teléfono vibra a las 23:47. Estoy a medio lavarme los dientes cuando el nombre de Damien parpadea en la pantalla. Eso ya es lo bastante inusual como para hacerme dudar. Damien no es de enviar mensajes a menos que tenga algo específico que decir. La mayoría de nuestras conversaciones son en persona, normalmente porque odia teclear y piensa que los emojis son emocionalmente manipuladores.

El mensaje de esta noche son tres palabras:

ven. ahora.

Luego, inmediatamente después:

te necesito.

Casi puedo oír su proceso mental a través de la escritura: rápido, impulsivo, lo bastante emocional como para enviar el mensaje antes de pensárselo demasiado. Algo se me aprieta en el pecho.

Le respondo antes de poder pensarlo mucho:

voy para allá

La burbuja de escritura aparece un segundo.

Luego desaparece.

Sin respuesta.

Veinte minutos después, estoy ante la puerta del apartamento de Damien. Apenas llego a llamar antes de que se abra de golpe.

Damien está hecho un desastre.

Tiene los rizos húmedos, como si se hubiera duchado hace poco, y su sudadera cuelga medio abierta sobre unos pantalones de chándal grises que le quedan bajos en las caderas. Tiene los ojos lo bastante vidriosos como para saber que ha estado bebiendo, pero bajo el alcohol hay algo más.

Algo desgastado.

En el segundo en que me ve, el alivio cruza su rostro tan rápido que casi se me pasa por alto.

Entonces me agarra de la parte delantera de la chaqueta y me arrastra dentro.

La puerta apenas se ha cerrado cuando su boca ya está sobre la mía.

El beso es desesperado.

Es necesitado de una forma que Damien casi nunca se permite a sí mismo. Mi espalda golpea la puerta con fuerza suficiente para hacerla vibrar mientras sus manos se cierran en puños sobre mi camiseta, como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer si aflojaba el agarre.

—Te echaba de menos —dice contra mi boca.

Las palabras me golpean de lleno en el pecho. Y Dios, cedo al instante.

Todo pensamiento racional abandona mi cuerpo en cuanto Damien me besa. Mis manos se deslizan hacia su cintura automáticamente, atrayéndolo hacia mí mientras él se presiona contra mi cuerpo con tal fuerza que puedo sentir lo tenso que sigue bajo el efecto del alcohol.

Besa como si intentara ahogar algo, quitándome la ropa como si esta le ofendiera.

Normalmente, se lo dejaría hacer. Normalmente, le devolvería el beso hasta que ninguno de los dos pudiera pensar con claridad.

Pero esta noche, la voz de mi madre resuena en el fondo de mi mente.

Sé tierno con él ahora mismo.

Me obligo a apartarme ligeramente.

Damien me sigue de inmediato, buscando el beso con un sonido de frustración.

—Eh —digo suavemente, con una mano deslizándose hacia su mandíbula—. Habla conmigo.

Su expresión se cierra de inmediato. —No pasa nada.

Casi me río de su mentira evidente. —Damien.

—Lo digo en serio.

Le acaricio la cara, obligándole a encontrarse con mis ojos.—Y yo también.

—Estoy bien. Solo quiero soltar algo de energía.

—Estás temblando.

Eso le detiene medio segundo, justo el tiempo suficiente para que vea las grietas en su expresión.

Luego aparta la mirada. Mantengo la mano en su cara, dejándole decidir si quiere apartarse. No lo hace.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en voz baja.

—Nada. Estoy *bien*.

—Chorradas.

Se le tensa la mandíbula.—No quiero hablar de ello.

—Dame...

—No eres mi novio de verdad, Atlas. No hace falta que finjas que te importo.

Las palabras caen con tanta fuerza que las siento físicamente. Pero, por algún motivo, no puedo evitar la sensación de que son más un recordatorio para él que para mí.

Entonces digo con cuidado: ¿De verdad crees que esto forma parte de la farsa?

Damien al fin vuelve a mirarme; el pánico en sus ojos es tenso y asfixiante.—No es eso lo que quería decir.

—Entonces, ¿qué querías decir?

Exhala con un temblor y apoya la frente brevemente en mi hombro, como si de repente mantener el contacto visual fuera demasiado difícil.

—Esta cosa que estamos haciendo —dice en voz baja—, no es real.

Se me encoge el pecho de inmediato.

Porque sé que tiene miedo.

Puedo oírsele en la voz.

Deslizo la mano lentamente por su espalda.—Damien —digo suave—, esto dejó de parecer falso hace mucho tiempo.

Se queda inmóvil.

Luego suelta una risita por lo bajo, pero no hay nada de diversión en ella.—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí que lo sé.

—No —dice en voz baja—. De verdad que no.

Hay algo en la forma en que lo dice que me recorre con un frío repentino, como si hubiera toda una parte de él situada justo fuera de mi alcance que todavía no he visto.

No insisto. Si no quiere reconocerlo, vale. Puedo esperar.

Al final, se aparta lo suficiente como para mirarme otra vez, y la expresión de su rostro casi me remata. Porque, bajo todos los muros y el sarcasmo y los bordes afilados...

Tiene cara de miedo.

—Solo necesito una distracción —dice en voz baja.

Me quedo en silencio.

Su voz baja aún más.—Quiero sentirme a salvo durante un rato, ¿vale?

Eso me destroza por completo.

Cada instinto protector de mi cuerpo se enciende a la vez con tanta intensidad que casi duele.

Porque Damien nunca pide cosas así.

No directamente.

No con honestidad.

Pero esto...

Esto es honesto.

Le toco la cara con cuidado, rozando el pulgar justo bajo su ojo.
—Vale.

Le beso con cuidado, guiándole despacio hacia atrás por el piso mientras él mantiene sus manos aferradas a mí, como si soltarme fuera a hacerle daño físico. Nada de esto se siente ya casual.

Para cuando llegamos a su dormitorio, la tensión entre nosotros se ha suavizado hasta convertirse en algo más cálido. Le quito la sudadera y la lanzo al suelo mientras él me baja los pantalones. Tropiezo y caigo en su cama, riéndome.

Me empuja contra los cojines, chupando y lamiendo mi cuello. Sus manos recorren mis músculos como si intentara memorizarlos. Se sienta a horcajadas sobre mis caderas, restregándose contra mí hasta que nuestras pollas están duras y frotándose la una con la otra.

—Joder, cariño —gimo.

Normalmente soy yo quien dirige lo que hacemos, pero parece que Damien necesita este control para distraerse de lo que sea que no me está contando.

Damien me besa la boca despacio.—¿Confías en mí?

Le aprieto el culo con la mano, apenas procesando lo que acaba de decirme.—Por supuesto.

Sonríe con una sonrisa vagamente malvada que hace que algo en mí se ponga en alerta máxima.

Alarga la mano hacia su mesilla y saca un antifaz y unas esposas.

—¿Para ti? —pregunto.

Niega con la cabeza.

Gimo.—Tienes suerte de que no pueda decirte que no.

Damien sonríe de lado mientras esposa una de mis muñecas y pasa la cadena por el cabecero de la cama. Aprovecho mi último momento de libertad para atraer su cara hacia la mía con la mano libre.—Pensaba que este no era el papel que sueles interpretar.

Sonríe, restregando el culo contra mis caderas para distraerme.—A veces cambio de rol.

Le dejo juntar mis muñecas y deslizarme el antifaz sobre los ojos. Siento la piel demasiado tirante sobre el cuerpo mientras espero a que me toque. La anticipación me pone tan duro que puede que me corra demasiado pronto.

Siento algo presionar contra mi agujero. Jadeo, apartando el cuerpo.—Damien, yo nunca...

No termino la frase. Él lo sabe.

La mano de Damien se desliza sobre mi estómago para calmarme.—Te tengo, ¿vale?

Asiento.

Siento sus labios en los míos, incitándome a que me abra a él. Sabe a tequila y lima, su bebida preferida.

Su boca abandona la mía y se desliza por mi pecho. La punta de su lengua resbala hacia abajo, dejando una línea fría sobre mi piel. Sus dientes encuentran mi pezón, provocando un dolor extraño que despierta más lujuria que miedo.

Damien baja cada vez más, hasta que la punta de su lengua está siguiendo el contorno de mi polla.

—Joder —suspiro.

Siento que su lengua se aparta de mi piel y que sus dedos suben a jugar con mis huevos. Me muerdo el labio para no gemir. Entonces, por fin, un calor húmedo envuelve mi polla. Tiro de las esposas, desesperado por poder tocarle.

Chupa y lame hasta que me retuerzo bajo él, y luego obliga algo pequeño y firme a entrar en mi abertura.

El tintineo metálico de las esposas llena el dormitorio cuando me tenso.—¡Damien, joder!

Pero no detiene la boca, trabajándome hasta que el dolor en mi culo empieza a latir como placer.

—No te corras todavía. No he terminado contigo.

Me lamo los labios, intentando concentrarme en no correrme solo con esa petición.—Lo que quieras, cariño.

El colchón se hunde a mi alrededor cuando cambia de posición. Quiero tocarle. Odio que mis manos no estén libres. Pero entonces me doy cuenta de cómo debo de estar viéndome para él: grande y necesitado y suyo para que haga conmigo lo que quiera.

Me aparta el antifaz de los ojos. Entrecierro los párpados mientras mi visión se acostumbra a la luz cálida de su dormitorio. Damien está sentado a horcajadas sobre mí, con la polla colgando entre los dos, básicamente rogando que la lama. Observo cómo se echa lubricante en la mano. Lanza el bote al suelo, donde sé que luego estaré rebuscando a oscuras para encontrarlo.

Sus ojos verdes están pesados mientras veo cómo me recorre con la mirada, como si no supiera por dónde empezar.

Damien lleva una mano detrás de sí y empieza a meterse los dedos, mientras la otra masajea su propio rabo.

Empiezo a respirar con fuerza mientras le miro, celoso de que no sean mis manos las que le están dando placer. Sus ojos están cerrados mientras sus manos trabajan; el sucio espectáculo me vuelve loco.

Tiro de las cadenas otra vez, con la voz baja y peligrosa.—Úsame. Úsame antes de que me rompa las muñecas intentando

llegar a ti.

Abre los ojos, un rubor rosado floreciendo en sus mejillas. Sonríe.
—Ruega por ello.

No pienso; solo obedezco.—Úsame, cariño. Por favor. Quiero hacerte sentir bien. Déjame entrar, por favor, Dame.

Damien sonríe y aparta las manos de su cuerpo. Alinea mi polla con su agujero y se deja caer sobre mí con brusquedad.

Los dos gemimos a la vez de una forma que me hace querer quedarme dentro de él para siempre. Empieza a botar sobre mí, usando las manos y las rodillas para ayudarse a follarme. Las manos de Damien se arrastran por su pecho hasta llegar a sus pectorales, apretando el músculo. Sus dedos empiezan a jugar con sus pezones, lo que le hace echar la cabeza hacia atrás.

Mis caderas empiezan a moverse por su cuenta. El plug anal presiona contra ese punto del que solo he leído, pero que siempre me ha dado demasiado miedo probar.

—Cariño, tócate para mí, por favor. Voy a perder la cabeza si no estoy cubierto de tu corrida en los próximos treinta segundos. —Mi voz suena rota y desesperada, pero me importa una mierda.

Quiero que Damien me marque como suyo. Quiero que me use hasta dejarme seco. Quiero que aquí, conmigo, se sienta a salvo y deseado.

Empieza a masturbarse mientras me cabalga. Sus gemidos hacen que me cueste concentrarme, pero intento mantener el control.

—Sí, se siente bien, ¿eh? —Clavo mi polla en él, lo que hace que se desplome hacia delante sobre mí.

Su voz se estremece en respuesta.—Atlas...

—Me estás cabalgando tan bien. No pares. Ya casi estás.

Damien se crece con mis ánimos, apretando los ojos mientras se trabaja la polla.—Atlas. Atlas. ¡Atlas, joder! —Un chorro de corrida blanca y pegajosa sale de él, pintando mi pecho y mi cara.

Mi nombre en su boca y su semen en mi pecho me desarmen. Me corro con fuerza dentro de él, los músculos apretándose alrededor del plug anal mientras grito hacia la habitación.

—¡Joder! ¡Ah! —La voz se me quiebra y las estrellas me ciegan la vista durante unos segundos.

Damien se deja caer hacia delante, recibiendo las últimas embestidas que le mando.

Durante unos instantes, nuestras respiraciones pesadas y los latidos desbocados son los únicos sonidos en la habitación. La cabeza de Damien reposa sobre mi pecho. La expresión de alivio y éxtasis en su cara hace que quiera envolverle con los brazos y no soltarle nunca. Solo hay un problema...

—Cariño, quiero limpiarte, pero... —Tiro de las esposas.

Damien suelta una risita y me mira desde donde está tumbado.—¿Y si te quiero así toda la noche?

Le sonrío de medio lado, estirando un poco el cuerpo bajo el suyo.—Entonces me quedo.

Roza sus labios contra mi pecho antes de incorporarse.—Buena respuesta.

Damien me desengancha de la cama, besando los moratones que ya empiezan a marcarse en mis muñecas.

Una vez libre, le sujeto la cara y le beso despacio.—Dúchate. Yo recojo aquí.

—Puedo hacerlo yo. —El agotamiento ya se le nota en la cara.

—Sé que puedes, pero déjame a mí.

Asiente y se tambalea hacia el cuarto de baño. Yo voy al aseo pequeño para sacarme el plug. Jesús, ¿cómo ha conseguido metérmelo?

Mientras lavo los juguetes que hemos usado, me veo de reojo en el espejo. Estoy cubierto de chupetones y corrida de Damien, mi pelo está hecho un desastre por sus manos y los anillos rojos de mis muñecas empiezan a cambiar de color. Estoy marcado como suyo mires por donde me mire. Algo se me retuerce en el pecho.

Aparto la vista del espejo y me limpio con un paño húmedo.

Cuando vuelvo a su dormitorio, oigo la ducha correr. Me pongo los bóxers, luego quito las sábanas arruinadas de la cama y encuentro unas limpias en el armario de la ropa blanca. Cuando termino, Damien entra en el dormitorio con un albornoz negro y peludo que no le había visto nunca.

—Eh —digo.

Normalmente, cuando se le pasa la adrenalina del sexo, se encierra en sí mismo, reconstruyendo todos esos muros cuidadosos pieza a pieza. Pero esta noche parece pequeño, frágil.

—¿Te quedarás esta noche? —pregunta adormilado.

No puedo evitar el subidón que me recorre las venas. Me quiere aquí. Me está pidiendo que me quede.

—Sí.

Asiente una sola vez, como si fuera la única respuesta que habría aceptado, y se mete en la cama. Le sigo, acomodando su cuerpo contra el mío hasta que está tumbado cómodamente sobre mi pecho.

En cuestión de minutos, por fin su respiración empieza a regularizarse.

Por primera vez en días, parece realmente relajado. Me quedo mirando al techo mucho después de que se duerma, porque ahora ya sé con seguridad que algo va mal.

Y sea lo que sea, le está haciendo tanto daño que ha acudido a mí en vez de intentar sobrevivirlo solo. Ese pensamiento se asienta hondo en mi pecho mientras Damien duerme apoyado en mí.

Y tumbado junto a Damien en mitad de la noche, me doy cuenta de algo aterrador:

Me estoy enamorando de él.

DAMIEN

Siento que alguien me observa todo el tiempo ahora. Cada calle abarrotada me produce inquietud. Cada rostro desconocido en el vestíbulo de mi edificio capta mi atención durante demasiado tiempo. Cada todoterreno negro aparcado fuera del estadio hace que algo feo se me apriete en el pecho antes de que mi cerebro reaccione y me recuerde que estoy siendo un paranoico.

Sebastian no ha reaparecido realmente. Todavía no. Eso casi lo hace peor, porque ahora estoy esperando a que ocurra. Esperando el momento en que mi pasado finalmente me alcance de una manera de la que no pueda huir.

Y cuanto más espero, más inestable me siento.

Atlas se da cuenta.

Se da cuenta de cuándo empiezo a inspeccionar las habitaciones antes de entrar en ellas. Se da cuenta de lo cerca que me quedo de él en público ahora, de cómo mi mano siempre encuentra alguna parte de su cuerpo sin que yo me dé cuenta.

El hombro.

La espalda.

La rodilla.

Cualquier cosa.

Al principio me digo a mí mismo que es por la publicidad. Las cámaras esperan afecto físico ahora. A los fans les encanta cuando nos tocamos. Esa excusa deja de sostenerse muy pronto, porque empiezo a iniciarlo incluso cuando nadie está mirando. *Sobre todo* cuando nadie está mirando.

Empiezo a besarle más.

A tocarle más.

A arrastrarle a vestuarios vacíos y pasillos silenciosos y rincones oscuros de aparcamientos porque estar cerca de él es lo único que calma el pánico que me araña el pecho.

El sexo se convierte en el mecanismo de defensa más fácil. Es suficiente para desconectar los sentimientos de pánico por un rato; es suficiente para sentirme a salvo con Atlas mientras me llama cielo y me besa.

Si lo planteo de esa manera, no tengo que admitir la verdad: que Atlas me hace sentir a salvo de una forma que nadie ha conseguido antes. Y eso me aterra lo suficiente como para que siga intentando enterrarlo.

Por desgracia, Atlas no es tonto.

—Te has vuelto muy pegajoso —dice una noche mientras estoy prácticamente tumbado encima de él en su sofá.

Le miro mal desde donde tengo apoyada la cabeza en su pecho.
—Odio esa palabra.

—Es exacta.

—No soy pegajoso.

Su brazo se aprieta ligeramente alrededor de mi cintura. —Ayer me llamaste tres veces porque tardé demasiado en el supermercado.

—Estabas tardando una eternidad.

—Estuve allí unos veinte minutos, probablemente.

—Podrían haberte asesinado —lo digo en broma, pero le sujeto con más fuerza.

Atlas se ríe suavemente. —Estás loco.

Quizá lo esté, porque la idea de que le pase algo hace que se me revuelva el estómago violentamente.

También empiezo a volverme territorial. Esa parte me pilla por sorpresa.

Un camarero flirtea con Atlas después de uno de nuestros partidos, y yo le paso un brazo por la cintura antes de pensarlo siquiera. Una reportera le toca el hombro durante una entrevista y yo me interpongo físicamente entre ellos sin darme cuenta de lo que estoy haciendo.

Atlas se da cuenta de todo.

Lo peor es que le gusta.

Me doy cuenta.

Cada contacto posesivo hace que su expresión se suavice de esa manera peligrosa que se me mete bajo la piel. Cada reacción de celos por mi parte parece alimentar algo cálido y complacido en su interior. Pero bajo eso, también noto que está preocupado. Porque estoy cambiando.

Cuanto más se dispara mi paranoia, más se endurece mi carácter. Ahora le hablo mal a la gente más rápido. Siempre estoy tenso. Atlas sigue observándome como si intentara resolver un rompecabezas que aún no termina de comprender.

Sé que quiere respuestas.

También sé que está intentando no presionarme.

Eso casi lo hace peor.



El sobre parece normal: blanco, estándar y ligeramente arrugado, como si lo hubieran metido en un montón de cartas de fans antes de que alguien lo clasificara y lo dejara en la encimera de mi cocina esta mañana.

Casi no lo abro. La mayoría de las cartas que recibimos ahora son iguales: fans diciéndonos que nos apoyan, gente proyectando relaciones enteras sobre algo que empezó como un truco publicitario, párrafos sobre cómo Atlas y yo les ayudamos a sentirse identificados.

A veces es abrumador, pero en el fondo es inofensivo.

Esta me parece diferente incluso antes de tocarla. No sé por qué. Simplemente lo parece.

Me quedo en la cocina mirándola fijamente más tiempo del que debería antes de cogerla finalmente. No tiene remitente. Meto el pulgar bajo la solapa y por un segundo dudo.

Luego la abro.

El papel de dentro está doblado una vez.

Con pulcritud.

Con cuidado.

Como si quien me lo envió se hubiera tomado su tiempo.

Eso hace que se me retuerza el estómago. Lo desdoblo despacio. Y en el segundo en que veo la caligrafía, todo en mi cuerpo se queda frío.

Te he echado de menos, dulzura.

Eso es todo. Sin firma. Sin explicación. Solo cuatro palabras escritas con una letra que reconozco de inmediato.

Mis dedos se aprietan alrededor del papel con la fuerza suficiente para arrugarlo.

—No —susurro.

Mi corazón empieza a latir con fuerza antes de que mi cerebro pueda procesarlo. Conozco esa letra igual que conozco la forma de mi propio nombre. La he visto en trozos de papel metidos en mi bolsillo cuando era más joven. En notas dejadas tras noches en las que me usaron con demasiada brusquedad. Al dorso de recibos y servilletas rotas y cualquier cosa que Sebastian tuviera a mano cuando le apetecía recordarme que yo le pertenecía.

Dulzura.

Siempre me llamaba así.

La habitación da vueltas ligeramente. Suelto el papel sobre la encimera como si me hubiera quemado.

—No —digo de nuevo, más alto esta vez.

Siento el pecho apretado, como si la garganta se me estuviera cerrando.

Sabe dónde vivo. Ese es el primer pensamiento que atraviesa el pánico.

Las paredes de mi apartamento de pronto parecen demasiado finas. Demasiado expuestas.

Me giro hacia las ventanas inmediatamente, escrutando la calle de abajo como si esperara verle allí de pie, mirando.

No hay nada inusual.

Solo coches.

Gente caminando.

Todo parece normal.

Eso no ayuda una mierda, porque nada de esto es normal.

Mi mirada vuelve a la carta. No quiero volver a tocarla.

La cojo despacio, obligando a mis manos a mantenerse firmes el tiempo suficiente para comprobarla de nuevo.

Es él.

Tiene que ser él.

Se me retuerce el estómago violentamente. Está cerca. Más cerca de lo que pensaba.

Más cerca de lo que estoy preparado para afrontar.

Mi puñetero padre tuvo que elegirlo a él. Sebastian es un dios malévolo. Se cobrará lo que se le debe.

Me paso una mano por el pelo, recorriendo la cocina de un lado a otro.

Piensa.

Piensa.

Tiene que haber una forma de salir de esta.

Tiene que haber algo que se me esté escapando.

Pero cada posibilidad lleva al mismo lugar. Me ha encontrado.

Después de todo este tiempo, me ha encontrado.

Pensé que estar en un equipo de hockey de mierda estaría bien: que me pagarían bien, pero nada tan loco como para convertirme en una superestrella. Me volví demasiado engreído con esta puta publicidad de la relación falsa. Me volví demasiado descuidado. Olvidé lo difícil que fue salir de mi ciudad natal y huir a medio país de distancia. Y ahora nada de eso importa, porque Sebastian sigue mi rastro.

Mi teléfono vibra en algún lugar detrás de mí. Me sobresalto como si fuera una bala pasando rozándome el oído. Eso me cabrea

lo suficiente como para hacerme reaccionar un poco.

Cojo el móvil.

Atlas.

El nombre calma algo en mi pecho de inmediato.

Pero no respondo.

No puedo.

Porque ni siquiera sé qué diría.

Oye, ¿te acuerdas de que te dije que no pasaba nada? En realidad, el tipo que solía ser mi proxeneta sabe dónde vivo.

Ya.

No.

Vuelvo a dejar el móvil sobre la encimera y me paso ambas manos por la cara.

Tengo que calmarme.

Tengo que pensar.

En cambio, mi cerebro entra en una espiral aún peor.

Cada recuerdo que he pasado años encerrando empieza a abrirse camino de vuelta a la superficie: la forma en que Sebastian me miraba como si fuera algo que pudiera despedazar cuando quisiera, la forma en que sonreía cuando intentaba alejarme de sus besos cortantes, la forma en que decía mi nombre mientras apretaba su agarre alrededor de mi garganta.

La forma en que decía *te he echado de menos* como si fuera una promesa en lugar de una amenaza.

Metó la carta en un cajón y lo cierró de un golpe.

Cojo mi chaqueta sin pensar y salgo del apartamento. No puedo quedarme aquí.

El resto del día es un borrón.

Entrenamiento.

Gente hablando.

Atlas riéndose de algo que ha dicho Carter.

No sé qué están diciendo. Apenas estoy allí presente.

Hago las cosas mecánicamente sin estar presente de verdad. Todo parece demasiado ruidoso. Demasiado cercano. Cada rostro desconocido capta mi atención durante demasiado tiempo. Cada movimiento en mi visión periférica hace que se me apriete el pecho.

Atlas no para de mirarme como si intentara descifrar algo.
Le evito.
Porque si me mira demasiado de cerca, va a ver lo mal que estoy.
Y no sé cómo explicar algo que ni siquiera he procesado del todo todavía.



Esa noche, una pesadilla me desgarró la mente en pedazos, arrancando cada recuerdo doloroso directamente de mi corazón.

Se siente como una advertencia.

Y es lo suficientemente real como para destruirme.

Tengo dieciocho años, visto una camisa transparente aunque está nevando.

Pavimento frío bajo mis zapatos, humo de cigarrillo en el aire, farolas parpadeando sobre aceras agrietadas en el barrio que pasé años intentando olvidar.

Entonces aparece Sebastian: pelo oscuro, ojos malignos y dientes afilados ocultos tras una sonrisa que solía arruinarme. En aquel entonces, pensaba que era hermoso. En aquel entonces, pensaba que me amaba.

Recuerdo la primera vez que me tocó.

Esa es la peor parte.

Porque al principio fue amable.

Paciente.

Cuidadoso.

Aprendió exactamente lo que yo necesitaba antes de empezar a arrancarme pedazos. Antes de empezar a vender mi alma por unas monedas.

En el sueño, está apoyado contra el capó de su coche, viéndome acercarme a él como si ya supiera cómo termina esto.

—Ahí está —dice suavemente.

Odio cómo reacciona mi yo más joven ante él. Qué esperanzado se siente todavía. Qué desesperado por afecto.

—Llegas tarde —dice Sebastian.

—Papá estaba borracho otra vez.

—Qué sorpresa —luego alarga la mano hacia mí.

Y de repente el sueño cambia. Estoy en su apartamento. Luego en su coche. Luego en alguna habitación de motel de mala muerte.

Las escenas se mezclan como carretes de películas viejas mientras Sebastian me besa y me dice que soy especial y guapo y suyo. Cada recuerdo está envenenado por lo que vino después.

—Sabes que cuido de ti, ¿verdad? —murmura contra mi garganta.

Recuerdo haberle creído.

Dios, ¿por qué le creí alguna vez?

Entonces el sueño cambia de nuevo.

Soy mayor ahora. Más duro. Agotado de esa manera en que solo la supervivencia te deja.

Sebastian está enfadado.

Le dije que quería salir de esto.

—No —digo en el sueño—. He terminado.

Su rostro cambia de inmediato. Esa es la versión de él que mejor recuerdo ahora.

La entidad cruel y amarga.

—Tú no decides eso.

—Me voy. Mi padre te debía quince mil, ¡y Ricky me dijo que recuperaste eso hace seis putos meses, Seb! ¡He terminado de una puta vez!

Sebastian me agarra la mandíbula con la fuerza suficiente para hacerme daño. —Tú me perteneces. Tu papito no solo vendió tu tiempo, Damien. Te vendió a *ti*.

Lo siguiente viene en ráfagas.

La pared contra mi espalda.

Su mano alrededor de mi garganta.

La primera vez que me golpeó con la fuerza suficiente para partirme el labio.

La comprensión de que esto nunca había sido amor.

Solo posesión.

—Me debes —dice en el sueño.

Entonces, de repente, ya no es Sebastian.

Por un segundo aterrador, es Atlas quien está de pie sobre mí.
Eso finalmente me despierta de golpe.

Me incorporo violentamente en la cama, respirando con tal fuerza que me duele el pecho.

Mi apartamento está a oscuras.

Vacío.

Mal.

Tardo varios segundos en recordar dónde estoy. Mis manos buscan a Atlas en su lado de la cama, pero Atlas no está aquí esta noche. Se quedó en el hospital con Grace porque ella tuvo un día difícil de tratamiento. La comprensión me golpea con otra oleada de pánico.

Estoy solo.

Mis manos tiemblan violentamente mientras cojo mi teléfono de la mesita de noche.

No pienso.

No dudo.

Simplemente le llamo.

Atlas responde al tercer tono. —¿Damien?

En el segundo en que oigo su voz, algo en mi interior se resquebraja. Intento hablar.

No sale nada, salvo un aliento entrecortado.

—Eh, eh —dice él de inmediato, con un tono de voz que se agudiza por la preocupación—. Gracie, voy a salir un momento fuera. —Oigo que se cierra una puerta—. Dame, ¿qué ha pasado?

Trago saliva con dificultad, pero las palabras no terminan de formarse. —Yo... —Se me quiebra la voz—. He tenido un sueño.

—Vale —dice él con dulzura—. No pasa nada. Estás bien. Habla conmigo.

Siento el pecho demasiado apretado, como si Sebastian todavía me estuviera asfixiando contra aquel muro de hormigón.

—Era él —logro decir—. Era Sebastian.

Hay una breve pausa.

—¿Quién es Sebastian? —pregunta Atlas con cautela.

—Él... —Intento responder. De verdad que lo intento.

Pero el solo nombre basta para que todo vuelva a descontrolarse. Mis pensamientos se dispersan y el pánico me araña la garganta antes de que pueda hilvanar las palabras.

—No puedo... —balbuceo con dificultad—. No... no puedo explicarlo ahora mismo.

—No pasa nada —dice Atlas de inmediato—. No tienes que explicar nada.

Mi respiración se vuelve irregular, demasiado rápida, demasiado superficial.

—Va a volver —digo—. Sé que lo hará. Va a venir a por mí, Atlas. Se me va a llevar.

—Cariño, cariño —me interrumpe Atlas suavemente—. Ve más despacio. Respira para mí.

Me presiono el pecho con la mano, como si eso fuera a obligar físicamente a mis pulmones a cooperar. —No puedo —susurro.

—Sí que puedes —dice él con calma—. Solo tienes un ataque de pánico. No es más que eso. Estoy contigo. —Su voz permanece firme.

Inalterable.

—Respira conmigo —continúa—. Inspira por la nariz. Despacio.

Sigo sus instrucciones sin pensar.

—Bien —dice—. Ahora expulsa el aire por la boca.

Exhalo temblorosamente.

—Otra vez.

Lo hago de nuevo, y otra vez más, respirando al ritmo de la voz de Atlas.

Cada respiración parece un poco más fácil que la anterior; el pánico se afloja lo justo para que pueda oírle con claridad en lugar de que sus palabras se emborronen.

—Así está mejor —murmura Atlas—. Quédate conmigo.

Aprieto con más fuerza el teléfono. —Tengo miedo —admito en voz baja.

Las palabras me resultan extrañas en la boca. Yo no digo cosas así. No *admito* cosas así.

Atlas no lo duda. —Voy para allá —dice suavemente.

Trago saliva. —No, no. Quédate con Grace. Yo solo... —Tomo aire con dificultad, con las lágrimas a punto de brotar—. Solo necesitaba oír tu voz.

Atlas se queda callado al otro lado. No sé si está confundido o incómodo porque acabo de admitir que le necesitaba. Respiro hasta que el pensamiento que tanto temía sale a la superficie.

—No quiero que me encuentre —susurro.

—Él no está aquí —dice Atlas de inmediato—. Estás en tu apartamento. Estás a salvo.

La palabra me golpea con fuerza.

A salvo.

—Ya no estás allí —continúa—. Ya no estás en esa... esa *situación*. Sea lo que sea lo que ha pasado en ese sueño, no está ocurriendo ahora.

Intenta convencerme de algo de lo que ni siquiera sabe nada. Intenta impedir que el mundo me aplaste.

Mi pecho sube y baja más despacio ahora.

Todavía no rítmicamente.

Pero mejor.

—Siento como si me estuviera vigilando —digo.

—Es el miedo el que habla —responde Atlas con dulzura—. No es la realidad.

Cierro los ojos, apoyando la frente en mi mano. —Odio esto.

—Lo sé. —Hace una pausa—. ¿Quieres que vaya?

Casi digo que sí. Casi le pido que venga a abrazarme hasta que me vuelva a dormir. Que me bese los párpados y me diga que nunca dejará que nadie vuelva a acercarse a mí.

Pero no puedo apartarle de su familia. De la gente que de verdad le necesita. Que de verdad se lo merece.

—No. Ya estoy bien —digo.

—Cariño...

—Hablo en serio. Me has ayudado.

Hay un momento de silencio y entonces Atlas exhala con suavidad. —Vale —dice—. Entonces me quedaré al teléfono contigo hasta que te duermas.

Algo en mi pecho se relaja. —No tienes por qué...

—No voy a colgar —dice con firmeza—. Así que ponte cómodo.

A pesar de todo, se me escapa un breve suspiro que casi parece una risa. —Eres un testarudo.

—Te encanta que lo sea.

Sí.

Me encanta.

—Discutible. —Sacudo levemente la cabeza, aunque él no pueda verme.

El pánico ha remitido ahora, transformándose en algo más silencioso.

Agotamiento.

Miedo residual.

Pero es manejable.

—Vuelve a tumbarte —dice Atlas suavemente.

Lo hago.

—¿Está la puerta cerrada con llave? —pregunta.

—Sí.

—¿Y las ventanas?

—Sí.

—Bien. —Su voz se suaviza de nuevo—. Estás bien, Damien.

Me quedo mirando al techo, escuchando el sonido de su respiración al otro lado de la línea.

—Estás a salvo —repite en voz baja.

Y casi le creo.

No recuerdo haberme quedado dormido. En un momento estoy acurrucado en la cama con el teléfono pegado a la oreja mientras Atlas me habla suavemente para mantenerme centrado, y al siguiente todo desaparece en una densa oscuridad. Cuando me despierto, tardo un segundo en comprender por qué me duele el pecho.

Mi respiración se acelera antes incluso de abrir los ojos por completo. Hay movimiento en mi habitación. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. Me incorporo bruscamente, con el corazón golpeándome contra las costillas mientras la adrenalina me inunda tan rápido que casi me mareo.

Hay alguien aquí. Alguien ha entrado.

Durante un segundo horroroso, pienso que es él.

Entonces la figura que está cerca de la puerta de mi dormitorio se yergue, y veo a Atlas dejando una mochila en el suelo, junto a la cómoda.

—Dame, soy yo.

El alivio me golpea con tal fuerza que se me nubla la vista.

—Dios mío —jadeo.

—Eh, eh, perdona. No pretendía asustarte. Debería haberme dado cuenta.

El pecho me sube y baja dolorosamente mientras le miro.

Atlas sigue pareciendo agotado por lo del hospital. Las mangas de su sudadera están subidas de cualquier manera y tiene los rizos un poco aplastados de un lado, como si se hubiera estado pasando las manos por ellos durante horas.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con voz débil.

Atlas se acerca despacio, y su expresión se suaviza en cuanto me ve bien. —Mi madre ha subido al hospital para hacerme el relevo —dice en voz baja—. He venido directo aquí.

Algo se retuerce dolorosamente en mi pecho. —No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé.

Esa respuesta es tan sencilla que casi me destruye.

Atlas me observa un segundo más antes de añadir en voz baja: —Estaba preocupado por ti.

Bajo la mirada instintivamente, intentando calmar mi respiración. Es entonces cuando me doy cuenta de que sigo aferrando el teléfono con fuerza en la mano. La pantalla está encendida. El contador de la llamada sigue corriendo.

Tres horas y cuarenta y dos minutos.

Atlas nunca colgó.

Algo en mi interior se desmorona por completo. Porque se quedó ahí. Incluso después de que me durmiera. Incluso después de que pasaran las horas.

Se *quedó*.

Se me cierra la garganta violentamente.

Atlas ve cómo ocurre en tiempo real. —Damien...

Me muevo antes de poder pensarlo. Me quito las mantas de encima y corro hacia él.

Atlas apenas logra cogerme antes de que ambos tropecemos hacia atrás con tal fuerza que él pierde el equilibrio por completo. Cae al suelo con un gruñido mientras yo acabo tendido sobre su pecho, agarrando la parte delantera de su sudadera como si soltarla pudiera matarme físicamente.

Y entonces empiezo a llorar, con sollozos rotos que me sacuden el pecho; es esa clase de llanto que parece arrancado de algún lugar profundo, feo y agotado.

Un brazo de Atlas me rodea la espalda con fuerza mientras su otra mano se desliza entre mi pelo, con los dedos acariciando con cuidado los rizos de mi nuca. Me sujeta con firmeza, con su cuerpo encajando con el mío como si yo hubiera sido hecho a su medida.

—No pasa nada —murmura—. Estoy aquí.

Sacudo la cabeza con fuerza contra su hombro, con el aliento entrecortado por el dolor. —Lo siento —consigo decir.

—Eh. —Atlas aprieta el abrazo—. No. Nada de eso.

Otro sollozo se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Atlas se mueve ligeramente bajo mi cuerpo hasta sentarse de forma más cómoda contra el lateral de la cama, manteniéndome pegado con firmeza a su pecho en todo momento, como si temiera que fuera a desaparecer si aflojaba el agarre.

—Cariño —murmura.

El apelativo me destroza porque Atlas lo dice con mucha dulzura, como si fuera algo valioso en lugar de algo roto. Presiona sus labios ligeramente contra mis rizos una vez. Y otra más.

Va dejando pequeños y suaves besos por la parte superior de mi cabeza mientras me sostiene durante el pánico que va abandonando mi sistema poco a poco.

—Estás bien —susurra—. Estás bien.

Le agarro con más fuerza. Atlas huele a ropa limpia, a desinfectante de hospital y al rastro más leve de su colonia. Familiar. Seguro. Real.

Nada que ver con Sebastian.

Nada que ver con el miedo.

La certeza se asienta en mi pecho lentamente mientras Atlas desliza la mano por mi espalda con movimientos constantes y reconfortantes.

—Me has asustado —admite en voz baja al cabo de un rato.

La culpa se me retuerce en el estómago. —Lo sé.

—Cuando has llamado... —Exhala suavemente contra mi pelo—. Nunca te había oído así antes.

Cierro los ojos con fuerza. —Lo siento.

—Damien.

La forma en que pronuncia mi nombre hace que finalmente levante la cabeza lo suficiente para mirarle. Me duele ver la expresión de Atlas.

Preocupación.

Agotamiento.

Y algo desgarradoramente tierno debajo de ambas cosas.

—Nunca tienes que pedir perdón por necesitarme —dice en voz baja.

El pecho se me aprieta de tal forma que me duele físicamente.

Nadie me había dicho nunca algo así.

No sin condiciones.

No sin acabar usándolo como un arma.

Pero Atlas lo dice de verdad.

Me limpio la cara con brusquedad, avergonzado ahora que el pánico ha remitido lo suficiente como para que vuelva mi conciencia de mí mismo.

Atlas me coge la muñeca con suavidad antes de que pueda esconderme de él por completo. —Eh —dice suavemente—. Mírame.

Lo hago.

—Estás a salvo.

Lo estoy, porque él está aquí, abrazándome en el suelo de mi habitación a casi las cuatro de la mañana como si no hubiera ningún otro lugar en el que prefiriera estar.

¿Cuántas noches me he quedado despierto por miedo a que Sebastian apareciera? ¿O he dormido en la bañera solo para sentirme seguro?

—¿Cómo has entrado? —pregunto en voz baja.

La comisura de la boca de Atlas se contrae ligeramente. —Me diste una llave de repuesto para emergencias.

Es verdad. Lo hice hace unas semanas, después de que los paparazzi casi nos siguieran hasta dentro del edificio.

En aquel momento me pareció algo práctico.

Ahora me parece profundamente íntimo.

Le miro un segundo demasiado largo.

Algo cambia en la expresión de Atlas. Su ternura se profundiza hasta convertirse en algo más cálido. Más necesitado. Como si verme tan vulnerable hubiera roto algo en su interior.

De repente, me está besando. Sus labios están suaves contra los míos mientras sostiene mi rostro como si fuera de cristal. Me roba el aire de los pulmones de inmediato.

Atlas me acaricia la cara con cuidado mientras me besa como si intentara borrar cada cosa terrible que me ha tocado. Cada beso persiste, cálido y paciente y devastadoramente afectuoso. Le agarro por la cintura, intentando mantenerme anclado a él.

Atlas emite un sonido sordo contra mi boca y me atrae más hacia él, hasta que estoy prácticamente sentado en su regazo.

—¿Estoy bien? —susurro contra sus labios.

—Sí. —Otro beso—. Estoy contigo.

El pánico que sentía termina de disiparse por completo bajo el peso de su boca y sus manos y su respiración pausada. Atlas me besa como si intentara convencer a mi cuerpo de que la pesadilla ha terminado.

Finalmente, se aparta lo justo para rozar su frente con la mía. —Deberíamos irnos a la cama —murmura.

Asiento de inmediato. El agotamiento cae sobre mí de golpe ahora que la adrenalina por fin ha desaparecido.

Atlas me ayuda a levantarme antes de recoger su mochila del suelo. Se mueve por mi habitación con comodidad ahora, como si perteneciera a este lugar, quitándose la sudadera y el pantalón de chándal sin pudor hasta quedarse allí de pie solo con unos bóxers negros. Normalmente la imagen haría que mi cerebro sufriera un cortocircuito, pero ahora mismo solo me hace sentir tranquilo.

Atlas se mete en la cama detrás de mí después de apagar la lámpara; su piel cálida se presiona contra mi espalda mientras tira de las mantas para cubrirnos a los dos. Luego me rodea por completo: un brazo sobre mi cintura, su pecho contra mi espalda, sus piernas entrelazadas con cuidado con las mías.

Protector.

Reconfortante.

Seguro.

Cierro los ojos mientras Atlas me da otro beso suave detrás de la oreja.

—Cuidaré de ti —susurra.

Se me vuelve a cerrar la garganta, porque le creo por completo.

—Puedes dormir —murmura suavemente—. Yo te cuido.

Y bien envuelto entre los brazos de Atlas, con su corazón latiendo de forma constante contra mi espalda...

Por fin me quedo dormido.

ATLAS

Intento preguntar por Sebastian dos veces. La primera vez con suavidad. La segunda, con más suavidad aún.

Lamentablemente, ninguna de las dos funciona.

La conversación muere en cuanto surge el nombre; todo el cuerpo de Damien se tensa como si le hubiera tocado un moratón.

—Era un ex tóxico —dice Damien finalmente una noche mientras está en mi cocina—. Eso es todo.

La respuesta suena demasiado ensayada. Demasiado limpia. Intento mantener mi genio bajo control. Damien ha estado muy frágil últimamente y quiero asegurarme de que se siente completamente a salvo conmigo. Pero saber que hay algún hombre por ahí que tiene a mi novio así de asustado me da ganas de desgarrar unas cuantas gargantas.

Me apoyo en la encimera, observándolo con atención. —Eso no es todo.

La mandíbula de Damien se tensa. —Atlas...

—Solo quiero saber a qué me enfrento. —Me paso las manos por el pelo.

Damien me toma la cara entre las manos. —A nada. A nadie.

—Vale —digo en voz baja.

Damien asiente una vez, aliviado y culpable al mismo tiempo, porque me acaba de mentir a la cara y cree que me lo he tragado.

No sobre el hecho de que Sebastian fuera tóxico. Esa parte me la creo totalmente. Pero hay algo más. Algo lo bastante feo como para que Damien sea físicamente incapaz de hablar de ello todavía. Y después de la pesadilla, después del ataque de pánico, después de la forma en que temblaba entre mis brazos a las cuatro de la mañana... no voy a acorralarlo para que lo reviva ahora mismo.

No puedo arriesgarme a que levante más muros y me deje fuera. No ahora.

Pero, para mi sorpresa, no se aleja. Damien empieza a quedarse en mi apartamento casi todas las noches. Al principio, sucede de forma natural. Una noche se convierte en dos. Luego, una mañana abro el cajón del baño y me doy cuenta de que la mitad de mi encimera está llena de cosas de Damien.

Su cepillo de dientes, su caro limpiador facial y los estúpidos productos para el pelo que finge que no le importan, a pesar de que sus rizos parecen hidratados profesionalmente en todo momento, están justo al lado de mi lavabo.

Su ropa está enredada con la mía en el cesto de la colada. Su sudadera con capucha cuelga del respaldo de mi sofá. Un par de sus pantalones de chándal está mal doblado sobre la silla de mi habitación. Un día abro mi armario y me doy cuenta de que, en silencio, ha empezado a colgar su ropa junto a la mía.

Como si perteneciera a este lugar.

Darme cuenta de ello probablemente debería asustarme. En cambio, hace que algo cálido se asiente en mi pecho.

Porque el apartamento se siente mejor con él dentro.

Menos vacío.

Más vivo.

Incluso cuando se pone difícil.

Vuelvo del hospital agotado después de pasar seis horas seguidas con Grace durante uno de sus días de tratamiento más duros. Para cuando abro la puerta de mi apartamento, siento todo el cuerpo pesado. Huelo a comida y me detengo de inmediato.

Eso es nuevo.

El apartamento está cálido y tenuemente iluminado, con música suave sonando bajito en la cocina. Entro despacio, aún con las llaves en la mano, y encuentro a Damien frente a los fogones con unos pantalones de chándal grises y una camiseta negra que definitivamente es mía.

Por un segundo, simplemente me quedo mirándolo.

Él echa un vistazo por encima del hombro. —Hola. Has tardado más de lo que esperaba. ¿Grace está bien?

Parpadeo una vez. —¿Sabes cocinar?

Damien se encoge de hombros. —Tengo muchas habilidades.

Suelto mis cosas en el suelo y me apoyo en el marco de la puerta. —¿Por qué...?

—Parecías agotado cuando te has ido esta mañana.

Una sonrisa enorme y boba se extiende por mi cara mientras observo a Damien, que ahora se ruboriza furiosamente bajo las luces cálidas.

—Me has hecho la cena.

Él aparta la mirada. —No lo hagas raro.

—Te gusto.

—Para.

—Pero si estás monísimo con el trapo sobre el hombro, como un pequeño chef.

Damien pone los ojos en blanco, pero ya noto el leve rubor subiéndole por las orejas. La imagen casi me mata. Entro en la cocina y le rodeo la cintura con los brazos por detrás antes de que pueda escapar.

Resopla. —Estás sudado.

Le beso el lado del cuello de todos modos. Él canturrea y me da una palmadita en el brazo.

—Gracias, cariño —susurro.

Se ríe. —No es para tanto, Atlas.

Le aprieto un poco más y él se relaja contra mí. Damien se pasa gran parte de la vida intentando parecer intocable, pero en cuanto nos quedamos solos se vuelve blando en mis manos, como si estuviera hecho para el afecto pero nunca hubiera recibido el suficiente.

—¿Cómo estás hoy? —susurro contra su piel.

Asiente una vez. —Mejor.

Le beso una vez más antes de soltarlo por fin el tiempo suficiente para que comamos.

La cena acaba siendo estúpidamente doméstica: vino y pasta con música de jazz suave de fondo, mientras Damien se burla de la forma en que sostengo el tenedor como si él no se hubiera criado sobreviviendo a base de fideos instantáneos y Pop-Tarts pasados. Para la segunda copa de vino, la tensión de sus hombros disminuye por primera vez en toda la semana.

Eso se siente como una victoria.

Está más callado esta noche, pero no en el mal sentido; más relajado que retraído, apoyado en mi costado mientras estamos sentados en el sofá después de cenar con las copas de vino a medio terminar. Un partido de hockey se reproduce sin volumen en la televisión. Ninguno de los dos lo está viendo realmente.

Damien está estirado en el sofá con una pierna echada sobre la mía, sus rizos ligeramente revueltos, su expresión suavizada en los bordes por el alcohol y el cansancio.

Acaricio lentamente su rodilla con el pulgar.

Me mira de inmediato. —¿Qué? Me estás mirando.

—Te estoy apreciando.

—Eso es vergonzoso.

—Creo que hacerme pasta casera es más vergonzoso.

Gruñe suavemente y deja caer la cabeza contra los cojines del sofá. —Estaba intentando ser *amable*.

—Sí, ha funcionado demasiado bien. Ahora sé que me deseas. — Me inclino y lo beso antes de que pueda seguir quejándose.

Damien me devuelve el beso de inmediato, cálido y lento por el puntillo del vino que se asienta sobre ambos.

—Siempre te deseo —murmura Damien contra mi boca.

Y de repente estoy medio encima de él mientras él agarra puñados de mi camiseta y me besa como si intentara trepar por mi torrente sanguíneo.

¿Cómo ha pasado eso?

—Sabes a vino —susurro, agarrándole el culo.

—Deja de hablar.

Me río suavemente.

Damien aprovecha la distracción para quitarme la camiseta por la cabeza.

—Qué lanzado. Al menos podrías haberme invitado a cenar primero. —Lo acerco tirando de las trabillas de su pantalón—. Ah, espera...

—Eres jodidamente insoportable. —Está sonriendo ahora.

Sonriendo de verdad.

Está lo suficientemente feliz en este momento como para olvidarse de ocultarlo. Ese descubrimiento me golpea con tanta fuerza que casi dejo de besarlo, solo para poder mirarlo más tiempo.

En lugar de eso, lo atraigo más cerca. El sofá se convierte rápidamente en un lío de extremidades enredadas y ropa desechada. Ambos estamos calientes y sofocados mientras las luces de la ciudad brillan a través de las ventanas que nos rodean.

El vino deja todo suave en los bordes. Todo se siente más intenso, más cálido.

Por supuesto, los besos nos dejan con ganas de más.

Presiono a Damien sobre el brazo del sofá, con su espalda tonificada a la vista para mí. Deslizo mi mano por su columna.

—Abre las piernas, cielo. —Mi voz no suena como la mía.

Damien obedece de inmediato, arqueando la espalda como si intentara impresionarme. Funciona.

Le follo duro, mis caderas golpeando contra él como si pudiera convencerlo de que es mío para siempre si lo hago durante el tiempo suficiente.

Damien empieza a gemir mi nombre, una y otra vez como una oración, hasta que me deshago.



Más tarde, cuando Damien está estirado desnudo debajo de mí, le beso el cuello y escucho los sonidos suaves que hace cada vez que le toco en algún lugar sensible.

—Estás muy pegajoso últimamente —murmuro burlón.

Damien aprieta inmediatamente las piernas alrededor de mi cintura. —No finjas que no te encanta.

La confianza en su voz me hace sonreír contra su piel.

—Sí —admito en voz baja—. Me encanta de verdad.

Eso me vale una mirada, una más suave de lo que estoy preparado para recibir. La habitación se queda en silencio por un segundo, algo más pesado deslizándose brevemente entre nosotros.

Entonces Damien me atrae para otro beso antes de que cualquiera de los dos pueda pensar demasiado en lo que eso significa.

Y por esta noche, eso es suficiente.



Damien lleva dos ramos de flores por el aparcamiento del hospital como si fuera de camino a un funeral en lugar de a conocer a mi familia. Se le ve profundamente incómodo.

Estoy intentando con todas mis fuerzas no reírme.

—¿Por qué los sujetas así? —pregunto mientras caminamos hacia el ascensor.

Damien mira las flores con leve irritación. —¿Así cómo?

—Como si hubieran insultado a tu madre.

Arruga la nariz como un conejo enfadado. —Huelen raro.

—Son flores. Se supone que tienen que oler así.

Damien frunce el ceño.

Yo sonrío.

Damien me mira con los ojos entrecerrados antes de cambiar los ramos de posición con torpeza en sus brazos otra vez. Uno es brillante y alegre, para Grace. El otro es más suave, lleno de flores de color rosa pálido y blanco que, al parecer, pasó veinte minutos eligiendo porque quería que mi madre pensara que tenía «buenas intenciones».

Esa frase casi me mata antes, porque Damien nunca ha tenido buenas intenciones cuando se trata de mí.

—Sabes —digo de pasada—, la mayoría de la gente se pone nerviosa al conocer a la familia porque quiere causar una buena impresión.

Damien me lanza una mirada. —Yo *quiero* causar una buena impresión.

—Parece que estés a punto de pelearte con alguien.

—Es mi cara de siempre.

Me río.

Lo cierto es que Damien está guapísimo hoy: vaqueros oscuros, jersey negro y joyas de plata que brillan suavemente bajo las luces del aparcamiento. Sus rizos están ligeramente despeinados porque no ha dejado de pasarse las manos por ellos durante el trayecto en coche mientras fingía que no estaba nervioso.

Está absolutamente nervioso.

—Le estás dando demasiadas vueltas —le digo.

—No soy gracioso.

Parpadeo una vez. —¿Qué?

—Hablo en serio —dice Damien—. A Grace le gustas tú porque eres todo alegría y... y un payaso.

—Eso no es verdad.

—Tiene trece años. Probablemente piense que soy raro. O un aburrido.

—Tú *eres* raro.

Él me fulmina con la mirada.

—Pero Grace también es rara —continúo—. Así que la cosa promete.

Damien suelta un bufido por la nariz. —Pero no tengo nada de onda.

—¿No eres jugador de hockey profesional?

—Sí, pero tú también. Eso para ella es lo normal.

Le doy un ligero empujón con el hombro cuando se abren las puertas del ascensor.

—Te estás agobiando sin motivo —le digo con suavidad—. A Grace le vas a encantar.

Damien mascula algo entre dientes que suena sospechosamente a *eso ya lo veremos*. En cuanto entramos en el vestíbulo principal,

varias enfermeras del mostrador de recepción nos ven. Concretamente, ven a *Damien*.

—Oh, Dios mío —dice una de ellas en voz alta.

Otra enfermera agarra el brazo de la primera. —Son ellos.

Veo físicamente cómo Damien se arrepiente de cada decisión en su vida que lo ha traído hasta aquí.

—¡Connors! —exclama una de las enfermeras—. Ven aquí.

—Llegamos tarde —digo rápidamente.

Las enfermeras me ignoran por completo.

Una de ellas señala dramáticamente a Damien. —Es incluso más guapo en persona.

Damien, de hecho, sonrío.

No es su sonrisa falsa para la prensa.

Es una de verdad.

Pequeña y ladeada, y lo suficientemente devastadora como para que todas las enfermeras del mostrador pierdan la cabeza.

Se me revuelve el estómago de la forma más molesta posible.

Porque de repente entiendo por qué la gente escribe canciones sobre los celos.

—Oh, lo estás disfrutando —murmuro.

Damien me mira con inocencia. —Parecen simpáticas.

Traidor.

Las enfermeras empiezan a disparar preguntas a toda velocidad.

—¿Cuánto mides en realidad?

—¿La relación es real?

—¿Podemos hacernos una foto?

—¿Ronca Atlas?

—Como un animal —responde Damien de inmediato.

Le agarro de la muñeca antes de que esto empeore.

—Llegamos tarde de verdad —les digo mientras lo arrastro hacia el pasillo.

Se quejan dramáticamente a nuestras espaldas mientras las puertas se cierran.

En cuanto volvemos a estar solos, Damien parece divertido. —Estás celoso.

—No lo estoy en absoluto.

—Me has sacado a rastras de tu pequeño club de fans.

—Estaban tratando a mi novio como a un objeto. —La palabra sale de mi boca automáticamente.

Damien se queda callado a mi lado durante medio segundo.

Luego mira las flores para ocultar el leve rubor que asoma por sus mejillas. Mi corazón casi explota en ese mismo instante.

Al entrar en la habitación, noto al instante que Grace está teniendo un día difícil. Está sentada, apoyada contra las almohadas, con una manta envolviéndole la cintura, y su piel tiene una palidez que hace que me duela el pecho.

Pero en cuanto me ve, sonrío de todos modos. —Ahí está mi hermano favorito.

—Solo tienes uno.

—Exacto.

Entonces ve a Damien detrás de mí y se incorpora un poco. —Oh, Dios mío, el novio.

Damien se queda paralizado a mi lado como un ciervo asustado. —Hola —dice con torpeza.

Grace me mira a mí.

Luego a Damien.

Luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Tú has ligado con *él*? —me pregunta sin andarse con rodeos.

Me atraganto con el aire de la risa.

—Grace —dice mi madre desde la silla junto a la cama.

—¿Qué? Le estoy dando mi apoyo.

Damien parece horrorizado, lo que hace que Grace se vea visiblemente más encantada.

Mi madre se levanta y le sonrío cálidamente a Damien. —Tú debes de ser Damien —dice con suavidad—. Yo soy Diana.

Damien le entrega de inmediato el segundo ramo, como si lo hubiera ensayado frente al espejo de antemano. —Esto es para usted.

Diana parpadea sorprendida. —Es un detalle increíble.

Grace contiene el aliento dramáticamente. —¿Nos ha traído flores?

Damien se muestra ahora profundamente incómodo. —No sabía qué suele traer la gente cuando conoce a la familia.

Mi madre parece genuinamente conmovida.

Grace se inclina hacia mí y susurra lo suficientemente alto como para que Damien pueda oírla perfectamente: —Es muy educado.

—Te oigo —masculla Damien.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza para no sonreír demasiado abiertamente. Damien se está esforzando mucho ahora mismo. Se le ve inseguro junto a mi familia, pero, a pesar de ello, ha venido cargando con flores e intentando causar una buena impresión porque estas personas me importan.

Esa comprensión se asienta con dolor en el fondo de mi pecho.

Estoy jodidísimo.

Grace y mi madre empiezan de inmediato a interrogar a Damien con el tipo de entusiasmo que suele reservarse para las entrevistas de protección de testigos.

—¿Cuánto tiempo llevas jugando al hockey?

—¿Qué estudiaste en la universidad?

—¿De verdad te gusta Atlas o es físicamente imposible?

Damien responde a cada pregunta de forma sencilla pero educada.

Sus respuestas son cortas. Cuidadosas.

Pero lo intenta.

Entonces mi madre le pregunta por su familia, y el cambio en Damien es inmediato.

Sus hombros se tensan ligeramente. Su expresión se cierra.

Reacciono antes de poder pensarlo demasiado.

—Deberías enseñarle a Grace tus dibujos —digo rápidamente.

Damien parpadea una vez y luego me mira fijamente, como si no pudiera creer que haya sacado el tema.

Aun así, el alivio cruza su rostro.

—¿Dibujas? —pregunta Grace de inmediato.

—Un poco.

—¿Un poco? —repito—. Eso es mentira.

Damien suspira suavemente antes de buscar en la bandolera que lleva colgada al hombro. —Hice la carrera de Bellas Artes antes de

que el hockey lo ocupara todo.

Saca un cuaderno de dibujo negro y desgastado, y en cuanto Damien lo abre, Grace jadea tan fuerte que una enfermera que pasa por allí echa un vistazo a la habitación.

Los dibujos son increíbles.

Páginas llenas de estudios anatómicos y bocetos de figuras tan detallados que parecen tener vida propia. Manos. Hombros. Estructuras musculares. Sombras suaves de lápiz superpuestas con tanto cuidado que casi parecen fotografías.

Grace mira las páginas con asombro. —Ni de coña.

—Ese lenguaje —dice mi madre automáticamente.

—Lo siento —susurra Grace, sin dejar de mirar el cuaderno—. Pero joder.

Damien se ríe por lo bajo.

El sonido es suave y completamente natural, y me deja sin aliento.

—Son increíbles —dice Grace—. De verdad, una locura.

Damien se encoge un poco de hombros, ahora avergonzado. —Son antiguos.

—Tú eres antiguo —responde Grace encogiéndose de hombros.

—Tengo veintiséis años.

—Eso es básicamente prehistórico.

Mi madre suelta un resoplido silencioso contra su café.

Grace busca a tientas su propio cuaderno, casi enredándose en las mantas del hospital en el proceso.

—Vale —dice mientras pasa las páginas con entusiasmo—. Tienes que decirme si estos son un asco.

Damien coge el cuaderno con cuidado, relajando los hombros ahora que hay algo de lo que hablar. Se acerca a Grace mientras estudia sus dibujos seriamente, señalando con suavidad ciertas secciones mientras le explica técnicas de sombreado y presión del lápiz como si lo hubiera hecho mil veces antes.

—Estos son buenos —dice con sinceridad.

A Grace se le ilumina la cara. —¿En serio?

—Sí. —Damien señala un boceto de un retrato—. Tus proporciones ya son sólidas. Solo necesitas un contraste más

profundo aquí. —Alarga la mano hacia un lápiz automáticamente, pero luego duda—. ¿Puedo?

—¡Enséñame! —Grace prácticamente le lanza el cuaderno encima.

Damien se ríe de nuevo en voz baja antes de hacer una demostración de trazos suaves de sombreado sobre la página.

Y, Dios... la sonrisa que aparece en su rostro mientras Grace lo observa trabajar casi me detiene el corazón.

Porque es genuina.

No es sarcástica.

No es defensiva.

Es simplemente cálida.

Feliz.

Se ve precioso de esta manera.

Peligrosamente precioso.

Mientras lo miro explicar técnicas de entramado a mi hermana pequeña y veo que ella cuelga de cada una de sus palabras, me doy cuenta de algo aterradoramente simple:

Lo amo. Por completo. Sin remedio.

Incluso si nunca me corresponde.

Incluso si sigue teniendo miedo.

Incluso si sigue intentando convencerse de que esto que hay entre nosotros no es real.

Porque ver a Damien Harrow ayudar con tanto cuidado a mi hermana pequeña a sombrear un dibujo mientras finge que no le importa su opinión sobre él se siente más íntimo que cualquier beso.

Grace se ríe de algo que él dice, y Damien sonríe brevemente antes de darse cuenta de que la gente lo está mirando.

Lo pillo de todos modos.

Esa pequeña sonrisa privada que solo permite que ocurra cuando se olvida de protegerse.

Y acepto en silencio el hecho de que este hombre es el dueño de mi corazón.

DAMIEN

El público en el estadio visitante grita tan fuerte que hace temblar el hielo. Hace cuatro meses, a casi nadie fuera de Market City le importaban una mierda los Tigers, a menos que apostaran en nuestra contra. Éramos lo bastante decentes para llenar asientos en casa, pero nadie viajaba para vernos. Nadie gritaba nuestros nombres cuando entrábamos en los estadios rivales.

Ahora, todo es diferente.

En el segundo en que pisamos el hielo para el calentamiento, el público estalla. La gente sostiene pancartas con nuestros nombres. Algunas son tan ridículas que tengo que esforzarme activamente para no leerlas.

ATLAS + DAMIEN PARA SIEMPRE.

¡¡¡BÉSALE OTRA VEZ!!!

HARROW PUEDE ARRUINARME LA VIDA.

Esa última hace que Atlas se ría tanto que casi pierde un pase de Carter. —Esta ciudad me entiende.

Me hago crujir el cuello, intentando aliviar parte de la tensión de mis hombros. —Eres profundamente vergonzoso.

Atlas patina más cerca de mí y se inclina hacia mi oído. —Te gusto de todas formas.

Unas cuantas personas en el público vitorean ante nuestra cercanía.

Pongo los ojos en blanco y me alejo patinando antes de que pueda seguir hablando. Por desgracia, eso solo me da una mejor vista de él.

Atlas está muy guapo esta noche.

Las luces del estadio arrancan destellos del ribete dorado de su camiseta mientras patina de espaldas cerca del centro del campo, sonriendo y saludando a una sección de fans que gritan como si hubiera nacido para este tipo de atención. Quizás sea así. Todo en él parece natural bajo las luces brillantes.

La confianza y el encanto, la facilidad con la que se mueve entre las multitudes, el ruido y la presión como si nada de eso le afectara... Odio lo atractivo que me resulta.

Atlas me pilla mirándolo desde el otro lado de la pista y su sonrisa se ensancha de inmediato.

Luego me lanza un beso.

Yo le hago un corte de mangas.

Los fans cercanos se vuelven locos.

El partido empieza de forma agresiva. Los Pirates siempre juegan sucio contra nosotros, pero esta noche parece peor de lo habitual porque la rivalidad ha crecido esta temporada: más público, más atención mediática, más presión... más motivos para empezar peleas estúpidas.

Exactamente a los diez minutos del primer periodo, uno de los defensas de los Pirates me empuja con fuerza contra la valla después del silbato. Yo le devuelvo el empujón de inmediato.

—Llora un poco si quieres —me suelta.

—Que te jodan.

Me agarra de la camiseta. Yo le agarro la suya. De repente estamos pecho con pecho mientras los árbitros patinan hacia nosotros, gritando.

El tío lanza el primer golpe, un puñetazo flojo que probablemente ni siquiera me despertaría.

Pero es suficiente para empezar algo. Yo lo manejo bien. Mejor que bien, de hecho. Hace meses probablemente habría perdido los

papeles, pero ahora simplemente lo empujo hacia atrás y lo mantengo inmovilizado el tiempo suficiente para que los árbitros nos separen antes de que se convierta en una pelea total.

El público grita más fuerte. La sangre gotea lentamente de la brecha en mi barbilla donde me ha dado con el guante.

Y detrás de mí, alguien suelta un silbido de admiración.

Me doy la vuelta incrédulo para ver a Atlas apoyado en la valla, sonriendo como un idiota.

—¡Ese es mi novio! —grita.

De hecho me río, incluso mientras me limpio la sangre de la mandíbula.

El árbitro parece profundamente disgustado.

Atlas parece encantado de haberse conocido.

—Estás loco —le digo al pasar patinando.

—¡Estabas muy sexy!

—Cállate. —Pero mi sonrisa no desaparece.

El capitán de los Pirates, Eric Larson, le dice algo a Atlas que parece una amenaza.

Atlas le lanza una mirada fulminante, pero no dice nada.

Para el tercer periodo, el partido está empatado. Todo el mundo está agotado. El ruido del estadio se ha vuelto constante ahora, un ser vivo que presiona sobre el hielo mientras ambos equipos lanzan todo lo que les queda en los minutos finales.

Siento a Atlas antes de verlo. Sé dónde está por instinto, del mismo modo que sé dónde está el disco sin necesidad de mirarlo directamente. La química entre nosotros ha dejado de tener explicación. Simplemente existe.

Carter le pasa a Atlas.

Atlas esquivo inmediatamente a un defensa antes de enviarme el disco directo a mí. Lo atrapo limpiamente. El hueco aparece durante medio segundo. Es todo lo que necesito.

Disparo. El disco golpea el fondo de la red con tal fuerza que el sonido atraviesa todo el estadio.

Madre mía.

Todo explota: el público, el banquillo, mis compañeros abalanzándose sobre el hielo. La bocina de gol brama por todo el

estadio mientras la adrenalina me recorre con tal fuerza que me nubla la vista por un segundo.

Hemos ganado.

Madre mía.

De verdad hemos ganado.

Apenas tengo tiempo de procesarlo antes de que Atlas choque contra mí.

Sus brazos se cierran alrededor de mi cintura con fuerza suficiente para levantarme ligeramente del hielo mientras se ríe directamente en mi oído.

—Tú has hecho eso —dice sin aliento.

No puedo dejar de sonreír. Probablemente parezca un loco. El resto del equipo se amontona a nuestro alrededor, gritando, empujando y celebrando mientras los flashes de las cámaras brillan lo suficiente como para cegar a cualquiera.

Entonces Atlas me agarra la cara y me besa delante de todo el mundo. Normalmente, cuando nos besamos en público, todavía hay algo de consciencia bajo el acto: de las cámaras, de la actuación, del público.

Esta vez, no pienso en nada de eso. Ni lo más mínimo, porque Atlas me está mirando como si yo acabara de colgar la luna, y siento el pecho tan dolorosamente lleno que deja de importarme quién esté mirando.

Así que le devuelvo el beso. Como es debido.

No por los fans ni por las cámaras, y definitivamente no porque Joanna nos dijera que vendiéramos la relación. Le beso porque quiero. Porque acabamos de ganar el partido más importante de la temporada y Atlas está sonriendo contra mi boca como si apenas pudiera contener lo feliz que es. Porque, en algún momento del camino, amarlo dejó de parecer fingido.

El público grita más fuerte a nuestro alrededor. Ninguno de los dos se separa en mucho tiempo.

Atlas finalmente rompe el beso, respirando con dificultad, con las manos aún sosteniendo mi rostro como si fuera algo precioso. Sus ojos están brillantes y cálidos, como si fuera lo único que ve en este océano de gente.

—Estoy tan orgulloso de ti —dice suavemente.
Las palabras golpean más fuerte que el gol de la victoria.
Nadie me ha mirado nunca así antes.
No con orgullo.
No con un afecto que no pide nada a cambio.
Se me hace un nudo en la garganta.
Así que, en lugar de decir algo vergonzoso, lo agarro de la parte delantera de la camiseta y vuelvo a besarlo.
Atlas se ríe suavemente contra mi boca.
Y bajo las luces del estadio, con el público gritando a nuestro alrededor...
Me doy cuenta de que estoy completamente jodido.



La energía después del partido es increíble. El vestuario es un caos, todo el mundo gritando unos por encima de otros mientras la música retumba por los altavoces con fuerza suficiente para hacer temblar las paredes. Patrick ya está a medio desvestir y subido a un banco gritando que siempre confió en nosotros, lo cual es una sarta de mentiras porque se pasó toda la primera mitad de la temporada amenazando con fingir su propia muerte cada vez que perdíamos.

Apenas oigo nada de eso porque Atlas no deja de tocarme. Cada pocos segundos, su mano roza mi espalda o su hombro choca con el mío o sus dedos se curvan brevemente alrededor de mi nuca como si necesitara asegurarse de que realmente estoy aquí.

Y cada vez que sucede, el pecho se me oprime más.

Algo ha cambiado entre nosotros esta noche. El beso en el hielo se sintió diferente.

Real. Peligrosamente real.

Atlas sigue mirándome como si yo hubiera colgado la luna cuando Joanna finalmente nos arrea hacia los autobuses que nos llevarán de vuelta al hotel.

—Vosotros dos compartís la suite de arriba —dice ella, mirándonos como si conociera un secreto delicioso—. Os lo habéis

ganado esta noche.

Atlas sonrío de inmediato. —¡Claro que sí!

Pongo los ojos en blanco, pero aun así se me revuelve el estómago.

Estar a solas con él ahora mismo me parece peligroso, como si ambos estuviéramos demasiado cerca de algo de lo que ninguno de los dos puede dar marcha atrás.

El trayecto al hotel es ruidoso y caótico, pero Atlas se queda pegado a mi lado todo el tiempo, con el brazo echado perezosamente sobre el respaldo de mi asiento mientras nuestros compañeros no dejan de repetir clips del gol de la victoria en el móvil de alguien. Observo la forma en que Atlas soltó su palo y patinó inmediatamente hacia mí. La forma en que se arrancó el casco y apartó el mío para llegar a mi boca.

Finalmente, Carter grita desde tres filas atrás: —Estáis asquerosamente enamorados.

Le hago un corte de mangas sin mirar atrás. Atlas solo se ríe en voz baja a mi lado. Esa risa se queda grabada en mi cabeza durante todo el trayecto en ascensor hasta la suite.

La habitación es ridícula. Enormes ventanales dan al horizonte de la ciudad, con suaves luces doradas extendiéndose infinitamente por fuera, mientras que la suite en sí parece más cara que algunos apartamentos en los que he vivido.

Hay champán, una cama gigante y un jacuzzi enorme integrado en el baño.

—Oh, eso es peligroso —dice Atlas, echándole un ojo a la bañera de hidromasaje.

La energía nerviosa entre nosotros crece lentamente mientras nos movemos por la suite. Atlas lanza su bolsa cerca del sofá mientras yo me aflojo la corbata; ambos estamos más callados de lo habitual ahora que por fin estamos solos. La adrenalina del partido todavía me corre por las venas... y también algo más.

Atlas me observa desde el otro lado de la habitación mientras me quito la chaqueta.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente.

La pregunta parece más pesada de lo que debería.

—Sí, estoy genial.

Él asiente una vez. Ninguno de los dos se mueve por un segundo.

Entonces Atlas se aclara la garganta ligeramente. —¿Quieres...?

—Sí.

Él parpadea. —Ni siquiera sabes qué te iba a preguntar.

—La respuesta sigue siendo sí.

Eso finalmente le hace reír, y parte de la tensión se rompe.

Atlas me convence para que me meta con él en la bañera de lujo. Enciende los chorros con demasiada agresividad y casi inunda el baño mientras yo me siento en la encimera riéndome de él. Él sigue fingiendo estar profundamente ofendido cada vez que me burlo de él por tener problemas con la tecnología básica.

Finalmente, llena la bañera y terminamos dentro juntos.

El agua caliente relaja la tensión persistente en mis músculos, con el vapor subiendo suavemente por la estancia mientras Atlas se acomoda detrás de mí con sus piernas a ambos lados de las mías.

Me recuesto contra su pecho sin pensarlo. Eso empieza a ser un problema: lo fácil que es, lo natural.

Atlas rodea mi cintura con los brazos, sin apretar, mientras el jacuzzi zumba suavemente a nuestro alrededor. El móvil de Atlas está poniendo una lista de reproducción aleatoria de jazz suave.

Ninguno de los dos habla durante un rato. Simplemente nos quedamos ahí. Agua caliente. Respiración lenta.

Los dedos de Atlas dibujan patrones perezosos sobre mis abdominales. Se siente íntimo de una forma que no tiene nada que ver con el sexo.

—Has jugado increíble esta noche —murmura Atlas contra mi cuello.

Echo la cabeza hacia atrás sobre su hombro.—Estás condicionado.

—Tengo razón.

Sus labios rozan brevemente mis rizos húmedos. El cariño del gesto casi duele, porque nadie me ha querido nunca con suavidad. Sebastian usaba el afecto como un arma. Mi padre lo usaba para manipularme.

Todo lo bueno en mi vida siempre ha venido con condiciones.

Pero Atlas simplemente...

Se da.

Sin reservas.

Como si querer a la gente le resultase fácil.

No sé qué hacer con eso.

—Has estado callado —dice al cabo de un rato.

Miro por la ventana.—Cansado.

Sus manos grandes empiezan a amasarme los muslos doloridos.

—Eso no es todo.

No.

No lo es.

Pero no puedo explicar el dolor que tengo en el pecho sin admitir demasiado.

Sin admitir que, cada vez que Atlas me mira últimamente, siento que estoy al borde de algo que me va a cambiar la vida.

Estiro las piernas doloridas bajo sus manos.—Uf, eso sienta bien.

Se ríe entre dientes.—¿Vas alguna vez a fisioterapia?

Sus manos suben por mis muslos, pasando por mis caderas, por encima de mi estómago.

—No. La fisio es para débiles.

Me aprieta los pectorales a modo de castigo.—Probablemente por eso estás hecho polvo todo el tiempo, Harrow.

El agua caliente, sus manos perezosas, la música suave... hacen que la sangre me suba a la polla. Con suerte, Atlas no la verá bajo las burbujas.

Cierro los ojos, el vapor abriéndome los pulmones.—Estoy hecho polvo todo el tiempo porque follamos cinco de los siete días de la semana.

Atlas sonríe contra la nuca, sus manos deslizándose arriba y abajo sobre mi piel.—¿Cuántos días hemos follado esta semana?

Sus pulgares se clavan en la carne delicada de mis caderas, masajeando mis músculos cansados.—Cinco...

Joder, estoy empalmado. Hundo las caderas más en el agua para que Atlas no lo vea. Me paso las manos por el pelo, intentando concentrarme en cualquier cosa que no sea la polla cada vez más

dura de Atlas contra mi espalda. Pero ya es tarde. Atlas ya ha rodeado mi polla con su mano grande.

—Odio los números impares.

Un gemido necesitado se me escapa de la boca mientras la cabeza se me va hacia atrás contra su pecho.

Atlas me besa el cuello con torpeza, mientras con la otra mano hurga en su bolsa, que está sobre el lavabo del baño. Saca un vibrador verde lima, estriado.

—Venías preparado. —Abro un poco más las piernas.

Atlas enciende el vibrador impermeable antes de hundirlo en el agua. El dildo rodea mi agujero, las ligeras vibraciones hacen que mueva las caderas.

Me pasa la nariz por el cuello.—Siempre estoy preparado para hacerte sentir bien, cariño.

Aprieta poco a poco el vibrador en mi culo. Sin lubricante, cuesta un segundo, pero Atlas sigue tocándome con suavidad, ayudándome a relajarme alrededor de la silicona hasta que entra del todo.

—Oh, Jesús —gimo—.

Noto una risa vibrar en su pecho mientras su mano sigue trabajando mi polla.—¿Sienta bien?

Me giro, rodeándole el cuello con los brazos para besarlo profundamente. Sus manos empiezan a masajearme las nalgas, separándolas y apretándome contra las vibraciones.

Dejo escapar un sonido vergonzoso contra su boca que le hace suspirar.

—Déjame follarte la boca. —Atlas se pasa la mano por su larga polla mientras habla—. Por favor.

La petición y el latido del vibrador hacen que apriete los muslos. —Sal.

Atlas sale de la bañera, acomodándose en el borde del jacuzzi. Le froto las pantorrillas mientras Atlas se pellizca el glande y se muerde el labio.

Me inclino hacia delante, deslizand la lengua por la polla de Atlas.

—Joder —gime Atlas.

Las vibraciones me suben por la columna, haciendo que arquee la espalda. Gimo, la voz deslizándose por la polla de Atlas. Subo y bajo la cabeza mientras el agua caliente de la bañera me envuelve, volviéndolo todo más sensible.

Me enreda la mano en el pelo, tirando con fuerza. Su polla sale de mi boca con un chasquido.

Los ojos de Atlas están entornados cuando me mira desde arriba.

Sé que debo de ser un espectáculo: jadeando a cuatro patas en la bañera, con las mejillas sonrojadas.

—Dios, eres precioso. —Y me besa.

Lento.

Cuidadoso.

Como si supiera que esto significa más de lo que suele significar.

El beso se va haciendo más profundo de forma natural, el agua caliente moviéndose a nuestro alrededor mientras Atlas me arrastra del todo a su regazo. Sus manos se mueven sobre mí con delicadeza, casi con veneración, como si intentara memorizar cada parte de mí que toca.

Sus dedos rozan la base ensanchada del vibrador, haciéndome temblar contra él. Meto la mano entre nosotros, apretando nuestras pollas juntas.

Gimoteo, sin vergüenza.—Sí, sí, sí.

Nada de lo de esta noche se siente apresurado.

No hay desesperación.

No hay necesidad frenética de huir de nosotros mismos.

Solo cercanía.

Cercanía de verdad.

Y eso se siente más íntimo que cualquier otra cosa que hayamos hecho.

Atlas sigue besándome entre sonrisas suaves, apoyando la frente en la mía siempre que paramos para respirar.

—Lo eres todo —murmura en un momento dado.

Aparto la mirada de inmediato.—No empieces.

—Lo digo en serio.

—Es embarazoso para los dos.

Atlas suelta una risita baja antes de volver a besarme.

El calor del agua, el champán de antes, la euforia emocional del partido... todo se mezcla hasta que dejo de pensar por completo.

Solo está Atlas.

Las manos de Atlas.

La boca de Atlas.

Atlas mirándome como si importase.



Para cuando por fin nos vamos al dormitorio, todo se siente blando por los bordes. El sexo que viene después también se siente diferente, no impulsado por el pánico, los celos o la adrenalina.

Atlas me toca con cuidado todo el tiempo, como si tuviera pánico de hacerme daño aunque fuera sin querer. Cada beso dura más de lo normal. Cada movimiento se siente intencionado.

Atlas me empuja las rodillas hacia el pecho y me quita el vibrador. El constante bordeo y las pulsaciones casi me hacen correrme, pero aguanto. Quiero correrme con él dentro de mí.

Se abre paso en mi interior, los dos suspirando ante la sensación. Las piernas se me caen a los lados, aliviadas. Sus ojos marrón oscuro se clavan en los míos mientras empieza a moverse.

—Atlas—*mm!*

Empieza a embestirme, sus dientes hundiéndose en mi cuello. Le enredo las piernas en la cintura, intentando animarle a que vaya más y más hondo hasta que me parta en dos.

—Cariño, eres perfecto. Tan. Jodidamente. Perfecto. —Sus caderas puntúan cada palabra. Atlas suena delirante mientras me folla. La lujuria y el calor le están nublando la cabeza—. Es como si me hubieran hecho para ti.

Le subo la cara hacia la mía para poder besarlo. Y besarlo. Y besarlo. Hasta que no podamos separarnos nunca más.

Y en algún momento, en mitad de todo eso, algo dentro de mí se rompe del todo.

Porque esto ya no se siente casual.

Se siente como amor.

La revelación me aterra tanto que el pecho me duele de verdad.

—Me voy a correr. Me voy a correr —jadeo contra su hombro.

—Sí, cariño. Sí, soy tuyo —me susurra Atlas al oído—. Córrete para mí, cielo. Enséñame lo bien que te hago sentir.

Quizá haya sido el bordeo, la adrenalina del partido o el estrés constante que llevo encima, pero empiezo a llorar.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas hasta el cuello. Atlas limpia una con el pulgar.—Eso es, estás a salvo conmigo. Coge de mí todo lo que necesites, Damien. Soy tuyo. Soy tuyo.

Le enredo los dedos en el pelo y lo atraigo para besarlo. Corridas calientes se esparcen entre nosotros, Atlas sin reducir el ritmo para reconocerlo.

Atlas respira con fuerza contra mi cuello mientras sus caderas siguen embistiendo en mí.—Oh, sí. *Joder, sí. Mmm.*

Emite un pequeño quejido agudo, y le siento correrse dentro de mí. Nos agarramos el uno al otro hasta que el placer se pasa.

Después, Atlas me atrae más cerca, respirando de forma desigual contra mi cuello mientras yo estoy enredado con él bajo sábanas caras de hotel.

Luego, en voz baja, tan baja que casi creo que me lo he imaginado:

—Te quiero.

Todo se detiene. Atlas se queda rígido, como si no hubiera querido decirlo en voz alta. Pero ya está ahí. Es real.

Colgando entre nosotros.

Se me rompe el corazón al instante. No porque yo no lo sienta.

Porque sí lo siento.

Dios, sí.

Le quiero tanto que me asusta. Me encanta cómo se acuerda de cómo tomo el café y cómo me abraza después de las pesadillas y cómo me sonríe como si valiera algo. Me encanta cómo me hace sentir seguro.

Y eso es exactamente lo que hace que duela. Porque la gente como Atlas no se queda con gente como yo una vez que saben todo sobre nuestro pasado.

Atlas se merece a alguien sencillo. Alguien limpio. No a alguien que todavía se despierta aterrorizado por recuerdos antiguos y que se estremece cada vez que suena el teléfono.

Me quedo callado demasiado rato. Lo sé. Atlas se mueve un poco a mi lado, el pánico cruzando por su expresión por primera vez en toda la noche. Dios, cómo duele.

Así que le beso antes de que pueda retractarse.

Lento.

Con cuidado.

Intentando volcar en ese beso todo lo que no soy capaz de decir.

Atlas se derrite contra mí al instante, pero aun así no consigo forzar las palabras a salir.

Porque quererle se siente demasiado peligroso ahora que sé exactamente todo lo que tengo que perder.

ATLAS

Me despierto antes que Damien. La luz de la mañana se derrama suavemente por la suite del hotel, un oro pálido que se extiende a través de los enormes ventanales mientras la ciudad cobra vida lentamente bajo nosotros. Todo se siente tranquilo tras lo sucedido anoche.

Damien duerme a mi lado, medio enredado en las sábanas con un brazo bajo la almohada. Sus rizos son un desastre contra la ropa de cama blanca del hotel, y su rostro se ve más suave durante el sueño de lo que nunca está cuando está despierto. Me quedo quieto un largo rato, simplemente mirándolo.

Lo de anoche se reproduce lentamente en mi cabeza: la forma en que Damien no dejaba de besarme como si intentara memorizarme, la forma en que me miró cuando le dije que le quería.

Dios.

Se me oprime el pecho. ¿Por qué lo dije? Estaba en una bruma de euforia y las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas. Y Damien no me lo devolvió.

Eso probablemente debería doler más de lo que duele. Pero, sinceramente, no es así. Vi cómo se suavizaba su rostro, como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Vi cómo toda su expresión se abría

de par en par por un segundo, como si las palabras le hubieran golpeado físicamente. Vi las lágrimas asomar a sus ojos mientras me besaba una y otra vez, como si no supiera de qué otra forma responder.

Eso fue suficiente.

Al menos por ahora.

No necesito que Damien diga las palabras antes de que esté listo.

Me busca en sueños. Parece estar más calmado cuando lo abrazo. Sigue eligiéndome una y otra vez, incluso cuando está aterrorizado por aquello en lo que esto podría convertirse. Eso me consuela de momento.

Lo de anoche se sintió diferente a todo lo que habíamos tenido antes. No hubo desesperación. Ni pánico. Ni intentos de usar el sexo como distracción de otra cosa. Se sintió honesto e íntimo de una manera que casi me asustó mientras sucedía.

Me acerco un poco más a él, pasando con cuidado un brazo alrededor de su cintura. Damien se apoya inmediatamente contra mi pecho, aunque sigue dormido.

Mi corazón no puede soportar eso en absoluto. Escondo la cara contra su nuca, respirándolo mientras la habitación permanece en silencio a nuestro alrededor.

—Me estás matando —murmuro.

Damien emite un sonido somnoliento que casi parece una risa. Luego, lentamente, abre los ojos.

Durante un breve segundo, parece en paz. Entonces la consciencia regresa de golpe.

Observo cómo sucede en tiempo real: la tensión volviendo a sus hombros, los muros reconstruyéndose pieza a pieza tras sus ojos.

—Buenos días —digo en voz baja.

Damien parpadea una vez antes de girarse ligeramente hacia mí. —Buenos días. —Su voz suena ronca por el sueño.

Le beso el hombro con suavidad antes de soltarlo para que pueda moverse si quiere. Damien se incorpora despacio, pasándose una mano por el pelo mientras evita mirarme directamente. El cambio de energía es sutil pero inmediato.

Está nervioso.

Entiendo por qué. Lo de anoche cruzó líneas que ya no podemos desandar. Cambió las cosas, quiera Damien admitirlo o no.

No presiono. En su lugar, me incorporo a su lado en silencio mientras él empieza a recoger su ropa por la habitación. Se mueve más despacio de lo habitual esta mañana, como si su cerebro estuviera trabajando demasiado.

—¿Café? —pregunto con suavidad.

Damien asiente. —Sí.

La suite está en silencio mientras me pongo unos pantalones de chándal y cojo mi teléfono de la mesita de noche. La chaqueta de Damien cuelga de la silla cerca de la ventana; mi camisa de vestir está enredada en el suelo junto al sofá.

El recuerdo de cómo llegó allí hace que un calor agradable se arremoline en la boca de mi estómago.

Me lo sacudo de la cabeza antes de que mi cerebro se entregue por completo a la imagen de Damien tumbado en las caras sábanas del hotel, mirándome con las mejillas sonrojadas y los labios deshechos.

Pido servicio de habitaciones; espero que sea suficiente comida para convencer a Damien de que no sobreviva enteramente a base de cafeína y malas decisiones emocionales durante al menos una mañana.

La ducha empieza a correr unos minutos después. Miro hacia el baño automáticamente y luego me obligo a apartar la vista. Damien estaba bastante nervioso esta mañana. Lo he sentido en cuanto se ha despertado a mi lado; no era pánico, solo estaba más callado de lo habitual.

Y aunque una parte de mí desea desesperadamente sentarlo en mi regazo y preguntarle qué está pensando, la parte más inteligente de mí sabe que Damien necesita espacio para procesar las cosas sin sentirse acorralado. Así que, en su lugar, pongo el canal de deportes y me siento con las piernas cruzadas cerca de los pies de la cama mientras los analistas repiten los mejores momentos del partido.

Para cuando llega el servicio de habitaciones, están analizando mi asistencia a Damien durante el gol final.

—Connors y Harrow siguen mostrando una química increíble en el hielo —dice un analista mientras vuelven a poner las imágenes de la jugada ganadora—. Sea lo que sea lo que está pasando entre esos dos fuera de la pista, está claro que se traduce en ella.

Suelto un bufido. Si ellos supieran.

La puerta del baño se abre detrás de mí. El vapor sale suavemente a la habitación mientras Damien aparece secándose el pelo con una toalla, vistiendo solo unos pantalones de chándal grises caídos sobre las caderas.

Mi cerebro deja de funcionar inmediatamente.

Jesucristo, hoy no puedo concentrarme.

Damien me pilla mirando y arquea una ceja. —¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

Pone los ojos en blanco, pero un ligero color asoma a sus mejillas mientras camina hacia la bandeja del café. Bien. Al menos no se está encerrando del todo en sí mismo.

Le tiendo uno de los cafés.

Damien lo coge en silencio. —Gracias.

—Ajá.

Mantengo mi atención sobre todo en la televisión mientras él se sienta a mi lado en la cama con su plato. Los analistas deportivos han pasado a repetir el beso en el hielo. Damien intenta visiblemente no reaccionar al verse besándome en la televisión nacional, pero fracasa por completo. Sus orejas se ponen rosadas casi de inmediato. Reprimo una sonrisa y me centro más en la tele.

No te metas con él. Por muchas ganas que tengas.

La suite permanece en silencio, salvo por los comentarios de la televisión y el tintineo ocasional de los cubiertos contra nuestros platos. Miro de reojo justo a tiempo para ver a Damien pasando con cuidado todas las fresas de su gofre a mi plato.

Parpadeo. —¿No te gustan las fresas?

Damien levanta la vista de inmediato, como si lo hubieran pillado haciendo algo vergonzoso. —No —dice—. Me gustan.

—¿Entonces por qué me las das?

Se encoge de hombros y toma otro sorbo de café. —Porque son tus favoritas.

Me quedo mirándolo un segundo de más, con un rubor obvio y ardiente en mis mejillas. *Concéntrate. No lo asustes.*

Es aterrador cuánto afecto habita dentro de alguien que actúa como si no mereciera amor.

—A veces eres muy mono —le digo.

Damien me lanza una mirada fulminante por encima del borde de su taza de café. —Retira eso.

—Jamás.

Damien gime suavemente y me da un empujón en el hombro.

Me río antes de coger una de las fresas de mi plato y ofrecérsela.

—Toma.

Entorna los ojos con sospecha. —¿Qué estás haciendo?

—Dándote de comer por una vez algo que no sea mi polla.

—Esa frase ha hecho que quiera morirme.

—Abre la boca.

Damien me mira otro segundo, como si debatiera si asesinarme contaría como cuidado personal. Finalmente, se inclina hacia delante y muerde la fresa de mis dedos. Vuelve a mirar la tele como si fuera lo más interesante del mundo.

Mientras hacemos las maletas, lo pillo mirándome unas cuantas veces antes de apartar la vista rápidamente. Quiere decir algo, pero no deja de contenerse. Una parte de mí quiere arrastrarlo de nuevo a la cama y decirle que podemos quedarnos aquí todo el día hasta que hable conmigo como es debido.

La parte más inteligente recuerda a mi madre diciéndome que no lo agobiara. Así que mantengo la calma, aunque me mate un poco. Para cuando estamos listos para irnos, Damien parece más sereno. Los bordes afilados han vuelto a su sitio, su expresión cuidadosamente controlada de una forma que probablemente engañaría a la mayoría de la gente.

A mí no. Ahora puedo ver la suavidad que hay debajo. Ese es el problema de conocer de verdad a alguien: empiezas a ver las partes ocultas incluso cuando intentan enterrarlas.

Nos dirigimos hacia la puerta en silencio. Cojo mi bolsa primero y le sujeto la puerta. Damien se detiene a mi lado medio segundo. Luego, con mucha cautela, desliza su mano en la mía. El gesto es

tan pequeño que casi me destroza por completo, porque Damien no hace las cosas por accidente. Cada pizca de afecto que da es elegida. Intencionada.

Y esto se siente como una respuesta a lo que dije anoche. Quizá no la que quiero tener al final.

Pero, por ahora, es suficiente.

Le aprieto la mano con suavidad. Damien me mira brevemente, con algo vulnerable cruzando su rostro antes de volver a apartar la vista. Ninguno de los dos dice nada mientras caminamos por el pasillo del hotel cogidos de la mano.

No nos hace falta. Porque incluso sin palabras, puedo sentirlo: sea lo que sea esto que hay entre nosotros, dejó de ser temporal hace mucho tiempo.



Damien está demoledor con el esmoquin: chaqueta negra a medida, camisa blanca impecable, los rizos oscuros echados hacia atrás lo justo para dejar a la vista los pequeños aros plateados de sus orejas. Las líneas afiladas del traje le dan un aspecto lujoso que a veces me pilla desprevenido.

Los Tigers tienen esta noche un evento benéfico para el hospital infantil donde tratan a Grace. He sido el intermediario de esta colaboración durante seis meses y por fin se está celebrando.

Damien aceptó ser mi acompañante sexy. Supongo que se ha tomado lo de «sexy» muy en serio.

Por un momento, me limito a mirarlo.

Damien frunce el entrecejo. —¿Qué?

—No puedes ir por ahí con ese aspecto.

Su boca se agita ligeramente. —Qué dramático.

—Pareces alguien por quien las mujeres ricas se divorciarían de sus maridos.

Eso hace que se ría de verdad.

El sonido se asienta cálidamente en mi pecho.

Termino de ajustarme los gemelos mientras lo veo moverse por el apartamento, recogiendo su cartera y su teléfono. Damien parece más ligero desde el partido fuera de casa. Sigue estando a la defensiva en ciertos momentos, sigue tenso bajo la superficie a veces, pero en general está más dulce conmigo. Más abierto. Lo que hace que lo que pasó en la habitación del hotel parezca menos aterrador.

Todavía no he sacado el tema de que le dije que le quería. Damien odia sentirse acorralado emocionalmente, y la forma más rápida de hacer que se retire es presionar demasiado antes de que esté listo.

Así que espero.

Incluso cuando me mata hacerlo.

—Me estás mirando otra vez —dice Damien.

—Estás guapo.

Se detiene.

Entonces, inesperadamente, su expresión se suaviza. —Tú también.

Parpadeo.

Damien casi nunca hace cumplidos directos. Las burlas, el sarcasmo, las observaciones secas... eso le resulta fácil. El afecto genuino todavía parece atragantársele a veces. Así que cuando camina hacia mí despacio y alza la mano para apartarme el pelo de la frente, casi dejo de respirar. Sus dedos rozan ligeramente mi sien antes de posarse en mi mejilla.

—Estás realmente guapo esta noche —dice en voz baja.

Me inclino automáticamente hacia su contacto. —Damien —murmuro—. No vuelvas a hacer eso.

Frunce el ceño. —¿Por qué?

—Porque si lo haces, no vamos a salir de este apartamento.

Eso finalmente me granjea la pequeña sonrisa que llevo meses persiguiendo. El coche llega antes de que pueda besarlo como es debido, lo cual me parece profundamente injusto.

El evento benéfico se celebra en uno de los mejores hoteles del centro. Todo brilla: lámparas de cristal, trajes caros, mujeres

cubiertas de diamantes mientras hombres ricos fingen que les importa la filantropía en lugar de los contactos.

En cuanto Damien y yo bajamos del coche, los flashes empiezan a dispararse. Damien se acerca instintivamente a mí. Deslizo una mano por la parte baja de su espalda y su cuerpo se relaja casi de inmediato.

Dentro del salón de baile, el ambiente es ruidoso y refinado a la vez. Jugadores de varios equipos están dispersos por la sala, con patrocinadores y reporteros moviéndose entre las conversaciones. Entonces Damien se tensa ligeramente a mi lado.

Sigo su mirada e inmediatamente suelto un gemido. Es Eric Larson, mi falso enemigo mortal durante los últimos tres años.

Eric nos localiza al instante y levanta su copa de champán hacia mí con una sonrisa burlona.

—Odio a ese tío —murmura Damien secamente.

Yo le devuelvo el brindis. —Que sea un capullo en la vida real facilita mucho exagerar nuestra rivalidad en el hielo.

Damien bufa. —¿Cuántas relaciones falsas tienes?

Me río por lo bajo. —Solo esta.

Damien entorna un poco los ojos, apoyándose en mí. —¿Así que ya no soy tu novio falso?

Entonces le agarro la barbilla suavemente entre los dedos y lo acerco hasta que me mira directamente. —Vuelve a decirme que es falso —murmuro tan bajo que solo él puede oírme— cuando esté dentro de ti esta noche.

Damien se queda completamente quieto. Sus pupilas se dilatan al instante. Ver a Damien Harrow ponerse nervioso podría ser, genuinamente, mi cosa favorita en el mundo.

—Eres un imbécil —mascula.

Sonrío.

Él pone los ojos en blanco, pero mantiene las orejas rosadas mientras seguimos recorriendo el salón. Por desgracia, Eric elige ese momento exacto para acercarse a nosotros.

—Harrow —dice con naturalidad—. Connors.

—Larson —responde Damien con total frialdad.

Eric sonríe más ampliamente. —Te daría la enhorabuena otra vez por la victoria, pero todavía me estoy recuperando emocionalmente.

—Sobrevivirás —digo.

Entonces Eric vuelve a abrir la boca. —Sabes —dice mientras me mira—, probablemente deberías haber hecho tú mismo ese último tiro.

Parpadeo. —¿Cómo?

Eric se encoge de hombros con pereza. —Tenías mejor ángulo, pero le diste el tiro de gloria a tu novio. —Su sonrisa se vuelve más afilada—. Un comportamiento bastante dominado, Connors.

Algo cambia a mi lado; Damien se tensa antes incluso de que yo procese del todo el comentario.

—Damien... —empiezo.

—¿Sabes qué? —dice Damien con calma.

Ese tono nunca es buena señal.

Eric sonríe ligeramente. —Relájate, Harrow. Estoy bromeando.

—No —dice Damien—. Estás siendo un capullo.

—Dios mío —Eric se ríe—. De verdad que estáis locos el uno por el otro. No me extraña que te hayas convertido en su puta, Connors.

Eso es todo. Damien se lanza antes de que yo pueda detenerlo. La sala estalla al instante. La gente grita. Una copa de champán se hace añicos cerca de aquí.

Damien agarra la parte delantera de la chaqueta del traje de Eric y lo empuja hacia atrás con tanta fuerza que ambos casi chocan contra una mesa. Eric agarra a Damien por la cintura, estampándolo contra la pared. Damien lo tira al suelo y empieza a golpear la cara de Eric.

—¡Damien! —Lo agarro por la cintura antes de que esto se convierta en un desastre total.

Eric parece aturdido, sobre todo porque Damien parece genuinamente dispuesto a matarlo.

—Vuelve a decirlo. —Damien escupe sangre de su boca.

—Jesucristo —masculla Eric—. Estás pirado.

—Ya basta —digo tajantemente, arrastrando a Damien hacia atrás antes de que intervenga el personal de seguridad.

Damien se resiste durante todo el trayecto a través del salón. — Hablo en serio, Atlas.

—Lo sé.

—Estaba diciendo mierdas sobre ti.

—Lo sé.

—Él...

—Damien.

Finalmente consigo apartarlo de la multitud y empujo la puerta del baño privado más cercano. En cuanto se cierra tras nosotros, Damien empieza a caminar de un lado a otro furiosamente.

—Es un puto perdedor.

—Sí —asiento de inmediato—. Pero no puedes agredirlo en una gala benéfica.

—Te ha llamado puta. No voy a tolerar eso.

—¿A quién le importa? Solo intentaba provocarnos.

—¡A mí me importa! —Damien está furioso. Sus ojos parecen salvajes, como si no estuviera aquí conmigo.

Me paso una mano por la cara.

Damien suelta una risa amarga; el pecho le sube y baja demasiado rápido mientras la adrenalina desprende oleadas.

—No vale la pena —digo con cuidado.

—Me has detenido como si te estuviera avergonzando.

—¡Me *estabas* avergonzando! Este evento es para el hospital de Grace. Y ahora, en lugar de en el trabajo que intento hacer, los medios se van a centrar en que mi novio ha buscado pelea.

Damien señala con el dedo hacia el salón. —Eric era quien estaba buscando la puta pelea.

—¡Y has caído! —Me paso una mano por la cara, intentando concentrarme—. Solo estaba haciendo lo que siempre hacemos, Damien. Portarse como un capullo en público para ganar notoriedad en el hielo.

—¿Por qué me estás gritando por hacer lo que haría un novio de verdad? Yo también estoy interpretando un papel, ¿no?

Las palabras golpean algo profundo en mi interior.

Me quedo mirándolo. —¿Qué?

Damien gesticula enfadado. —Todo esto...

—No. —Mi voz lo corta al instante.

Damien deja de hablar, porque ahora yo también estoy enfadado, por el hecho de que siga intentando meter lo que somos de nuevo en una caja en la que dejó de caber hace meses.

—Esto ya no es fingido —digo.

La habitación se queda en completo silencio.

La expresión de Damien cambia de inmediato a algo cercano al pánico.

—Aquí ya no valen los fingimientos —continúo, acercándome antes de poder detenerme—. No para mí.

—Atlas...

—Esto ya no es solo sexo, y lo sabes.

Su respiración cambia. Veo cómo el miedo le recorre la espalda en tiempo real.

Y de repente entiendo algo horrible:

Damien está aterrorizado de corresponderme.

—Admite que no estabas solo interpretando un papel. Tienes sentimientos por mí, y por eso querías defenderme con uñas y dientes.

—No —dice en voz baja.

La palabra cae como una advertencia.

—¿No qué?

—No conviertas esto en algo que no es.

Esa duele. —Vale.

El rostro de Damien cambia al instante; el arrepentimiento brilla en él demasiado tarde. —Atlas...

—Necesito aire.

—Eso no es lo que quería decir.

—¿Entonces qué querías decir?

Abre la boca.

No sale nada.

Y de alguna manera, eso es peor que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Asiento despacio, obligándome a mantener la calma aunque sienta que el pecho se me parte en dos. —Eso es lo que pensaba.

—Atlas. —Puedo oír el pánico en su voz ahora.

Me voy de todos modos.

Porque si me quedo en este baño un minuto más, voy a suplicarle a alguien que me quiere que deje de tener miedo de hacerlo.

DAMIEN

Se me están poniendo las costillas moradas. Estoy de pie frente al espejo del baño con la camiseta subida, presionando con cuidado con los dedos los moratones que florecen en mi costado, donde Eric logró alcanzarme durante la pelea antes de que Atlas me lo quitara de encima.

Duele lo justo para molestarme cada vez que respiro demasiado hondo.

—Gilipollas de mierda —murmuro.

El problema es que los moratones casi ni me importan. Lo que me importa es el hecho de que Atlas se marchara. El recuerdo se reproduce una y otra vez en mi cabeza, por mucho que intente dejar de pensar en ello.

Esto ya no es fingido.

No conviertas esto en algo que no es.

Dios bendito.

Me paso una mano por la cara. No quería decir lo que ha parecido.

Al menos, creo que no. El problema es que me entra el pánico cada vez que las cosas con Atlas se vuelven reales. Cuanto más se acerca, más me aterroriza que acabe viendo cada una de mis partes

feas y se dé cuenta de que se merece a alguien mejor. Y ahora le he hecho daño por eso.

Miro fijamente mi móvil sobre la encimera del baño.

Sigo sin respuesta a los mensajes que le envié anoche.

Lo siento. No debería haberme comportado así con Eric en un evento tan importante.

Se volvió demasiado real y yo...

No me gusta que la gente vaya a por ti.

Ni a mi mensaje de esta mañana.

Buenos días.

Ni al seco intento de disculpa que he hecho hace una hora que solo decía *por favor, habla conmigo*.

Nada.

Atlas nunca me ignora. Exhalo despacio y vuelvo a mirar hacia el espejo. Los moratones de mis costillas se ven lo bastante dramáticos contra mi piel como para que se me ocurra una idea de inmediato.

Una idea estúpida.

Lo cual, por desgracia, significa que probablemente funcionará.

Me quito la camiseta y cojo el móvil. La iluminación del baño es buena, así que me hago una foto en el espejo llevando solo unos pantalones cortos de baloncesto bajos, con mis costillas amoratadas totalmente visibles y los rizos lo bastante revueltos como para parecer recién follado en lugar de emocionalmente inestable.

Luego se la envió directamente a Atlas.

eric sabe cómo hacer daño de verdad

La burbuja de escritura aparece casi al instante. El alivio me recorre con una rapidez vergonzosa.

Atlas: **¿En serio estás intentando disculparte con una foto para provocarme?**

Sonríó a mi pesar.

Yo: **no sé. ¿funcionaría?**

Aparecen tres puntos.

Desaparecen.

Vuelven a aparecer.

Prácticamente puedo sentirlo reprimiendo una sonrisa a través del teléfono. Eso hace que me duela el pecho. Me apoyo contra la

encimera y me hago otra foto antes de pensarlo demasiado.

Esta es peor.

O mejor.

Depende de a quién preguntes.

Esta vez los pantalones están más bajos, con mis dedos enganchados en la cintura lo justo para exponer la marcada V de mis caderas desapareciendo bajo la tela.

Es sugerente, definitivamente lo suficiente como para hacer que Atlas pierda un poco la cabeza.

La envió.

Atlas: **Damien.**

Mi sonrisa se ensancha.

Yo: **¿qué?**

Atlas: **Esto no va a funcionar.**

Yo: **¿ah, sí?**

Una pausa.

Atlas: **No.**

Mentiroso. Casi puedo oír el esfuerzo en esa respuesta. Miro la pantalla un segundo antes de escribir de nuevo.

Yo: **envíame una foto de tu polla si de verdad no está funcionando**

La respuesta tarda más esta vez, lo suficiente como para saber que Atlas está debatiendo si seguirme el juego. Entonces mi móvil vibra.

Joder.

Atlas envía una foto de espejo desde lo que parece su dormitorio; sin camiseta, con unos pantalones de chándal grises bajos en las caderas y, obviamente, muy duro.

Atlas: **¿Ves? Estoy perfectamente.**

Me echo físicamente hacia atrás contra el lavabo. *Dios bendito.*

La foto es de alguna manera peor porque no está para nada preparada. Tiene el pelo revuelto, su expresión es de fastidio, con ese tono de falsa irritación que se le queda cuando está nervioso, y los tatuajes de sus brazos se extienden sobre su piel cálida mientras una mano sostiene el teléfono con descuido.

Se siente íntimo, como algo destinado solo a mí.

Se me da un vuelco el estómago con tanta fuerza que me cabrea.

Yo: **guau. supongo que tienes razón. probablemente deberías dejar que la inspeccione en persona.**

Atlas responde al instante esta vez.

Atlas: **más te vale querer decir «chupármela en persona»**

Yo: **¿eso haría que me perdonaras?**

Hay una pausa después de eso, lo bastante larga como para que se me oprima el pecho.

Atlas: **quizá**

El alivio vuelve a instalarse en mí, cálido y peligroso.

Miro la foto un segundo más antes de escribir.

Yo: **¿sigues enfadado conmigo?**

La burbuja de escritura aparece de inmediato.

Atlas: **sí.**

Justo. Me muerdo el interior de la mejilla un momento antes de enviar otra foto. Esta ya no es para bromear.

Ahora estoy tumbado en mi cama, con los pantalones más bajos, las costillas amoratadas aún visibles mientras un brazo se estira por encima de mi cabeza. La expresión de mi rostro parece más suave de lo que pretendía. Vulnerable, casi.

Como si lo echara de menos.

Lo cual... joder. Lo echo de menos.

Atlas tarda casi un minuto entero en responder esta vez. Cuando lo hace, es con otra foto; sigue sin camiseta, con la mano desapareciendo bajo la cintura de sus pantalones de chándal lo justo para que el pulso me dé un salto violento.

Atlas: **lo estás poniendo muy difícil para seguir enfadado**

El calor se arremolina en la boca de mi estómago y la tensión entre nosotros cambia. El enfado se suaviza en los bordes, convirtiéndose en algo más ardiente y pesado.

Me hundo por completo en el colchón mientras seguimos enviándonos mensajes. El flirteo se convierte en provocación. La provocación se convierte en sexting puro y duro de forma tan natural que casi me asusta. Atlas se vuelve muy guarro cuando está

sensible. He aprendido que cuanto más alterado está, más sucia es su boca.

Y ahora mismo, está claramente lo bastante molesto como para que cada mensaje me pegue como un puñetazo directo al sistema nervioso.

Atlas: **Estabas tan guapo con ese esmoquin anoche que casi te saco a rastras del salón**

Trago saliva con dificultad.

Yo: **me sacaste a rastras del salón.**

La respuesta llega de inmediato.

Atlas: **cuidado.**

Sonríó a mi pesar.

Pulso grabar en mi móvil. Mi mano empieza a frotar el bulto que se forma claramente en mis pantalones. Empiezo a respirar con dificultad, con mis dedos jugueteando conmigo mismo.

Mi mano se desliza dentro de mis pantalones y empiezo a masturbarme bajo la tela.

Le envió el vídeo.

Atlas: **Dios bendito.**

Una cálida satisfacción se instala en mí.

Yo: **¿no decías que no estaba funcionando?**

Pasa un minuto entero antes de que aparezca un vídeo.

Atlas está de pie ante su cómoda, con el móvil apoyado en algo. Su mano ahora se mueve bajo sus pantalones de chándal, y se está formando una pequeña mancha húmeda donde debería estar la punta de su polla. Su mano libre agarra su pectoral, enterrando los dedos en el músculo terso.

El mensaje que lo acompaña hace que mi pulso se acelere.

Atlas: **sabes exactamente lo que me provocas**

Le respondo antes de poder pensarlo demasiado.

Yo: **estás obsceno.**

La respuesta llega al instante.

Atlas: **tú has empezado esto**

Sonríó con suficiencia y me estiro de nuevo en la cama, con los pantalones de baloncesto cayendo aún más por mis caderas.

Miro la pantalla demasiado tiempo antes de volver a escribir.

Yo: **si no estuvieras enfadado conmigo, podrías venir y follarme ahora mismo.**

Yo: **pero sigo castigado :(**

Atlas: **Damien.**

Yo: **¿qué?**

Atlas: **te estás portando como un niño porque sabes que no puedo ponerte las manos encima ahora mismo**

Sonríó a mi pesar. Tiene razón. Me encanta ponerlo nervioso.

Especialmente porque Atlas siempre actúa con tanta compostura en público. Calmado. Encantador. Bajo control. Luego lo tengo a solas y de repente todo son manos rudas, susurros sucios y besos desesperados. El solo pensamiento hace que el calor me recorra la columna.

Yo: **es que echo de menos tu boca**

Atlas: **no puedes decir mierdas así cuando ya estoy así de duro**

Me río entre dientes.

Yo: **parece un problema personal**

Llega otra foto, y casi me arruina.

Atlas está recostado contra las almohadas ahora, con los pantalones de chándal bajados hasta los muslos como si no hubiera podido quitárselos lo bastante rápido. Su expresión ya se ve deshecha, con los labios ligeramente entreabiertos mientras sus abdominales se tensan bajo la cálida iluminación del dormitorio. Su polla está rosada y dura contra su abdomen.

El pie de foto dice:

ven a arreglarlo

Se me da un vuelco el estómago con violencia. *Dios.* Me muerdo fuerte el labio inferior antes de responder.

Yo: **¿sigues enfadado conmigo?**

Atlas: **estoy intentando estarlo.**

La sinceridad en eso me llega más hondo que las fotos, de alguna manera. Me quedo mirando la pantalla en silencio un segundo antes de responder.

Yo: **lo siento.**

Atlas: **ya lo sé**

Otra pausa.

Atlas: **pero enviarme fotos sin camiseta mientras hablas de otro hombre dejándote moratones es guerra psicológica**

Suelto un bufido suave.

Yo: **¿estás celoso?**

Atlas: **violentamente**

Algo cálido se extiende por mi pecho. La posesividad de Atlas le hace algo profundamente insano a mi cerebro, sobre todo porque sé que lo dice en serio.

Me pongo boca abajo y me hago otra foto, esta más que nada provocadora: el pecho desnudo contra las sábanas oscuras, los rizos revueltos, una mano bajo la almohada.

Atlas responde tan rápido que resulta casi vergonzoso.

Atlas: **creo que me moriré si no te follo pronto, cielo**

Yo: **eres un dramático**

Atlas responde con un vídeo de él diciendo mi nombre una y otra vez mientras se frota la polla.

Atlas: **ven a casa**

Sonríó y decido forzar un poco más.

Yo: **no aguantarías un día entero sin hablarme**

Atlas: **Te sobreestimas.**

Yo: **envíame otro vídeo**

Pasan un par de minutos antes de recibir un porno guarro protagonizado por el hombre más sexy del mundo. Está de pie frente al espejo totalmente desnudo, con una mano sosteniendo el móvil mientras la otra se frota su larga polla para mí. Brilla ligeramente bajo la luz, lo que me hace pensar que ha cogido algo de lubricante para darse placer de verdad.

Mi mano empieza a trabajar mi polla mientras sus gemidos llenan mis oídos.

—Oh, joder.

Un momento después, aparece otro mensaje.

Atlas: **Damien, si estuvieras aquí ahora mismo te estamparía contra el colchón y te obligaría a decir algo sincero por una vez**

Se me corta la respiración. Miro la pantalla un segundo de más antes de escribir de vuelta, más despacio esta vez.

Yo: **quizá te dejaría**

Atlas: **¿dejarme?**

Atlas: **siempre me dejas**

Atlas: **Por favor, dime que te estás tocando.**

El calor me invade.

Me muevo contra el colchón, con el pulso martilleando más fuerte mientras la tensión entre nosotros se espesa hasta volverse casi insoportable.

Yo: **claro que sí**

Atlas: **enséñame**

Pulso grabar.

Me echo un poco de lubricante en el pene y lo extiendo por el tronco. Luego deslizo mis dedos entre mis piernas y empiezo a metérmelos por el culo.

Mis caderas se arquean en la cama. —Oh, joder, Atlas.

Lo envío y luego pongo el vídeo de él frotándose para tener algo con lo que masturbarme.

Atlas: **la próxima vez que decidas responderme con insolencia, voy a atarte a mi cama y a comerte el culo hasta que llores por correrte.**

Empiezo a frotarme un poco más rápido.

Mi móvil empieza a sonar. Doy un pequeño salto por el sonido y me doy cuenta de que es Atlas llamándome por FaceTime. Respondo.

—Me has dado un susto de...

Atlas tiene el móvil apoyado en su mesita de noche, con su polla gigante en la mano.

—Cierra la puta boca y deja que te vea —gruñe.

Hago lo que dice.

Promesas y amenazas caen de la boca de Atlas como si estuviera poseído. Me dice exactamente cómo quiere que esté abierto de piernas en su cama la próxima vez que le responda mal. Yo le digo exactamente lo que dejaría que me hiciera si dejara de fingir que todavía quería espacio.

Y debajo de todo eso, lo real sigue latiendo en silencio.

El cariño. El dolor. El hecho de que ninguno de los dos sabe ya cómo alejarse de esto.

La expresión de su cara es lo que más me destroza: molesto, deshecho, enfadado y totalmente excitado.

—Esto es culpa tuya. —El pulgar de Atlas frota la ranura de su polla y echa la cabeza hacia atrás—. Dios.

El calor me recorre al instante, mis piernas se abren para que pueda ver mis dedos trabajar. —Pareces desesperado.

Me lanza una mirada feroz, bajando los ojos hacia mi mano. —Estoy desesperado.

—¡Mm! —Una descarga de placer me recorre la espalda, haciendo que me tense contra la cama—. Dime que vaya, entonces.

—Joder, Dame.

Mi pulso da un salto violento. *Dios.*

Su mano empieza a moverse cada vez más rápido.

Me retuerzo en la cama. —Te necesito dentro de mí. —Cojo dos de mis dedos y me abro el culo—. Estoy tan listo para ti.

Atlas gime. —Oh, que te follén, nene.

—Sí, ven a follarme.

—Ven.

Levanto la cabeza de la cama para mirar la pantalla. Sonrío con suficiencia. —¿Pensaba que todavía estabas enfadado conmigo?

Atlas tiene los ojos entrecerrados, su pelo castaño se riza alrededor de sus orejas. —Puedo seguir enfadado y querer que estés brincando sobre mi polla.

—Eres un guarro cuando estás enfadado.

—Solo contigo.

La calidez en mi pecho es casi peor que la excitación. Casi.

Me pongo sobre las rodillas para que tenga una mejor vista de mi culo.

—Pareces el pecado personificado —dice Atlas.

Mi mano libre sube por mi pecho para pellizcarme el pezón. —Eres un dramático.

—¿Sabes lo que quiero hacerte ahora mismo?

Trago saliva antes de responder, con el líquido preseminal y el lubricante goteando de mi polla. —Probablemente.

—Quiero inmovilizarte y follarme hasta que estés sollozando debajo de mí, suplicándome que te perdone.

Me giro para mirarlo y pongo morritos. —Eso no es muy amable.

Atlas se ríe. —Se supone que el castigo no es amable, cielo. Date la vuelta; deja que te vea.

Hago lo que me ordena, sentándome en el borde de mi cama y agarrando mi polla como si me fuera la vida en ello.

—Sí, sí. Sigue tocándote así. —La mirada de Atlas permanece en mi entrepierna, sin apartarse ni un segundo—. Dime que me echas de menos.

—Te echo de menos. Te necesito. Atlas, joder. —Mi mano se mueve tan rápido, el lubricante resbala contra mi piel, los gemidos de Atlas recorren mi sangre—. Atlas. —Echo la cabeza hacia atrás.

—¿Sí?

—¿Puedo correrme ya? —Me muerdo el labio.

—No.

Levanto la cabeza de golpe para mirarlo; una amplia sonrisa se extiende por su rostro mientras el semen sale disparado de su polla hacia su pecho.

Oh, joder, está tan sexy. Aprieto los muslos y suelto mi polla.

—Si quieres correrte, trae tu culo aquí y suplica.

Atlas corta la llamada.



Decido ir al apartamento de Atlas después de tirarme veinte minutos lloriqueando contra la almohada. No porque de repente me haya vuelto emocionalmente maduro, sino porque lo echo tanto de menos que me duele el pecho.

Me quedo bajo la ducha más tiempo del necesario, dejando que el agua caliente golpee la nuca mientras mi cerebro repasa en espiral todo lo que pasó en la recaudación de fondos. El problema es que Atlas sigue haciendo que desee cosas que no sé cómo

sobreviviría a perder. No se supone que la gente como él me quiera; gente suave, gente paciente, gente que me abraza durante los ataques de pánico y me mira como si valiera la pena conservarme.

Me froto el champú por el pelo con más fuerza de la necesaria e intento dejar de pensar. No funciona.

Nada ha funcionado últimamente. Ni el sueño, ni el sexo, ni el hockey. Ni siquiera Atlas, aunque es el que más cerca se queda, sobre todo ahora que Sebastian ha vuelto. Ese pensamiento me provoca otra punzada de ansiedad en el estómago.

La reprimo. Esta noche no. Esta noche solo quiero a Atlas.

Termino de ducharme y me observo en el espejo mientras el vapor se arremolina por el baño. Los moratones de mis costillas tienen un aspecto irritado. Hay un chupetón bajo en la clavícula, cortesía de Atlas. Últimamente, todo mi cuerpo parece marcado.

Reclamado.

Esa idea probablemente debería molestarme más de lo que lo hace. En lugar de eso, busco la colonia que más le gusta a Atlas; esa cara en la que una vez hundió la cara en mi cuello, murmurando contra mi piel: —*Dios bendito, qué bien hueles.*

Pulverizo una vez.

Luego dos.

Paso demasiado tiempo arreglándome el pelo, lo cual es ridículo. Atlas me ha visto medio muerto después de un entrenamiento y sollozando a las tres de la mañana. No le importa si mis rizos están rebeldes.

Aun así, quiero que me mire esta noche. Quiero que me perdone. Esa comprensión se asienta con pesadez en mi pecho mientras me pongo una sudadera negra con capucha y unos vaqueros oscuros.

Para cuando cojo las llaves, los nervios me traicionan tanto que casi me río de mí mismo. Me estoy comportando como si fuera una primera cita en lugar de ir al apartamento de mi novio falso para disculparme con sexo e inestabilidad emocional. Patético.

Abro la puerta del apartamento y casi tropiezo con el paquete que hay en el umbral.

Parpadeo mirando la pequeña caja de cartón marrón sin remitente. Frunzo el ceño ligeramente.

Probablemente sea un pedido de Amazon que había olvidado.

Recuerdo vagamente haber pedido proteínas en polvo hace tres días. Lo recojo y vuelvo a entrar sin darle muchas vueltas. El cartón se siente extrañamente ligero en mis manos.

Algo en eso me recorre la nuca. Lo dejo despacio sobre la encimera de la cocina y luego me lo quedo mirando. La ansiedad regresa con tal fuerza que el pulso me da un vuelco.

No, me estoy volviendo paranoico de nuevo. Eso es todo.

Cojo las tijeras del cajón de todos modos. Me tiemblan ligeramente las manos mientras corto la cinta de embalar.

En el segundo en que las solapas se abren, todo dentro de mí se detiene. Durante un momento, mi cerebro se niega físicamente a procesar lo que estoy viendo. Luego, me golpea todo a la vez.

Un dedo cortado.

Lleva el anillo de boda de mi padre.

La sangre tiñe de rojo oscuro el papel de seda que tiene debajo.

Hay una pequeña nota doblada con cuidado contra un lateral.

La visión se me nubla incluso antes de cogerla, porque ya lo sé. Ya lo sé de sobra, joder. Las manos me tiemblan violentamente mientras la despliego.

Cielo.

El estómago se me revuelve con tanta fuerza que casi vomito.

Necesito un favor.

La caja se me escapa de las manos. Golpea el suelo con un sonido húmedo que me transporta a otra vida. A otra versión de mí mismo.

La mano de Sebastian me agarra la nuca mientras me guía por un bar abarrotado que huele a whisky y humo.

—Sonríe —me susurra al oído.

No quiero. No quiero que estos hombres me miren. No quiero que me toquen. No quiero que Sebastian venda pedazos de mí como si fuera un puto caballo de carreras de su propiedad.

Pero mi padre le debe dinero.

Y las deudas siempre se acaban pagando de alguna forma.

—No pongas cara de susto —dice Sebastian con suavidad, dirigiéndome hacia un reservado lleno de hombres mayores con

trajes caros—. Incomoda a la gente.

Siento el pecho apretado. Intento no temblar.

Uno de los hombres me agarra la mandíbula cuando nos detenemos junto a la mesa. —Qué cosita tan bonita —dice.

Miro fijamente hacia delante.

Los dedos de Sebastian se aprietan en mi cuello a modo de advertencia. —Sé educado.

—Gr-gracias —tartamudeo.

El recuerdo cambia violentamente después de eso.

La habitación de hotel huele a cigarrillos y colonia cara. Me siento en el borde del colchón intentando no moverme demasiado, porque me duele cada centímetro del cuerpo.

El tipo que ha pagado por mí esta noche se ha ido hace cinco minutos. Quizá menos. El tiempo se vuelve extraño en lugares como este. La habitación está a oscuras, salvo por la luz del baño que aún brilla detrás de mí, proyectando largas sombras a través de la fea alfombra con dibujos y las sábanas revueltas. Mi camisa está en algún lugar del suelo, cerca de la lámpara volcada. Una de mis costillas me duele agudamente cada vez que respiro demasiado profundo.

Me miro las manos en lugar del espejo. Ya sé qué aspecto tengo: moratones floreciendo oscuros en mi garganta, marcas con forma de dedos alrededor de mis caderas, el labio partido. Nada nuevo.

Lo peor es que ya ni siquiera lloro. Al principio lo hacía. Me encerraba en los baños después y vomitaba hasta que no me quedaba nada en el estómago porque no soportaba la sensación de unas manos extrañas aún demorándose en mi piel.

Ahora, sobre todo, me siento cansado.

Entumecido.

Lo cual es, de algún modo, peor.

La puerta se abre silenciosamente detrás de mí. Me pongo tenso automáticamente y entonces entra Sebastian. El alivio y el miedo me golpean al mismo tiempo. Cierra la puerta con cuidado antes de mirarme bien, y su expresión cambia de inmediato.

—Cielo santo —murmura por lo bajo.

No respondo.

Sebastian cruza la habitación despacio hasta quedar de pie entre mis rodillas. Desliza su mano bajo mi barbilla, inclinando mi rostro hacia arriba, hacia la luz. Los moratones deben de parecer peores de lo que pensaba.

Tensa la mandíbula. —Ese idiota se ha pasado contigo.

Me encojo de hombros débilmente. El movimiento me duele.

El pulgar de Sebastian roza con cuidado mi labio partido. —Deberías haberme llamado.

Casi me río ante eso. ¿Llamado para qué? Él es quien me ha puesto aquí. Pero no digo nada, porque Sebastian odia que me ponga difícil después de los encargos.

En lugar de eso, miro a algún punto por encima de su hombro mientras me estudia en silencio.

—Lo has hecho muy bien esta noche —dice finalmente.

El elogio se asienta con pesadez en mi estómago.

No es reconfortante. Nunca lo es. Sebastian siempre suena cariñoso después de noches como esta. Más suave. Más tierno. Como si me estuviera recompensando por ser útil. Y lo peor es que una parte patética de mí todavía desea esa aprobación.

Me odio por ello.

—¿Me oyes? —pregunta.

Asiento una vez.

—Bien.

Después de eso, desliza la mano por mi pelo y me rasca ligeramente el cuero cabelludo de una forma que casi parece afectuosa. Casi.

—Le estás facilitando las cosas a tu padre —murmura—. Lo sabes, ¿verdad?

La garganta se me cierra de inmediato. Ahí está: la correa que siempre tengo envuelta al cuello. Mi padre debe dinero y yo soy el puto pago. Tan sencillo como eso.

Los dedos de Sebastian se curvan suavemente en mi nuca antes de inclinarse y besarme. El beso es suave. Eso es lo que hace que todo sea tan confuso, porque Sebastian nunca se comporta de forma cruel después. No inmediatamente. Después se vuelve dulce y cálido

de formas que se desdibujan hasta que ya no sé distinguir el afecto de la propiedad.

Me besa despacio, como si fuera algo valioso para él, como si yo perteneciera a sus manos. —Eres tan bueno conmigo —susurra contra mi boca.

Me duele el pecho. No sé si es por los moratones o por algo totalmente distinto. Sebastian me da otro beso en la frente y luego se aparta lo suficiente para volver a mirarme.

—Te he echado de menos esta semana.

Lo miro en silencio, porque habla como si estuviéramos saliendo.

Como si esto fuera amor. Quizá lo sea.

Mientras tanto, mi cuerpo todavía me duele por las manos de otro hombre porque Sebastian decidió que esta noche yo valía más como mercancía que como persona. La confusión de todo ello se asienta como veneno dentro de mis costillas.

—Deberías dormir —murmura Sebastian.

Desliza la mano por mi garganta con cuidado, rozando con el pulgar uno de los moratones casi con ternura. Luego sonrío levemente. Dios, esa sonrisa solía desarmarme. Antes de que comprendiera lo que era en realidad. Antes de darme cuenta de que no se supone que el amor deba sentirse como intentar sobrevivir a duras penas.

—Yo me encargaré de todo —dice en voz baja.

La mentira se instala entre nosotros con elegancia.

Y mi yo de dieciocho años casi le cree de todos modos.

Entonces, otro recuerdo choca contra este.

Me entero por casualidad. No porque a mi padre por fin le remuerda la conciencia. No porque Sebastian decida de repente dejar de mentirme. Me entero porque dos hombres están hablando fuera de la oficina trasera mientras voy a por tabaco para Sebastian.

—El chaval ya ganó lo suficiente para saldar la deuda de Henry y los intereses hace dos meses —dice uno de ellos con naturalidad.

El otro se ríe. —Sebastian simplemente no quiere soltar a su juguete favorito.

Ambos se ríen después de eso. Dejo de caminar. Por un segundo, el pasillo parece extrañamente inclinado bajo mis pies. Aprieto el

cartón de tabaco con tanta fuerza que lo aplasto. El calor me sube a la cara con tanta violencia que me entran ganas de vomitar.

Porque cada habitación de hotel después de que esa deuda fuera pagada...

Cada desconocido...

Cada moratón...

Cada noche que Sebastian me besaba después y me decía que estaba «ayudando»...

Nada de eso importaba.

Ya había pagado la deuda.

Y Sebastian siguió vendiéndome de todos modos.

Sebastian está sentado a la mesa de la cocina cuando regreso al apartamento que hay sobre el bar. El lugar huele a whisky y a humo de tabaco, como siempre. Un partido de fútbol suena bajito en la televisión mientras Sebastian hojea unos papeles con una copa en la mano, como si fuera una puta noche normal.

—Ahí estás —dice sin levantar la vista—. Pensé que te habías perdido.

Tiro los cigarrillos sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Sebastian finalmente alza la vista. En el momento en que ve mi cara, su expresión se agudiza. —¿Qué ha pasado?

Lo miro fijamente desde el otro lado de la habitación. —Ya he pagado la deuda.

El silencio se alarga entre nosotros.

Sebastian se reclina despacio en su silla. —¿Quién te ha dicho eso?

El hecho de que responda con otra pregunta me lo dice todo. El pecho empieza a dolerme.

—Me mentiste.

Sebastian exhala silenciosamente por la nariz, como si yo estuviera siendo difícil. —Es más complicado que eso.

—No —le espeto—. No lo es en absoluto, joder.

Sus ojos se entrecierran de inmediato. Normalmente, cuando Sebastian me mira así, me callo. Aprendí pronto que responder solo empeoraba las cosas. Esta noche se siente diferente. Esta noche finalmente entiendo lo que es en realidad.

—Gané lo suficiente para pagar cada céntimo que mi padre te debía —digo—. La deuda. Los intereses. Todo.

Sebastian no dice nada. Ese silencio lo confirma todo. Cada noche después de que la deuda desapareciera, me mantuvo allí porque quiso. No porque tuviera que hacerlo.

—Me dijiste que una vez que la pagara, habría terminado.

Sebastian deja su copa con cuidado. —He cambiado de opinión.

Las palabras me golpean con tal fuerza que llego a reírme. El sonido sale quebrado y horrible.

—¿Has cambiado de opinión? —repito.

—Tú perteneces aquí. Conmigo.

—No.

Sebastian se queda inmóvil. Creo que nunca le he dicho que no antes.

No de verdad. He discutido. He llorado. Le he suplicado que me dejara descansar después de las malas noches. Pero siempre acababa claudicando, porque pensaba que esto tendría un final si conseguía sobrevivir el tiempo suficiente.

Ahora sé que eso nunca iba a suceder.

—No eres mi dueño —digo.

Sebastian se levanta despacio. Todos los instintos de supervivencia de mi cuerpo me dicen que deje de hablar de inmediato. No lo hago.

—Dejaste que esos hombres me tocaran incluso después de que la deuda se hubiera extinguido.

—Eres la puta favorita de todo el mundo, Damien. No puedo simplemente quitarte de la carta.

La palabra *puta* se me clava en la piel.

—He ganado lo suficiente.

Sebastian tensa la mandíbula. —Yo te cuido, ¿verdad?

—iTú me *vendes*, joder!

—Cuidado con esa boquita.

—Me dijiste que me querías.

—Y te quiero. —La respuesta es instantánea, y de algún modo eso hace que todo sea peor.

Porque Sebastian lo cree de verdad. En su mente, esto tan retorcido que hay entre nosotros cuenta de verdad como amor. Por fin lo veo claro. Cada caricia suave, cada beso, cada vez que me abrazó después de que otro hombre me hiciera daño... nada de eso era amabilidad. Era posesión.

—No te vas a ir —dice Sebastian con firmeza.

—Me voy.

—¿Crees que el mundo va a ser más amable contigo sin mí?

—No me importa.

—Debería importarte. —Da un paso hacia mí—. Nadie más va a quererte después de esto. Nadie te va a querer una puta mierda excepto yo.

Las palabras golpean exactamente donde él pretende. Sebastian ve el dolor reflejarse en mi rostro e inmediatamente presiona más fuerte.

—¿Crees que puedes marcharte sin más y volver a ser normal? —pregunta en voz baja—. ¿Después de todo lo que has hecho?

La rabia surge en mi interior con tal violencia que acaba por quemar el miedo. —Yo no hice nada —le espeto—. Fuiste tú.

—Yo no fui el que chupó todas esas pollas, cielo. Fuiste tú solito.

Hago ademán de irme, pero Sebastian me agarra de la nuca. El dolor me recorre la columna.

—Pequeña mierda malagradecida.

Normalmente aquí es donde me bloqueo. Normalmente me quedo callado y me limito a sobrevivir a lo que venga después.

Esta noche no puedo. Algo dentro de mí termina de romperse por completo.

Le empujo con fuerza.

Sebastian tropieza hacia atrás visiblemente sorprendido, porque nunca me he enfrentado a él. Ni una sola vez.

—Pero qué cojones...

—He terminado.

—Si cruzas esa puerta, te traeré de vuelta a rastras.

Lo aterrador es que le creo. Sé perfectamente de lo que es capaz Sebastian cuando pierde el control sobre algo que cree que le pertenece. Pero quedarme, de repente, me parece peor que morir.

Cojo mi bolsa de deporte junto al sofá.
Sebastian me agarra la muñeca. —No eres nada sin mí —gruñe.
Me libero del brazo con un tirón. —Prefiero no ser nada que estar contigo.

Luego bajo corriendo las escaleras del apartamento y salgo a la lluvia helada mientras Sebastian me grita. Me arden los pulmones antes de llegar siquiera al final de la manzana, pero sigo adelante de todos modos.

Por primera vez en meses, me elijo a mí mismo por encima de la supervivencia. Y a la mañana siguiente, antes de que Sebastian pueda encontrarme, me marchó de la ciudad.



Doy un respingo tan fuerte que me duele el pecho. El apartamento vuelve a dar vueltas a mi alrededor.

Presente. Estoy en el presente. No allí. No tengo dieciocho años.

Pero el dedo de mi padre sigue en el suelo.

La nota sigue siendo real.

Sebastian me ha encontrado.

Mi padre...

Dios mío.

Mi padre.

Cojo el teléfono con unas manos que me tiemblan tanto que casi se me cae.

Atlas. Necesito a Atlas. Abro nuestros mensajes automáticamente.

Entonces me detengo, porque una comprensión espantosa me golpea.

Sebastian sabe dónde estoy.

Y si sabe dónde estoy, Atlas no está a salvo.

El pánico inunda mi pecho tan rápido que apenas puedo respirar. Escribo antes de poder pensar.

Yo: **no voy a ir esta noche**

Aparecen tres puntos de inmediato.

Atlas: **¿en serio?**

Atlas: **Solo estaba bromeando antes, cariño.**

Miro fijamente la pantalla. Se me nubla mucho la vista.

Cariño. Cielo. Me siento fatal.

El teléfono suena. El nombre de Atlas parpadea en mi pantalla y respondo al instante.

—Cariño...

—No puedes hablarme más. —Las palabras salen cortantes y frenéticas.

Hay un momento de silencio.

—¿Qué?

—Me has oído.

—Damien, ¿qué ha pasado?

Mi respiración se vuelve irregular. No puedo decírselo. No puedo arrastrarlo a esto.

—Tienes que alejarte de mí.

—Ni hablar. —Su voz se endurece—. Cielo, ¿qué va mal? Habla conmigo.

Pequeño. Cielo. Cariño.

—No eres mi puto novio, Atlas. Solo déjame en paz.

—Damien...

—¡No lo entiendes! —le espeto. El pecho me sube y baja con dolor—. ¿Crees que esto es una puta película romántica donde todo sale bien porque me quieres lo suficiente?

Atlas se queda callado. —¿Damien, esto es por Sebastian?

Me río con dureza, casi de forma histérica.

—Déjame ayudarte.

—No puedes.

—Ponme a prueba.

De pronto me arden los ojos porque lo dice en serio. Atlas intentaría salvarme sin duda alguna si yo le dejara. Y Sebastian lo destruiría por ello.

Lo mataría.

—Deberías haberme escuchado en la gala benéfica —digo en voz baja—. Esto nunca fue real.

El silencio posterior duele físicamente.

Entonces, Atlas dice suavemente: —Eso no es verdad.

Cierro los ojos con fuerza. —Deja de llamarme.

—Damien...

Cuelgo antes de que pueda oír cómo se me quiebra la voz. El apartamento vuelve a quedar en silencio, salvo por mi respiración. El dedo sigue en el suelo de la cocina, junto a la caja volcada.

Una advertencia.

Una promesa.

Finalmente, las rodillas me fallan.

Me deslizo contra los armarios con fuerza suficiente para hacerme un moratón mientras el pánico me desgarrá violentamente ahora que la voz de Atlas se ha ido.

Sebastian me ha encontrado.

Sebastian me ha encontrado.

Sebastian me ha encontrado.

Me tapo la cara con ambas manos y finalmente me derrumbo por completo.

Porque por mucho que hubiera corrido —por mucho hockey, dinero o fama que hubiera construido a mi alrededor—, nunca fui libre en realidad.

ATLAS

La llamada termina de forma tan abrupta que por un segundo pienso que se ha cortado. Me quedo mirando el móvil en silencio antes de apartarlo lentamente de mi oreja.

Llamada finalizada.

De repente, mi apartamento me parece demasiado silencioso. Hace treinta minutos, Damien me estaba mandando fotos subidas de tono y preguntándome si lo echaba de menos. Ahora me está diciéndome que me aleje de él.

Nada de esto tiene sentido. Le devuelvo la llamada inmediatamente. Salta directamente el buzón de voz.

Se me encoge el estómago. —Vamos —murmuro.

Lo intento de nuevo.

Buzón de voz.

Otra vez.

Buzón de voz.

Empiezo a caminar de un lado a otro del apartamento mientras el pánico se enrosca con más fuerza alrededor de mis costillas.

Algo va mal.

El miedo en su voz no deja de repetirse en mi cabeza. Ese tono frenético en su respiración. La forma en que sonaba, como si

intentara alejarme por mi propio bien en lugar de porque realmente quisiera distancia. Me paso una mano por el pelo con tanta fuerza que me escuece el cuero cabelludo.

¿Qué demonios ha pasado entre el intercambio de mensajes y ahora? Miro la última foto que me mandó Damien: costillas con moratones, piel desnuda contra sábanas oscuras, esa expresión tierna que solo pone cuando se olvida de protegerse.

Pero por teléfono sonaba aterrorizado.

Llamo otra vez.

Finalmente, tras la quinta llamada, dejo un mensaje.

—Damien —digo de inmediato—. Cariño, pase lo que pase, solo devuélveme la llamada. —Mi voz suena ronca. Me obligo a respirar antes de continuar—. No tienes que explicarlo todo ahora mismo. Solo necesito saber que estás bien. —Trago saliva con dificultad—. Por favor, llámame.

Cuelgo.

E inmediatamente le escribo otro mensaje:

por favor respóndeme.

No hay respuesta. Apenas duermo. Cada vez que cierro los ojos, oigo el pánico en la voz de Damien. A las seis de la mañana, me doy por vencido y me visto para el entrenamiento.

Damien sigue sin responderme.

El vestuario me resulta extraño. Damien siempre llega temprano. Le gusta el silencio antes de que lleguen todos los demás; suele estar sentado en su sitio con un café mientras finge no escuchar las interminables gilipolleces de Carter.

Hoy su taquilla está vacía.

Me detengo.

Patrick levanta la vista mientras pone cinta a su palo. —¿Dónde está tu novio?

—No lo sé. —La respuesta sale demasiado tensa.

Patrick se da cuenta de inmediato. —¿Estás bien?

—Sí.

Sigo mirando el móvil cada treinta segundos mientras me visto.

Ni un mensaje.

Ni una llamada.

Nada.

Más compañeros de equipo van entrando en el vestuario.

El entrenador entra unos minutos después y recorre la sala con la mirada. —¿Dónde está Harrow?

Nadie responde porque nadie lo sabe.

La expresión del entrenador se endurece ligeramente. —Es nuevo que Harrow falte a un entrenamiento.

Se me retuerce el estómago con más fuerza. Jordan murmura algo sobre que probablemente Damien esté durmiendo la resaca del evento benéfico, pero incluso él suena inseguro, porque todo el mundo sabe que Damien nunca falta a un entrenamiento.

Jamás.

El entrenamiento empieza mal, concretamente para mí.

Fallo un pase fácil de Alex durante el calentamiento porque me quedo mirando el móvil en el banquillo entre ejercicio y ejercicio.

—Connors —espeta el entrenador—. Despierta.

—Lo siento. —Me obligo a volver al juego.

Mi concentración dura quizá treinta segundos. Carter me envía otro pase durante un ejercicio de ataque y se me escapa por completo porque mi cerebro está en otro lugar totalmente distinto.

—¿Qué demonios te pasa hoy? —pregunta Carter.

—Nada. Estoy bien.

Otra mentira.

Luego, durante un partido de entrenamiento, Jordan me estampa con fuerza contra las vallas porque dudo medio segundo de más al intentar mirar el móvil, que acaba de iluminarse en el banquillo. El dolor me estalla en el hombro.

—Madre mía —murmura Patrick.

El entrenador hace sonar el silbato de inmediato. —¡Connors!

Me despego lentamente de las vallas, con la mandíbula apretada.

—¿Intentas que te maten hoy?

—Lo siento.

Todo el equipo me está mirando ahora. Nunca juego así. Normalmente, el hielo es mi lugar sagrado, pero ahora...

El entrenador se acerca patinando, bajando un poco la voz. —¿Qué está pasando?

Damien debería estar aquí. Debería estar burlándose de mí por haberme quedado aplastado contra las vallas mientras Carter se ríe como un idiota. En lugar de eso, su móvil no da señales de vida y nadie sabe dónde está.

—Tengo que irme antes hoy. Si le parece bien, entrenador —digo en voz baja.

El entrenador me estudia durante un segundo y luego asiente una vez.



Llamo a Damien tres veces más mientras camino hacia el coche tras salir del entrenamiento. Salta el buzón de voz todas las veces.

En la cuarta llamada, dejo otro mensaje. —Damien, en serio, me estás asustando de verdad ahora. —Me apoyo en el coche y cierro los ojos un momento—. Si quieres espacio, bien. Te daré espacio. Solo necesito saber que estás a salvo.

Se me quiebra un poco la voz al final. Odio eso. Cuelgo rápidamente.

Para cuando entro en el parking del hospital, tengo los nervios tan tensos que parece que van a romperse. Apenas recuerdo el trayecto. No dejo de imaginarme a Damien solo en su apartamento, hundiéndose.

O herido.

O peor.

El pensamiento me revuelve el estómago violentamente.

No.

Para.

Está bien.

Tiene que estar bien.

Cruzo rápido el vestíbulo del hospital, casi sin oír a las enfermeras saludándome al pasar. Normalmente me detienen para preguntarme por el hockey o para tomarme el pelo con Damien, pero hoy no puedo concentrarme en ellas.

Llevo el móvil apretado con fuerza en la mano durante todo el camino escaleras arriba.

Grace no está en su habitación cuando llego. Mi madre levanta la vista de inmediato desde la silla junto a la ventana. Su expresión cambia en cuanto me ve.

—Está en tratamiento ahora mismo —dice suavemente.

Asiento distraídamente mientras vuelvo a mirar el móvil.

Nada.

Mi madre me observa con atención mientras me siento frente a ella. —Pareces agotado.

—No he dormido mucho.

—No es solo eso.

Exhalo en silencio y me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Siento que el móvil pesa demasiado en mi mano.

Mi madre me estudia durante otro largo segundo antes de hablar de nuevo. —¿Se trata de Damien?

Levanto la vista demasiado rápido. Por lo visto, esa es respuesta suficiente.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —admito.

Y eso es lo peor. Realmente no lo sé. Anoche Damien sonaba aterrorizado, y ahora ha desaparecido por completo.

La expresión de mi madre se suaviza. —¿Habéis discutido?

—No. Bueno, algo así. Sinceramente, no lo sé. —Me paso una mano por el pelo otra vez—. Me llamó anoche con pánico en la voz. Luego me dijo que me alejara de él y colgó.

Mi madre se queda inmóvil. —¿Con pánico, cómo?

Dudo, porque todavía no le he contado a nadie lo de sus pesadillas.

Ni lo de Sebastian.

Ni lo de los ataques de pánico.

Los secretos de Damien me pesan en las manos, incluso ahora.

—Creo que alguien le ha hecho daño —digo en voz baja.

—¿Hace poco?

—No. —Trago saliva con dificultad—. Hace mucho tiempo.

Ella guarda silencio un momento. Luego pregunta con cuidado: —¿Te ha contado esto Damien?

—No directamente.

—Pero lo sospechas.

—Sí.

Ella asiente despacio, con la mirada perdida, como si intentara resolver un rompecabezas en su cabeza.

Luego, tras una pausa, pregunta suavemente: —¿Crees que quien le hizo daño sigue en su vida?

La pregunta me envía un escalofrío por la espalda.

Porque de repente, pienso que quizá la respuesta sea sí.

Para cuando salgo del hospital, me he sumido en un auténtico estado de pánico. Todas las malas posibilidades no dejan de dar vueltas por mi cabeza una y otra vez mientras conduzco hacia el centro, hacia el apartamento de Damien. Sigue sin responder a ni un solo mensaje, ni una llamada, nada.

Aprieto el volante con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Algo va mal. Lo sé.

Cuanto más me acerco al edificio de Damien, peor se vuelve la sensación. Para cuando aparco, el pulso me late con tanta fuerza que me dan ganas de vomitar. Subo en el ascensor, con los pensamientos consumiéndome el corazón por completo, y llamo con firmeza a la puerta de Damien. No hay respuesta.

Llamo otra vez, más fuerte. —Damien.

Silencio. Se me cae el alma a los pies.

—Damien, soy yo. Atlas.

Se oye un ruido fuerte dentro del apartamento. Algo choca contra el suelo y luego se oyen pasos rápidos. La puerta se abre tan de repente que apenas tengo tiempo de reaccionar antes de que Damien me agarre de la sudadera y me meta de un tirón dentro.

La puerta se cierra de un golpe tras de mí.

Cierre.

Cerrojo.

Cadena.

Damien comprueba los tres dos veces antes de darse la vuelta finalmente.

Y, Dios mío, tiene un aspecto terrible.

Está pálido y agotado. Tiene los rizos hechos un desastre, como si se hubiera estado pasando las manos por ellos durante horas, y tiene unas ojeras profundas que dejan claro que no ha dormido nada. También tiembla ligeramente, no de forma tan visible como para que otro pudiera notarlo. Pero yo sí.

—¿Qué cojones está pasando? —le suelto. La ira sale con más dureza de lo que pretendía porque el alivio choca con el pánico con tanta fuerza dentro de mi pecho que apenas puedo pensar con claridad—. Desapareciste.

Damien se estremece ligeramente ante mi tono. Luego mira inmediatamente hacia las ventanas del apartamento, como si esperara que alguien estuviera observando desde fuera.

Se me encoge el estómago. —Damien.

—Estoy bien.

—Es obvio que no estás bien.

Empieza a caminar de un lado a otro.

Movimientos pequeños y bruscos.

Inquieto.

Hiperalerta.

Cada pocos segundos, su atención se desvía hacia el pasillo de fuera del apartamento, como si estuviera pendiente de algún paso. Una carcajada resuena débilmente desde algún lugar del pasillo y Damien se sobresalta. La reacción es instantánea y lo bastante aterrorizada como para que algo frío me recorra la espalda.

Lo observo y, de repente, todas las piezas sueltas en mi cabeza empiezan a encajar en una horrible cámara lenta.

Cielo santo.

—Cariño —digo con cuidado.

—No me llames así ahora mismo. —La brusquedad de su voz me pilla desprevenido.

Damien se pasa las dos manos por sus rizos con brusquedad antes de caminar hacia la cocina. Parece un animal acorralado.

Todos mis instintos empiezan a gritar en mi interior. —Habla conmigo.

—He dicho que estoy bien.

—¡No, no lo estás, joder!

Damien suelta una carcajada amarga entre dientes. —Atlas...

—Te esfumaste —le corto—. Has faltado al entrenamiento. Has ignorado todas las llamadas. Pensé que te había pasado algo.

Algo cruza el rostro de Damien.

Culpa.

Dolor.

Luego su expresión vuelve a cerrarse.

—Solo necesito espacio.

Las palabras me golpean con fuerza. —¿Qué?

—Necesito espacio.

Siento que me arrancan el aire de los pulmones. No, no se trata de eso. Damien no se está alejando porque haya dejado de quererme. Lo conozco demasiado bien como para creerme eso. Esto es miedo.

Miedo puro.

—¿Se ha puesto en contacto contigo alguien de tu pasado? —pregunto en voz baja.

Damien se queda quieto.

—Damien.

—No. —Vuelve a apartar la mirada de mí.

—Mientes.

—¡No, no miento! —Eleva la voz con tanta brusquedad que doy un paso atrás, sorprendido. Damien lo ve y parece asqueado de sí mismo—. Joder —murmura en voz baja.

Me acerco a él lentamente. —Oye.

—No lo hagas. —La palabra sale casi como una súplica—. Por favor.

El dolor en su voz me detiene en seco. El silencio se tensa entre nosotros mientras Damien sigue describiendo círculos pequeños y ansiosos por el apartamento.

Entonces su móvil se ilumina sobre la encimera de la cocina. El nombre parpadea en la pantalla antes de que Damien pueda cogerlo.

Sebastian.

Se me hunde el estómago. Se me hiela todo el cuerpo.

Sebastian. El tipo de las pesadillas. El tipo por el que Damien lloró. El tipo que lleva meses atormentándolo.

Algo feo se me retuerce en el pecho. —¿Sebastian? ¿Ese *mismo* Sebastian?

Damien arrebató el móvil. —No es nada.

—¿Nada? —repito incrédulo—. Llevas casi veinticuatro horas comportándote como si estuvieras aterrorizado y ¿ahora te escribe un tal Sebastian?

—No es asunto tuyo.

Las palabras me duelen como una bofetada. Me lo quedo mirando.

Damien evita mis ojos por completo.

—¿Vas a volver a verle? —pregunto en voz baja.

Eso finalmente hace que Damien me mire.

Y lo peor es que... no me responde. Se queda ahí parado, con aspecto agotado, aterrorizado y atrapado. Se me empieza a romper el corazón.

—Atlas...

—¿Vas a verle?

Damien traga saliva con dificultad. Luego dice en voz baja: —Deberías irte.

La habitación se queda en completo silencio.

Eso no es un no.

Siento el pecho hueco. —¿Hablas en serio?

Damien desvía la mirada y, por alguna razón, eso duele todavía más que si me mirara. El pánico que siente todavía parece real. El *miedo* todavía parece real. Pero ahora los celos y el desamor me golpean con tanta fuerza que apenas puedo pensar con claridad.

Pienso en los mensajes de anoche.

En la forma en que dijo que me echaba de menos.

En cómo me miró en aquella habitación de hotel después de decirle que lo amaba.

Y ahora hay otro hombre.

Un hombre que, al parecer, todavía tiene suficiente poder sobre Damien como para hacerlo pedazos de la noche a la mañana.

—Atlas —dice Damien en voz baja, todavía sin mirarme—. Por favor, deja esto ya.

—¿Dejar qué?

—Esto.

—Eso no es una respuesta.

Damien finalmente me mira, y tiene los ojos inyectados en sangre y agotados. —No puedo hacer esto ahora mismo.

—¿No puedes hacer qué? —pregunto—. ¿Lo nuestro? —El dolor se filtra en mi voz antes de que pueda evitarlo.

La expresión de Damien se agrieta durante medio segundo.

Luego su rostro se endurece.

—Necesito que te vayas.

Lo miro incrédulo.

Después de todo.

Después del hospital.

Después de verlo llorar en mis brazos.

Después de que dejara que lo amara.

—No quieres decir eso —digo en voz baja.

Se le tensa la mandíbula. —Por favor, vete.

De repente siento que el apartamento está gélido.

Lo miro durante otro largo segundo, esperando desesperadamente que detenga esto.

Que me diga la verdad.

Que me pida que me quede.

Pero no lo hace.

Asiento una vez.

Lentamente.

Con dolor.

—Vale.

Damien se estremece al oír lo plana que suena mi voz. Me dirijo hacia la puerta. A mitad de camino, me detengo porque, a pesar de todo, sigo sin poder dejar de preocuparme por él.

Me vuelvo hacia él una última vez. —¿Él te hizo daño?

Damien se queda inmóvil.

Durante un horrible segundo, pienso que quizá finalmente me lo cuente todo.

En lugar de eso, se limita a decir en voz baja: —Déjame en paz, Atlas.

Me marchó con el corazón roto.

Pero peor que eso, me marchó sabiendo que Damien está aterrorizado por algo que todavía se niega a dejarme ver.

DAMIEN

La caja tenía algo más que el dedo dentro. Debajo del papel de seda empapado de sangre y de la nota había un móvil desechable con un solo contacto guardado.

Sebastian.

Me quedo mirando el teléfono casi una hora después de que Atlas se va antes de que por fin apriete el botón de llamar.

Contesta al instante.—Cariño.

El apodo me revuelve el estómago con tanta violencia que casi cuelgo.—¿Qué quieres?

Sebastian tararea suavemente, como si le alegrara oír mi voz.—No es forma de saludarme después de tanto tiempo.

Aprieto el teléfono con más fuerza.—Me has cortado el dedo de mi padre y me lo has mandado en una puta caja. ¿Cómo esperabas que te saludara?

—Me debe más dinero —dice casi distraído, como si necesitara apuntarlo en una lista de tareas.

El hielo me resbala por la columna vertebral.—¿Qué quieres?

—Me gustaría verte.

—No.

Sebastian se ríe quedo.—Aún crees que tienes opciones conmigo.
Es adorable.

La rabia arde, caliente, detrás de mis costillas.

Le odio.

Dios, le odio.

Pero debajo del odio hay algo todavía más feo.

Miedo.

Porque Sebastian nunca se pondría en contacto si no tuviera ya un plan.

—Quedamos en Velvet Room —dice con desgana—. Mañana a mediodía.

La línea se corta.

No duermo después de eso. Paso toda la noche dando vueltas por mi apartamento mientras el pánico me va vaciando poco a poco por dentro.

Vuelvo a saltarme el entrenamiento a la mañana siguiente. La culpa me corroe durante horas.

El entrenador debe de estar que echa humo.

Atlas está *definitivamente* que echa humo.

Pero nada de eso importa ahora.

No comparado con Sebastian.

El Velvet Room está en la zona sur de la ciudad, entre una casa de empeños y una licorería. Por fuera, casi parece elegante, si entrecierras los ojos lo suficiente. Por dentro, huele a perfume barato, humo rancio y sudor. Apenas pasan de las doce de un miércoles, así que el local está casi vacío.

Unos cuantos hombres de negocios están desperdigados cerca del escenario, apuran sus copas mientras bailarinas medio dormidas se mueven despacio bajo las luces moradas.

Chicas guapas.

Chicas jóvenes.

Demasiado jóvenes.

Se me aprieta el pecho hasta doler.

Entonces veo a Sebastian. Está sentado en primera fila, perfectamente relajado, como si fuera el dueño del edificio entero. De hecho, probablemente lo sea.

Una chica de pelo negro que no puede tener más de veinte años está sentada en su regazo mientras él mira el escenario con un aburrimiento divertido. Ella se ríe de algo que dice y se recuesta contra su pecho. Se parece tanto a mí a los dieciocho que casi me marea.

Los mismos pómulos afilados.

Los mismos ojos oscuros.

La misma sonrisa nerviosa de quien se esfuerza demasiado por complacer.

Sebastian me ve enseguida y sonrío con frialdad.

El diablo en persona.

—Bueno —ronronea—. Mírate.

La chica se gira a mirarme con curiosidad.

Sebastian le da unas palmaditas distraídas en el muslo.—Venga, vete a descansar cinco minutos.

Ella pone un pequeño mohín.—Pero...

—He dicho que te vayas.

El tono sigue siendo suave.

Lo que de algún modo lo hace aún más amenazador.

La chica se desliza de su regazo obediente. Sebastian le da una palmada en el culo al dejarla ir, haciéndola reír con nerviosismo antes de que desaparezca hacia los vestuarios.

Se me revuelve el estómago. Me siento a su lado porque estar de pie me hace sentir demasiado vulnerable. La música retumba suave por la sala mientras otra chica sube al escenario bajo unas luces rosas tenues. Obligo a mis ojos a centrarse en ella en vez de en Sebastian.

Mirar a Sebastian demasiado rato parece peligroso.

—¿Cómo te va? —pregunta con desparpajo.

Suelto una risita por lo bajo.—¿Podemos saltarnos las falsas cortesías?

Sebastian esboza una ligera sonrisa.—Oh, mi chico aún muerde.

Me quedo helado al instante.

Ya no soy tu chico, quiero decir, pero en vez de eso me quedo callado.

Sebastian se recuesta en la silla.—Nunca me ha interesado mucho el hockey —dice—. Y menos un equipo de mierda como los Market City Tigers.

Se me tensa la mandíbula.

—Pero de repente estás por todas las redes sociales —me lanza una mirada lenta—. Y me he dado cuenta de que has salido todavía más guapo de lo que esperaba.

Un asco viscoso me recorre la espalda. Sigo mirando fijamente a la bailarina. Da vueltas alrededor de la barra mientras mi pulso late desacompañado en los oídos.

—¿Cuánto le debe mi padre?

Sebastian hace girar lentamente el whisky en el vaso.—Henry nunca aprendió la lección con el juego.

Cierro los ojos un segundo. Claro que no.

—Volvió a pedir prestado —continúa Sebastian—. Y otra vez. Y otra. Luego empezó a pedirles dinero a gente que está conectada conmigo.

—Ese ya no es mi problema.

Sebastian me mira con complicidad.—Eso mismo supuse.

Por fin le miro.

Sonríe.

Frío.

Cruel.

Hermoso en ese mismo modo aterrador de siempre.

—Me imaginé que no volverías a sacrificarte por Henry —dice—. El dedo era solo para llamar tu atención.

Se me retuerce el estómago con violencia.—Estás loco.

—Oh, sin duda —lo dice con toda naturalidad.

Aprieto las rodillas con fuerza bajo la mesa para que no me tiemblen las manos.

Sebastian me estudia otro largo momento. Luego su sonrisa cambia apenas.—Estás distinto.

No respondo.

—Tienes un aire más blando.

Eso me pone la piel de gallina.

Sebastian se inclina hacia mí.—Lo noté primero en las entrevistas —murmura—. La forma en que miras a Atlas Connors.

Se me salta el corazón.—Déjale fuera de esto.

Sebastian me ignora.—Es interesante —su voz sigue quedándose suave—. Nunca me miraste así a mí.

Se me hiela la sangre.

—Le quieres —dice Sebastian sencillamente—. Se nota.

Las palabras me dan de lleno en el pecho, como un puñetazo, porque tiene razón. Oír a Sebastian decirlas en voz alta me hace sentir expuesto de una forma que apenas puedo soportar.

—Atlas no tiene nada que ver con esto —digo en voz baja—. Déjale en paz.

Sebastian me observa con atención y luego se ríe por lo bajo.—No quiero bronca con un jugador de hockey famoso de ciento y pico kilos. Suena agotador.

Un mínimo alivio parpadea en mi interior.

—Pero —continúa Sebastian con calma—, sí he oído hablar de una niñita que se llama Grace Connors.

Todo se detiene.

Sebastian mira cómo la comprensión se refleja en mi cara.

—Ni se te ocurra acercarte a ella —mi voz sale temblando.

Sebastian da otro sorbo de whisky.

—Es solo una cría —continúa.

Sebastian inclina apenas la cabeza.—Tú también lo eras.

Las palabras duelen como una bofetada.

Le miro horrorizado y de repente entiendo algo terrible:

Sebastian no se siente culpable por lo que me hizo.

Ni un poco.

Nunca se ha sentido.

—¿Qué quieres? —pregunto en voz baja.

—El viernes hay un partido importante.

Se me hunde el estómago.—No.

—Ni siquiera sabes lo que voy a pedirte.

Sebastian esboza una media sonrisa.—Necesito que tires unos cuantos partidos en las próximas semanas.

El mundo se me ladea bajo los pies.

—Es dinero fácil.

—He dicho que no.

Sebastian suspira quedo, como si le estuviera decepcionando, y luego se inclina más hacia mí.—Así que supongo que la pequeña Grace Connors no sobrevivirá, después de todo.

Un terror helado me invade cada centímetro del cuerpo.—¿Qué?

—La leucemia por fin la alcanzó —Sebastian se encoge de hombros—. Trágico.

Se me hunde el pecho, porque lo entiendo al instante.

No está hablando de cáncer.

Está hablando de asesinato.

Y lo dice con una naturalidad que me revuelve el estómago.

—Si la tocas, te mataré.

Sebastian sonríe, pero no hay nada de calidez en esa sonrisa.—Ahí está —murmura suavemente—. Ese es el chico que recuerdo.

Me siento atrapado dentro de mi propia piel.

Permanezco sentado en silencio, porque moverme resulta imposible.

Sebastian sigue mirando a la bailarina como si no acabara de amenazar a una niña enferma de trece años. Parece relajado, casi aburrido, mientras mi vida entera se derrumba a mi alrededor. Luego me pone la mano en el muslo.

Mi cuerpo reacciona antes de que pueda controlarlo. Me aparto de un tirón, pero Sebastian me agarra y me arrastra la pierna de vuelta hacia él con la suficiente fuerza como para revolverme el estómago.

—No empieces a hacerte el tímido ahora —dice en voz baja.

Me quedo inmóvil.

Los dedos de Sebastian se clavan en mi muslo como una advertencia.—Tira los partidos —dice, con un tono tan bajo que nadie más puede oírle— o la hermanita de tu novio se muere.

Se me nubla la vista.

Le odio.

Le odio tanto que apenas puedo respirar.

Pero lo único que veo es a Grace en esa cama de hospital, pálida y cansada, sonriendo a través de todo ese dolor mientras me pedía

consejos sobre técnicas de sombreado.

Es solo una cría.

Es todo el corazón de Atlas.

Y Atlas...

Dios.

Atlas jamás sobreviviría a perderla.

Se me cierra la garganta hasta doler.—Vale —susurro.

La sonrisa de Sebastian se ensancha lentamente.—¿Cómo has dicho?

Parpadeo con fuerza, pero las lágrimas salen igual.—Lo haré.

Sebastian alza la mano y me agarra la barbilla, obligándome a mirarle. Su toque me pone la piel en carne viva.

Observa las lágrimas en mis ojos con una crueldad satisfecha, como si mi miedo fuera algo que echaba de menos.

—Sigues siendo tan bonito cuando lloras —murmura.

Algo dentro de mí se rompe en silencio. Me zafo de su agarre y me pongo en pie. Sebastian me deja ir.

Puede que esa sea la peor parte: que ya sabe que ha ganado. Me marchó sin mirar atrás.

La luz del mediodía se siente violenta después de la bruma rosa y oscura del club. Llego a mi coche con las piernas temblorosas, abro la puerta y me meto dentro antes de que mi cuerpo se rinda.

Entonces me rompo. Lloro tan fuerte que no puedo respirar. Apoyo la frente en el volante mientras mis manos se cierran inútilmente en el aire, y lo único en lo que puedo pensar es en que ya escapé de Sebastian una vez.

Pero ahora ha encontrado la única cosa que quiero más que mi propia libertad.

Atlas.

Y sé exactamente lo que tengo que hacer para mantenerle a salvo.



Compruebo el móvil desechable tres veces antes de que empiece el partido. Cada vez que lo toco, parece radiactivo.

El teléfono vibra cuando estoy a medio vestir en el vestuario. Lo cojo del fondo de mi bolsa de deporte antes de que nadie más lo vea y miro el mensaje.

juega horrible, cariño.

Me quedo mirando el texto hasta que las palabras se emborronan.

Luego bloqueo la pantalla y vuelvo a meter el teléfono en la bolsa con tal fuerza que la cremallera tintinea. Me tiemblan las manos. Las cierro enseguida en puños.

Contrólate.

El vestuario ruge a mi alrededor. La música revienta por los altavoces mientras los tíos se gritan de un lado a otro de la sala, el caos habitual de los días de partido vibrando en el aire. Normalmente eso me calma la cabeza. Hoy siento que camino hacia mi propia ejecución.

Me pongo las hombreras de manera mecánica y evito mirar hacia el lado de Atlas del vestuario. No me ha dirigido la palabra desde que salió de mi apartamento.

Le contestó al entrenador durante los ejercicios de ayer. Comentó jugadas. Habló con la prensa.

Pero ni una sola vez habló conmigo. El silencio duele más que si me gritara. Y lo peor es que me lo merezco.

Noto a Atlas mirándome de vez en cuando mientras nos vestimos, pero ninguno de los dos dice nada. La tensión entre nosotros es lo bastante densa como para atragantarse.

Patrick nos mira alternativamente mientras encinta su stick.—Jesucristo —murmura—. Papá y papá sí que están peleados.

Un par de tíos sueltan risitas.

Normalmente Atlas se reiría, pero hoy levanta la cabeza de golpe.—Cierra la puta boca.

Todo el vestuario se queda en silencio. Patrick parpadea. Atlas rara vez salta así con los compañeros, y mucho menos de ese modo.

—Estaba bromeando, tío. Perdón —dice Patrick con cautela.

—Me da igual.

La rabia en la voz de Atlas me hace doler el pecho, porque debajo oigo el daño.

Patrick alza las manos en señal de rendición y se aparta. Nadie vuelve a decir nada.

Mantengo la vista baja mientras me ato los patines más fuerte de lo necesario. Atlas sigue sin mirarme directamente.

Bien.

Eso lo hace más fácil.

El entrenador empieza el discurso de antes del partido unos minutos después, pero apenas oigo nada. Solo puedo pensar en Grace: las sábanas pálidas del hospital, su risa, la forma en que me plantó el cuaderno de dibujo delante y me pidió ayuda con el sombreado.

La leucemia por fin la alcanzó.

Se me retuerce el estómago con violencia. Preferiría morir antes que dejar que la toque.

Así que sé lo que tengo que hacer. Aunque luego Atlas me odie por ello.

El estadio está ensordecedor esta noche. Los aficionados gritan mientras saltamos al hielo, las luces parpadean sobre las gradas abarrotadas y la música sacude el pabellón con tanta fuerza que lo siento en el pecho.

Normalmente, esa sensación me centra, pero esta noche me siento desconectado de mi propio cuerpo, como si estuviera viendo a otra persona con mi camiseta.

Atlas patina a mi lado durante el calentamiento. Seguimos moviéndonos el uno alrededor del otro de forma instintiva, incluso ahora. Por muy mal que se estén desmoronando las cosas entre nosotros fuera del hielo, nuestros cuerpos siguen entendiéndose perfectamente aquí dentro.

Atlas me pasa el disco durante los ejercicios sin ni siquiera mirar. Yo lo recibo automáticamente.

Tiro.

Marco.

La afición estalla.

Atlas me echa una mirada de medio segundo.

Y por un momento espantoso, casi le cuento todo.

El impulso es tan fuerte que duele físicamente.

Podría hacerlo.

Podría patinar hasta él ahora mismo y decirle:

Sebastian ha amenazado a Grace.

Estoy intentando protegerte.

Por favor, no me odies.

Te quiero.

Luego me imagino a Sebastian enterándose.

Y a Grace muriendo porque yo necesitaba consuelo más de lo que necesitaba control.

El pensamiento me revuelve el estómago lo suficiente como para tragarme las palabras al instante.

Empieza el partido. Atlas y yo entramos en ritmo enseguida. Los pases llegan perfectos y nos movemos entre los defensas como si compartiéramos un solo cerebro.

Atlas me mira después de que marque.

Y a pesar de todo, a pesar del daño entre nosotros, aún sonrío automáticamente.

Pequeña.

Orgullosa.

Lo bastante cálida como para abrirse paso a través de mi pecho y hacerlo crujir dolorosamente.

Casi lo estropeo todo en ese momento.

Luego la realidad vuelve a caer de golpe.

Tengo que hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Empieza el segundo periodo y empiezo a destruirlo todo. El primer error es sutil.

Un pase flojo.

El entrenador grita enseguida.—¡Harrow!

Levanto una mano como si hubiera sido un accidente.

Atlas parece desconcertado, luego preocupado. Evito su mirada.

Unos minutos después, fallo otro pase por completo.

Luego dudo en defensa lo suficiente como para que el otro equipo rompa nuestra línea.

Marcan. La afición gime.

—¿Qué coño estás haciendo? —me suelta Jordan al pasar patinando.

Mascullo algo sobre haber perdido el filo.

Atlas patina hacia mí durante la siguiente interrupción.—¿Qué pasa?

—Nada.

—Eso es una mentira.

Me lo quito de encima antes de que pueda mirarme demasiado de cerca, pero Atlas ya me conoce demasiado bien. Capta al instante que algo va mal, aunque sé que cree que el problema somos nosotros.

En el tercer periodo, el partido termina de desmoronarse. Fallo tiros que normalmente haría con los ojos vendados. Se me caen pases limpios. Dudo a propósito el tiempo suficiente como para provocar pérdidas de disco. Cada error es como arrancar un trozo de mí mismo. El público empieza a abuchear.

Atlas por fin me agarra del brazo con fuerza cerca del banquillo durante un cambio de línea.—¿Qué coño está pasando?

La rabia en su voz no es cruel. Es miedo, porque esto no soy yo.

Retiro el brazo.—Déjalo.

—No —sus ojos buscan los míos frenéticamente—. Estás jugando como si quisieras perder.

Aparto la mirada.—Solo estoy teniendo una mala noche.

—Eso no es lo que está pasando.

No puedo contestarle, porque si miro a Atlas demasiado rato ahora mismo, me voy a desmoronar sobre el hielo delante de miles de personas. Suena la bocina final con nosotros tres goles abajo.

Una derrota humillante.

Y es completamente culpa mía.

El pabellón parece extrañamente silencioso después, a pesar del ruido de la afición, como si todo el mundo estuviera confundido.

Atlas me mira fijamente desde el otro lado del hielo mientras los jugadores empiezan a dirigirse a los vestuarios.

Herido.

Desconcertado.

Suspicaaz.

Y lo peor de todo...

Aún preocupado por mí.

Me alejo patinando antes de que pueda detenerme. Porque si Atlas me hace una sola pregunta más esta noche, puede que por fin le cuente la verdad.

ATLAS

El vestuario después del partido se siente mal. Nadie está gritando como suelen hacer después de una derrota. Nadie lanza el equipo ni culpa a los árbitros ni repasa jugadas malas. Todos están confundidos. Damien Harrow no juega así. Nunca.

El entrenador intenta mantener la calma mientras revisa las grabaciones en los monitores, señalando coberturas defensivas descuidadas y oportunidades perdidas, pero apenas le oigo por encima del sonido de mi propio corazón.

Lo único que veo es a Damien fallando a propósito ese último pase. Sé que lo ha hecho queriendo porque le conozco. El resto del equipo parece dispuesto a achacar lo de esta noche al estrés o al cansancio o al drama de pareja.

Patrick incluso le da una palmada en el hombro en un momento y dice:— Sacúdete esto de encima, tío. Todo el mundo tiene noches malas.

Damien asiente una vez.

No habla.

No mira a nadie.

Y desde luego no me mira a mí.

Le observo en silencio mientras se quita el equipo. Se mueve demasiado deprisa, como si intentara escapar antes de que alguien pueda acorralarle.

Antes de que *yo* pueda acorralarle.

En cuanto coge el macuto y se dirige al pasillo, le sigo.

—Damien.

Sigue andando.

—Damien.

Nada todavía.

La frustración me atraviesa el pecho de golpe. Le alcanzo y le agarro del brazo. Se zafa enseguida. Esa reacción me deja helado medio segundo antes de que la rabia arrase con la preocupación.

—¿Qué coño ha sido eso?

Damien se encoge de hombros.—Estoy cansado. Ya está.

—Tonterías.

Se pone de nuevo en marcha.

Le sigo por el pasillo vacío detrás de los vestuarios.—Has fallado ese último pase a propósito.

—No, no lo he hecho.

—Sí que lo has hecho, Dame. Te ha pasado rozando, como si le estuvieras sujetando la puerta.

Damien exhala bruscamente y sigue andando.

Me late el pulso más fuerte.—Damien, háblame. ¿Qué te pasa?

—Déjalo, Atlas.

—No.

Por fin se gira, con los ojos chispeando agotamiento y rabia y algo más profundo.—No te debo ninguna explicación.

Me quedo mirándole.—¿En serio?

Vuelve a girarse para irse.

Se me cruzan los cables. Le agarro de la muñeca y empujo la puerta del cuarto de material vacío más cercano antes de tirar de él hacia dentro conmigo.

Damien tropieza hacia atrás, sorprendido, mientras la puerta se cierra de un portazo detrás de nosotros.—¿Qué coño estás...?

—No vas a volver a alejarte de mí.

El cuartito huele a detergente y a sudor y a hielo derretido del material de pista apilado contra las paredes.

Damien parece furioso ahora.—Se te ha ido la cabeza.

—Puede.—Doy un paso más.—¿Vas a decirme por qué has tirado el partido esta noche?

—No he tirado nada.

—Deja de mentirme. Sé cómo juegas, incluso en un mal día, y eso no ha sido un mal día.

Se le tensa la mandíbula. Casi puedo verle apagándose en tiempo real.

—Estoy bien.

—Jesucristo.—La voz me sube pese a mí.—Deja de decir que estás de puta madre y háblame —añado más bajo—. Por favor.

Aparta la mirada. Y de repente, todos los pensamientos horribles que he tenido estos dos últimos días vuelven de golpe.

—¿Estás viendo otra vez a Sebastian?

Damien se queda inmóvil, pero no me contesta.

Una fea oleada de celos me golpea con tanta fuerza que casi se siente física.

Duele imaginar a Damien con alguien que le hizo daño y que aun así sigue teniendo poder sobre él.

—Atlas...

—Solo necesito saber si le estás viendo otra vez, Damien. Creo que al menos puedes decirme eso.

Damien gira la cabeza hacia mí de golpe. El dolor le cruza la cara, y de repente ya no sé si quiero pegarle a Sebastian o besar a Damien. O las dos cosas.

—Él no importa —dice Damien con voz tensa.

Me paso la mano por la cara, intentando mantener la calma. Estoy tan harto de que Damien no me cuente nada.—Eso no es una respuesta. Se supone que ahora mismo no podemos ver a nadie más por el contrato. ¡Así fue como empezó todo esto entre tú y yo! Así que creo que puedes contestar a una sola pregunta. ¿Te. Lo. Estás. Follando?

Damien parece agotado, culpable, acorralado... y hermoso de una forma que duele físicamente mirarle ahora mismo.

¿Por qué tiene esa cara? ¿Es porque va a ver a Sebastian después de esto? ¿Está besando al hombre que solía hacerle daño? ¿Sebastian conoce la cara que pone Damien antes correrse? ¿Esa cara de relajación y puro placer que normalmente solo guarda para mí? Los celos me recorren al pensar en la boca de Sebastian donde solo debería estar la mía, en las manos de Sebastian tocando a Damien cuando ni siquiera debería estar en la misma habitación que él.

Antes de poder detenerme, le beso.

Con fuerza.

Damien emite un sonido sorprendido contra mi boca antes de que le empuje contra la pared del cuarto. Todos los celos y el miedo y la rabia que llevo tragándome días se estrellan en el beso.

Le beso como si intentara borrar el nombre de Sebastian de su piel. Como si intentara recordarle a Damien con quién está ahora. Sus manos me empujan el pecho una vez antes de agarrar puñados de mi sudadera, y entonces me está devolviendo el beso igual de fuerte.

Desesperado.

Furioso.

Deshaciéndose.

El sonido que hace cuando le agarro de la cintura casi me destroza.

Porque suena aliviado.

Como si él también necesitara esto.

—No lo estoy. Sebastian es... —susurra contra mi boca.

Le beso aún más fuerte.

—No —murmuro, áspero—. No vuelvas a decirme su puto nombre.

Damien se estremece visiblemente. De repente, me agarra por el cuello de la sudadera y me arrastra hacia abajo a otro beso lo bastante feroz como para dejar marca. El cuarto se siente demasiado pequeño ahora.

Demasiado caliente.

Cada centímetro de Damien está en tensión bajo mis manos mientras le presiono con más fuerza contra la pared, mis celos

volviéndose más feos cada vez que pienso en Sebastian tocándole. Lo odio. Odio el poder que ese hombre sigue teniendo sobre él.

Los dedos de Damien se enredan bruscamente en mi pelo mientras me besa con la fuerza suficiente para robarme el aliento.

—Estás enfadado —susurra contra mi boca.

—¿Tú qué crees? —le quito la camiseta de un tirón y la lanzo al suelo.

Las manos de Damien forcejean con el cordón de mi pantalón de chándal mientras le beso el cuello. Le muerdo la piel con brusquedad, arrancándole un gemido.

—Eres jodidamente mío. No suyo.—Paso la lengua por el moratón. A Damien casi se le doblan las rodillas, pero mis brazos le mantienen pegado a la puerta.

Luego vuelve a besarme antes de que pueda decir nada más, la frustración fundiéndose con la desesperación tan deprisa que ninguno de los dos puede parar lo suficiente como para pensar.

—Quítate los pantalones, ahora —gruño contra su boca.

Damien sigue mis instrucciones tan bien que me enfada aún más que no quiera contestar a mis malditas preguntas. Está demasiado perfecto. Los moratones de sus costillas se están difuminando. Sus abdominales se marcan en su cuerpo con tanta precisión que me dan ganas de caer de rodillas y adorarlo, pero no puedo. La rabia ruge en mi cabeza y se convierte en lujuria codiciosa. Quiero castigarle. Quiero hacer que se sienta bien. Quiero que no me deje nunca. Quiero que me lo cuente todo.

Me quito la camiseta y veo cómo sus ojos me devoran. Damien me atrae más, como si intentara meterse bajo mi piel, mientras yo le agarro de las caderas con fuerza suficiente para dejarle marcas. Me pega la entrepierna a la suya, frotando nuestras pollas juntas como una zorra necesitada.

—Joder.—Me bajo los pantalones de un tirón y le giro hacia la puerta.

Escupo en mi mano, me la paso por la polla mientras Damien arquea la espalda, ya tan necesitado de mí. Sí, así es como tiene que estar: deseándome a mí, no apartándome, no sustituyéndome.

Le atravieso de una embestida, sin delicadeza. Damien gime, pero le tapo la boca con la mano mientras mis caderas le taladran.

—Se siente tan bien.—Mi mano libre recorre la columna de Damien.—Todo mío.

Damien gime contra mi mano, empujándose hacia atrás sobre mi polla.

—Estás tan necesitado. Esto es lo que pasa cuando te mantienes alejado de mí demasiado tiempo.—Le incorporo sujetándole por la cara, su cabeza cayendo contra mi hombro.

Aparto la mano de su boca para que mis dedos puedan pellizcarle el pezón con saña.

Damien empieza a tocarse la polla.—No quería alejarme. Te deseo tanto, Atlas.

Se me aflojan los hombros, aliviados.—Entonces ¿por qué le estás viendo, eh? ¿No te doy bastante?

Salgo de él por completo y se la meto entera, hasta el fondo, en el culo.

—¡Oh! —exclama Damien—. Atlas, *joder*.

—Te daré lo que quieras, cariño.—Me agacho, engancho la rodilla de Damien sobre mi brazo y me incorporo. Está totalmente abierto de lado, su desnudez a plena vista, la polla pesada de necesidad.—Mi dinero. Mi sangre. Mi puta alma.

Joder, sí, este es el ángulo que necesitaba. Estoy tan dentro que, con la mano en su vientre, puedo sentirme a través de sus músculos.

—No le necesitas a él.—Atrapo la boca de Damien con la mía cuando gira la cara hacia mí con los ojos entornados.—Solo a mí.

Lo repito una y otra vez entre besos voraces, mi lengua abriéndome un hueco en su boca hasta que me hartó y le levanto aún más para hundirme todavía más dentro.

—¡Joder! —gimo contra su piel.

—Atlas, Atlas.—Damien se sujeta a una estantería con una mano, el otro brazo enroscado alrededor de mis hombros para mantenerse firme.

Miro, hipnotizado, cómo su polla rebota arriba y abajo por la fuerza de mis embestidas.

El sexo no se parece en nada a la intimidad suave del hotel.

Esto es duro.

Necesitado.

Posesivo de una forma que me asusta un poco.

Como si los dos intentáramos demostrar algo que ninguno comprende del todo.

Le dejo de nuevo en el suelo, su mano bajando enseguida a frotarse la polla dolorida.

—Más fuerte —gime Damien.

Hago lo que me pide. No creo que pudiera ignorar ninguna petición suya con él así, enroscado a mí.

—Sí, Atlas. ¡Sí!—Su polla salta antes de correrse sobre su mano.

La imagen de los ojos de Damien rodando hacia atrás me deshace del todo.—Oh, joder.

La voz se me quiebra mientras me corro con fuerza dentro de Damien. ¿De qué estaba enfadado, exactamente?

El silencio posterior se siente horrible.

No incómodo.

No vergonzoso.

Solo pesado.

Damien se sienta en un contenedor, respirando con dificultad mientras yo termino de ponerme la camiseta. El minúsculo cuarto de material resulta asfixiante ahora que la adrenalina se ha ido. Mi corazón por fin se desacelera lo bastante como para que la culpa se instale.

Porque eso... eso no era como quería que fuera esta conversación. No debería haberle tocado estando enfadado. Aunque Damien también lo quisiera. Aunque me haya besado de vuelta como si se estuviera muriendo de hambre.

Me revuelvo el pelo con una mano mientras Damien abrocha en silencio los botones de sus vaqueros sin mirarme.

El moratón que se forma en su garganta donde le he mordido me llama la atención.

Se me revuelve el estómago. Jesucristo. Los celos me golpearon tan fuerte cuando pensé en Sebastian tocándole otra vez que dejé de pensar con claridad.

Y lo peor es que nada de esto ha arreglado nada.

Damien sigue teniendo cara de estar aterrorizado.

Sigue cerrado en banda.

Sigue inalcanzable, incluso después de haberle tenido así entre mis brazos.

Me apoyo en las estanterías detrás de mí y exhalo despacio.—
¿Por qué has tirado ese partido?

Damien se queda inmóvil medio segundo, luego vuelve a ponerse la camiseta.—¿Cuántas veces tengo que decirte que no lo he hecho para que me creas?

La voz me sale agotada en vez de enfadada.—Te he visto fallar pases que podrías hacer dormido.

Damien coge el macuto del suelo.—Ha sido un mal partido. Uno.

—No.—Niego con la cabeza.—No hagas eso.

Entonces por fin me mira.

A la defensiva.

Vacíó.

Esa expresión duele más que si me estuviera gritando.

—Atlas...

—¿Qué pasó después de que estuviéramos mandándonos mensajes el otro día? Todo estaba bien y de pronto desapareciste.

Se le pone la cara blanca de miedo antes de apartar la mirada.—
Nada.

—Si no es nada, ¿por qué estás temblando?

A Damien se le tensa la mandíbula como siempre que está a punto de cerrarse del todo.—No quiero hablar de esto.

Estoy tan cansado.

Cansado de sentir cómo se me escapa entre los dedos cada vez que nos acercamos a algo real.

Cansado de saber que está aterrorizado y aun así se niega a dejar que le ayude.

Cansado de la sombra de Sebastian cerniéndose sobre nosotros.

Doy un paso hacia él, con cuidado.—Cielo.

—No me llames así ahora.

La suavidad de su voz duele más que cualquier enfado.

Me quedo mirándole.—¿Por qué?

—Porque no puedo pensar cuando lo haces.

Algo se me abre dolorosamente en el pecho.

Porque por un segundo horrible casi creo que por fin va a decirme la verdad.

En vez de eso, Damien vuelve a apartar la mirada. El silencio se estira. Le veo retirarse de nuevo tras sus muros, y la frustración vuelve a arrollarme.

—Cielo, no podemos vivir así. Necesito saber qué está pasando para poder protegerte, joder. O ayudarte. ¡Lo que necesites!

Damien no dice nada.

—Por favor, Dame. Te prometo que no te voy a juzgar. Solo necesito saber cómo puedo ayudarte.

Sueno patético, pero no puedo evitarlo.

Los hombros de Damien se tensan.—*Estoy* intentando protegerte yo a ti.

Las palabras se le escapan antes de que pueda detenerlas.

Me quedo inmóvil.—¿Qué?

Pero Damien parece horrorizado de haberlo dicho.

—No.—Doy otro paso hacia él.—No puedes decir algo así y luego cerrarte en banda.—Le sujeto la cara para obligarle a mirarme.—Te quiero. Déjame ayudarte.

Su expresión se vuelve a cerrar mientras se aparta de mis manos.—Atlas, ahora mismo no tengo energía para hacerte sentir querido, ¿vale?

—¿Qué? Eso no...

—Y que me quieras me da vergüenza. Esto solo es sexo, y siempre ha sido solo sexo.—No me mira a los ojos.

Se me encoge el corazón.—No lo dices en serio.

—Sí —salta Damien—. Estás bueno y eres un polvo increíble, pero no puedo con todos tus malditos sentimientos. No eres mi novio de verdad, Atlas. No tienes derecho a acorralarme y obligarme a contarte hasta el último detalle sobre mí.

¿Va en serio? Niego con la cabeza.—¿Así que tú puedes llamarme a media noche, llorando, puedes mirarme a los ojos y decirme que tienes miedo, pero yo no puedo preocuparme por ti?

—Eso no fue nada. Me habría agarrado a quien fuera en esos momentos.—Su voz es fría.

A cualquiera.

Se habría agarrado a cualquiera.

Se habría follado a cualquiera.

Y yo he sido lo bastante imbécil como para pensar que era especial.

Trago saliva, tensando la mandíbula para no decir algo de lo que me arrepienta.

Luego me obligo a pronunciar las palabras.—Hablaré con Joanna mañana.

Damien parpadea.—¿Qué?

—Terminaremos el contrato antes de tiempo. He terminado.

Se le va el color de la cara, pero asiente de todos modos.

Siento el pecho hundirse, pero sigo, porque si paro ahora, me quedaré. Y si me quedo, le perdonaré sin obtener ni una sola respuesta.

—Solo nos quedaban dos semanas, de todos modos —digo en voz baja—. Diré a los medios que lo hemos dejado de mutuo acuerdo.

Damien se queda mirando al suelo, sin decir una palabra.

Una parte de mí quiere desesperadamente que me lleve la contraria.

Que me agarre.

Que por fin me diga qué coño está pasando.

En vez de eso, se limita a quedarse ahí, paralizado.

En silencio.

Y, Dios, eso duele más que cualquier otra cosa que haya pasado esta noche.

Asiento una vez, despacio.—Espero que sea lo que sea lo que te esté pasando se arregle.

Y me voy.

A mitad del pasillo, aminoro el paso. Al llegar a las puertas del vestuario, me detengo del todo. Cada segundo se alarga dolorosamente.

No me sigue.

No dice mi nombre.

No me detiene.

Cuando por fin me marcho de verdad, siento como si algo dentro de mí se hubiera desgarrado.

DAMIEN

Me derrumbo en cuanto Atlas se marcha. La puerta del cuarto de la limpieza apenas termina de cerrarse cuando me fallan las rodillas. Me siento en el suelo sucio, entre estantes de cinta de hockey y productos de limpieza, intentando no hacer ruido mientras siento que el pecho se me hunde por completo.

No quería decirle esas cosas. No quiero hacerle daño, pero él no puede saber lo que está pasando. Necesito protegerlo de todo esto, y sabía que nunca me dejaría a menos que arremetiera contra él.

Pero, maldita sea, el dolor de su cara se repite una y otra vez en mi cabeza.

Que me ames es vergonzoso.

Dios mío.

Me escondo la cara entre las manos y me obligo a no salir corriendo tras él. Cada instinto me grita que lo busque. Que se lo cuente todo sobre Sebastian. Que le diga que perdí el partido a propósito porque preferiría arruinar mi propia carrera antes que dejar que Sebastian toque a la familia de Atlas. Que le diga que no quiero a nadie más que a él.

Pero entonces imagino a Sebastian sonriendo en aquel club de striptease.

Al final la leucemia pudo con ella.

Se me revuelve el estómago violentamente.

No.

No puedo arriesgarme.

Puedo sobrevivir a que Atlas me odie.

No puedo sobrevivir a que Grace sufra daño porque yo haya sido lo bastante egoísta como para necesitarlo a él.

Así que me quedo donde estoy. Solo. Llorando en silencio en el suelo de un cuarto de limpieza después de que el hombre al que amo se haya marchado porque cree que he preferido a otra persona antes que a él. La ironía casi me hace reír.

Al poco tiempo, el pabellón se queda en silencio a mi alrededor.

Los jugadores se van.

El personal se va.

El eco de las voces en el pasillo se apaga.

Me quedo sentado allí hasta que siento la cara en carne viva y mi respiración se estabiliza lo suficiente como para volver a moverme. Entonces me recompongo lo mejor que puedo. Me lavo la cara en el baño del vestuario. Evito los espejos. Evito el teléfono. Evito pensar en que Atlas probablemente se esté yendo a casa destrozado en este momento. Para cuando por fin salgo del pabellón, es casi medianoche.

El trayecto a casa parece irreal. Mis manos agarran el volante de forma mecánica mientras las luces de la ciudad pasan borrosas tras las ventanillas. No dejo de recordar la cara de Atlas en el cuarto.

Al entrar en mi apartamento, estoy tan distraído que casi no me doy cuenta de que hay tres hombres esperándome. La televisión está encendida, con los resúmenes deportivos pasando por la pantalla. Mis errores que costaron el partido se repiten una y otra vez bajo los comentarios de la ESPN que analizan lo mal que he jugado esta noche.

Sebastian está sentado en mi sofá como si fuera el dueño del lugar. Mi padre, Henry, está sentado a su lado. Tiene un lado de la cara hinchado y de color púrpura, con un ojo medio cerrado por los hematomas. Un grueso vendaje blanco le envuelve la mano izquierda, donde solía estar su dedo anular.

La visión hace que algo frío se asiente en mi estómago.

En la cocina, uno de los guardaespaldas de Sebastian rebusca en mi nevera como si esto fuera una puta fiesta en casa. Nadie debería estar aquí. Ninguna de estas personas debería saber dónde vivo. Pero Sebastian siempre acaba encontrando la forma de entrar.

Sebastian me mira y sonrío. —Bienvenido a casa, dulzura.

El apodo me revuelve las tripas.

—Has jugado genial esta noche.

Dejo caer mi bolsa junto a la puerta. —¿Cuántos partidos?

Sebastian arquea una ceja.

—¿Cuántos partidos tengo que perder a propósito hasta que me dejes en paz?

La vergüenza cruza fugazmente el rostro maltrecho de mi padre antes de desaparecer de nuevo. Sigue sin mirarme a los ojos.

Sebastian se reclina cómodamente contra los cojines del sofá. —Bueno —dice con naturalidad—, Henry aquí presente me debe bastante dinero.

Se me tensa la mandíbula.

—Y tú —continúa Sebastian lentamente—, me debes muchas disculpas.

La rabia arde con fuerza en mi pecho. —Ya pagué su deuda una vez.

—Sí. —Sebastian sonrío levemente—. Y mira qué bien ha salido.

Quiero pegarle.

Quiero *matarlo*.

En lugar de eso, me quedo perfectamente quieto, porque a Sebastian siempre le ha gustado provocarme reacciones emocionales.

—Dijiste unos cuantos partidos —digo con voz tensa.

La sonrisa de Sebastian se ensancha. —He cambiado de opinión.

Las palabras golpean como un puñetazo.

Otra vez.

Siempre.

Cada promesa que hace Sebastian acaba convirtiéndose en cadenas alrededor de mi cuello.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto en voz baja.

Sebastian me estudia y luego se encoge de hombros con pereza.
—Veamos cuánto podemos estirar esto antes de que la liga te eche por completo.

Siento un vacío en el pecho.

La NHL es toda mi vida.

No es solo el hockey.

Es la libertad.

Es la prueba de que escapé de él.

Y Sebastian quiere arrebatarme eso también.

—Vete a la mierda —susurro.

Sebastian llega a reírse. —Ahí está esa actitud que tanto echaba de menos.

Miro a mi padre. Henry parece pequeño. Mayor. Aterrado. Y a pesar de todo lo que me ha hecho, la culpa sigue retorciéndome el estómago al verlo. Odio eso de mí mismo.

—Has vuelto a hacer esto —digo en voz baja.

Henry traga saliva con dificultad. —No pensé que...

—No —le corto bruscamente—. Nunca lo haces.

Un pesado silencio se apodera de la habitación. Sebastian por fin se levanta y el guardaespaldas aparece de inmediato desde la cocina.

—Lleva a Henry al coche —dice Sebastian.

Henry se levanta lentamente del sofá sin discutir. Doblegado. Débil. El guardaespaldas le agarra firmemente del hombro y lo encamina hacia la puerta.

Mi padre se detiene un momento a mi lado. —Lo siento, hijo.

Esas palabras ya no significan nada.

No respondo.

La puerta del apartamento se cierra y volvemos a estar solos Sebastian y yo.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan mientras Sebastian me estudia en silencio durante un momento.

Entonces se acerca a mí. —Has crecido.

Le miro con frialdad. —Vete.

Sebastian ignora eso por completo.

—Sabes —murmura—, verte por televisión ha sido fascinante.

No me muevo.

—Pareces más feliz con él.

Se me encoge el pecho. —No hables de Atlas.

Sebastian sonríe levemente. —A mí nunca me mirabas así.

—No te mereces que te miren así.

Algo oscuro cruza la expresión de Sebastian. Se acerca aún más.

Se me dispara el pulso.

—Sigues estando guapo cuando te enfadas —murmura.

Entonces me agarra la mandíbula y me besa. La repulsión es inmediata. Violenta. Le empujo el pecho con la fuerza suficiente para hacernos tambalear a ambos, pero Sebastian me agarra con más fuerza y fuerza el beso un segundo horrible antes de que mis instintos tomen el mando por fin.

Le muerdo.

Sebastian se aparta con una maldición mientras lo empujo violentamente contra la pared. Los marcos de las fotos vibran por el impacto.

Durante un segundo agudo y sin aliento, solo nos miramos. Sebastian parece sorprendido.

No enfadado. Casi impresionado. La sangre mancha su labio inferior donde le he atravesado la piel.

Sebastian se limpia lentamente la sangre de la boca con el pulgar y sonríe. Esa expresión hace que se me revuelva el estómago.

Respiro con dificultad, con los puños tan apretados que me duelen las manos. —Lárgate de mi puto apartamento.

Sebastian se despega despacio de la pared. —Sabes —dice con tono conversacional—, antes podía lanzarte de un lado a otro como si nada.

No respondo.

Sus ojos me recorren lentamente, diseccionándome como si estuviera imaginándome debajo de él otra vez. —Mírate ahora.

Hay algo casi afectuoso en su voz, lo que lo hace aún peor.

Sebastian camina hacia la puerta, pero se detiene a mi lado. —Volveré a tenerte pronto.

Un escalofrío me recorre la columna. Se marcha antes de que pueda responder, y la puerta del apartamento se cierra suavemente

tras él.

Me quedo en medio del salón, temblando tanto que apenas puedo respirar.

Sebastian ha vuelto.

Atlas se ha ido.

Y toda mi vida está empezando a derrumbarse de nuevo.



Los medios de comunicación se vuelven contra mí casi de inmediato.

Todo empieza con analistas deportivos repitiendo clips del partido una y otra vez en televisión: pases fallidos, vacilaciones en defensa, tiros a puerta abierta que debería haber marcado fácilmente.

—Parece que algo le pasa a Harrow últimamente.

—Se le veía distraído.

—Quizá la fama se le está subiendo a la cabeza.

—Quizá el drama de su relación con Connors está afectando a su juego en el hielo.

Esta última se convierte en la teoría favorita de todo el mundo.

Internet empieza a diseccionar cada interacción que Atlas y yo tenemos durante los partidos. Mi muro se llena de capturas de pantalla, análisis de lenguaje corporal, vídeos a cámara lenta de nosotros evitando el contacto visual en el banquillo.

La gente se fija en todo. Especialmente cuando creen conocer la historia.

Dejo de abrir las redes sociales al tercer día después del partido porque los comentarios me ponen enfermo físicamente. No porque me odien... sino porque, por accidente, tienen razón. Algo va muy mal conmigo.

Joanna me llama dos días después del partido.

Respondo inmediatamente, porque ignorar a Joanna es básicamente imposible.

—Dime que no estás teniendo un colapso mental —dice sin preámbulos.

Me siento en la encimera de la cocina, mirando fijamente un batido de proteínas que aún no he tocado. —¿Me creerías si te dijera que no?

—No. —El silencio se prolonga unos segundos antes de que Joanna suspire—. ¿Qué está pasando entre Atlas y tú?

Me paso una mano por la cara. —Solo necesitaba recuperar mi vida.

Las palabras suenan vacías, incluso para mí. Joanna se queda callada.

Luego pregunta con cautela: —¿De verdad vas a terminar el contrato antes de tiempo?

—Sí.

Más silencio. Conozco a Joanna lo suficiente como para notar la preocupación que hay debajo.

—Vale —dice finalmente—. Prepararé el papeleo.

Se me cierra la garganta inesperadamente. Oírlo en voz alta hace que esto parezca real de una forma que antes no parecía. Atlas se ha ido de verdad. No más despertarse enredado en sus sábanas. No más ir a por café antes del entrenamiento. No más manos cálidas deslizándose en las mías cuando la multitud se vuelve abrumadora.

El dolor se asienta con tanta pesadez en mi pecho que siento auténticas náuseas, lo cual es un fastidio porque ya tengo náuseas todo el tiempo ahora. El estrés destruye mi apetito primero, y luego pensar en Sebastian termina el trabajo.

Cada vez que intento comer algo sólido, mi estómago se rebela casi de inmediato, así que al final dejo de intentarlo. Los batidos de proteínas son más fáciles. Los líquidos se mantienen dentro más tiempo. Apenas.

Empiezo a perder peso rápidamente.

Al principio nadie dice nada, pero una tarde, Carter me arrincona después del entrenamiento mientras todos se quitan la equipación.

—Tío —dice con cuidado—, ¿has perdido peso?

Todas las cabezas del vestuario se giran sutilmente hacia nosotros.

Mantengo la vista en mi taquilla. —Estoy bien.

Nadie me cree cuando digo eso. Siento que Atlas me mira desde el otro lado de la habitación, y su atención me quema.

Levanto la vista por instinto.

Gran error.

Atlas parece destrozado. La preocupación en su rostro me golpea tan fuerte que casi me rompo allí mismo, en el vestuario. Él es el primero en apartar la mirada.

Me duele el pecho. Nadie dice nada después de eso. El equipo sabe que ha pasado algo entre nosotros; lo que no saben es qué. Carter nos observa a Atlas y a mí constantemente, como si estuviera esperando a que alguno de los dos explique de una vez qué demonios ha pasado.

Nunca lo hacemos.

Y debajo de todo eso —debajo del hockey y el escrutinio de los medios y el corazón roto— Sebastian se asienta en el centro de mi vida como una pistola cargada.

El teléfono de prepago lo controla todo ahora. Cada vibración hace que se me caiga el alma a los pies. Cada coche desconocido frente a mi apartamento hace que la adrenalina se me dispare por el cuerpo. Cada pasillo lleno de gente me parece peligroso. Empiezo a escanear las habitaciones de forma obsesiva. Comprobando las salidas. Observando a los extraños demasiado tiempo. En los partidos, me descubro buscando automáticamente entre el público, aterrorizado de ver a Sebastian sonriéndome desde las gradas.

Dormir se vuelve casi imposible. Cuando lo consigo, sueño con él.

Con habitaciones de hotel. Con hombres de manos ásperas. Con Atlas enterándose de todo y mirándome con asco después. Esto último es lo que más duele. Porque incluso ahora, una parte patética de mí sigue queriendo a Atlas. Sigue queriendo acurrucarse en sus brazos y decirle cuánto miedo tengo.

Pero no puedo.

No pondré en riesgo la vida de Grace.

Así que, en lugar de eso, dejo que todo el mundo crea que me estoy desmoronando por la ruptura. Esa explicación es más limpia. Menos peligrosa. Aunque me esté matando poco a poco.

El entrenamiento es un suplicio. Atlas y yo seguimos jugando juntos a la perfección solo por instinto, lo que sinceramente lo empeora todo. Nuestros cuerpos todavía se entienden, incluso cuando apenas nos hablamos.

Atlas me pasa el disco sin mirar. Sé dónde está él en el hielo antes incluso de levantar la cabeza. A veces nuestros guantes se rozan durante los ejercicios y ambos nos quedamos congelados medio segundo, como si hubiéramos tocado un cable de alta tensión. Entonces nos separamos de inmediato.

Es una tortura.

Atlas ahora me mira menos. Eso es lo más difícil. Porque cuando estábamos juntos, Atlas me miraba constantemente: con calidez, abiertamente, como si yo fuera algopreciado. Ahora, cuando se sorprende a sí mismo mirándome, siempre se obliga a parar.

Me lo merezco.

El entrenador me llama aparte después de un entrenamiento una tarde. —¿Estás enfermo?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

El entrenador me estudia con atención. —Patinas más despacio.

Me quedo callado.

—¿Necesitas ayuda, Harrow?

Su amabilidad casi me desarma.

Niego con la cabeza. —No, entrenador.

Es evidente que no me cree.

Ya no me cree nadie.

Ojeras profundas. Pérdida de peso visible. Una tensión constante bajo mi piel. A veces pillo a mis compañeros observándome cuando creen que no me doy cuenta. Atlas me mira de reojo como si estuviera intentando resolver un rompecabezas que no deja de cambiar de forma delante de él. Y cada día me aterroriza más que Sebastian acabe exigiendo algo más que partidos de hockey.

Lo conozco. Sé cómo funciona esto. El control nunca es suficiente para Sebastian. Al final querrá la propiedad absoluta. Se me revuelve el estómago violentamente cada vez que pienso en ello.

Y lo más aterrador es que ya he decidido que se lo permitiré. Si eso mantiene a Grace a salvo, si eso mantiene a Atlas a salvo, lo sobreviviré. Ya lo sobreviví una vez.

Ese pensamiento debería horrorizarme más de lo que lo hace. En cambio, solo hace que me sienta cansado. Tan increíblemente cansado.

ATLAS

Me obsesiono con Sebastian porque ya nada más tiene sentido.

Damien se está desmoronando frente a mí y nadie más parece comprender que esto es algo más grande que una ruptura. El equipo cree que está deprimido. Los medios creen que la fama se le ha subido a la cabeza. Joanna cree que terminar el contrato antes de tiempo lo desestabilizó emocionalmente.

Pero yo conozco a Damien.

O al menos creía que lo conocía.

Damien Harrow nunca destruiría intencionadamente su propia carrera solo por un desamor.

Algo va mal.

Algo lo suficientemente grave como para que esté dispuesto a dejar que todo el mundo piense lo peor de él en lugar de pedir ayuda. Eso me mantiene despierto la mayoría de las noches. Empiezo a vigilarlo obsesivamente en los entrenamientos.

La pérdida de peso es ya imposible de ignorar. Sus pómulos parecen más afilados cada día y su sudadera le cuelga más holgada en el cuerpo. La mitad del tiempo parece tan agotado que podría desplomarse donde está.

Luego está el miedo. Una vez que me doy cuenta, no puedo dejar de verlo. Damien se sobresalta con los ruidos fuertes. Comprueba las salidas constantemente. A veces mira hacia la entrada del pabellón durante los ejercicios con una expresión que hace que el estómago se me retuerza tanto que duele.

Como si esperara que alguien terrible cruzara las puertas.

Lo peor es que sigue sin mirarme más de un segundo, y cada vez que lo hace, recuerdo cómo lloró en mis brazos después de aquella pesadilla. La forma en que me suplicó que no lo dejara solo. La forma en que parecía aterrorizado en lugar de culpable cuando Sebastian le envió el mensaje.

Nada de esto encaja con la historia que Damien quiere que me crea.

Así que dejo de intentar dejarlo pasar.

Unos días después del último partido, me siento solo en mi apartamento volviendo a ver imágenes de Damien fallando otra asistencia. El ruido de la multitud suena de fondo mientras los analistas deportivos diseccionan su «colapso mental».

Apenas los oigo.

En lo único que puedo pensar es en la cara de Damien. El pánico en sus ojos tras cada error. La forma en que miraba a la grada.

Entonces, de repente, me asalta un recuerdo.

Damien tumbado borracho sobre mi pecho después de follar hace meses, soñoliento, cálido y lo bastante relajado como para responder a una pregunta que solía evitar.

—¿De dónde decías que eras? —le pregunté.

—De Ashbury —masculló contra mi piel.

—¿Dónde coño está eso? —me reí.

Él tarareó contra mi piel, supongo que complacido porque me resultara tan gracioso. —Illinois.

Nunca dio más detalles. Recuerdo aquel momento porque me fijé en lo rápido que cambió de tema después.

Me incorporo y cojo el portátil.

Tres horas más tarde, mi apartamento está a oscuras excepto por el resplandor de la pantalla de mi ordenador. Las tazas de café

ensucian la mesa a mi alrededor mientras los resultados de las búsquedas se emborronan en múltiples pestañas.

Sebastian Monroe.

Ashbury, Illinois.

Treinta y dos años.

Sus primeros antecedentes penales hacen que se me encoja el estómago de inmediato: afiliación a bandas, extorsión, operaciones de juego ilegal, cargos por armas.

Proxenetismo.

Un frío se extiende lentamente por mi pecho.

¿Pero qué coño? Sigo pinchando en los registros.

Más cargos: investigaciones por tráfico de personas, intimidación a testigos. La mayoría de los cargos graves fueron retirados. Sé lo suficiente sobre el crimen organizado para entender lo que eso significa probablemente.

La gente se asustó o la hicieron desaparecer.

Se me revuelve el estómago violentamente. Sigo investigando de todos modos. Porque ahora yo también tengo miedo.

Finalmente, me topo con un muro. Antecedentes de menores sellados. Menores asociados censurados.

Me quedo mirando la pantalla un buen rato y luego tomo una decisión que probablemente no debería.

El dinero manda, especialmente en pueblos pequeños de mierda con departamentos infrafinanciados.

Cuarenta minutos y un soborno después, estoy mirando archivos a los que no debería tener acceso en absoluto.

Y entonces... veo a Damien.

El aire abandona mi cuerpo mientras observo una ficha policial. Es la primera foto que veo de la infancia de Damien: arresto de menores, Damien Harrow, diecisiete años.

Dejo de respirar por un segundo. Parece tan joven. Dios. No solo joven... *pequeño*.

El Damien de la fotografía apenas se parece al hombre que conozco ahora. Su cara aún tiene suavidad, sus rizos son más cortos y desiguales, como si alguien los hubiera cortado con tijeras de cocina. Y está herido.

Tiene el labio partido con sangre seca. Un ojo hinchado y morado. Los hematomas le suben por la garganta con marcas inconfundibles en forma de dedos. Huellas de manos. Alguien lo estranguló.

El estómago me da un vuelco violento. Miro la imagen con más fijeza, como si tal vez estuviera malinterpretando lo que veo, pero no es así. La policía tomó esta foto después de que alguien le diera una paliza de muerte.

El cargo debajo de la foto hace que se me nuble la vista: solicitud y prostitución, menor involucrado en actividades de delincuencia organizada. Se sospecha la condición de víctima.

¿Se *sospecha* la condición de víctima?

Me aparto del escritorio tan rápido que la silla cae hacia atrás contra el suelo.

Entonces vomito en el fregadero de la cocina. El ácido me quema la garganta mientras me apoyo contra la encimera, intentando respirar a través de las náuseas que me invaden.

Dios mío.

Oh, *Dios* mío.

Damien tenía diecisiete años.

Diecisiete.

Me dejo caer al suelo de la cocina, temblando tanto que apenas puedo sostener el teléfono. Todo encaja de la manera más horrorosa posible.

Las pesadillas.

Los ataques de pánico.

La forma en que Damien se amedrenta ante ciertos toques antes de relajarse.

El terror ante Sebastian.

La hipervigilancia.

La vergüenza.

El miedo.

Sebastian no solo le hizo daño a Damien. Era su dueño.

La rabia me recorre con tal fuerza que no puedo ver con claridad. Pienso en Damien sentado en su apartamento intentando no entrar en pánico mientras yo lo acusaba de volver a verse con Sebastian.

Pienso en los celos que sentí.

Los malditos *celos*.

Mientras tanto, Damien estaba muerto de miedo.

Las lágrimas amenazan con caer.

Cojo el portátil con manos temblorosas y me obligo a seguir leyendo. El informe del arresto es peor. Los agentes encontraron a Damien durante una redada relacionada con operaciones de juego ilegal y prostitución vinculadas a la organización de Sebastian Monroe.

Damien se negó a testificar. Pidió repetidamente no ser separado de Monroe. Se observaron signos visibles de abuso. Se sospecha de un posible control coercitivo.

Me quedo mirando esas palabras hasta que las lágrimas empañan la pantalla.

Posible control coercitivo.

Como si ese lenguaje clínico pudiera explicar alguna vez plenamente lo que ese pedazo de mierda le hizo a Damien.

Se me vuelve a retorcer el estómago, porque de repente comprendo algo terrible: Damien no sabe cómo se supone que se siente el amor.

Cojo las llaves. Necesito ver a Damien ahora mismo.

Necesito abrazarlo.

Necesito pedirle perdón.

Y más que nada...

Necesito matar a Sebastian Monroe.



Para cuando Damien abre la puerta, estoy a segundos de echarla abajo.

Parece agotado, peor que agotado. Sus rizos son un desastre, tiene ojeras profundamente marcadas bajo los ojos y está tan pálido que me asusta muchísimo.

Cuando me ve allí parado, el terror cruza su rostro.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en voz baja.

Entro empujando antes de que pueda detenerme. —¿Está él aquí?

Damien parpadea. —¿Qué?

—Sebastian. —Miro rápidamente por el apartamento, con la adrenalina martilleando en mi cuerpo—. ¿Está aquí?

—No —dice Damien—. Solo estoy yo.

Finalmente exhalo.

Entonces miro de verdad el apartamento y se me cae el alma a los pies. Damien es obsesivo con la limpieza. Su apartamento solía parecer una sala de exposición, todo organizado y controlado. Ahora, hay ropa sucia esparcida por el sofá. Batidos de proteínas vacíos amontonados en la encimera de la cocina. Los recipientes de comida para llevar rebosan en la basura.

Todo el apartamento se siente mal, como si Damien estuviera desapareciendo lentamente dentro de él.

—Damien...

Se cruza de brazos con fuerza. «¿Qué quieres?»

La distancia en su voz casi me rompe. Trago saliva con dificultad antes de sacar el portátil de mi mochila. Todo el cuerpo de Damien se pone rígido, y en el segundo en que giro la pantalla hacia él, se queda sin una gota de sangre en la cara.

Apenas sobreviví viéndolo yo mismo, pero ver a Damien verlo es peor.

—¿Cómo has conseguido esto? —susurra.

Ignoro la pregunta porque no puedo pensar en nada más que en los moretones alrededor de su garganta en esa fotografía.

—¿Es cierto?

Damien vuelve a mirar la ficha policial. Su respiración se vuelve superficial y le tiemblan las manos.

Dios.

—Damien —digo en voz baja.

Se queda mirando la pantalla como si lo persiguiera.

Entonces finalmente susurra: —Sí.

La palabra me atraviesa el corazón. Cierro el portátil inmediatamente porque no soporto verle mirar a esa versión de sí

mismo ni un segundo más. Pero Damien sigue mirando fijamente donde estaba la foto con los ojos vidriosos.

—Nunca quise que lo supieras —dice en voz baja.

Se me cierra la garganta. —Cariño...

—Nunca quise que supieras lo asqueroso que soy.

Las palabras me golpean tan fuerte que retrocedo físicamente. —
No.

Me muevo hacia él.

Damien retrocede por instinto. —No, Atlas, no lo hagas.

El pánico en su voz me destruye. Le agarro la cara con suavidad antes de que pueda retirarse del todo, obligándole a mirarme.

—No tienes derecho a hablar así de ti mismo.

Las lágrimas corren por la cara de Damien. —No lo entiendes.

—Sí —digo con fiereza—. Lo entiendo.

Damien sacude la cabeza desesperadamente bajo mis manos. —
No, no lo entiendes. Has visto los cargos...

—He visto a un niño de diecisiete años cubierto de moratones.

Su rostro se desmorona.

—He visto huellas de dedos alrededor de tu garganta.

Damien deja escapar un sonido quebrado y cierra los ojos con fuerza.

—He visto a un niño aterrorizado.

Eso acaba por romperlo por completo. Damien se dobla hacia delante, sollozando con tanta fuerza que todo su cuerpo tiembla.

Y, Dios santo... creo que una parte de mí me odiará para siempre por no haberlo comprendido antes.

Lo atraigo contra mi pecho.

Damien agarra mi sudadera con ambas manos. —Lo siento —
articula entre sollozos—. Lo siento mucho.

—Eh. —Le acaricio la nuca—. Nada de esto es culpa tuya.

—Sí que lo es.

—Eras un niño.

Las palabras resuenan con dureza en el apartamento. Damien empieza a llorar más fuerte, porque no creo que nadie se lo haya dicho nunca con tanta claridad.

Sebastian le convenció de que él había elegido esto.

De que se *merecía* esto.

Y ahora Damien cree sinceramente que el haber sufrido abusos le hace estar sucio de algún modo.

Darme cuenta me llena de una rabia tan violenta que casi me mareo.

—Nunca he sido digno de ti —susurra Damien con voz rota contra mi pecho—. Ni de tu familia. Ni de tu amabilidad.

Me arden los ojos. —Damien, mírame.

Él sacude la cabeza.

Le levanto la barbilla con suavidad de todos modos. Tiene la cara destrozada por las lágrimas.

—No estás arruinado.

A Damien le tiembla la boca. —No sabes lo que me obligó a hacer.

Le tomo la cara con más firmeza. —No me importa.

Eso le sobresalta lo suficiente como para que me mire bien.

Y lo digo en serio.

No me importa.

Lo único que me importa es Damien llorando en mis brazos como si de verdad creyera que no es digno de ser amado.

—Eras una víctima —le digo en voz baja—. Un hombre malvado te hizo daño. Eso no te hace estar sucio.

Lo beso con ternura. No tiene nada que ver con los besos coléricos y desesperados en el cuarto de la limpieza. Este es suave y cuidadoso. Lo beso como si fuera algo precioso... porque lo es.

Damien se derrite contra mí con un sonido tembloroso, agarrando mi camiseta con más fuerza.

Cuando me separo, parece desolado.

—Pensé que si lo sabías —susurra—, me verías como me veo yo mismo.

—Cariño —murmuro suavemente, secándole las lágrimas de las mejillas—. Te quiero.

Damien cierra los ojos.

—Te quiero —repito en voz baja—. Te quería antes de saber esto, y te quiero después.

Más lágrimas caen por su rostro.

—Te acusé de volver a verle —susurro, y se me quiebra la voz—. Pensé que le estabas eligiendo a él antes que a mí. Lo siento muchísimo.

—Está aquí. En la ciudad —susurra él.

Un hielo me recorre por dentro. —¿Qué?

Damien traga saliva con dificultad.

Entonces finalmente —*finalmente*— me lo cuenta todo.

El teléfono prepago.

El club de striptease.

El dedo.

La deuda de Henry.

Grace.

Los partidos.

Cada palabra se siente como otro cuchillo deslizándose entre mis costillas.

Para cuando termina, tiemblo de rabia de forma tan violenta que apenas puedo respirar. —¿Amenazó a Grace?

Damien asiente con amargura. —Dijo que haría que pareciera que la leucemia empeoraba.

Veo rojo de verdad durante un segundo. Damien empieza a entrar en pánico cuando ve mi expresión.

—Lo siento —dice rápidamente—. Siento no habértelo dicho. Pensé que si le mantenía contento...

—Pensaste que sacrificándote nos salvarías.

Damien baja la mirada, y ahí está: toda su tragedia. Sigue pensando que el amor significa desangrarse por todos los demás hasta que no quede nada de él.

Vuelvo a atraerlo contra mí. —Ya no vas a lidiar con esto solo —le digo con firmeza.

Damien se tensa. —Atlas...

—No. —Le abrazo con más fuerza—. Se acabó eso de dejar que cargues con esto tú solo.

Y por primera vez en semanas, Damien deja de luchar por no ser abrazado.

DAMIEN

Atlas no me deja quedarme en mi piso. En cuanto termino de contárselo todo, su actitud cambia por completo, de desolada a terriblemente centrada.

—Nos vamos —dice.

Parpadeo con los ojos hinchados. —¿Qué?

—Haz la maleta.

—Atlas...

—Damien. —Su voz se suaviza un poco—. Por favor.

Me quedo mirándole unos segundos y luego obedezco en silencio. Una parte de mí sigue esperando que se aparte de mí en cuanto se le pase el shock. Sigo aguardando a que el asco se cuele en su expresión ahora que sabe la verdad.

Nunca ocurre.

Atlas me mira exactamente igual que siempre: con cuidado, con ternura, como si mereciera que me protegieran.

Atlas me hace esperar en el vestíbulo mientras da dos vueltas a la manzana buscando coches desconocidos. Luego pide un Uber en lugar de coger su propio coche.

—Para que no nos puedan seguir —explica en voz baja.

El hecho de que entienda al instante lo peligroso que es Sebastian me revuelve el estómago. La mayoría de la gente pensaría que exagero, pero Atlas me creyó al momento. Seguro que leer su archivo ayudó.

El viaje en Uber transcurre en silencio, salvo por el zumbido ocasional del tráfico al otro lado de las ventanillas. Me siento junto a Atlas en el asiento trasero, intentando no venirme abajo del todo de puro agotamiento. Ahora que por fin le he contado a alguien la verdad, la adrenalina que me ha mantenido en pie estas últimas semanas está desapareciendo deprisa.

Atlas desliza su mano en la mía sin hacer ruido y casi vuelvo a echarme a llorar. Su tacto es tan suave, tan cálido... tan protector.

Se me cierra la garganta con dolor.

—¿Estás bien? —pregunta Atlas en voz baja.

No. Ni remotamente. Pero apoyo la cabeza en su hombro de todos modos.

Y por primera vez en semanas, me siento lo bastante seguro como para cerrar los ojos.

El hotel está a casi una hora de la ciudad, es lo bastante caro como para que nadie haga preguntas y lo bastante anónimo como para que nadie nos reconozca. Atlas nos registra con su segundo nombre.

Todo el rato está rozándome, como si necesitara asegurarse de que sigo aquí: la mano en la espalda, los dedos rozando los míos, una leve presión en el cuello en el ascensor. Me destroza emocionalmente porque Atlas ahora lo sabe todo y, aun así, de algún modo es todavía más amable que antes.

Cuando llegamos a la habitación, Atlas cierra la puerta con llave en cuanto entramos y comprueba el cerrojo dos veces. Considera que Sebastian es lo bastante peligroso como para tenerle miedo. Yo he pasado años intentando convencerme de que quizá estaba exagerando.

Atlas lo ha entendido en menos de veinticuatro horas.

—Siéntate —dice con suavidad.

Obedezco automáticamente, demasiado cansado para discutir.

Atlas rebusca por la habitación unos segundos antes de volver con agua embotellada y el menú del servicio de habitaciones. —Tienes que comer.

La idea hace que se me revuelva el estómago. —No tengo hambre.

Atlas me lanza una mirada. —¿Cuándo fue la última vez que comiste comida de verdad?

Aparto la vista.

—Tan mal, ¿eh?

—He estado tomando batidos de proteínas.

—Damien.

—No podía retener nada más.

La preocupación en la cara de Atlas se vuelve aún más dolorosa. Dios, odio esto. Odio que me miren como si fuera algo frágil. Pero Atlas no parece asqueado, solo preocupado. Increíblemente preocupado.

Se arrodilla delante de mí, sus manos grandes posándose con suavidad sobre mis muslos. —Vas a comer algo esta noche —dice muy despacio—. Aunque sea un poco.

—Voy a vomitar.

—Entonces ya lo gestionaremos si pasa.

La ternura de su voz casi me desarma por completo.

Trago en seco. —No deberías ser tan bueno conmigo.

La expresión de Atlas se endurece. —No empieces otra vez con esa mierda.

La cara que debo de poner tiene que ser horrible, porque su expresión se desmorona.

—Cariño —dice en voz baja—. No estoy enfadado contigo.

Sus palabras me golpean tan hondo que duelen. —Te he mentado.

—Estabas aterrado.

—He amañado partidos.

—Para proteger a mi hermana.

Las lágrimas vuelven a arderme tras los ojos.

Atlas alarga la mano y me roza con el pulgar debajo de uno de los ojos antes de que la lágrima caiga. —Has sobrevivido a un

monstruo —dice en voz baja—. Deja de actuar como si eso te convirtiera a ti en el villano.

No puedo mirarle después de eso porque de verdad no sé cómo procesar que alguien me quiera con tanta delicadeza después de saber las partes más horribles de mi vida.

Atlas pide comida para los dos a pesar de mis débiles protestas: sopa, pan, pasta; cosas sencillas que cree que me resultará más fácil retener. Luego se sienta a mi lado en el sofá con el portátil mientras yo me obligo poco a poco a tomarme media taza de sopa.

Atlas levanta la vista de vez en cuando mientras teclea, asegurándose de que como de verdad.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto al cabo de un rato.

Atlas no aparta la vista del portátil. —Intentar arruinarle la vida a Sebastian.

A pesar de todo, se me escapa una risita débil.

Atlas me lanza una mirada. —Voy en serio.

—Lo sé.

Se le tensa la mandíbula. —Voy a meterlo en la cárcel. O a matarlo. Lo que pase primero.

Algo helado me recorre por dentro. —No puedes.

—Sí que puedo.

—No, Atlas. —El pánico me sube al pecho a toda velocidad—. No entiendes lo bien conectado que está.

Atlas gira el portátil hacia mí. —No creo que sea tan intocable como quiere que te creas.

Me quedo mirando la pantalla.

Varios artículos.

Informes financieros.

Investigaciones sobre apuestas ilegales.

Foros de apuestas deportivas.

Atlas señala un artículo en concreto. —¿Sabes cuál ha sido el mayor error de Sebastian?

—¿Cuál?

—Que se ha vuelto codicioso.

Frunzo el ceño.

Atlas se recuesta en los cojines del sofá. —Ya no se limita a dirigir prostitución y timbas de juego. Ahora está apostando cantidades enormes de dinero a partidos de la NHL.

Se me hiela la sangre. —Me está utilizando.

—Exacto. —Los ojos de Atlas se oscurecen—. Y eso significa que está cometiendo delitos federales relacionados con la manipulación de deportes profesionales.

Le sostengo la mirada.

Atlas empieza a teclear de nuevo a toda velocidad. —Si podemos demostrar coacción —prosigue— y relacionar los patrones de apuestas con tus partidos...

La comprensión se abre paso poco a poco dentro de mí. —Crees que la liga lo investigaría.

Atlas deja escapar una risa seca, sin humor. —¿La liga? — Niega con la cabeza—. Cariño, estoy hablando del FBI.

Se me dispara el pulso. Porque, de pronto, por primera vez desde que Sebastian volvió, existe la posibilidad de que esta pesadilla realmente pueda terminar.

Atlas sigue hablando mientras abre hojas de cálculo y registros de apuestas. —Es descuidado. Los picos en las apuestas encajan perfectamente con tus bajones de rendimiento.

Le miro sin dar crédito. —¿Cómo estás atando todos estos cabos?

Atlas alza la vista hacia mí. —Soy rico gracias a nuestra pantalla, obsesivo y estoy muy enamorado de ti.

Las palabras me golpean con tanta fuerza que dejo de respirar un segundo.

Muy enamorado de ti.

Incluso ahora.

Después de todo.

Atlas sigue hablando cuando le quito el portátil de las manos.

Parpadea sorprendido al mirarme. —¿Qué estás haciendo?

No respondo. Solo dejo con cuidado el portátil en la mesa de centro antes de subirme a su regazo.

Atlas se queda callado, sus manos yendo hacia mí como imanes. En cuanto me acomodo sobre él, algo dentro de mí por fin se hace añicos del todo, porque estoy agotado. Tan agotado.

Y Atlas sigue aquí.
Después de todo.
Después de la foto policial.
Después de los partidos.
Después de descubrir que le mentí durante semanas.
Sigue tocándome con cuidado, como si fuera algo que merece la pena salvar.

Enrosco los brazos alrededor de su cuello y entierro la cara en su piel.

Atlas me estrecha con más fuerza. —Eh —murmura.

Niego con la cabeza contra su hombro. —No, déjame decirlo.

Atlas se queda inmóvil bajo mí.

La habitación está en silencio excepto por el murmullo suave del aire acondicionado del hotel y mi respiración entrecortada.

—Lo siento —susurro.

Sus brazos se cierran más en torno a mí. —No tienes que pedir perdón por lo que te ha pasado.

—No pido perdón por eso. —Me arde la garganta—. Pido perdón porque he jugado con tus sentimientos durante meses fingiendo que esto no era real. —Atlas empieza a interrumpir, pero agarro aún más fuerte su sudadera—. Por favor.

Vuelve a quedarse callado.

Inhalo con dificultad contra su cuello. —Seguía intentando convencerme de que nada de esto significaba nada, porque, si no era real... —La voz se me quiebra—. Entonces no podía destruirme.

La mano de Atlas se desliza despacio arriba y abajo por mi espalda.

—Te quise desde el principio —admito en voz baja—. Ese era el problema.

La confesión queda suspendida entre nosotros.

Cruda.

Aterradora.

—No dejaba de pensar que, tarde o temprano, te darías cuenta de quién era realmente y te irías —me río débilmente contra su piel—. Así que intenté adelantarme.

Atlas se aparta lo justo para mirarme. Su rostro ya parece destrozado. —Damien...

—No entendía por qué estabas siendo tan bueno conmigo. — Vuelven a arderme las lágrimas—. Me mirabas como si fuera algo bueno.

Atlas me toma la cara entre las manos. —Porque lo eres.

Niego con la cabeza. —No lo sabías todo.

—Ahora sí.

—Seguía esperando a que dejaras de tocarme con tanta delicadeza —susurro.

La expresión de Atlas se desploma. —Cariño...

—No tienes ni idea de lo aterrador que era. —La voz me tiembla cada vez más—. Cada vez que me besabas o me abrazabas o me traías café antes de los entrenamientos... —Trago con fuerza—. No dejaba de pensar que tenía que haber truco.

—Nunca ha habido truco.

—Ahora ya lo sé. —Me sale en un hilo de voz.

Atlas me roza con cuidado el pulgar debajo del ojo. —¿Cuándo? —pregunta en voz suave.

—¿Qué?

—¿Cuándo empezaste a quererme?

La pregunta me hace doler el pecho.

—Esa pesadilla. —Suelto una risa temblorosa entre lágrimas—. Fue la primera vez que alguien me vio desmoronarme y se quedó igualmente.

Atlas cierra los ojos un segundo, como si mis palabras le dolieran físicamente.

—Te metiste en la cama conmigo —susurro—. Me abrazaste toda la noche como si intentaras protegerme de todo. —La voz se me rompe—. Y recuerdo que pensé que, si me permitía quererte, me arruinaría para siempre.

Atlas me besa con suavidad antes de que pueda perderme más en la espiral. Cuando se aparta, apoya la frente en la mía.

—Te quiero —susurro, temblando.

Atlas se queda completamente inmóvil bajo mí.

—Te quiero tanto que me da miedo.

La emoción que cruza su rostro hace que el mío se pare. Porque Atlas Connors —el chico de oro Atlas Connors— parece como si acabara de entregarle el mundo entero.

—Dímelo otra vez —susurra.

Sonrío entre lágrimas. —Te quiero.

Atlas me besa con tanta intensidad que me deja sin aliento.

No es brusco.

No es frenético.

Solo está tan cargado de emoción que puedo notar lo mucho que necesitaba oírme decirlo.

Sus manos se enredan en mi pelo mientras yo me derribo contra él.

—Yo también te quiero —murmura contra mi boca—. Jesucristo, Damien. Te quiero tanto.

Las palabras se asientan tan hondo que curan algo feo dentro de mí.

Y, por primera vez en mi vida, el amor no se siente transaccional. No parece algo que se gane a base de dolor.

Solo se siente cálido. Seguro.

Atlas me vuelve a besar, más despacio esta vez, mientras me pega aún más a su pecho. Puedo sentir los latidos a través de su camiseta: fuertes, constantes, reales.

—Siento haberte apartado —susurro contra sus labios.

Atlas niega con la cabeza. —Estabas sobreviviendo.

—Te he hecho daño.

—Estabas intentando salvar a mi hermana.

Atlas me da otro beso en la frente antes de levantarse conmigo aún enroscado a él.

Suelto una risita débil. —¿Ahora?

—El hombre del que estoy desesperadamente enamorado acaba de decirme que también me quiere. No se me ocurre nada que me ponga más.

Vuelvo a esconder la cara en su cuello y me río mientras me lleva hacia la cama.

La habitación del hotel se siente extrañamente acogedora a nuestro alrededor, segura de una forma que no había sentido en

años. Atlas me tumba con cuidado sobre el colchón antes de colocarse encima de mí despacio, como si me diera todas las oportunidades para detenerle.

Sus pulgares se enganchan en el bajo de mi camiseta, la levantan con suavidad y se detienen. —¿Está bien así?

Asiento. —Sí, cariño.

No quiero que se detenga. Quiero más de esto. Más suavidad. Más amor. Más Atlas.

Sus manos se mueven con cuidado por mi cuerpo mientras me besa tan despacio que noto cada centímetro. Atlas me desnuda como si tocara algo precioso, y cada vez que roza una de mis cicatrices o de mis moratones, besa la piel con tanta ternura que se me hace un nudo en la garganta.

—Eres precioso —susurra contra mi pecho.

Me río quedo. —Estás influenciado.

Me besa el hueso de la cadera. —Te quiero.

La honestidad de su voz hace que me arda algo muy abajo en el vientre.

Tiro de Atlas hacia otro beso mientras su cuerpo se acomoda por completo sobre el mío. Mis manos se pelean con su ropa mientras él intenta ayudarme a desvestirle.

Recorro con los dedos los tatuajes ornamentales de su brazo mientras me besa el cuello. —Te quiero —murmuro.

Atlas gime y me sube las rodillas al pecho. Hundiendo la boca entre mis nalgas.

—Joder —gimo.

Su lengua y sus dedos empiezan a abrirme desesperadamente. La sensación del músculo húmedo deslizándose dentro de mí hace que se me claven los dedos en las sábanas para no desconectar. Las manos grandes de Atlas colocan mis piernas sobre sus amplios hombros.

Enredo las manos en el pelo de Atlas. —Te he echado tanto de menos. No te vayas.

Atlas se aparta de mí, los ojos oscurecidos por el deseo mientras nos recoloca. Me mira desde arriba, con las piernas aún apoyadas en

sus hombros, y su mano sube por mi muslo hasta quedarse en la rodilla.

—Oh, no pienso volver a dejarte. —Noto la cabeza de su polla presionando contra mi entrada.

No es brusco ni está enfadado como en el cuarto de almacenaje. Espera a mis asentimientos frenéticos, a que mi cuerpo se relaje, antes de empujar cada vez más dentro.

Nos movemos despacio juntos, besándonos entre risas suaves y confesiones susurradas mientras el mundo fuera de la habitación de hotel desaparece. Atlas no deja de escrutarme la cara, como asegurándose de que de verdad estoy aquí con él, y yo no dejo de tocarle, como si temiera que fuera a desvanecerse si paro.

Empuja las caderas más hondo en mí. —Tócate para mí, cariño. Quiero que te sientas bien.

Empiezo a trabajarme la polla mientras los ojos hambrientos de Atlas me observan. Bombea y bombea a un ritmo tan lento que creo que va a matarme.

—Atlas, más fuerte. Por favor, cariño —gimo, enganchando los tobillos detrás de su cuello.

Atlas emite un sonido necesitado y se inclina sobre mí, casi doblándose por la mitad. Empieza a follarme como un loco, como si fuera la única persona que pudiera darle alivio.

Cuando por fin nos corremos juntos, no se parece en nada al sexo rabioso y desesperado de antes. Esto es íntimo de una forma que casi me asusta.

Atlas me sujeta durante todo el tiempo.

Me besa durante todo el tiempo.

Me quiere durante todo el tiempo.

Y, después, cuando estamos enredados bajo las sábanas del hotel, con mi cabeza apoyada en su pecho, me doy cuenta de algo tan aterrador como maravilloso a la vez:

Por primera vez, de verdad creo que quizá sobreviva a esto.

ATLAS

C amino descalzo por las baldosas del baño del hotel, vestido solo con unos calzoncillos y mi agotamiento. El espejo sobre el lavabo me devuelve la mirada cada vez que me doy la vuelta y, sinceramente, tengo un aspecto de mierda: ojos inyectados en sangre, ojeras y el pelo de punta en todas direcciones de tanto pasarme las manos por la cabeza toda la noche.

He dormido quizás cuarenta minutos en total después de que Damien finalmente cayera rendido, acurrucado contra mi pecho. El resto de la noche la he pasado investigando abogados, leyes federales sobre apuestas deportivas, posibilidades de protección de testigos e investigaciones sobre el crimen organizado.

¿Cómo demonios se mantiene a salvo a una niña de trece años de un psicópata?

Tengo el teléfono encajado entre el hombro y la oreja mientras doy otra vuelta por el baño.

—Sí —digo con brusquedad—. No me importa lo discretamente que tengáis que hacerlo. Quiero protección en el hospital.

Al otro lado de la línea, Joanna exhala despacio. —Estamos en ello, Atlas.

A su lado, el abogado de los Tigers murmura algo que no llego a oír del todo.

Mi mano libre se agita con energía nerviosa. —Grace no puede quedarse sola.

—No lo estará —dice Joanna con firmeza—. Ya estamos contactando con las autoridades federales.

La palabra *federales* todavía me resulta surrealista, como si esto hubiera saltado a otro universo de la noche a la mañana. Pero Sebastian amenazó a Grace, y esto dejó de ser algo privado en el segundo en que involucró a una niña.

—El FBI no se moverá al instante —interviene el abogado con cautela—. Pero dado el ángulo de la manipulación de apuestas vinculado a deportes profesionales...

—No me importa la parte del hockey —le corto.

Silencio.

Me paso una mano por la cara. —Lo siento.

Pero no lo siento. No de verdad. Porque el hockey parece algo microscópico comparado con ver a Damien temblando en mis brazos anoche y confesando que pensaba que yo le vería como alguien asqueroso.

Me duele el pecho solo de recordarlo.

La voz de Joanna se suaviza un poco. —¿Cómo está Damien?

Miro hacia el dormitorio. Todavía duerme.

Gracias a Dios.

—Está agotado.

Eso suena a la subestimación del siglo. Damien parecía medio muerto cuando finalmente se quedó dormido contra mí. No creo que haya descansado de verdad en semanas.

—Vale —dice Joanna con cuidado—. Escúchame. Llevaremos esto con discreción. Nada de comunicados del equipo. Nada de prensa. Nada que alerte a ese imbécil antes de que las autoridades estén listas.

Asiento antes de darme cuenta de que no me puede ver. —Vale.

—Aumentaremos la seguridad privada alrededor de Grace de inmediato sin que resulte obvio —continúa ella—. ¿Y Atlas?

—Dime.

—*No puedes* enfrentarte a Sebastian tú solo.

Miro mi reflejo en el espejo. Da miedo que ella haya tenido siquiera que decir eso en voz alta. Porque, ¿sinceramente? He pensado en matarlo al menos doce veces desde anoche.

—¿Me oyes? —insiste Joanna.

—Sí.

El abogado vuelve a intervenir. —Es probable que necesitemos la cooperación de Damien si esto progresa hacia una investigación federal.

Se me revuelve el estómago porque eso significa que tendrá que revivirlo todo.

Me apoyo en la encimera del baño. —Lo hará.

Hará cualquier cosa si con ello nos protege a Grace y a mí. Damien caminaría directo al infierno si eso significara que alguien más sobrevive.

Joanna suspira. —Simplemente quédate con él hoy.

La suavidad de su voz me pilla desprevenido. Joanna siempre se muestra pulcra, serena y ligeramente aterradora, pero ahora suena genuinamente preocupada.

—Lo haré.

—Volveremos a llamar esta tarde. —Se corta la comunicación.

De repente, el baño parece demasiado silencioso. Dejo el teléfono y apoyo ambas manos en el lavabo antes de mirarme bien en el espejo. Mis ojos parecen muertos y derrotados.

Ahora que sé la verdad, cada recuerdo de Damien de los últimos meses se siente diferente.

Cada estremecimiento.

Cada pesadilla.

Cada momento en el que se alejaba tras una muestra de ternura, como si no la mereciera.

Cierro los ojos un instante.

Vuelvo a ver la foto de la ficha policial. Diecisiete años. Hematomas alrededor de la garganta.

La rabia me recorre con tal violencia que se me revuelve el estómago.

Sujeto el lavabo con más fuerza.

¿Cuánto tiempo cargó con esto a solas? ¿Cuántos años creyó Damien sinceramente que estaba arruinado porque alguien abusó de él? Y Dios... ¿qué tan cerca estuve de abandonarlo por completo?

El pensamiento me provoca náuseas.

Casi termino con lo nuestro. Casi me alejo mientras a él lo chantajeaban y lo volvían a traumatizar. Me presiono las cuencas de los ojos con la base de las palmas de las manos con la fuerza suficiente para que me duela.

Céntrate. Damien necesita que seas funcional. Esos pensamientos me espabilan más rápido que cualquier otra cosa.

Bajo las manos y me obligo a respirar despacio. La puerta del baño chirría al abrirse. Damien está allí, medio dormido, con mi vieja sudadera de los Tigers y unos calzoncillos, con los rizos alborotados en todas direcciones.

Durante un segundo desconcertante, simplemente me mira parpadeando con sueño.

Luego pregunta en voz baja: —¿Por qué te escondes en el baño?

La suavidad de su voz casi acaba conmigo.

Fuerzo una pequeña sonrisa. —Tenía que hacer unas llamadas. No quería despertarte.

Damien entrecierra un poco los ojos. —Pareces estresado.

Suelto un suspiro y le acaricio los rizos hacia atrás. —Pareces minúsculo con mi sudadera.

Eso le arranca una carcajada. Una risa de verdad. Pequeña y ronca por el sueño, pero real.

El sonido me golpea de lleno en el pecho.

Damien se apoya contra el marco de la puerta del baño, observándome con atención.

Todavía hay un cansancio profundo bajo sus ojos, pero parte del pánico de anoche ha desaparecido.

Solo eso ya parece un milagro.

—No has dormido —dice en voz baja.

Me encojo de hombros. —He dormido un poquito.

—Atlas...

Miro hacia otro lado.

—Estás entrando en bucle.

La precisión de esa afirmación es, sinceramente, ofensiva. — Estoy planeando. —Suspiro y me apoyo de espaldas al lavabo.

Damien me estudia durante otro largo momento antes de entrar del todo en el baño. La iluminación del hotel proyecta un suave resplandor dorado sobre su piel, y de repente lo único en lo que puedo pensar es en lo cerca que estuve de perderlo para siempre.

Damien se detiene justo delante de mí. Su pulgar toca con suavidad las ojeras bajo mis ojos.

—No puedes salvar a todo el mundo tú solo —murmura.

Le sujeto la muñeca antes de que pueda apartarse. —Voy a protegerte.

Algo complejo cruza el rostro de Damien. —Ya lo estás haciendo.

Se me encoge el pecho dolorosamente. No creo que entienda todavía cuánto destruiría por él ahora que conozco la verdad.

Damien mira hacia abajo brevemente antes de preguntar en voz baja: —¿Estás decepcionado conmigo?

La pregunta me golpea como un cuchillo y le miro con incredulidad. —Cariño.

—Hablo en serio. —Intenta decirlo con naturalidad, pero puedo oír el miedo que subyace. La vergüenza. La expectativa de que, tarde o temprano, le veré de otra manera.

Me acerco más a él. —Damien.

Él mantiene la mirada baja.

Le pongo con suavidad dos dedos bajo la barbilla hasta que me mira. —Tienes que creerme cuando te digo que estoy muy orgulloso de estar con alguien como tú.

Su expresión se quiebra ligeramente. —¿No crees que estoy arruinado?

Dios bendito. Le atraigo hacia mí.

Damien se funde contra mi pecho con un suspiro tembloroso, como si no se hubiera dado cuenta de lo mucho que necesitaba que se lo confirmara.

—Sobreviviste —murmuro contra su pelo.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dice nada. Simplemente lo sostengo mientras la luz de la mañana va llenando el

baño a nuestro alrededor. Entonces el estómago de Damien ruge con la fuerza suficiente para que el eco resuene en los azulejos.

Los dos nos quedamos petrificados y luego suelto una carcajada.

Damien esconde la cara contra mi pecho horrorizado. —Dios mío.

—Prueba de vida.

—Cállate.

Le abrazo con más fuerza mientras me río más. —Puede que eso sea lo mejor que he oído en toda la semana.

Damien gime dramáticamente contra mi hombro. —Eres desesperante. —Se separa lo justo para mirarme con fingida severidad y sueño—. Tienes suerte de estar bueno.

El alivio me invade de forma tan repentina que casi duele. Esta versión burlona de Damien es la más sana que le he visto en semanas.

Le aparto los rizos alborotados de la frente. —Ven a desayunar conmigo.

Damien pone una mueca. —Atlas...

—Prometiste que intentarías comer.

—Prometí que intentaría tomar sopa.

—Vas a comer tortitas.

Su expresión se vuelve genuinamente escandalizada. —Acabo de sobrevivir al crimen organizado, ¿y ahora *esto*?

Sonríó a pesar de todo. —Sí.

Damien suspira con dramatismo, como si yo fuera un irrazonable, pero luego entrelaza discretamente sus dedos con los míos.



Llaman a la puerta de la habitación del hotel exactamente a las tres de la tarde. Damien se tensa a mi lado en el sofá.

Le aprieto la mano una vez antes de levantarme. —Tranquilo —murmuro—. Probablemente sea el contacto de Joanna.

Damien asiente, pero mantiene los hombros rígidos.

Miro por la mirilla antes de abrir la puerta.

Un hombre con traje oscuro está en el pasillo con una carpeta bajo el brazo. De unos cuarenta y tantos, tal vez. Rostro sereno. Mirada aguda. Definitivamente federal.

Abro la puerta.

—¿Usted es Atlas Connors?

—Sí.

El hombre muestra una placa. —Agente Especial Matthew Anthony.

Le dejo entrar. Damien se levanta del sofá despacio cuando el agente Anthony entra en la habitación. Vuelve a parecer nervioso, a pesar de que intenta ocultarlo.

Me acerco a él automáticamente. El agente se da cuenta, pero afortunadamente no lo comenta. En su lugar, deja la carpeta sobre la mesa junto a la ventana y va directamente al grano.

—La señorita Williams me ha puesto al tanto de los rasgos generales —dice.

Pestañeo una vez. —¿Joanna?

La comisura de la boca del agente se curva ligeramente. —Exacto.

Damien casi sonríe a mi lado, pero la expresión desaparece rápido.

El agente Anthony abre la carpeta. —Creemos que Sebastian Monroe dirige una red interestatal de apuestas ilegales y manipulación deportiva vinculada a actividades del crimen organizado. Basándonos en la información que han proporcionado esta mañana, también creemos que puede haber coacción, extorsión, trata e intimidación de testigos involucrados.

Damien se remueve un poco a mi lado y le tomo la mano.

—Voy a necesitar que ambos me expliquen esto desde el principio.

Y así lo hacemos.

Las siguientes dos horas resultan agotadoras. Damien explica mientras yo completo los detalles donde puedo, especialmente en lo relativo a las irregularidades en las apuestas relacionadas con los bajones en el rendimiento de Damien. El agente Anthony anota casi todo.

De vez en cuando hace preguntas cuidadosas, pero nunca juzga, nunca presiona demasiado cuando es evidente que Damien empieza a pasarlo mal. Lo agradezco más de lo que puedo expresar. Al terminar, la habitación se siente pesada por el silencio.

El agente Anthony cierra la carpeta despacio. —Muy bien —dice finalmente—. Esto es suficiente para iniciar una investigación federal activa.

El alivio me golpea con tal fuerza que casi me hundo en el sofá, pero Damien sigue tenso a mi lado.

—¿Cuándo tiene previsto volver a reunirse con Monroe? —pregunta el agente.

Damien traga saliva con dificultad. —El sábado por la noche.

—¿Qué hay el sábado?

—Los Tigers juegan contra los Raiders. Es un partido en casa.

El agente Anthony asiente una vez. —¿Cuándo habían quedado en verse? ¿Después del partido?

—Sí.

El agente se echa un poco hacia atrás en su silla, pensativo. Luego dice con cuidado: —Lo ideal sería que interviniéramos antes de que se produzca más manipulación deportiva.

Damien frunce el ceño. —¿Qué significa eso?

—Significa —dice el agente Anthony— que no queremos orquestar una continuación innecesaria de actividad fraudulenta en la liga si podemos establecer la intención criminal antes.

Pestañeo.

Damien pestañea más fuerte.

El agente suspira. —Preferiríamos no permitir que ocurra otro partido amañado.

—Ah.

—Dicho esto —continúa el agente—, necesitamos que conste que Monroe le coacciona explícitamente para manipular los resultados del juego.

El rostro de Damien se tensa.

—El caso procesable más sólido implicaría una confirmación verbal directa de Monroe de que usted recibió instrucciones de

alterar intencionadamente su rendimiento atlético a cambio de evitar amenazas, por protección o por el control de una deuda.

Traducción: necesitamos una grabación de Sebastian diciéndolo en voz alta.

Darse cuenta de ello me revuelve el estómago.

—Quieren ponerle un micrófono a Damien —digo tajantemente.

—Sí.

Damien habla antes de que yo pueda hacerlo. —Lo haré.

Le miro bruscamente. —Damien...

—No. —Me aprieta la mano con fuerza—. Haré lo que sea si eso le aleja de Grace.

Me duele el pecho. Incluso después de todo, su primer pensamiento sigue siendo proteger a mi familia.

El agente Anthony asiente. —Le equiparemos con un dispositivo de audio antes del contacto.

Damien asiente una vez. Sin vacilar. Sin miedo visible. Pero puedo sentir que su mano tiembla contra la mía.

Aumento la presión de mi agarre.

El agente continúa: —Necesitaremos que Monroe establezca verbalmente la coacción relacionada con la manipulación del juego o las amenazas contra terceros. También creemos que hay base suficiente aquí para reabrir investigaciones previas vinculadas a operaciones de trata en Ashbury.

Damien se queda completamente inmóvil a mi lado y le miro. Su rostro vuelve a estar pálido.

—Eh —murmuro suavemente.

Él asiente una vez, pero me doy cuenta de que se está agobiando un poco porque reabrir esas investigaciones significa reabrir su pasado públicamente también.

El agente Anthony parece darse cuenta al mismo tiempo.

Su expresión se suaviza. —Señor Harrow.

Damien levanta la vista despacio.

—Usted era una víctima menor de edad en esos registros. —La habitación se queda muy silenciosa—. ¿Lo entiende?

Damien traga saliva con dificultad. —... Sí.

Pero lo dice como alguien que repite una información que todavía no se cree del todo.

El agente le estudia durante otro largo momento y luego asiente una vez. —Nos moveremos con cuidado.

Después de otros veinte minutos de logística, el agente Anthony vuelve a cerrar la carpeta. —Una cosa más.

Algo en su tono hace que se me encoja el estómago.

—Deben volver a sus casas.

Le miro fijamente. —No.

Damien me mira. —Atlas...

—No. —Niego con la cabeza con fuerza—. Ni de puta coña.

El agente mantiene la calma. —Si Monroe nota una desaparición repentina o un cambio de comportamiento, podría volverse precavido.

—No me importa.

—Atlas —dice Damien en voz baja.

Me giro hacia él bruscamente. —No te vas a quedar solo en casa ahora mismo.

—Es la única forma de que esto funcione.

—No. —Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

La idea de Damien solo mientras Sebastian todavía tiene acceso a él hace que el pánico me recorra el pecho con violencia.

El agente Anthony habla con cuidado. —Tendremos vigilancia en ambas residencias.

—Eso no es suficiente.

—Reduce significativamente el riesgo operativo.

—No me importa el riesgo operativo.

Damien busca mi mano. —Atlas.

Le miro. Parece tan tranquilo ahora, a pesar de todo.

—Necesito que esto acabe —dice suavemente.

Se me oprime el pecho. —Lo sé.

—Si Sebastian piensa que algo ha cambiado entre nosotros... — Damien exhala de forma temblorosa—. Entonces Grace podría volver a ser un objetivo.

Eso me hace callar al instante.

Porque tiene razón.

Y lo más horroroso es que Damien todavía está dispuesto a arriesgarse él mismo si eso significa que mi hermana está a salvo.

El agente Anthony se levanta. —Iré a por el vehículo —dice en voz baja—. Tómense unos minutos para recoger sus cosas.

Luego sale de la habitación.

En cuanto la puerta se cierra tras él, el silencio inunda la suite del hotel.

Me giro hacia Damien. —No tendrías que estar haciendo esto.

Damien me dedica una pequeña sonrisa cansada. —Pero puedo. Lo haré.

Esa respuesta me destroza. Me muevo hacia él hasta que nuestros cuerpos se presionan el uno contra el otro. Damien me mira.

Entonces digo lo que necesito desesperadamente que entienda antes de que esto se vuelva más difícil. —No te quiero por lo que sacrificaste para mantenernos a salvo.

La expresión de Damien cambia de inmediato a algo frágil y abrumado.

Le tomo la cara con suavidad. —Te quiero porque eres bondadoso.

Sus ojos empiezan a humedecerse. —Atlas...

—Te quiero porque eres inteligente, divertido e imposible. —Mi pulgar le acaricia la mejilla—. Te quiero porque seguiste aprendiendo a cuidar de los demás incluso después de lo mucho que te han herido.

Las mejillas de Damien se tiñen de rosa.

—Te quiero por quién eres —susurro—. No por aquello a lo que sobrevives por los demás.

Finalmente, las lágrimas se derraman.

Pero esta vez también está sonriendo.

Pequeño.

Suave.

Hermoso.

Damien baja un poco la cabeza, como si todavía no supiera qué hacer con un amor así.

Así que simplemente asiente una vez. —Gracias.

DAMIEN

El sábado por la tarde, siento que estoy caminando hacia mi propia ejecución. El micrófono oculto me pica bajo la ropa. Cada respiración me parece demasiado ruidosa. Cada movimiento se siente mal. El agente Anthony sujetó el transmisor con cuidado contra mis costillas hace una hora, mientras otro agente pasaba el cable disimuladamente por debajo de la tela de mi camisa y por mi espalda.

—Mínimo movimiento cerca del cuello —advirtió el agente Anthony mientras ajustaba el receptor—. Si Monroe sospecha algo, mantén la calma y haz que siga hablando.

Fácil decirlo para él.

Me quedo mirando mi reflejo en el espejo del baño del hotel, intentando no entrar en pánico. Vaqueros negros. Camisa oscura abotonada. Moretones bajo los ojos que no consigo tapar del todo. Parezco alguien que finge estar bien.

Atlas está de pie junto a la cama del hotel, observando en silencio. No ha dejado de rondarme desde que se cerró el plan. Cada pocos minutos me toca, como si necesitara asegurarse de que sigo aquí: una mano en mi hombro, la palma en mi espalda, los dedos rozando los míos.

Ahora entiendo por qué. Está aterrado. ¿Yo? También.
Atlas da un paso más cerca. —No tienes que hacer esto.

—Sí, tengo.

Se le tensa la mandíbula. —Odio esto.

Consigo esbozar una sonrisa débil. —Últimamente lo odias todo.

—Eso no es verdad.

—Claro, te encantan las tortitas.

Atlas suelta una risita por lo bajo, a pesar de sí mismo.

—Y las pelis de terror cutres —añado.

—Mhm. ¿Qué más?

Me acerco y engancho los dedos en las trabillas de su cinturón.

—¿Yo?

Sonríe y me besa en la frente. —Sí, eso es verdad. Se toma unos segundos, como si estuviera decidiendo qué decir. —No quiero que te enfrentes a él solo.

—Soy un jugador de hockey grande y temible —murmuro—. Puedo apañármelas solo.

Atlas ríe sin fuerza, luego alza la mano y me toma la cara con cuidado. —Vuelve conmigo de una pieza. La seriedad que hay debajo de la broma me cierra la garganta.

Me inclino y le beso suavemente. —Volveré.

Atlas profundiza el beso de inmediato, como si estuviera intentando memorizarme.

Cuando por fin nos separamos, apoya la frente en la mía. —Te quiero —susurra.

Esas palabras todavía me golpean como un milagro cada vez.

—Yo también te quiero.

Se oye un golpe en la puerta de la habitación del hotel, y todo el calor desaparece al instante. El agente Anthony entra, con otra carpeta en la mano. —Hora de irse.

Se me revuelve el estómago, y la mano de Atlas se entrelaza con la mía automáticamente.

El agente Anthony deja la carpeta sobre la mesa cercana a la ventana. —Solo necesitamos unas cuantas cosas —dice.

Asiento una vez.

—Monroe tiene que establecer verbalmente la coacción vinculada a la manipulación de partidos —prosigue—. Idealmente, queremos que reconozca que amenazó a terceros para influir en tu rendimiento deportivo. —No intentes hacerte el héroe.

Atlas suelta una risa sin humor ante eso.

El agente lo ignora. —Si Monroe se vuelve físicamente agresivo, prioriza sobrevivir por encima de conseguir pruebas. ¿Entendido?

Asiento, aunque oír la expresión *físicamente agresivo* hace que Atlas se ponga visiblemente tenso a mi lado.

El agente Anthony continúa: —Tendremos vigilancia apostada fuera del club y dentro de propiedades adyacentes. En cuanto establezcamos causa probable suficiente para una detención y para mitigar la amenaza inmediata, actuamos.

Trago en seco. —¿Y si él se da cuenta antes?

La habitación se queda en silencio durante medio segundo.

Entonces el agente Anthony contesta con honestidad. —Entonces nos adaptamos.

No es tranquilizador. Nada. Pero agradezco que no me endulce la situación con mentiras.

Atlas me aprieta la mano con más fuerza.

El agente Anthony nos mira a los dos. —El vehículo sale en diez minutos.

Luego sale de la habitación otra vez. En cuanto la puerta se cierra, Atlas me tira de golpe hacia él con tanta fuerza que me deja sin aliento. Le rodeo la cintura con los brazos. Ninguno de los dos dice nada durante un largo momento.

Luego Atlas me besa en la coronilla. —Por favor, vuelve.

El miedo en su voz casi me destroza.

Me separo lo justo para poder mirarle bien. —Voy a volver.

Atlas asiente.

Pero sigue teniendo cara de estar aterrorizado.



Conduzco solo; esa parte no era negociable. Si Sebastian viera a Atlas en las inmediaciones de esta operación, todo se vendría abajo inmediatamente. Así que me siento al volante, agarrándolo con tanta fuerza que me duelen los nudillos mientras vehículos sin distintivos del FBI me siguen a suficiente distancia como para evitar sospechas.

La ciudad hoy se siente gris. Fría.

Cuanto más me acerco al Velvet Room, más me cuesta respirar con normalidad. Para cuando aparco detrás del club, siento todo el cuerpo demasiado tenso. Me quedo mirando mi reflejo en el retrovisor durante un largo instante y luego me obligo a salir del coche.

El bajo del club hace vibrar levemente las paredes mientras entro. Un sábado por la tarde significa más gente que la última vez. El lugar huele a perfume, alcohol, sudor y humo de cigarrillo. Las chicas se mueven bajo luces rosas mientras los hombres se ríen demasiado alto alrededor del escenario. Todo en este sitio me pone la piel de gallina.

Uno de los guardaespaldas de Sebastian me ve al instante.

Hace un gesto con la barbilla hacia el pasillo del fondo. —Te está esperando.

Se me dispara el pulso, pero me obligo a caminar con normalidad. El pasillo se siente demasiado estrecho.

Cada paso arrastra hacia la superficie recuerdos viejos de sitios que normalmente intento no tocar: cosas que pasaron tras puertas cerradas, Sebastian sonriendo mientras me enseñaba cómo funcionaba la obediencia. Para cuando llego al cuarto del fondo, tengo náuseas. Entro, y de inmediato desearía no haberlo hecho.

Sebastian está recostado en un sofá de cuero mientras un chico joven está arrodillado entre sus piernas. El hombre sube y baja la cabeza, atragantándose con la polla de Sebastian. La imagen me recuerda demasiado a las cosas que yo solía hacer por él.

Se me revuelve el estómago.

Sebastian levanta la vista perezosamente y sonrío al verme. —Aquí está mi chico favorito.

El chico echa una mirada curiosa en mi dirección antes de que Sebastian le agarre del pelo.

—Vete a descansar un rato.

Él se levanta de inmediato.

Es joven.

Guapo.

Demasiado delgado.

Pasa a mi lado en silencio al salir.

En cuanto la puerta se cierra detrás de él, la habitación se siente más pequeña. Más peligrosa.

Sebastian se recuesta cómodamente en el sofá mientras se sube la cremallera, la polla aún dura dentro del pantalón. —Siéntate.

Me obligo a acercarme. De pronto, el cable me parece visible, aunque sé que no lo es. Cada latido resuena atronador en mis oídos.

Sebastian me observa con atención mientras me siento frente a él.

Luego deja que la mirada recorra lentamente mi cuerpo. —Tienes mala cara.

Me encojo de hombros. —Semana larga.

—¿Me has echado de menos?

No.

Dios, no.

Pero me obligo a mantener la expresión neutra.

Sebastian me estudia otro momento. Luego alarga la mano con gesto casual y me agarra la rodilla.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan al instante, pero no me aparto.

Porque el agente Anthony dijo que lo mantuviera hablando.

Los dedos de Sebastian se deslizan lentamente por mi muslo hacia arriba.

Luego hacia mi bíceps. Aprieta ligeramente.

—El hockey te ha sentado bien.

Se me pone la piel terriblemente de gallina. Aun así, sigo quieto.

La expresión de Sebastian cambia, acercándose a la sospecha. —¿No vas a resistirte?

Me obligo a encogerme de hombros. —¿Para qué?

Esa respuesta parece fascinarle.

Sebastian inclina la cabeza. —La mejor parte siempre era la pelea, dulzura.

Un hielo me recorre la columna vertebral.

Sonríe ligeramente. —Hacía que la recompensa fuera mucho más dulce.

Me siento físicamente enfermo, pero mantengo la cara impassible.

Sumisión fingida.

Cansancio fingido.

Derrota fingida.

Sebastian me observa con demasiada atención, y de pronto su expresión se agudiza. —Quítate la ropa.

El pulso me golpea con violencia contra las costillas. —¿Qué?

—Me has oído.

El pánico me atraviesa el pecho como una cuchillada. —No.

Respuesta equivocada.

Sebastian se mueve rápido. Un segundo está sentado, al siguiente me empuja de espaldas contra el sofá con tanta fuerza que me deja sin aire. Caigo sobre los cojines con una maldición mientras Sebastian me inmoviliza debajo de él. La adrenalina borra cualquier pensamiento coherente en mi cabeza cuando sus manos tiran bruscamente de mi camisa para abrirla. Los botones vuelan y se dispersan por el suelo.

Se me para el corazón.

El micrófono...

El micrófono...

Los ojos de Sebastian recorren mi torso.

Se entrecierra un poco la mirada.

Durante un segundo horrible, creo que lo ve.

Pero el cable del transmisor va por debajo de la tela y sube por mi espalda en lugar de cruzarme el pecho.

Sebastian se relaja un poco, luego baja la boca hacia mi piel. Sus dedos desabrochan mis vaqueros, bajando mis calzoncillos para mirar el tatuaje del escorpión.

—¿Te acuerdas de cuando te lo hice? Pasa el pulgar por encima.

—Lloraste toda la noche de lo que te dolía. Qué bebé eras.

Sus labios se deslizan sobre él. La repulsión me golpea de lleno y, de pronto, vuelvo a estar en su cama. Estoy llorando mientras me penetra sin ninguna preparación. Yo creía que el sexo tenía que doler siempre. Él me susurra lo bien que lo hago. Me dice lo perfecto que soy. Pero yo era solo un crío.

Solo un crío intentando ayudar a su padre.

De vuelta al presente, miro fijamente el techo, intentando no entrar en pánico mientras Sebastian besa lentamente mi pecho como si esto fuera íntimo en vez de horripilante.

—Sabes —murmura contra mi piel—, me importa una mierda el dinero de las apuestas. O tu puto noviete. O la chica.

El pulso se me dispara. Ahí está. *Sigue hablando.*

Sigo callado.

Sebastian me agarra la mandíbula con más fuerza. —Solo quería recuperar mi juguete favorito. Perderte fue doloroso para mí, dulzura. Todos tus clientes te echaron tanto de menos. Apuesto a que ahora tendrás aún más con estos músculos.

Todo mi cuerpo se queda rígido. El micrófono recoge cada palabra.

Bien. Bien. Aun así, el estómago se me revuelve con violencia.

Sebastian me besa la garganta. —Te he echado de menos.

Lo empujo con fuerza. Esta vez no puedo contenerme.

Sebastian tropieza hacia atrás, sorprendido, y sonrío. —Eso es lo que quería.

Me incorporo de inmediato, respirando con dificultad. —No me vuelvas a tocar, joder.

Sebastian se limpia la boca perezosamente con el dorso de la mano. —Has sido tú quien me ha dejado, dulzura. ¿Seguro que no estás duro? Seguro que consigo que te levantes para la ocasión.

—He terminado de dejar que me hagas nada.

Algo oscuro le cruza por la cara. Lleva la mano a la espalda y saca una pistola. Un terror helado me inunda la sangre.

Sebastian la apunta hacia mí con gesto despreocupado, como si no fuera nada. —Quítate la ropa.

Me quedo inmóvil.

—Ponte de rodillas —dice en voz baja—. Y deja que te folle en condiciones esta vez.

Algo dentro de mí por fin se rompe.

No es miedo.

No es pánico.

Es rabia.

Rabia pura y jodida.

Porque esta mañana Atlas me ha dicho que merezco que me quieran por quien soy.

Porque Grace está sentada en una cama de hospital mientras este monstruo amenaza su vida.

Porque estoy tan increíblemente cansado de tener miedo.

Sebastian inclina ligeramente la cabeza. —¿Y bien?

Me muevo antes de que se lo espere. Le doy un manotazo al arma desviándola justo cuando Sebastian aprieta el gatillo. La explosión ensordece la habitación.

La bala se incrusta en el techo en algún punto encima de mi cabeza, mientras Sebastian y yo caemos de lado sobre el sofá. La adrenalina borra toda idea coherente. Solo reacciono.

Sebastian suelta un gruñido furioso mientras luchamos por hacernos con la pistola, los dos resbalando sobre los cojines de cuero mientras algo se cae de la mesa detrás de nosotros. El arma se sacude de forma salvaje entre nuestras manos. Le meto el codo en la mandíbula con tanta fuerza que le hago girar la cabeza hacia un lado. Años de entrenamiento de hockey por fin sirven para algo que no es deporte.

Sin embargo, Sebastian se recupera rápido. Me hunde el hombro en el estómago, haciéndome caer de espaldas por encima del brazo del sofá y al suelo. El dolor me explota a lo largo de la columna. Luego Sebastian vuelve a estar encima de mí.

Durante un segundo horrible, tengo diecisiete años.

Habitación de hotel.

Inmovilizado.

Sin salida posible.

El pánico me atraviesa las venas ardiendo.

Y entonces la voz de Atlas corta mi cabeza como un salvavidas.

Sobreviviste.

La rabia estalla en mí y estrello mi frente contra la cara de Sebastian. *Crunch.*

Sebastian lanza una maldición violenta mientras la sangre le brota de la nariz. —¡Puta de mierda!

Le doy un rodillazo en las costillas. Gruñe y casi se le cae la pistola. Me lanzo a por ella y los dos caemos al suelo. El arma resbala por la moqueta entre nosotros antes de que Sebastian me placa por la cintura con tanta fuerza que nos estrellamos contra la mesa de centro.

La madera se astilla.

El cristal se hace añicos.

En algún punto fuera de la habitación, la gente grita.

La música del club se corta de golpe.

Luego, a lo lejos, oigo gritos.

Agentes federales.

Sebastian también lo oye.

Su expresión se transforma en furia.

—Vas con un puto micro.

Estoy respirando demasiado fuerte para contestar, pero Sebastian me agarra igual de la garganta.

—Maldito crío estúpido —gruñe.

Vuelvo a hundir mi puño en su cara. Esta vez algo cruje. Sebastian pierde su agarre el tiempo suficiente para que yo le empuje hacia atrás. Forcejeamos sobre cristales rotos y muebles volcados como animales peleando por un trozo de carne.

La pistola está a un metro de distancia. Ambos nos lanzamos a por ella simultáneamente. Sebastian me agarra del tobillo y tira con tanta fuerza que me estampo de cara contra el suelo. El dolor estalla en mi pómulo. De repente vuelve a estar encima de mí, con la pistola atrapada entre nosotros. El cañón se agita salvajemente mientras luchamos por el control.

El rostro de Sebastian está ensangrentado.

El mío probablemente también lo esté.

Parece furioso.

Trastornado.

—Siempre fuiste mi favorito —escupe.

Casi vuelvo a reír.

Sebastian intenta inmovilizar mis muñecas como solía hacer hace años... y falla. El asombro cruza su rostro durante una fracción de segundo. Es todo lo que necesito. Giro violentamente de lado y lo estampo contra el suelo con la fuerza suficiente para hacer temblar la habitación.

El arma se dispara de nuevo.

El sonido me deja sordo.

Siento dolor por todas partes.

Sangre por todas partes.

Entonces las puertas saltan hacia dentro.

—¡FBI!

El caos estalla al instante. Los agentes inundan la sala, gritando órdenes mientras las potentes luces tácticas cortan la oscuridad.

Sebastian se agita violentamente contra mí. La sangre se extiende rápidamente por su camisa. Mi cabeza se queda extrañamente en silencio.

Miro a Sebastian.

Parpadea de forma extraña.

Confundido.

Abre la boca ligeramente, como si quisiera decir algo.

Pero no sale nada más que sangre.

Oh.

Dios mío.

La pistola.

El segundo disparo.

Se ha disparado entre nosotros.

Y ahora...

—¡Arma! —grita alguien.

Unas manos me agarran de inmediato, arrastrándome hacia atrás por encima de los cristales rotos mientras los agentes se abalanzan sobre el cuerpo de Sebastian.

Apenas reacciono.

No puedo.

Solo me quedo mirando.

Porque Sebastian Monroe —el hombre que me arruinó la vida— se está desangrando en el suelo de un club de striptease.

Uno de los agentes comprueba el pulso.

Luego levanta la vista bruscamente. —Sospechoso abatido.

Las palabras resuenan de forma extraña en mi cabeza.

Sospechoso abatido.

No Sebastian.

No el monstruo de mis pesadillas.

Solo un sospechoso.

Varios agentes me ayudan a ponerme de pie mientras otro equipo despeja el resto del club. Mis oídos pitan violentamente. Alguien me pregunta si estoy herido. No respondo. Creo que estoy en estado de shock. La sangre cubre mis manos. La sangre de Sebastian. La conclusión me marea.

Un agente me guía con cuidado a través del club mientras las luces parpadeantes estallan fuera del edificio.

Todo parece borroso ahora.

Voces.

Sirenas.

Gente gritando.

Flashes de cámaras en algún lugar más al fondo de la calle.

—¡Damien!

Atlas.

Levanto la cabeza de golpe. Dos agentes federales están inmovilizando físicamente a Atlas cerca de los vehículos de fuera. Parece completamente fuera de sí.

En el segundo en que me ve, se desmorona por completo.

Probablemente porque estoy cubierto de sangre. Mi camisa cuelga abierta por donde Sebastian la ha desgarrado antes. Hay rastros de sangre por mi pecho, mis manos, mi mandíbula.

Atlas casi se zafa de los agentes que intentan retenerlo. —¡Damien!

—¡Estoy bien! —Mi voz se quiebra por completo—. Atlas, estoy bien.

El agente Anthony aparece a mi lado. —Él no presenta peligro —les dice a los demás con firmeza.

Los agentes sueltan a Atlas. Él se aparta las manos de encima y corre hacia mí. Llega en segundos y me agarra la cara con tanta fuerza que casi duele.

Sus ojos me registran frenéticamente. —¿Estás herido?! ¡Madre mía, de quién es esta sangre!

Niego con la cabeza. —No, estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. He sufrido heridas peores sobre el hielo.

Atlas parece a punto de vomitar de puro alivio.

Le agarro las muñecas con fuerza. —Sebastian está muerto.

Las palabras salen con entonación neutra. Atlas se queda helado. El mundo entero parece detenerse a nuestro alrededor durante un segundo horrible. Entonces Atlas me estrecha contra él con tanta fuerza que mis pies casi despegan del suelo.

Me rompo al instante.

No lloro.

No entro en pánico.

Simplemente me desplomo, dejando mi cuerpo lacio.

Porque se ha terminado.

Realmente se ha terminado.

Atlas me sujeta la nuca mientras yo tiemblo contra él, rodeados de luces policiales y sirenas que gritan.

—Te tengo —me susurra con voz ronca al oído.

Mis manos se aferran desesperadamente a su chaqueta.

—Te tengo.

Y por primera vez desde que tenía diecisiete años, por fin creo que nadie va a venir a arrastrarme de nuevo al infierno.



La noticia estalla a nivel nacional en menos de veinticuatro horas. Los titulares son caóticos.

ESTRELLA DE LA NHL VINCULADA A UNA INVESTIGACIÓN FEDERAL POR APUESTAS DEPORTIVAS

JUGADOR DE LOS MARKET CITY TIGERS COACCIONADO PARA AMAÑAR PARTIDOS

UN CASO DE CRIMEN ORGANIZADO, APUESTAS DEPORTIVAS Y TRÁFICO SACUDE LA LIGA

SEBASTIAN MONROE MUERE TRAS UNA REDADA DEL FBI

Mi cara acaba en todas partes.

Canales de deportes.

Noticiarios.

Hilos de Twitter.

La gente disecciona cada segundo de mi temporada como si intentaran resolver un misterio de asesinato. En cierto modo, supongo que lo están haciendo. La liga me manda al banquillo casi de inmediato mientras se desarrolla la investigación.

Oficialmente, es una baja administrativa temporal pendiente de revisión.

Extraoficialmente, nadie sabe cómo narices manejar algo así.

Un caso federal de coacción deportiva que implica al crimen organizado no es exactamente algo que figure en el manual de la NHL.

Espero que el hecho de estar apartado me destruya emocionalmente. En lugar de eso, me siento principalmente cansado. Aliviado, incluso.

Porque por primera vez en semanas, ya no estoy fingiendo.

No estoy comprobando las multitudes constantemente.

No estoy esperando a que vibre mi teléfono de prepago.

No me pregunto a quién podría amenazar Sebastian a continuación.

Se ha ido.

Realmente se ha ido.

Esa verdad todavía me parece irreal la mayor parte del tiempo.
La investigación en sí tarda semanas.

Largas entrevistas, declaraciones, agentes federales, abogados. La liga está revisando los registros de apuestas y las imágenes de los partidos. Al final, la verdad se vuelve inevitable. Fui coaccionado con amenazas de violencia, y el giro de la opinión pública después es sinceramente vertiginoso.

Los mismos analistas deportivos que me llamaron egoísta hace tres semanas ahora parecen desolados al hablar de lo sucedido. Un exjugador casi llora durante una entrevista hablando de lo aislados que pueden llegar a sentirse los atletas profesionales bajo el abuso y la coacción. La gente empieza a pedir disculpas por internet. Los fans inundan las redes sociales con mensajes de apoyo. Entonces los Tigers hacen algo que casi me destroza emocionalmente.

Antes de su último partido de la temporada, cada uno de los jugadores salta al hielo luciendo mi número.

El noventa y uno.

Todo el equipo.

Incluso el entrenador.

Casi lloro mientras miro desde la suite privada en la que me ha metido Joanna para que la prensa no pudiera asediarme antes de que empezara el partido. Atlas sale patinando el último. Y, cielos, está guapísimo.

El pabellón estalla cuando él aparece. El público corea mi nombre. Entonces Atlas levanta una mano hacia la suite donde estoy, como si pudiera sentir exactamente dónde me encuentro.

El pecho me duele tanto que casi me resulta insoportable.

A mi lado, Joanna me pasa pañuelos sin decir una sola palabra.

—Te odio —mascullo con voz pastosa.

—De nada.

El partido es brutal. Los Raiders están luchando por su posición en los playoffs, y los Tigers están jugando como si tuvieran algo personal que demostrar esta noche. Patrick se mete en una pelea incluso antes de que el primer periodo se asiente del todo. Carter marca tras un rechace brutal en el segundo. Atlas embiste a alguien contra las vallas con tanta fuerza que el público pierde la cabeza.

Apenas puedo concentrarme en el hockey, sin embargo. No puedo dejar de mirar a Atlas. Todo lo que hace me resulta magnético ahora: la forma en que patina, la forma en que se ajusta los guantes entre jugadas, la forma en que echa la cabeza hacia atrás riendo cuando Carter le suelta alguna burla en el banquillo.

Le quiero tanto que casi me asusta.

Y por una vez, no me siento avergonzado de ello.

Esa comprensión me golpea en silencio durante el tercer periodo, mientras Atlas patina bajo las brillantes luces del pabellón con mi número sobre sus hombros. Me pasé tantos años simplemente sobreviviendo que nunca me di cuenta de cuánta energía consume la vergüenza. ¿Pero ahora? Ahora miro a Atlas y siento algo más sencillo.

Esperanza.

Los Tigers pierden finalmente en la prórroga. A nadie le importa. El público les concede una ovación de pie de todos modos. Los jugadores demoran su salida del hielo después, saludando a los fans mientras los flashes de las cámaras brillan por todo el estadio.

Atlas vuelve a mirar hacia mi suite y luego me apunta directamente a través del cristal. La multitud pierde los papeles por completo.

Me río a mi pesar.

Joanna gime a mi lado. —Sois monísimos.

—Y todo ha sido cosa tuya.

En el segundo en que salgo de la suite, los medios de comunicación descienden como tiburones que huelen sangre.

—¡Damien!

—¿Cómo te sientes esta noche?

—¿Qué es lo próximo en tu carrera?

—¿Has hablado con los responsables de la liga?

—¿Puedes comentar algo sobre...?

Me quedo helado medio segundo.

Demasiada gente. Demasiado ruido. Entonces Atlas aparece a mi lado como un escudo humano.

—Ahí está —exclama Patrick en voz alta detrás de él—. El novio.

Atlas se inclina hacia mi oído. —¿Estás bien?

Asiento. Pero antes de que Atlas pueda apartarme del todo, una periodista deportiva llama mi atención.

—Damien —pregunta—. ¿Cómo te sientes después de haber vivido algo tan horrible?

Todo el pasillo se silencia un poco.

Atlas se acerca inmediatamente a mí, como si estuviera listo para cortar la entrevista si me entra el pánico.

En lugar de eso, respiro profundamente y me doy cuenta de que estoy bien.

No perfecto.

No curado.

Pero lo suficientemente bien para estar aquí.

Lo suficientemente bien para responder con sinceridad.

—Creo —digo lentamente— que merecía sobrevivir a ello.

La periodista parpadea y luego sonrío con suavidad. —Sí —dice en voz baja—. Yo también lo creo.

Uno de los presentadores deportivos cercanos suelta una carcajada suave. —Buena respuesta.

Atlas me mira como si acabara de colgar la luna en el cielo.

La reportera hace otra pregunta. —¿Cómo te sientes con respecto a la próxima temporada?

Esa me hace sonreír inesperadamente. —Depende.

—¿De?

—De si los Tigers dejan de avergonzarme en público.

Patrick grita inmediatamente desde más al fondo del pasillo: —**¡NUNCA!**

Todo el mundo estalla en carcajadas.

Incluso yo.

Realmente me estoy riendo.

Sin forzarlo.

Sin fingir.

Una risa de verdad.

La periodista sonrío aún más. —¿Y cómo es tu relación con Atlas Connors?

Atlas parece nervioso, como si estuviera esperando a ver cuán público quiero ser ahora que nada de esto es falso. La imagen de él

me llena de tanto afecto que me mareo.

Así que, en lugar de pensarlo demasiado, digo la verdad.

—Estamos asquerosamente enamorados.

El pasillo estalla al instante.

Patrick pega un grito.

Carter grita algo obsceno.

Hasta la reportera se ríe.

Y Atlas...

Dios.

Atlas parece absolutamente conmovido.

Toda su cara se relaja en una expresión tan abierta y feliz que me duele el pecho.

Continúo antes de acobardarme. —Y pienso quedármelo.

Atlas se ríe entonces por fin, un sonido brillante y cálido y mío.

Me rodea la cintura con un brazo y me atrae contra su costado mientras los flashes de las cámaras estallan salvajemente a nuestro alrededor.

Pero por una vez, no me siento atrapado por la atención.

No me siento cazado.

No me siento sucio.

Simplemente me siento amado.

Por Atlas.

Por este equipo.

Por personas que finalmente conocen la verdad sobre mí y se han quedado de todos modos.

Y de pie bajo las luces del pabellón, con Atlas sosteniéndome cerca y mis compañeros de equipo gritando como idiotas cerca de nosotros, pienso en lo que viene a continuación por primera vez en años.

No es miedo.

No es supervivencia.

No es vergüenza.

Es un futuro.

EPÍLOGO

ATLAS

Siete meses después

Subo en el ascensor hacia oncología haciendo equilibrios con dos cafés en una mano y una bolsa de papel con bollos en la otra, escribiéndole a Damien con el pulgar que me queda libre.

Yo: **por cierto, grace ha vuelto a exigir donuts**

Damien: **eso es porque eres débil y ella sabe que se los vas a comprar**

Yo: **me ha amenazado emocionalmente**

Damien: **válido, sinceramente**

Esbozo una sonrisa a mi pesar mientras las puertas del ascensor se abren.

Hay cosas que nunca cambian. El pasillo está hoy más tranquilo de lo habitual. Unas cuantas enfermeras saludan con la mano al pasar por su lado.

—Buenos días, Atlas.

—Hola, María.

—¿Cómo está el jugador de hockey favorito de Grace?

—Sigue siendo devastadoramente guapo.

María pone los ojos en blanco. —Dile que le he mandado saludos.

Me detengo ante la habitación de Grace y escucho risas antes incluso de abrir la puerta. No solo la de Grace, sino también la de Damien. El sonido me reconforta el pecho al instante.

Empujo la puerta para abrirla.

Damien está sentado con las piernas cruzadas a los pies de la cama del hospital, mientras mi madre se recuesta en una de las sillas junto a la ventana, riéndose de algo que él acaba de decir.

Grace me ve primero. —¡Atlas! —grita dramáticamente—. Llegas tarde.

—Solo por tres minutos.

—Inaceptable.

Por fin miro a Damien y, Dios... todavía me encanta mirarlo.

Se le ve con mejor salud ahora. El peso ha ido volviendo poco a poco durante los últimos meses; tras la terapia y aproximadamente cuarenta y siete desayunos forzados por mi parte. Sus rizos están más largos ahora, más suaves alrededor de su cara. Sus ojos ya no tienen esa mirada de animal acorralado. A veces todavía se percibe tristeza en ellos. La terapia no ha borrado mágicamente años de trauma de la noche a la mañana.

Pero Damien se ríe con más facilidad ahora.

Duerme mejor.

Come comida de verdad.

Y lo más importante: deja que la gente lo quiera sin disculparse constantemente por ello.

El cambio parece milagroso.

Damien me mira y sonrío con suavidad.

—Pensaba que tenías la reunión de tu fundación —digo mientras suelto los donuts sobre la mesa.

La expresión de Damien cambia a algo tímido y orgulloso a la vez. La fundación todavía le produce ese efecto. Una vez terminó la investigación y el nombre de Damien quedó limpio públicamente por la NHL, fundó la Iniciativa Heart casi por impulso: una organización sin ánimo de lucro que ayuda a supervivientes de la trata y el

trabajo sexual forzado a acceder a terapia, vivienda, asistencia legal y programas educativos.

Al principio quería permanecer en el anonimato. Eso duró unos seis días antes de que empezara a hablar públicamente en eventos. Ver a Damien frente a los atriles diciéndoles a supervivientes aterrorizados que sus vidas aún valen algo me ha cambiado genuinamente como persona. Él salva a gente ahora, y creo que una parte de él se está dando cuenta por fin de que él también merece ser salvado.

—La reunión ha terminado antes —dice Damien—. Y le debía dinero a Grace.

Entorno los ojos. —¿Por qué le debes dinero a mi hermana pequeña?

Grace levanta ambas manos con orgullo. —Hockey de fantasía.

Me la quedo mirando.

Luego a Damien.

Luego otra vez a Grace.

—De ninguna de las maneras.

Damien parece profundamente impenitente. —Hizo buenas elecciones.

—¿Le has enseñado a apostar a una paciente de cáncer?

—Ex paciente de cáncer —corrige Grace con petulancia.

Cierto. Eso.

Grace terminó la quimio hace dos días. Cada vez que pienso en ello, me dan ganas de llorar un poco. Aún le quedan por delante escáneres, citas y un seguimiento a largo plazo, pero hoy se la ve radiante, llena de vida y maravillosamente molesta.

Unos golpes suenan en la puerta mientras una voz tímida dice: —¿Eh, Grace? ¿Estás?

Una hermosa sonrisa florece en su rostro mientras dice: —¡Pasa, Ryan!

Ese sería Ryan, de catorce años, de cardiología pediátrica, con brackets, pelo oscuro rizado y una expresión que dice que me tiene un pánico absoluto. Al parecer, se conocieron durante el tratamiento. Al parecer, están «saliendo». Al parecer, esto me está arruinando la vida.

Ryan entra, arrastrando un portasueros a su lado. Besa a Grace en la coronilla antes de sentarse en su cama.

Señalo acusadoramente entre ambos. —Aún sois demasiado jóvenes.

Grace gime dramáticamente. —Oh, Dios mío.

Ryan intenta visiblemente no reírse.

—Sois unos *niños*.

—Tú literalmente fingiste salir con Damien antes de enamorarte de él —me espeta Grace de inmediato—. No creo que debas ir dando consejos sobre relaciones.

Mi madre suelta una carcajada junto a la ventana.

Incluso Damien parece ofendido.

—En primer lugar —dice con calma—, nuestra relación se construyó sobre la complejidad emocional.

—Se construyó sobre una tensión sexual no resuelta —responde Grace al instante.

Ryan se atraganta con su propia saliva.

Miro a mi hermana sintiéndome traicionado. —¿Quién te cuenta cosas así?

—Damien, sobre todo.

—¿Por qué le dirías eso?

—¡No lo hice! ¡Simplemente lo supuso!

—Chicos, literalmente solo veo programas de tarde en la tele. Sé lo que es la tensión sexual. —Grace pone los ojos en blanco.

Damien me sonríe por encima de la cama de Grace.

Dios, lo amo.

Incluso ahora, todavía me golpea de forma aleatoria: en el supermercado, en los entrenamientos, en mitad de la noche cuando me busca con sueño en la cama.

El amor solía darme pavor porque significaba vulnerabilidad. Ahora se siente como la paz.

La tarde transcurre lenta y perfectamente después de eso. Jugamos fatal a juegos de mesa.

Grace hace trampas abiertamente.

Ryan intenta defenderla como un pequeño y leal caballero.

Damien sigue pasándole a Grace aperitivos extra a escondidas a pesar de que nuestra madre ha dicho repetidamente que nada de azúcar antes de la cena.

Al final, ella se rinde y empieza a ayudarlo.

Traidores.

En un momento dado, pillo a Damien observando a Grace reírse de algo que Ryan le ha susurrado.

La expresión de su rostro se vuelve tierna de esa forma específica en la que solo ocurre alrededor de las personas a las que ama.

Sin defensas.

Sin miedo.

Simplemente cálido.

Él se da cuenta de que lo estoy mirando. —¿Qué?

—Nada.

—Me estás mirando fijamente.

—Eres guapo.

Grace hace inmediatamente una arcada fingida y Ryan se pone rojo como un tomate.

Damien pone los ojos en blanco, pero se sonroja de todos modos. Después de todo este tiempo, todavía puedo hacer que se sonroje.

Más tarde, cuando el horario de visitas empieza a terminar y Grace por fin está lo bastante cansada como para dejar de acosar a todo el mundo, Damien la ayuda a colocarse las mantas alrededor de las piernas mientras mi madre habla en voz baja con una de las enfermeras cerca de la puerta.

—¿Vendrás mañana? —le pregunta Grace con voz somnolienta.

—Depende.

—¿De qué?

—De si dejas de explotarme financieramente.

Grace jadea dramáticamente. —He ganado veinte dólares.

—Me has desplumado.

Ryan suelta un fuerte resoplido.

Grace lo señala. —¿Ves? Él lo entiende.

Damien se inclina y la besa en la coronilla. —Vendré mañana.

Algo se me aprieta dolorosamente en el pecho. Damien nunca tuvo una ternura así mientras crecía. Ninguna familia segura. Ningún afecto amable. Y, sin embargo, de algún modo, ha aprendido a amar a la gente con cuidado.

Sinceramente, creo que eso es lo más valiente que tiene.

Finalmente, Damien y yo nos despedimos y nos dirigimos juntos hacia los ascensores. El pasillo está ahora en silencio. La cálida luz del atardecer se filtra por las ventanas del hospital mientras Damien camina a mi lado, llevando los bollos que han sobrado porque Grace ha insistido en que «las enfermeras se los merecen».

Entramos en el ascensor. Las puertas se cierran y Damien se apoya contra mi costado con un suspiro de cansancio.

—¿Día largo?

—Los juegos de mesa son emocionalmente agotadores.

Suelto una risita y le rodeo la cintura con el brazo. El ascensor suena suavemente al llegar al vestíbulo.

Caminamos juntos hacia el aparcamiento. Tres semanas. Eso es todo lo que separa a Damien de la próxima temporada de la NHL. La liga lo exoneró por completo hace meses, tras concluir la investigación federal. La opinión pública dio un vuelco tan agresivo después de aquello que Damien se convirtió en uno de los jugadores más queridos del hockey.

Ahora la gente lleva camisetas con el logotipo de su fundación. Los niños le piden autógrafos fuera de los estadios. Los supervivientes le escriben cartas y, de vez en cuando, generalmente tarde por la noche, Damien sigue pareciendo atónito por todo ello. Como si hubiera pasado tanto tiempo creyendo que existía para ser utilizado que todavía no comprende del todo por qué la gente lo quiere solo por ser él mismo.

Llegamos a mi coche. —¿Entonces nos vemos en casa?

Hace tres meses compramos una casa juntos a las afueras de la ciudad, con un jardín grande, muchísimas ventanas y un dormitorio en la planta baja diseñado específicamente para Grace para cuando su tratamiento por fin termine por completo. Damien lo decoró él mismo: paredes de color verde suave con guirnaldas de luces, muchas estanterías y un escritorio de arte muy caro.

—Entonces.

Entorno los ojos. —Ese tono suele significar problemas.

Él se acerca. —Estaba pensando.

—Peligroso.

Damien me ignora. —¿Nos vemos en casa?

—¿Vale? Acabo de decir eso.

—A menos que —dice con cautela— tengamos tiempo para un rápido en la parte de atrás de tu coche.

Me lo quedo mirando y luego suelto una carcajada.

Damien sonríe.

Hace siete meses apenas creía que mereciera amor, y ahora me está haciendo proposiciones abiertamente en el aparcamiento de un hospital.

—Eres increíble.

—Estás obsesionado conmigo.

—*Tú* estás obsesionado con *mí*—replico.

—Es verdad. —Damien se mete de lleno en mi espacio personal y sus manos se deslizan bajo mi chaqueta.

Lo atraigo para darle un beso. Se ríe suavemente contra mi boca antes de devolverme el beso: profundo, cálido y completamente sin vergüenza.

Realmente nos besamos como adolescentes enamorados.

Desesperadamente.

Ridículamente.

Como si el mundo se hubiera acabado una vez y, de algún modo, nos hubiera dado otra oportunidad.

Cuando por fin nos separamos, Damien apoya su frente contra la mía, sonriendo con ternura. —Te quiero —susurra.

Las palabras ya no suenan temerosas cuando las dice.

Le acaricio suavemente la mejilla con el pulgar. —Yo también te quiero.

Luego vuelvo a besarlo en medio del aparcamiento, mientras nuestro futuro nos espera en algún lugar más allá de los muros del hospital.

¿TE HAS QUEDADO CON GANAS DE MÁS?

Gracias por leer *Puck Me Softly*.

Si has disfrutado de la obsesión, el daño emocional, el falso noviazgo y de ver cómo Damien y Atlas caían rendidos el uno por el otro más de lo que jamás habrían imaginado, te espera un viaje más al lado oscuro del hockey.

Siguiente entrega de la serie Puckboys Unleashed:

Puck My Pain Away

Roman Vane era el chico de oro del hockey hasta que una lesión devastadora lo dejó destrozado, furioso y en una espiral autodestructiva.

El doctor Elias Mercer es el hombre encargado de recomponerlo.

Roman debería seguir siendo un paciente.

Elias debería seguir siendo un médico.

Ninguno de los dos tiene la más mínima intención de seguir las reglas.

Un oscuro romance de hockey MM que incluye obsesión posesiva, colapso emocional, deseo prohibido y un médico que acaba interesándose demasiado por su paciente más perjudicado.

Nos vemos en el hielo,

Holly Myers

P. D.: Sígueme en Instagram y TikTok si quieres ver lo que está por venir: @hollymyersauthor